
LIT HELL
Alexandra Smoak
SIREN BOOKS

LIT HELL

Alexandra Smoak

SIREN BOOKS

Primera edición: noviembre 2025

© de la obra: Alexandra Smoak, 2025
© diseño de cubierta: Marta Gil, 2025
© de la corrección: Patricia Rouco
© de la presente edición: Editorial Siren Books, S.L., 2025
info@sirenbooks.es
https://sirenbooks.es/
ISBN: 979-13-87864-12-5
IBIC: FM

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos; www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A ti, que tienes este libro entre tus manos y has elegido conocer cómo termina esta historia, gracias por hacerla realidad y dejarte llevar por la magia de las hadas.
Gracias de corazón.

PLAYLIST

UH OH - Neoni
Control - Halsey
Hold me down - Halsey
I Walk the line - Halsey
sHe - ZAYN
LET THE WORLD BURN (with G-Eazy & Ari Abdul) - Remix - Chris Grey, G-Eazy, Ari Abdul
LUNA - Feid, ATL Jacob
that way - Tate McRae
WONDERLAND - Neoni
We Are Young (feat. Janelle Monáe) - fun, Janelle Monáe
RIP - Neoni
DARKSIDE - Neoni
Up in Flames - Ruelle
What's My Name - China Anne McClain, Thomas Doherty, Dylan Playfair, Disney
Look After You - The Fray
WAOH - Kabasaki, Israel B, Quevedo
la di die (feat. Jaden Hossler) - Nessa Barrett, jxdn
Roman Holiday - Halsey
Play with Fire (feat. Yacht Money) - Sam Tinnesz, Yacht Money
like that - Bea Miller
rápido lento - Emilia, Tiago PZK
Like That (Jack's Version) - Jack & Jack
Swim - Chase Atlantic
HALO - Quevedo, La Pantera
MACHINE - Neoni
Night Falls - Dove Cameron, Sofia Carson, Booboo Stewart, Cameron Boyce, Thomas Doherty, China Anne McClain, Dylan Playfair, Disney

Turbulencias - Kabasaki, Juseph, SAIKO, Quevedo, Love Yi, Jader, Yago Roche, Fabbio, La Pantera, ELIZALDE
Drive - Halsey
Your Idol - Saja Boys, Andrew Choi, Neckwav, Danny Chung, KEVIN WOO, samUIL Lee, KPop Demon Hunters Cast
Walkin on Water - Stray Kids
This is the Beginning - Ely Eira
Jordan I - SAIKO, Quevedo
Good in Goodbye - Madison Beer
Virtual Diva - Don Omar
War of Hearts - Ruelle
messier - Tate McRae
GRIS - Quevedo, ROSO
Fresh Out The Slammer - Taylor Swift
mad woman - Taylor Swift
WHERE DOES YOUR SPIRIT GO? - The Kid LAROI
Gasoline - Halsey

Aviso de contenido

Lenguaje malsonante, violencia, armas, drogas, escenas y alusiones sexuales, muerte, mención de violencia doméstica

Nota de la autora

Si has llegado hasta aquí, sabrás que Dark Times es una ciudad que esconde muchos secretos; nada es lo que parece ser y hay muchos misterios que comenzaron a revelarse en *Dark Times*. Y, si estás leyendo esto, quiere decir que aún tienes en mente el final. Si no es el caso, te recomiendo que te leas el último capítulo y el epílogo, ya que ahí encontrarás todas las respuestas que debes tener en cuenta para adentrarte en este. Otros detalles que es necesario recordar tienen más que ver con cosas de la trama que han ocurrido: las famosas muertes tan cronometradas, las múltiples teorías que se hacen y las revelaciones a las que llegan nuestros investigadores particulares (capítulos ocho y dieciséis de *Dark Times*, entre otros) y las relaciones entre ellos, en especial entre nuestra reina y nuestro rey (capítulos dieciocho y veintisiete, por ejemplo).

¿Tienes todo eso en mente? Genial, entonces ha llegado el momento.

Te doy la bienvenida al final de esta historia.

Y recuerda: «En un mundo con tantas máscaras, alguna tenía que resquebrajarse».

Con amor,

ALEXANDRA SMOAK

Prefacio

Nunca Jamás siempre había sido puro. Había sido ese lugar mágico con el que soñaban todos los niños y niñas; esa isla a la que todos los adultos habían deseado ir alguna vez en su infancia.

Habitada por criaturas mágicas y piratas, y rodeada de magia de polvo de hada, Nunca Jamás era el hogar de muchos. Entre ellos, destacaba un niño que solo quería ser capaz de volar. Un niño que se negaba a crecer y que solo quería jugar.

Pero el reloj de la vida no ha parado de correr.

El tiempo es más importante de lo que parece: afecta a los objetos, a los lugares y a las personas.

Y afectó a ese niño.

Y a Nunca Jamás.

Tic.

Tac.

Tic.

Tac.

Tic.

Tac.

¿Qué pasará ahora? ¿Volverá Nunca Jamás?

Nadie sabe lo que pasó con la isla, pero ya no existe.

La segunda estrella a la derecha se apagó hace mucho tiempo.

Y nadie sabe lo que pasó con ese niño, solo que ya no está. Está perdido.

O, al menos, lo *estaba*.

PARTE I

«El tiempo en tu contra correrá
y la oscuridad tregua no dará».

1

Complejo de héroe

Muchos años antes
en Nunca Jamás

La condena de Hook siempre había sido su complejo de héroe. Esa necesidad innata de proteger a todo el mundo y la nobleza que conllevaba el propio acto solían parecer algo bueno a ojos de los demás, pero en ocasiones no lo era.

Su hermana Emma le había repetido más de una vez la misma frase, una que, a pesar de que tenía todo el sentido del mundo, el cerebro —o más bien el corazón noble— de Hook se empeñaba en no retener: «No puedes salvar a todo el mundo». Él suponía que el hecho de no querer tener en cuenta esas palabras era lo que marcaba la diferencia entre la bondad que había en su corazón y la que faltaba en el del resto de la gente, pero, al mismo tiempo, también era algo que le taladraba el cerebro una y otra vez. Porque si algo *no* eran los piratas, era nobles o bondadosos. ¿Significaba eso que no era un buen pirata? ¿O que realmente no era uno?

Los pensamientos se arremolinaban en su cabeza, pero su corazón siempre terminaba ganando la batalla y dejaba que su nobleza se antepusiera a todo lo demás; a pesar de que esa fuese su condena eterna. Por eso, en el momento en el que Hook puso un pie dentro de su camarote y vio a aquella frágil hada con facciones delicadas acurrucada en el suelo junto al baúl que contenía toda su ropa, supo que todo estaba a punto de cambiar.

En ese preciso momento otra persona más se añadía a la lista de gente por la que daría su propia vida, por la que no lo dudaría dos veces antes de saltar por un precipicio si eso significaba salvarla.

Los ojos brillantes de Tinkerbell lo miraron con el pánico reflejado en ellos y el agua salada de las lágrimas no derramadas. Se rodeó sus delicadas piernas con los brazos e intentó hacerse aún más pequeña. Hook no sabía que las hadas podían cambiar su forma física a placer y, aunque Tinkerbell mantenía sus rasgos característicos de hada, como las orejas acabadas en punta, su cuerpo no era para nada la pequeña figura de la criatura mágica que era. Era una mujer joven, de carne y hueso, con un aura dorada rodeándola.

Hook cerró la puerta del camarote con delicadeza para no sobresaltarla y avanzó despacio hacia el barril que había junto a la mesa, se sentó manteniendo las distancias con ella y odiando con todas sus fuerzas cada segundo que veía el miedo atroz reflejado en esos ojos que no dejaban de mirarlo.

—Hola. —El pirata habló despacio, manteniendo un tono de voz suave.

Tinkerbell abrió la boca para responder, pero todo lo que salió de ella fue un sollozo. Hook hizo ademán de levantarse para acercarse a su lado, pero ella negó frenéticamente con la cabeza; el pánico bailando en su mirada inquieta. El pirata volvió a sentarse y la chica se tranquilizó, respirando hondo por la nariz hasta que sus sollozos remitieron.

—¿Qué te ha hecho? —Quiso saber Hook, sintiendo cómo un puño invisible le estrujaba el corazón.

La chica levantó la cabeza con la mirada desenfocada.

—Me da miedo.

En cuanto las palabras salieron de la boca de Tinkerbell, Hook supo que las sospechas que había tenido durante años se habían cumplido. Había llegado el momento.

—¿Dónde está? —preguntó con voz suave pero firme, dejando ver en su tono de voz que el calvario que vivía por dentro estaba a punto de exteriorizarse.

—No lo sé.

La respuesta de Tinkerbell cayó como una losa pesada en la estancia.

No saber dónde estaba Peter Pan era bastante peor que saberlo. Se había vuelto un ser irracional, impulsivo y sin ningún reparo a la hora de conseguir lo que quería. Hook sabía que la muerte de sus padres había sido un completo *shock* para él, pero no había sido consciente de hasta qué punto llegaba ese sufrimiento. Peter hacía tiempo que había dejado de ser un niño, al menos físicamente hablando, pero por mucho que su cuerpo fuese el de un adolescente de quince años, su mente seguía siendo la de un niño de siete. Un niño que no había podido procesar la muerte de sus padres y se había quedado estancado en una época donde su madre seguía haciéndole la merienda cada día. Un niño cuya memoria seguía anclada en un pasado inexistente para protegerlo de las heridas que ese trauma tan profundo le había causado.

—¿Puedo quedarme aquí? —Tinkerbell volvió a hablar con voz temblorosa.

—No tienes ni que preguntarlo. Aquí estás a salvo.

Tinkerbell asintió en respuesta y Hook dejó escapar un suspiro. Sirvió un vaso de agua de la jarra que siempre tenía en la mesa y se acercó despacio al hada, que lo aceptó agradecida sin apenas moverse. Hook volvió a retirarse hasta sentarse de nuevo en el barril y observó cómo la chica acababa de tranquilizarse a medida que ingería el líquido.

—Él nunca entra aquí, así que puedes quedarte sin problema. Yo dormiré en otro camarote —anunció Hook poniéndose de pie para coger un morral y meter algunas prendas.

—¡No! —Tinkerbell alzó la voz, sobresaltándose a sí misma y al pirata, que se giró hacia ella, esperando a que continuara—. No me dejes sola, por favor. No quiero que se acerque a mí.

—Él nunca entra aquí, Tinkerbell. Nunca ha estado aquí.

—Por favor —susurró en respuesta, el pánico volviendo a sus ojos y la desesperación proyectándose en el ambiente. Hook asintió y ella esbozó una débil sonrisa—. Y, por favor, llámame Bell.

El pirata asintió de nuevo y se sentó una vez más en el barril. Ambos se miraron y pasaron lo que debieron de ser horas en

absoluto silencio. Hook no sabía cómo actuar, pero su presencia parecía ser suficiente para ella. El miedo fue desapareciendo de sus ojos y poco a poco se relajó, estirando sus esbeltas piernas y permitiendo que Hook se sentase frente a ella en el suelo, con las puntas de sus botas casi rozando los delicados zapatos que calzaba.

—Gracias —dijo Bell en un momento dado, en mitad de aquel silencio que, si bien había parecido abrumador al principio, se había convertido en un silencio placentero y lleno de calma.

—Estás a salvo, Bell —repitió él con su característico tono de voz ronco.

Un escalofrío recorrió visiblemente la piel de la chica y sus mejillas se enrojecieron. Aquella era la primera vez que el pirata pronunciaba el apodo que ella le había pedido que utilizara. Hook no supo el porqué de esa reacción, pero sí que ese color en sus mejillas lo cambió todo.

Porque, a partir de ese momento, Hook fue incapaz de dejar de mirarla.

2

Miedo

Muchos años antes
en Nunca Jamás

Tinkerbell llevaba experimentando el miedo prácticamente desde que su existencia había tomado forma, desde que había pasado de no ser más que un pequeño punto de luz y polvo de hada a tener un cuerpo y unas alas que le permitían volar. Pero, sobre todo, había pasado a tener un propósito. Las hadas nacían con una misión muy clara: ser la mejor amiga de un niño o una niña, su apoyo incondicional ante la vida y, especialmente, su brújula moral. Eran las encargadas de velar por que supiesen distinguir el bien del mal y aprendiesen a actuar con bondad y luz, tal y como hacían las pequeñas criaturas mágicas. Todo empezaba con la primera risa de un bebé, que se proyectaba hacia el cielo y lo llenaba de esa inocencia que los caracterizaba. Esa era la llamada a la que un hada respondía tomando forma y con la que se forjaba el vínculo entre ella y su humano.

Lo verdaderamente especial de esa conexión era que no se podía romper, ni siquiera ante la remota posibilidad de que el bebé creciese y perdiese la luz y la bondad que el hada le transmitía. El vínculo podía perderse entre las sombras hasta que recuperase la luz, pero jamás desaparecería, a menos que el niño o niña perdiese el alma por completo, algo que era casi imposible. Esa conexión se transformaba en una eternidad compartida por dos partes cuyas almas cantarían al unísono y no se perderían la una a la otra. Un

hada jamás abandonaría a su humano, ni siquiera cuando las cosas se torciesen, porque era ese pilar que todo niño necesitaba, especialmente en los primeros momentos de su vida. Gracias a ese vínculo, el humano siempre sería capaz de encontrar a su hada, hasta en los momentos donde se sintiese más perdido. El hilo que los unía era inextricable e indestructible, creado única y exclusivamente para ese fin.

Las hadas eran pura magia hecha de sueños y delicadeza envuelta en un aura repleta de luz. Esa luz se propagaba a cada segundo, dejando tras de sí una estela de esperanza y amor. Lo mismo ocurría con el polvo de hada que las acompañaba siempre. Era más que una herramienta; el polvo de hada era la capacidad que tenían de prestar su propia magia a su humano o a cualquiera que lo mereciese, porque la magia estaba hecha para compartirse. Sin embargo, no todas las historias de hadas eran bonitas y no todos los vínculos salían bien.

A Tinkerbell le hubiese gustado decir que lo supo desde el primer momento, pero nada más lejos de la realidad. Nunca fue capaz de imaginar la oscuridad que corrompería su humano hasta que fue demasiado tarde, a pesar de que los indicios estaban claros…

Cuando la primera risa de Peter Pan la llamó, Tinkerbell no nació de la misma forma en que lo hacían el resto de las hadas. Su alma sintió un pequeño tirón mágico, pero fue tan sutil que su corazón no tuvo suficiente a lo que atenerse para poder existir y Tinkerbell se quedó en un limbo a medio camino entre punto de luz y hada. Ese fue el primer indicio de que su vínculo sería diferente y Peter Pan no sería un niño cualquiera. No fue hasta que Peter Pan la necesitó de verdad que pudo convertirse por fin en un hada real, con su vínculo y su propósito. La muerte de sus padres fue un impacto que quedó sellado en la mente del niño de una forma irremediable y, cuando no había más que soledad y oscuridad rodeando sus pensamientos, el vínculo terminó de forjarse y Tinkerbell acudió a la llamada del alma de Peter.

Y fue en ese preciso momento cuando Tinkerbell aprendió qué era el miedo.

La primera vez que vio a Peter, se encontró a un niño sumido en la tristeza y el silencio, y el alma de Tinkerbell tembló y se encogió ante aquella imagen. El hada simplemente se tumbó junto a ese niño que no hablaba y su sola presencia pareció calmar esa oscuridad. A pesar de que Peter pasó muchos años sin pronunciar una sola palabra, parecía saber perfectamente quién era Tinkerbell y cuál era su papel en su vida. Poco a poco, la luz fue llegando a él e, incluso cuando aún no era capaz de pronunciar ni una palabra, las risas empezaron a aparecer después de una eternidad sin ser escuchadas en aquel barco. Y cuando por fin llegó el día en el que Peter volvió a hablar, todo siguió su curso de magia y felicidad, sin que nadie pudiese anticipar lo mucho que cambiarían sus vidas cuando la oscuridad volviese al corazón de Peter con mucha más fuerza de lo que lo había hecho antes.

El simple pensamiento del Peter niño que había perdido la luz hizo que Tinkerbell cerrase los ojos y dejase que su mente vagase por aquellos recuerdos, los únicos que estaban bañados de un halo de felicidad en su vida.

—¡Tink! ¡Mira! He ganado al tío al ajedrez. —La voz de Peter resonó por todo el barco teñida de emoción y alegría.

Tinkerbell estaba sentada encima de un barril, apenas visible para los marineros en su forma de hada. Escuchó cómo los pasos de Peter se acercaban hasta ella corriendo; sabía que estaba deseoso de compartir todos sus logros con ella y, por eso, revoloteó hasta él para encontrarse en el camino. Peter levantó una mano y Tinkerbell se sentó en la palma, mirándolo expectante y sonriente mientras él le devolvía el gesto.

—¡Ha sido genial! Hacía mucho tiempo que no le ganaba. Me encanta jugar con el tío.

Tinkerbell aplaudió encantada, el gesto hizo que unas partículas de polvo de hada volasen hacia la nariz del niño hasta posarse allí, haciéndole cosquillas, y Peter soltó una carcajada musical al viento. El hada adoraba cómo hablaba siempre de su tío. Era pura devoción

lo que sentía por el capitán pirata, lo admiraba como si fuese un héroe y, por lo poco que había visto de Hook, sabía que esa admiración era mutua y que el pirata lo daría todo por su sobrino.

—¿Has visto? Hace mucho sol. ¿Quieres que vayamos a la isla?

Tinkerbell negó con la cabeza rápidamente. Por mucho que Peter hubiese recuperado su alegría, sabía que a su tío aún le daba cierto miedo dejarle ir tan pronto a cualquier sitio sin él, por mucho que tuviese ya quince años y fuese un adolescente que lo que más ansiaba era explorar el mundo.

—Pero ¿por qué no? El tío me ha dado permiso.

Tinkerbell ladeó la cabeza, confundida. Nunca se hubiese esperado que Hook dejase a su sobrino aventurarse en la isla solo.

—¡Viene con nosotros! ¿A que sí, tío?

Tinkerbell suspiró aliviada y escuchó cómo el capitán pirata se acercaba a ellos.

—¿Voy con vosotros a dónde? —inquirió cuando llegó a su lado, observándolos de forma alternativa.

Tinkerbell se sonrojó y dio gracias a toda el aura de luz que la rodeaba, ya que ocultó su enrojecimiento. Si Peter admiraba a Hook como un héroe, ella también, guiada por los sentimientos del niño. Aunque las hadas no sentían las emociones de la misma manera que los mortales, Tinkerbell se había dado cuenta de que su cuerpo reaccionaba de una manera muy clara cada vez que Hook estaba cerca de ella. Había algo en él que la atraía como la luz a las polillas más despistadas y, aun sin comprender exactamente de qué se trataba, sentía cómo sus mejillas se volvían rojas como las manzanas más sabrosas cada vez que escuchaba el ronco timbre de voz del pirata.

—¡A la isla! —respondió Peter emocionado.

Tinkerbell tuvo que darle todo el crédito del mundo al pirata, que ocultó sus verdaderas emociones con maestría y solo ella fue capaz de ver cómo el miedo inundaba sus ojos.

—Claro —contestó al cabo de unos segundos, con la voz un tanto temblorosa. Posó una mano en el hombro de su sobrino y le dio un apretón cariñoso—. Siempre iré con vosotros a donde sea.

Y, aunque en ese momento Hook lo dijo con el corazón en la mano, ninguno de los dos se esperaba que poco tiempo después tuviese que incumplir su palabra y se viese obligado a tomar decisiones de lo más difíciles con tal de asegurar su propia supervivencia.

Aquella supuso la primera de las muchas excursiones que los tres hicieron a la isla con la intención de que Peter explorase el mundo más allá del barco, pero, sobre todo, con la intención de que no lo hiciese solo, con la intención de que nunca más se sintiese así.

Tinkerbell abrió los ojos de golpe y se incorporó hasta sentarse en la cama del capitán pirata, donde había pasado las últimas semanas sin apenas moverse. Aquellos momentos en los que había visto a Peter sonreír como si no hubiese otra preocupación en el mundo eran los que más valoraba de ser un hada. Eran los que hacían que mereciese la pena tener un propósito y un vínculo. Pero la oscuridad había vuelto al alma de Peter demasiado pronto y ella apenas había podido saborear lo que era tener un mejor amigo que lo diese todo por ella. Había pasado directamente a tener un mejor amigo que lo *destruyese* todo por ella.

Peter Pan había dejado de ser tan risueño como antes. Ya no había sonrisas sinceras, partidas de ajedrez con su tío ni carcajadas musicales. Solo obsesión. Hacía semanas que aquel escritor se había marchado, pero Peter seguía releyendo el cuento una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez, hasta que fue capaz incluso de recitarlo palabra por palabra. Y siempre comentaba lo mismo: «Este cuento es precioso, mágico. ¡Aquí tengo muchos amigos! Y yo sé que esos amigos están en la isla, Tink. Yo lo sé. ¿Vamos a buscarlos?». Día tras día, Peter viajaba a la isla y no regresaba hasta el anochecer. Tinkerbell siempre lo acompañaba, pero el miedo estaba cada vez más presente a medida que Peter se alejaba más y más de la realidad. No quería pasar tiempo en el barco, solo quería estar en la

isla. Daba vueltas y vueltas, explorando cada rincón y buscando a todos los niños que una vez habían abandonado el barco para irse a vivir allí. Niños que no querían ser encontrados… Eran seis y todos en el barco se habían empezado a referir a ellos como los Niños Perdidos.

—Tienen que estar por aquí, ¡tienen que estarlo! ¡Son mis amigos! —exclamó Peter un día más mientras recorría la isla en busca de aquellos niños que consideraba sus amigos.

Tinkerbell trató de impedir que se adentrase aún más en el frondoso bosque, pero fue inútil. Peter estaba decidido a encontrarlos, costase lo que costase, sin tener en cuenta los peligros que podía encontrarse en el bosque de una isla que cambiaba sus elementos a placer.

La pequeña hada se plantó delante de Peter y sacudió sus manos para que el polvo de hada se suspendiera ante los ojos de su humano y se detuviese. Peter paró de correr momentáneamente y miró a Tinkerbell con enfado.

—¿Por qué no quieres que encuentre a mis amigos? ¿Quieres que esté solo para siempre? —Peter habló con voz queda, al borde de unas lágrimas que Tinkerbell había visto demasiadas veces como para creer en su veracidad.

El hada negó con la cabeza e intentó hacerle ver a su amigo que no era una buena idea adentrarse en el bosque.

—¡Me da igual! No eres mi única amiga, no te necesito. ¡Tengo que encontrarlos! Lo que tienes es envidia porque yo tengo más amigos y tú no. ¡Vuelve al barco! ¡No necesito tu ayuda!

Peter alzó la voz hasta que sus gritos retumbaron entre los árboles y los pájaros huyeron entre el follaje. Tinkerbell retrocedió en el aire, asustada, y vio con miedo cómo las lágrimas desaparecían de los ojos de Peter y la ira hacía acto de presencia.

—Eres una egoísta, Tink. Ya no quiero que seas mi amiga. ¡NUNCA JAMÁS!

Aquel fue el principio del fin. A pesar de su incapacidad de sentir las emociones humanas, los ojos de Tink se anegaron de lágrimas no derramadas ante los gritos de Peter Pan y se alejó de él,

aterrorizada. Había visto en su mirada esa oscuridad de nuevo, pero multiplicada por mil.

No sabía cómo había ocurrido, pero Peter ya no era Peter.

—Eso es, ¡huye! ¡No te necesito!

Peter echó a correr de nuevo por la isla y Tinkerbell se quedó en el aire, desconsolada. En su interior, sintió cómo su alma daba un pequeño tirón y el vínculo que la unía a Peter parpadeaba. Sabía que no se rompería, pero en ese momento fue la primera vez que deseó que sí lo hiciera.

Tinkerbell se tocó el rostro con las manos y sintió las mejillas húmedas por las lágrimas que las habían empapado al recordar aquel momento. Sentía que solo tenía recuerdos de Peter, porque el Peter que conocía había dejado de existir y ya solo quedaba una sombra de lo que había sido.

—¡Tink! ¿Dónde estás? ¡Tink! ¡TINK! —La voz de Peter Pan cortó el aire como un cuchillo afilado.

Aquella era la tercera vez que Tinkerbell decidía esconderse, con el miedo corriendo raudo y veloz por su cuerpo. No sabía si se estaba imaginando aquella voz o si de verdad Peter había vuelto a buscarla, pero se alegró de estar en su forma mortal, rezándole a un Dios que sabía que no existía por que la ausencia de su forma de hada hiciese más difícil que la encontrase.

—¡Tink! ¡Volveré! ¡Siempre te encontraré, Tink, te lo prometo! ¡Yo te salvaré! ¡Eres mi mejor amiga, solo MÍA!

El hada se tumbó bajo los ropajes de cama y se encogió sobre sí misma. Tenía tanto miedo de que Peter cumpliese lo que decía que solo podía intentar autoconvencerse de que nada de todo aquello era real. Peter Pan no había ido a buscarla y ella estaba a salvo.

—¡TINK!

El último rugido de Peter Pan resonó por todo el barco y Tinkerbell solo pudo pensar en lo mucho que odiaba su nombre. Lo odiaba con todas sus fuerzas y odiaba mucho más aquel apodo con el que Peter siempre la llamaba. No quería tener nada que le

recordase a él, por eso le había pedido a Hook que la llamase por otro nombre. Tink siempre la había hecho sentir pequeña y estaba cansada de sentirse así. Bell era el nombre con el que se sentiría grande.

Y sabía que eso era justo lo que necesitaba para enfrentarse a Peter Pan.

Perspicaz

Mamá siempre dice que soy muy listo.

Bueno, en verdad ella dice otra palabra, pero no sé cuál es. Pero siempre dice que soy muy listo. Todavía soy muy pequeño, pero soy más listo que muchos niños. Puede que solo tenga cinco años, pero de verdad soy muy listo. El tío también me lo dice muchas veces. Me está enseñando a jugar al ajedrez, pero todavía soy muy pequeño. Bueno, pequeño… pero también soy mayor. El tío dice que soy un hom… hom… bre… brecito, pero creo que es algo bueno. Siempre lo dice y yo siempre creo todo lo que dice el tío porque él es muy listo. Más que papá, pero eso no puedo decirlo. Pero mamá dice que siempre hay que decir la verdad y esa es la verdad. Papá a veces es un poco tonto, pero mamá dice que no podemos llamar tontas a las personas porque está muy feo. Pero es la verdad y siempre hay que decir la verdad. No entiendo por qué no puedo decir que papá es tonto. Es la verdad. El tío no dice cosas feas, él es el mejor. Estoy aprendiendo mucho de él. Por eso creo que mamá siempre dice que soy muy listo. El tío es listo y él me enseña muchas cosas, por eso soy muy listo, como él, porque me enseña y yo aprendo. Espero ser siempre tan listo como él, es el mejor. A lo mejor me enseña la palabra que usa mamá para decir que soy listo. Empieza por pe… creo. Pero no sé cómo se dice porque aún soy muy pequeño. Pero soy muy listo, ¿eh? Voy a preguntárselo. No puedo… Mamá se fue con el tonto de papá al barco, y yo estoy esperando en el bosque con mis amigos. Me han dicho que iban a por la merienda. Pero yo quiero ir al barco también. Voy a ir. Soy muy listo, seguro que puedo encontrar el camino.

Espera, mamá, que voy.
Que soy muy listo.

3

Protección

Muchos años antes
en Nunca Jamás

Hook tenía a muchísimas personas bajo su protección, muchísimas más de las que él jamás hubiese pensado. Aunque tenía todo el sentido del mundo: era el capitán de un barco y una tripulación entera estaba bajo su cargo. Además, la que una vez había sido una tripulación formada por los niños que había rescatado de un barco con un capitán despiadado y violento ya no era una tripulación infantil. Esos niños habían crecido y se habían convertido en jóvenes que habían madurado de golpe. La magia de Nunca Jamás había hecho que creciesen a una velocidad superior a la normal, con el objetivo de adaptarse a la realidad que vivían. Una vez llegaron a la juventud, esa misma magia permitió que dejasen de envejecer, anclándolos en el tiempo igual que había ocurrido con Hook años atrás.

El pirata estaba muy orgulloso de su tripulación. Ya no los consideraba solo como a personas a las que proteger; eran su familia, y por la familia haría cualquier cosa.

Los marineros expresaban de todas las maneras posibles el afecto y el agradecimiento que sentían por el capitán pirata y, si bien Hook no hacía todo lo que hacía a cambio de unos cumplidos, sí que le producía mucha felicidad ser consciente de que lo que había hecho por aquellos jóvenes había tenido un impacto real. Había pasado de protegerlos a que se protegiesen los unos a los otros,

aunque él, al ser el capitán, siempre tuviese ese sentimiento de protección mucho más latente que el resto.

—¡Ey, cap! —La voz de Smee lo despertó de su ensimismamiento y se giró para observar cómo se acercaba a través de la cubierta.

Smee se había convertido en su segundo de a bordo. Su bondad y transparencia lo habían convertido en la persona en la que Hook más confiaba y la picardía teñida de diversión y alegría que siempre derrochaba era justo lo que necesitaban en el barco. Smee era la persona con la que siempre podías contar para que te sacase una sonrisa y, en un barco cuya tripulación no había visto más que desgracias en su vida, eso era especialmente importante.

—A ver, ¿con qué vas a sorprenderme hoy? —respondió Hook con la diversión bailando en su mirada.

El que había empezado a considerar su mejor amigo levantó las cejas dos veces en un gesto pícaro y sonrió de medio lado.

—Benditos los ojos que te ven, cap. Ya había empezado a pensar que te había dado un telele en tu camarote o que por fin habías abandonado el barco para dejarlo a mi cargo —comentó Smee, provocando que Hook pusiera los ojos en blanco.

—Claro, estaba pensando justo en eso, en dejar el barco a tu cargo. Claro que sí.

Hook palmeó la espalda de Smee con fuerza y este se dobló hacia delante.

—Oye, oye, controla esa fuerza. No sé si quiero saber por qué tienes el brazo derecho tan bien ejercitado, pero relaja, hombre, relaja —replicó Smee con el doble sentido bailando en sus palabras. Hook le dio una colleja cariñosa y su segundo de a bordo sonrió—. ¿He dado en el blanco, eh? Nunca mejor dicho. —Smee hizo un gesto simulando que agitaba un cilindro y se ganó otra colleja, esa vez un poco más fuerte—. Vale, vale, no quieres hablar de tus intimidades conmigo, lo pillo. Pero, ya sabes, quizá te pueda dar algunos consejos.

—¿Acaso te los he pedido?

—Tus ojos lo dicen todo. Y que pases tanto tiempo encerrado en tu camarote sin salir también. Cap, tienes que relajar esa mano,

hombre. Y lo que no es la mano, ya me entiendes. Debes de tenerla en carne viva.

Hook puso los ojos en blanco y soltó una carcajada. Las ocurrencias de Smee eran siempre únicas y no podía enfadarse nunca con él a pesar de su falta de tacto.

—Tú te ríes, pero estoy seriamente preocupado por tu salud.

—Bueno, si me muero, te quedarías a cargo del barco. ¿No es eso lo que quieres?

—Pero todavía nos quedan muchas cosas por vivir juntos, cap. Muchas. —Smee rodeó los hombros de Hook con un brazo y oteó el horizonte, señalándolo con su mano—. Algún día, todos estos dominios serán solo nuestros.

—Somos los únicos aquí.

—El mar es territorio inexplorado, grumete. Nos aguardan misterios que están deseando ser descubiertos.

—De nuevo, somos los únicos aquí.

—Pero los secretos siguen ahí. Y solo nosotros podremos desvelarlos.

—¿Te repito otra vez lo obvio o…?

—Joder, cap, eres un experto en acabar con todos mis sueños. Pues nada, vuelta al camarote y a machacártela, que al parecer es en lo que te has vuelto experto últimamente. Igual podrías darnos clases a los demás, si es a lo único a lo que podremos dedicarnos a partir de ahora —comentó Smee, con un falso lamento en sus palabras y la picardía brillando en su mirada—. Aunque si quieres darme lecciones privadas…

—Te encanta tentar a la suerte, ¿verdad? —replicó Hook apartando el brazo de Smee y rodeándole la cabeza en una llave amistosa.

—Y a ti te encanta dominar, ¿eh? Oye, que si esto es lo que te va, puedo hacer un esfuerzo por que me guste.

—Smee.

Las carcajadas de su amigo resonaron por el barco y Hook negó con la cabeza. Liberó a Smee y le revolvió el pelo blanco como la nieve en un gesto cariñoso.

—Ahora en serio. ¿Qué está pasando, cap? —inquirió Smee perdiendo la sonrisa.

Hook lo miró a los ojos y vio la preocupación reflejada en ellos. Su corazón sintió un tirón de cariño y agarró a Smee por la nuca.

—Nada por lo que tengas que preocuparte.

Ese era otro de los aspectos que siempre iban de la mano con el sentimiento de protección de Hook: hacer que su familia no se preocupase nunca por él. Le dolía el corazón solo de pensar en provocarles algún tipo de sentimiento negativo o ponerlos en peligro y por eso se callaba todo lo que ocurría. No quería ponerlos en una situación en la que tuvieran que arriesgar sus vidas por salvar la suya.

—Hook…

—Smee, no es nada.

—¿Sabemos si volverá?

—Puedes estar seguro de que sí, pero no sé cuándo.

—Hay que estar preparados.

—Lo estamos.

—Hook… ¿De verdad lo estamos?

El pirata lo miró fijamente y, aunque todo en su interior le gritaba que no lo estaban en lo absoluto, proyectó una imagen completamente distinta. Asintió una sola vez con la cabeza y vio cómo Smee se relajaba un poco. Conociéndolo como lo hacía, sabía que era algo momentáneo porque no quería empezar una discusión y Hook agradecía que no lo hiciese, porque sabía que Smee era la única persona que conseguiría que hablase y desvelase todo lo que estaba ocurriendo en realidad con su sobrino y el hada, y él no quería empeorar las cosas. Sabía que la chica estaba muerta de miedo y no quería hacer nada que pudiese ponerla en peligro. Ni a ella ni a nadie.

—Smee, no te preocupes. Vuelve al trabajo.

Palmeó cariñosamente la nuca del peliblanco y echó a andar hacia su camarote. Podía sentir la mirada de Smee fija en su espalda, con la preocupación irradiando en oleadas, pero Hook hizo un esfuerzo por ignorarlo. Sabía que en algún momento su amigo

terminaría enterándose de la verdad, pero esperaba de todo corazón que no hiciese falta.

Cuando llegó a su camarote, entró despacio y cerró la puerta con mucho cuidado. Si algo sabía Hook sobre proteger a alguien era que todo debía hacerse de forma cautelosa, especialmente si ese alguien estaba tan asustado como lo estaba ella. Poco a poco, Hook había notado cómo comenzaba a confiar más en él y eso le gustaba mucho más de lo que estaba dispuesto a admitir. Bell se había ido convirtiendo en una de sus personas favoritas en el barco. Había algo en ella que lo atraía de forma irremediable y que lo hacía querer descubrir todas las luces y sombras que escondía bajo la fragilidad aparente de su naturaleza de hada. Y sabía que a la chica le ocurría algo similar o que, al menos, él no le era indiferente. Cuando estaban juntos, las mejillas de ella estaban más tiempo ruborizadas que con su tono pálido habitual y ese simple cambio le provocaba cosquillas en el corazón.

Hook nunca se había planteado enamorarse, y mucho menos después de la brutal muerte de su hermana y Tristan. Nunca había tenido tiempo para los sentimientos, y se había vuelto aún más complicado cuando su vida cambió y tuvo una tripulación y un sobrino a los que criar. Tampoco había sentido una conexión profunda a ese nivel con nadie, sin importar el género, pero sabía reconocer las señales y veía en él lo mismo que había visto en Tristan cuando se había fijado por primera vez en Emma. Hook se había dado cuenta de que cada día anhelaba con más intensidad el tiempo que pasaba en el camarote, hasta tal punto que había pasado de pisarlo únicamente para dormir y llevarle comida a Bell a llevarle más comida de la necesaria con la excusa de poder pasar tiempo con ella. Incluso a pesar de que sabía que ella no tenía las mismas necesidades básicas y que realmente no necesitaba ingerir comida para sobrevivir, pero, de aquel modo, siempre tenía un pretexto para poder acercarse al camarote sin que la chica se sintiese presionada.

Sin embargo, en aquel momento, se dio cuenta de que esa vez no llevaba comida en sus manos que excusara su presencia allí. Se maldijo internamente y se dio la vuelta de nuevo para salir del camarote y dejar a Bell tranquila, pero el susurro de las sábanas y mantas al moverse lo detuvo.

—¿Hook? —preguntó la chica con voz suave, con ese deje musical que siempre parecía caracterizarla.

El pirata se giró y la vio sentada en la cama, aún tapada con las sábanas hasta la cintura.

—No quería molestar. Ya me voy —se disculpó retrocediendo hasta la puerta.

—Es tu camarote —señaló ella, como si fuese algo evidente—. Puedes entrar cuando quieras.

—No quiero que te sientas incómoda con mi presencia.

—No lo hago.

La firmeza de las palabras de Bell y la rapidez con la que las dijo provocaron que el corazón de Hook se acelerase. No había nada que deseara más en ese momento que su confianza, y saber que ya la tenía lo hacía sentirse inmensamente poderoso.

—Puedes quedarte. Si quieres —añadió Bell tras una breve pausa, desviando la mirada.

Esas palabras fueron una declaración de intenciones y Hook asintió levemente con la cabeza antes de avanzar hasta ella. Bell se tumbó de lado en la cama, pegándose a la pared para dejarle espacio y, tras quitarse las botas, él se tumbó a su lado, quedando ambos frente a frente. Desde aquella distancia tan mínima, era capaz de ver la gran cantidad de pecas que la chica tenía repartidas por el rostro, como si fuesen las estrellas de la noche más bonita del mundo. Sus mejillas estaban ligeramente ruborizadas y sus ojos brillaban como la segunda estrella a la derecha, aquella que siempre lo había guiado. Un mechón del cabello despeinado de Bell cayó por su rostro y Hook alzó la mano, suspendiéndola en el aire delante de ella, interrogante. Cuando no expresó objeción alguna, los dedos del pirata atraparon aquel mechón y se lo colocó detrás de la oreja. Hook le acarició con delicadeza la mejilla con las yemas de los dedos y retiró la mano con cierta vergüenza. Carraspeó y puso ambas

manos debajo de su rostro para evitar la tentación de volver a tocarla.

—¿Ha venido? —preguntó la chica con voz temblorosa.

—¿Peter? —inquirió Hook con confusión.

No solo tenía la voz temblorosa, la propia Bell temblaba de pies a cabeza y sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas.

—¿Ha ve-venido? —balbuceó de nuevo, como si tuviese miedo de la respuesta.

—Eh, tranquila… No, no. No ha venido —contestó con rapidez Hook, acercándose un poco a ella para transmitirle toda la calma que él mismo no sentía—. ¿Por qué lo dices? ¿Qué ha pasado?

—Creo que me estoy volviendo loca, Hook —murmuró ella en respuesta.

Las lágrimas empezaron a caer por sus mejillas y el pirata sintió cómo su corazón se rompía en mil pedazos diminutos imposibles de volver a juntarse. Terminó de acercarse a Bell y la atrajo hasta su cuerpo hasta que ambos estuvieron enredados el uno en el otro. La cabeza de la chica encajaba a la perfección bajo la barbilla de Hook y él hundió una mano en su cabello a la vez que le rodeaba el delicado cuerpo con el otro brazo. Bell tembló y se aferró a él con fuerza, haciendo que esos pequeños fragmentos del corazón del pirata se rompieran aún más. El pánico que recorría el cuerpo de Bell era tan palpable que el propio Hook lo estaba sintiendo en cada uno de los poros de su piel. Era un pánico tan crudo que él solo podía pensar en acabar con él, aunque no supiese cómo.

Pero sí que supo dos cosas: que eso era lo único que jamás podría perdonarle a su sobrino y que haría todo lo posible por mantener a aquella chica a salvo.

A cualquier precio.

4

Curiosidad

Tic Tac siempre se había caracterizado por ser un hombre práctico.

Parecía una cualidad muy banal, pero había cierto encanto en ser práctico, en la capacidad de ser metódico a la hora de hacer las cosas. Si bien era cierto que las repeticiones podían ser aburridas, para Tic Tac eran todo lo contrario. La cadencia de las acciones creaba armonías con las que él se deleitaba, ya que significaban tener el poder de controlarlo todo. Sabía con antelación lo que iba a ocurrir: analizaba las situaciones, leía las intenciones de los que intervenían en ellas y, después, actuaba. No dejaba nada al azar y en el momento en el que algo se salía del molde que había construido para ello, ese control se tambaleaba, y si algo odiaba Tic Tac, era perder el control. Pero la diosa Tique siempre solía estar de su parte y dejar las cosas a su suerte era un concepto que él no contemplaba. Nada ocurría por casualidad, no si él estaba ahí para planearlo todo. Y era precisamente por esa razón por la que todos sus planes siempre se completaban cuando y de la forma que tocaba.

El control era una ciencia que él tenía dominada a la perfección en todos los sentidos. Su aspecto físico siempre era impecable; no había un solo cabello fuera de su sitio, ni una mota de polvo en sus brillantes zapatos italianos, ni una sola arruga en sus camisas y trajes de lujo. Ah, y su rostro. Él era consciente de lo atractivo que era, de cómo atraía todas las miradas como la más pegajosa de las mieles a las moscas, y sabía muy bien cómo usar esa belleza a su favor. Pero si de algo se sentía especialmente orgulloso respecto a su

rostro, era de su capacidad para mantenerse impasible ocurriese lo que ocurriese. Era cierto que contaba con la ventaja de no sentir las emociones igual que el resto de los mortales que lo rodeaban, pero incluso si las hubiese sentido, él sabía que tendría un dominio absoluto sobre ellas, como lo tenía de todas las partes de su propia esencia. Todo se basaba en el control.

No podía pensar en ninguna ocasión en la que le gustase perder ese control, ni siquiera en el ámbito más físico. Le gustaba dominar, se recreaba en la sensación de placer que el poder le proporcionaba y no dejaba nada al azar. No repetía las cosas dos veces, no tenía miramientos y no le importaba el dolor que pudiese infligir a la otra persona. Su control era suyo y arrasaba con todo sin dejar títere con cabeza. Y, por esa razón, la variable de tener a aquella chica en su edificio había hecho que su control se tambalease.

No había contado con que Bell —o Wendy o como cojones quisiese llamarse— aceptase su ofrecimiento y lo siguiese. La muy estúpida quizá habría pensado que esa oferta salía de la bondad de su cálido corazón, pero no podía estar más equivocada.

De nuevo, nada de azares. Solo control y un nuevo plan en marcha.

Tic Tac entró en su despacho y vio a la chica sentada en la silla delante de su escritorio. Hizo un gesto y el guardia que la custodiaba salió cerrando la puerta. Él no avanzó, se quedó ahí, observando. La gente subestimaba a menudo el gran poder que tenía la observación. Simplemente mirar a alguien durante dos minutos con la máxima atención podía decirte todo lo que querías saber de esa persona. Y aquella chica no era la excepción. Incluso diría que era precisamente el ejemplo más claro de que con un vistazo podías saberlo todo de alguien. Era la persona más transparente que había visto en mucho tiempo, y aún seguía sin entender cómo aquellos piratas simplones no se habían dado cuenta de quién era en realidad. Pero, de nuevo, no todos tenían su capacidad para analizar el mundo, supuso.

Desde la puerta, observó cómo se tensaba al sentir su presencia detrás de ella. Tuvo que reconocerle que no tembló en ningún momento, pero el miedo que corría por los poros de su piel era tan

palpable que Tic Tac cerró los ojos e inspiró profundamente, saboreándolo. Si algo le gustaba de aquella chica, era la fachada de dureza que intentaba mantener a toda costa. Era muy probable que no hubiese olores a orina ni lágrimas de pánico recorriendo sus mejillas como sí había pasado con aquel inútil de Justin Davies, pero ocurría algo mucho más interesante: la actitud desafiante. Era lo que la hacía irremediablemente estúpida, pero también indudablemente cautivadora. A él le llamaban la atención muy pocas cosas en este mundo, pero tenía la firme intuición de que aquella chica haría que se divirtiese.

Comenzó a andar despacio hacia el escritorio, escuchando cómo la respiración de la chica se entrecortaba con cada paso que daba. Avanzó hasta detenerse justo a su espalda y, con un dedo, apartó el pelo castaño y se acercó a su oreja.

—¿Me has echado de menos?

La chica se estremeció y tragó saliva de forma audible; él sonrió mientras se apartaba de ella y rodeaba el escritorio hasta sentarse en su sillón, con un brazo apoyado en el reposabrazos y los dedos de la mano contra la boca, para observarla aburrido. Frente a frente, sus ojos se concentraron en escanear cada mínimo detalle de su rostro, absorbiendo toda la información posible, desde sus mejillas encendidas y los ojos brillantes y rebosantes de furia hasta los labios entreabiertos y el pulso latente de su cuello. Su sonrisa se ensanchó al tiempo que la mirada de ella se endurecía y lo fulminaba, lo que alimentó aún más su diversión.

—Dime, ¿cómo prefieres que te llame? ¿Wendy o Bell? Aunque creo que ni tú misma sabes cuál es la diferencia entre las dos a estas alturas —comentó con cierto deje de desdén en la voz.

—Sé perfectamente quién soy.

—¿Ah, sí?

—Sí. El que no tiene ni puta idea eres tú.

—Y, dime, ¿quién soy yo?

El cambio fue sutil, pero pudo detectarlo. Los ojos de la chica refulgieron durante una milésima de segundo antes de que el miedo hiciese aparición y él ocultó su sutil sonrisa tras los dedos. Lo temía y hacía bien. Quizá no fuese tan estúpida como había pensado. La

miró, interrogante, y ella se recostó en el respaldo de la silla a la vez que se cruzaba de brazos. Él había visto ese gesto en incontables ocasiones y siempre pretendía infundir alguna falsa sensación de protección ante la persona que estaba enfrente, pero sabía que la chica se sentía de todo menos protegida en ese momento.

—No sé, dímelo tú —replicó, y él supo que tenía unas ganas irrefrenables de chasquear la lengua con desdén, pero que se estaba conteniendo porque el miedo aún seguía activando el poco instinto de supervivencia que parecía tener.

—Ya te dije cómo puedes llamarme. Que a ti te acojone hacerlo no quiere decir que no sepas quién soy. O, al menos, cómo me llamo. —Tic Tac se apoyó sobre el escritorio y miró fijamente a la chica—. Pero para lo que estás aquí, no necesitas saber nada más. Al menos de momento.

—Hablando de eso, ¿qué se supone que hago aquí?

—Ser útil. Y, a cambio, yo valoraré esa utilidad.

—Porque supongo que lo de serme útil tú a mí…

—Yo no tengo que serle útil a nadie, no te confundas. No estás aquí por un acto de bondad por mi parte, estás aquí porque me sirves. Así que yo que tú me conformaría y actuaría como tal. No me gustan los inútiles.

Tic Tac se echó para atrás de nuevo y se levantó para ir a por su *whisky* escocés. Se sirvió un vaso y volvió a su sitio, sin ofrecerle ninguno a la chica. No era un hombre al que le diese por compartir.

—Si te digo la verdad, no te ofrecí venir hasta aquí esperando una respuesta afirmativa —continuó Tic Tac—. Pero al menos has demostrado que tienes un ápice de inteligencia en esa cabeza hueca.

—Si pretendes que te sea de utilidad, insultándome no vas por buen camino —comentó la chica con un deje de indignación en la voz.

—Y si tú pretendes que eso me importe, no puedes estar más equivocada —repuso Tic Tac—. No pienses ni por un segundo que voy a tener miramientos contigo si te pasas de insolente. No soy un hombre piadoso. En el momento en que dejes de serme útil, no me temblará el pulso.

Los ojos de la chica refulgieron de rabia de nuevo, pero contuvo su lengua y ninguna contestación salió de su boca. Tic Tac sonrió internamente, complacido, y se terminó el *whisky* de un trago.

—Me alegro de que lo hayas entendido. Ahora, te lo volveré a preguntar. ¿Cómo te llamo: Bell o Wendy?

Tic Tac recondujo la conversación para poder llegar al asunto que se traía entre manos. No le gustaba perder el tiempo.

—Bell —contestó la chica. La duda presente en el temblor de su voz, pero hizo todo lo posible por mantenerse firme ante sus ojos—. Soy Bell.

—Si tú lo dices, no voy a ser yo quien te lleve la contraria. Supongo que es más fácil autoconvencerte de ser una persona que no eres a creer con firmeza que la persona que eres en realidad merece la pena.

La chica entreabrió los labios dispuesta a contestar, pero la mirada que Tic Tac le dirigió fue suficiente para que cerrase la boca. Aún no había empezado a perder la paciencia, pero no tardaría en hacerlo, por mucho que aquella actitud desafiante lo divirtiese.

—Primera pregunta: ¿cuánto tiempo lleváis aquí?

Tic Tac comenzó a repasar su lista mental. Tenía muchas preguntas, pero sabía que no podía hacerlas todas a la vez. Era desconfiada y, a pesar de esa protección que parecía desear desesperadamente, él sabía que había ido hasta allí movida más por la curiosidad que por su seguridad. Los mortales eran curiosos por naturaleza y, por mucho que ella se empeñase en identificarse como hada, todo aquello que la hacía humana siempre estaba expuesto como las cartas al final de una partida de póker. Esos detalles —la curiosidad irrefrenable, las dudas, el miedo— eran justo los que harían que le proporcionase toda la información que él estaba buscando, incluso sin que ella fuese consciente.

—No lo sé.

—Ay, Bell, esto no va a funcionar si empiezas mintiendo. El tiempo corre y no tengo ningún interés en perderlo. No te lo voy a volver a preguntar. —Tic Tac no dejó que la diversión que sentía por dentro se externalizase y adquirió un semblante serio a fin de intimidar a la chica—. Contesta.

—Te lo acabo de decir, imbécil. No sé cuánto tiempo llevamos en esta ciudad de mierda. Ni siquiera sé cómo hemos llegado aquí, como para saber cuánto tiempo llevamos encerrados en este agujero.

Ding, ding, ding. Primera píldora.

Él ya había intuido que ni ella ni aquellos piratas tenían la mínima idea de lo que estaban haciendo en su ciudad. No había otra forma de explicar lo estúpidos que habían sido pretendiendo investigar Dark Times bajo sus narices sin temor a que él interviniera. Él sabía perfectamente por qué habían llegado a la ciudad, pero no podía revelar sus cartas tan rápido. Todo tenía su momento.

—Segunda pregunta: ¿qué sabéis sobre la muerte de la señora Green?

Vio cómo el semblante de la chica cambiaba; se tensó y luego una sombra de tristeza se reflejó en sus ojos, como si la sola mención de aquella mujer la apenara. Él sabía que había trabajado en la cafetería de la fundadora, pero no pensaba que realmente hubiese un vínculo afectivo entre ambas. La muerte de la señora Green —y la de la señora Edwards— aún seguían dando vueltas en su cabeza. Por supuesto, había salido ganando y, ante la ausencia de Layla Chambers, ahora él ostentaba todo el poder de la ciudad al haber cogido las riendas del gobierno. Una pequeña firma falsificada de Layla y, de repente, todo se lo cedían a él. Ese objetivo se había cumplido mucho antes de lo que él había imaginado, y aunque no se quejaba, había algo en todo aquello que hacía que saltaran todas las alarmas en su cabeza. La muerte de Patrick Chambers había sido la primera de los fundadores y, sorprendentemente, era la única que él había llevado a cabo. Alguien se le había adelantado con las otras dos y no le gustaba no saber quién.

—Murió de un infarto.

—Que me digas lo que ya sé no es ser de utilidad, Bell.

—¿Y qué quieres que te diga si es lo único que sé?

—Quizá es lo que sabes, pero no lo que sospechas.

—No sospecho nada.

—Que me tomes por estúpido no hace maravillas por tu seguridad.

—¡Que no sospecho nada! Fue muerte natural.

—¿Sabes lo que les hago a los mentirosos?

—¡No te estoy mintiendo!

—Me gusta recrearme con ellos. Elegir un arma letal, pero deleitarme en su pánico previo, ¿sabes?

—¡Es la verdad!

—El cañón de la pistola apoyado contra su frente.

—¡No sé qué pretendes que te diga!

—Apuesto a que estarías increíble de rodillas con una pistola entre los ojos. Seguro que sería una estampa preciosa.

—¡Sospecho de ti! ¡¿Eso es lo que querías que dijera?!

El silencio siguió a los gritos de Bell y la calma volvió a reinar en la habitación. La respiración agitada de la chica era lo único que se escuchaba y Tic Tac sonrió complacido. Él sabía perfectamente cuáles eran las sospechas de Bell, pero necesitaba ver su lenguaje corporal al admitirlo. Como siempre, el miedo estaba presente, pero en esa ocasión encontró algo más: la duda. No estaba tan segura de su implicación en la muerte de la señora Green como le gustaría y era evidente lo mucho que la cabreaba que sus sospechas no tuviesen una base sólida. Él había averiguado muchas cosas sobre aquel trío y sus investigaciones y, al final, todo se reducía al mismo denominador común: él. O, al menos, las sospechas y la obsesión que sentía Bell hacia él. No sabía muy bien por qué, pero la chica parecía estar dispuesta incluso a inventarse muertos que cargarle con tal de probar que tenía razón y que él estaba detrás de todo lo sucedido. Y esa era otra de las razones por las que estaba tan interesado en ella. Le daba la sensación de que sabía mucho más de lo que dejaba entrever, que sabía cosas que quizá ni siquiera los piratas conocían. Y cosas que le interesaban a él, por supuesto.

—Ya vas entendiendo cómo funciona esto, muy bien —comentó Tic Tac como quien le da un caramelo a un niño cuando se porta bien. La condescendencia goteó de sus palabras y supo que Bell era plenamente consciente de ella, pero la chica eligió sabiamente no hacer ningún apunte. Estaba aprendiendo a cómo sobrevivir con él de por medio, lo que le añadía un puntito de emoción al asunto. Ya todo se reducía a esperar al momento en el que ese instinto de

supervivencia se apagase y Tic Tac aplastase esa esencia de hada con sus zapatos italianos—. Y, dime, ¿por qué crees que yo he tenido algo que ver?

—¿Cómo que *por qué*? Estás literalmente en todas partes. ¿De quién cojones iba a sospechar si no?

—He de confesar que me siento halagado —replicó él, y pudo ver la confusión reflejada en los ojos de la chica—. Pero, desgraciadamente, alguien se me adelantó. Ha acelerado mis planes en cierto sentido, no te voy a engañar, pero esas muertes tenían que haber sido mías igual que la de Chambers, y las he perdido. Eso no me gusta, Bell, y creo que ya te puedes imaginar que no gestiono bien que las cosas no vayan como me gusta.

—¿Por qué me estás dando tantos detalles de lo que tenías planeado?

—Como si fueras a salir corriendo con la información a alguna parte.

—¿Y tú qué sabes?

Tic Tac volvió a sonreír y se inclinó de nuevo sobre el escritorio mirando fijamente a la chica a los ojos. La confusión aún bailaba en sus iris, rodeada del miedo y de ese fuego que tanto la caracterizaba. Tic Tac se vio reflejado en aquellos ojos que lo miraban con ese toque de desafío y se deleitó en cómo temblaba de pies a cabeza combatiendo su instinto de supervivencia con tal de no ser la primera en apartar la mirada.

—Sé muchas cosas, más de las que puedas imaginarte —empezó a decir con voz pausada, con la intención de que cada una de las palabras que pronunciara se metiesen bajo la piel de la chica hasta clavarse en lo más profundo de su ser—. Pero sobre todo sé que te puede la curiosidad. Sé que no vas a irte, por mucho que estés deseando hacerlo. —Tic Tac se levantó de su silla y rodeó el escritorio hasta situarse detrás de Bell. Retiró su cabello una vez más y acercó la boca a su oreja, exhalando. Cuando el escalofrío terminó de recorrer el cuerpo de la chica, continuó—: Y también sé que harás lo que sea por descubrir quién soy. Quédate a mi lado y quizá te acerques un poquito más a la verdad. Huye y vivirás en la incertidumbre para siempre. Tú eliges. —Tic Tac se alejó de la chica

y caminó hasta la puerta del despacho. Abrió la puerta de un tirón, plenamente convencido de que no huiría—. Uno de mis hombres te indicará dónde puedes quedarte. Esa habitación será tuya, pero tengo que advertirte algo y solo lo diré una vez: es el único sitio que puedes considerar seguro aquí. No intentes salir de ahí y saciar tu curiosidad paseándote por mi edificio. Pasará lo que ocurre con el hielo: al principio es inofensivo, pero, si te descuidas, puedes quemarte. No busques respuestas para las que todavía no estás preparada. No va a gustarte lo que descubras. —Hizo una pausa para sonreír al escuchar la silla moverse contra el suelo y, finalmente, añadió—: Buenas noches, Bell. Bienvenida a Lit Hell.

5
Limbo

Hook se sentía en el limbo. Sentía que estaba a medio camino entre estar vivo y estar muerto, sin saber muy bien cómo era eso posible.

Llevaba horas sentado en el sofá, observando aquella pizarra llena de teorías con la mente completamente en blanco. Sentía tantas emociones a la vez, que hacía horas que había dejado de intentar dilucidar qué era lo que sentía exactamente. La preocupación se mezclaba con la confusión y la ira, y todas esas emociones estaban bañadas por una más potente: el miedo.

Hook no había sido nunca de esas personas que sentía miedo fácilmente, pero sí era muy propenso a sentirlo cuando implicaba a aquellos que le importaban. Sintió miedo cuando sus padres murieron, cuando asesinaron a su hermana y a su cuñado y, sobre todo, cuando fue consciente de que su sobrino se quedaba a su cargo. Pero ese miedo había pasado a ser insignificante en comparación con el pánico que llevaba experimentando desde el primer momento en el que Bell entró en su vida.

Aunque enamorarse nunca había entrado en sus planes, desde el segundo que posó sus ojos en Bell, el amor llegó unido al miedo. Pero era mucho más que eso; era un pánico paralizante ante cualquier cosa relacionada con ella: cada vez que aceleraba de más con la moto; cada vez que se arriesgaba con tal de encontrar la respuesta a algo que le rondaba la cabeza; cada vez que la veía retorcerse por los dolores de cabeza; cada segundo en ese puto barco a la expectativa de la nueva aparición de su sobrino, sin saber si aquella ocasión sería la definitiva y no la volvería a ver; cada vez

que un cliente borracho se acercaba a ella más de la cuenta y él no sabía si podría llegar a tiempo… Todas y cada una de las veces que no tenía a Bell a su lado, el pánico hacía acto de presencia y su cabeza no paraba de imaginarse todos los escenarios posibles en los que ella no volvía a su lado. Todos los putos escenarios. Incluso sabiendo que no necesitaba que nadie la protegiese, que eran ellos los que la necesitaban a ella, no podía controlar el pánico que surcaba sus venas como un barco en un mar embravecido, y mucho menos cómo se apoderaba de su mente y de su corazón de esa forma tan aplastante.

Y eso era lo que llevaba sintiendo desde que había desaparecido, desde el preciso instante en el que había tomado la maldita decisión de ir al bar y comenzar los preparativos de apertura.

Él había decidido irse, él había decidido abandonarla y él, solo él, había provocado su desaparición.

Bell llevaba desaparecida exactamente tres horas, doce minutos y seis segundos, y contando. El reloj no paraba de correr, midiendo el tiempo exacto que llevaba sintiendo ese pánico desmedido recorriéndole las venas. Sabía hasta los segundos que llevaba sin conocer su paradero porque había revisado las grabaciones de seguridad del piso más veces de las que podía contar.

Sus alarmas habían saltado en cuanto Bell no había aparecido por el bar a la hora de siempre. Sabiendo lo fuertes que se habían vuelto los dolores de cabeza en los últimos días, decidió esperar un margen de tiempo y mandó a Smith a ocuparse de la sala principal del bar, cerrando la privada. Ambos enviaron un mensaje de texto a Bell para preguntarle si estaba bien, pero no obtuvieron respuesta. Apenas habían pasado treinta minutos desde la apertura del bar cuando Hook decidió mandarlo todo a la mierda e ir a buscarla. Había esperado encontrársela tumbada en la cama hecha una pequeña bola y con la habitación a oscuras, pero se llevó toda una sorpresa cuando entró al piso revuelto y con la puerta del dormitorio principal abierta de par en par, dejando ver la brillante luz que salía de él, ya que todas las luces estaban encendidas. No tuvo ni que acercarse a la habitación para saber que algo iba mal, y el pánico terminó de dominar cada partícula de su cuerpo cuando se dio

cuenta de que no encontraría a Bell en el piso. Había corrido de nuevo al bar y había echado a todo el mundo con ayuda de Smith, para ir al piso a investigar qué cojones había pasado.

Sin embargo, ninguno de los dos encontró respuesta. Tras revisar las grabaciones de seguridad, supieron la hora exacta a la que Bell había desaparecido porque justo en ese preciso instante todas las cámaras habían perdido señal y solo se veía una imagen oscura y ondeante. Después de unos minutos, volvían a la normalidad y mostraban las imágenes del piso todo revuelto. Y a Hook lo estaba matando lentamente no saber qué había ocurrido.

La puerta del piso se abrió bruscamente y Smith entró dando pisotones. Cerró la puerta con fuerza y se acercó a su amigo, aunque no se sentó con él. El peliblanco no parecía capaz de estarse quieto. Hook lo miró, pero ni siquiera hizo el esfuerzo de decir nada. El pánico no le dejaba ni siquiera pedirle a su amigo que parase de deambular.

—Nada. No he encontrado nada —se lamentó Smith mientras se revolvía el pelo ya despeinado.

El peliblanco había salido escopetado con su coche a dar vueltas por los alrededores en busca de Bell, desesperado por encontrar a su amiga, pero había vuelto con las manos vacías. Hook ya se había imaginado que no la encontraría, pues las alteraciones en las grabaciones evidenciaban que aquello no era un secuestro cualquiera. Había magia de por medio y ambos sabían de quién provenía.

—No es posible que se haya esfumado así sin más. Alguna pista tenemos que encontrar —añadió el peliblanco, sentándose finalmente al lado de su amigo.

—Los dos sabemos por qué no vamos a encontrar nada. Y también que es perfectamente posible que se haya esfumado sin más —repuso Hook con la voz cargada de resignación.

Aunque en su fuero interno había sabido quién estaba implicado desde el momento en que vio las grabaciones, aún tenía cierta esperanza en su corazón que le indicaba que no era así, que algo más había ocurrido, que no tenía nada que ver con lo que él estaba pensando. Pero cada vez era más difícil creerse esa mentira piadosa.

—Es imposible, Hook. ¿Cómo ha podido entrar? El sistema está configurado para que solo podamos nosotros tres —insistió Smith cruzándose de brazos, empeñado en aferrarse a esa pequeña chispa de esperanza que anidaba en lo más profundo del corazón de Hook.

—No lo sé, pero no es imposible y lo sabes. Yo también quiero tener esperanza, pero deja de engañarte a ti mismo y asume lo que está pasando y quién está implicado de verdad de una puñetera vez —replicó bruscamente Hook.

—Aunque ese fuera el caso, sigue sin haber una explicación lógica, joder. Por mucha magia que haya de por medio y por mucho poder que tenga, ¿cómo ha podido tener tanta puntería para cargarse las putas grabaciones en el segundo exacto? Peter puede ser muchas cosas, pero no es tan metódico, nunca lo ha sido.

Las palabras de Smith sacudieron a Hook con fuerza e, incluso en medio de su desazón, tuvo que admitir que había algo de verdad en lo que decía su amigo.

Peter Pan adoraba generar miedo, provocar terror en las personas hasta que no pudieran siquiera moverse, pero jamás había sido capaz de controlar la magia que poseía. Y Hook dudaba mucho que, justo en ese momento, cuando había vuelto de repente y había recuperado su poder, hubiese sido capaz de cambiar ese descontrol. Peter nunca se había esforzado en aprender a controlar su magia, y ser capaz de destruir tan solo un intervalo de tiempo sin eliminar el resto de las grabaciones requería muchísimo control y, sobre todo, mucha destreza. Dos cosas de las que su sobrino carecía.

—No lo sé, Smith. No lo sé… —concedió Hook con voz cansada.

El peliblanco lo miró y la preocupación por su amigo se reflejó en su rostro. Relajó sus facciones en un intento por no transmitirle la desesperación que sentía, pero no era tan tonto y Hook lo conocía demasiado bien.

—No me digas que todo va a salir bien y la vamos a encontrar pronto porque es lo que menos necesito escuchar ahora mismo, por favor —se adelantó antes de que Smith pudiese abrir la boca, apartando la mirada y posándola en la pizarra.

El peliblanco asintió en respuesta y le puso una mano en la pierna. Le dio un apretón cariñoso y lo miró de forma intensa hasta

que su amigo por fin se volvió hacia él.

—No sé cómo cojones vamos a encontrarla, ni cuándo lo haremos, ni si todo saldrá bien. Pero sí sé que vamos a hacer todo lo posible y eso es algo que necesitas que te diga aunque en este momento creas que no quieres escucharlo —dijo Smith con firmeza.

—Yo no estaría tan seguro…

—Como si fueses a dejar esto correr tratándose de ella.

—No he dicho eso. Pero no sabemos ni por dónde empezar y, ahora mismo, mi cerebro no está colaborando. Estoy acojonado, Smith. Sé que no nos necesita para sobrevivir y que ella sola puede con todo lo que le pongan por delante, pero no saber dónde está me mata. No sé si necesita ayuda, si aún tiene dolor de cabeza, no sé absolutamente nada y en lo único que puedo pensar es que no voy a saberlo en los próximos minutos y eso me está quemando por dentro.

Smith asintió levemente con la cabeza.

Hook nunca había sido muy dado a expresar sus sentimientos, pero, en ese momento, lo único en lo que el capitán pirata podía pensar era en que sus emociones lo desbordaban y que era eso precisamente lo que no los ayudaba a encontrar a la chica.

—Y es normal, Hook. Si a mí me está matando la preocupación y la desesperación, no quiero ni imaginarme cómo tienes que estar tú. Pero, como diría Bell, nos vamos a dar unos segundos para regodearnos en esa negatividad y, después, sudaremos de ella y nos pondremos manos a la obra. Ella nos hubiese dado ya cinco collejas a cada uno si llega a ver lo hundidos en la mierda que estamos. Así que diez segundos. Después, nos ponemos a investigar, que es lo que mejor se nos da. Uno —empezó Smith. Hook lo miró cansado y se cruzó de brazos—. Dos.

Sabía que su amigo tenía razón, pero también sabía que el pánico era incontrolable y que no habría manera de hacer que desapareciese, por mucho que se quisiera centrar en buscar pistas que lo llevaran hasta su reina.

—Tres —siguió el peliblanco.

¿Dónde estaría?

—Cuatro.

¿De verdad había sido tan fácil para Peter encontrarla?

—Cinco.

¿Qué habían hecho mal? Él ya sabía que era su culpa, pero quizá había algo más que no habían tenido en cuenta y había provocado todo aquello.

—Seis.

¿Y si el sistema no era tan infalible como pensaban? ¿Y si habría sido mejor que Bell hubiese usado la magia de las hadas para añadir protección adicional?

—Siete.

¿Estaría herida? Seguro que sería más bien al contrario y el mal parado habría sido Peter, pero no podía evitar pensar en si estaría bien.

—Ocho.

Algo le decía que ella estaba bien, pero ya no tenía claro que pudiese fiarse de sus instintos.

—Nueve.

Las dudas recorrían sus venas como un veneno, quemando todo a su paso. Sentía que el corazón le ardía en llamas de la rabia y la impotencia, que su alma gritaba sintiendo la pérdida de su reina.

—Diez. Se acabó.

Hook salió del trance en el que lo habían sumido sus pensamientos y miró a su amigo, que se levantó y comenzó a dar vueltas por el salón, recogiendo las cosas que había tiradas por el suelo y devolviéndolas a su sitio.

—Primero, vamos a poner un poco de orden aquí. Eres un maniático y sé que hasta que todo esto no esté en su sitio, no vas a ser capaz de ponerte a pensar en nada más. Además, creo que la limpieza te vendrá bien. Vamos —lo animó el peliblanco.

Hook se levantó y actuó por inercia, haciendo caso a lo que decía su amigo, pero sin saber muy bien cómo su cuerpo era capaz de moverse. Activó un piloto automático interno y ayudó a Smith a ordenar aquel caos en el que estaba sumido el piso. Recogió papeles, devolvió cojines a su sitio, enderezó sillas y barrió cristales rotos. Las acciones tan mecánicas lo ayudaban a poner en orden sus

pensamientos, pero el corazón tenía vida propia y la culpabilidad que sentía allí seguía latiendo de forma constante.

Una vez ordenaron el salón, Smith se acercó al dormitorio para apagar la luz y volvió al salón con el famoso libro procedente de Nunca Jamás en la mano.

—Estaba tirado en la cama —comentó dejándolo encima del sofá —. Peter no debió de verlo o, al menos, no parece que fuese su objetivo.

Hook asintió, pero no hizo ningún amago de cogerlo. Sabía que aún había muchas respuestas escondidas entre aquellas páginas, pero no eran su prioridad en ese momento.

—Bien, por lo poco que sabemos y lo mucho que podemos teorizar, vamos a asumir que efectivamente ha sido Peter quien se ha llevado a Bell o, al menos, quien ha provocado su desaparición, porque no tengo yo muy claro que se la haya «llevado» con lo controlada que tiene su magia la mami en comparación con Peter —dijo Smith, paseando de un lado para otro delante del sofá—. Ahora bien, la gran pregunta: ¿cómo ha podido entrar en el piso? Y, sí, evidentemente la otra gran pregunta es dónde está Bell, pero, para poder llegar a eso, creo que hay que intentar averiguar primero cómo ha entrado ese sociópata, porque si ya lo ha hecho una vez, nada nos garantiza que no vuelva a ocurrir lo mismo cuando traigamos a Bell de vuelta a casa.

—Algo ha tenido que hacer con su magia —replicó Hook.

—O no.

—¿Cómo que «o no»?

—Recuérdame cómo funciona este sistema que has montado.

—Antes funcionaba simplemente como un sistema de seguridad normal y detectaba presencias corpóreas. Por eso creímos que las primeras dos veces Peter pudo colarse sin ser detectado usando su forma incorpórea. Luego lo cambié y añadí un sistema de seguridad por calor corporal, añadiendo únicamente los nuestros, de modo que solo nosotros fuésemos capaces de entrar sin activar el sistema de alarma.

—Que provocaba unas quemaduras superchungas y todo el tema, sí.

—Eso es. Así que, en teoría, no debería haber habido ninguna posibilidad de que entrase; al menos, no sin quemarse. Tampoco se ve cómo entra en las cámaras, así que no podemos saber realmente si sufrió algún tipo de daño.

—Pero si hubiese activado el sistema, nos habría llegado algún aviso al móvil, ¿no?

—Teóricamente, sí.

—Entonces, podemos asegurar que no activó la alarma. Así que, una de dos, o él mismo desactivó el sistema antes de entrar, ya que siempre está activo incluso si estamos dentro, o lo manipuló con su magia para que no saltase. Si solo hay tres calores corporales registrados, no se me ocurre otra posibilidad.

Hook reflexionó un momento, su mente trabajando a toda velocidad. No sabía si era posible, pero quizá la conexión iba por otro lado…

—Espera un momento. ¿Y si el sistema hubiese detectado su calor corporal como uno de los nuestros?

—Pero eso es imposible, ¿no?

—En teoría, pero es un sistema desarrollado por los mortales, al final está pensado para ellos y puede fallar, ninguna de las tecnologías que hemos conocido desde que estamos aquí es infalible.

—¿Crees que puede haber algún fallo en el sistema que lo haya reconocido como a uno de nosotros?

—Creo que eso es justo lo que ha pasado. Creo que lo ha reconocido como si fuese yo.

Smith miró a su amigo con la boca entreabierta y se rascó la cabeza, pensativo.

—En realidad, no sería descabellado. Si lo pensamos con lógica y naturalmente hablando, vuestro calor corporal debe de parecerse de alguna manera. No debería ser así porque cada persona tiene un calor corporal distinto, pero es cierto que vosotros dos tenéis algo que el resto no tiene: una conexión con Nunca Jamás. Además, compartís la misma sangre, así que quizá por eso el sistema no lo ha detectado: lo ha considerado alguien familiar porque vuestra genética tiene mucho en común.

—Si lo hubiese detectado, el aviso del sistema no hubiese sido silencioso y Bell lo hubiese escuchado estando en el piso. Y quiero creer que nos hubiese avisado de alguna manera —añadió Hook, tras meditar lo que había deducido su amigo.

—Entonces, asumiendo que así es como ha entrado, tenemos que buscar una manera de modificar el sistema para que no pueda volver a hacerlo. No sabemos si conoce la existencia del libro, pero sí que ese libro solo te responde a ti y que no se activó hasta que tu sangre lo tocó, por lo que no sería desacertado pensar que podría responder también a Peter.

Hook asintió y se levantó a por su portátil. Volvió al sofá y comenzó a investigar cómo reforzar el sistema de seguridad de nuevo para mantener fuera del piso a su sobrino.

—También te digo, esto nos plantea otra pregunta: ¿esta vez tenía forma corpórea? Porque si asumimos que entró porque el sistema lo reconoció como si fueses tú y teniendo en cuenta nuestro último encuentro con él en la biblioteca…

—No estamos seguros de que fuese él.

—A estas alturas, diría que no hay muchas posibilidades de que nos equivoquemos si lo asumimos —replicó Smith ladeando la cabeza—. Entonces, asumiendo que sí era él en la biblioteca, no parecía ser una sombra. O, al menos, no se movía como una. Su comportamiento se acercaba más al de un ente corpóreo, así que creo que tampoco estaríamos locos si asumimos que, efectivamente, ha dejado de ser una sombra.

—Lo cual no es nada tranquilizador. No sé qué es peor: un Peter incorpóreo o uno que no lo es.

—Creo que da igual cuál sea peor, nos va a dar por culo de todos modos.

Hook reprimió una sonrisa. No consideraba que se mereciese sentir diversión en aquel momento —y tampoco en un futuro cercano—, pero sabía que Smith siempre dejaba caer esas ocurrencias para destensar el ambiente y arrojar algo de luz entre tantas dudas y oscuridad, y en el fondo, no podía agradecérselo más, aunque no tenía pensado decírselo porque, si no, no habría quién lo aguantara. Sin embargo, Smith tenía razón. No importaba

qué aspecto tuviese Peter: era peligroso de cualquier forma. El atisbo de sonrisa se borró de la cara de Hook en cuanto lo recordó, porque la verdad era que muchas veces tendía a olvidar de lo que era capaz su sobrino… o su corazón elegía hacerlo para preservar parte del cariño que aún sentía hacia él.

—Lo que me tiene dudando es que todo apunta a que la mami se fue por voluntad propia, pero eso no me encaja. Al menos, sé que no se iría voluntariamente con Peter Pan, eso desde luego —continuó reflexionando Smith.

—A menos que la amenazara de alguna manera. Peter sabe muy bien qué tiene que decirle para asustarla.

—Pero seguimos hablando de Bell, Hook. No es la Bell que Peter conocía. No se iría con él sin pelear. Y la habitación está intacta.

—La magia no tiene por qué dejar un caos físico detrás de ella.

—Ni tú mismo te crees eso.

Hook chasqueó la lengua.

De nuevo, Smith tenía razón. Había un caos inherente a la magia que no podía explicarse, pero que era lo único que no cambiaba nunca, independientemente de la naturaleza de la misma. Ya fuese pura como la de las hadas u oscura como la que tenía Peter en su interior, la magia siempre era sinónimo de caos y mucho más si aquel que la manipulaba era caótico, como Peter. No había nada más caótico que un niño.

—Creo que Peter directamente utilizó la magia para llevársela, Smith. A veces, no hace falta buscarle una explicación enrevesada a todo. La respuesta más sencilla en ocasiones suele ser la correcta.

—Puede ser. Quizá también usó su propia magia para borrar todo rastro de forcejeo que hubiese podido haber en la habitación. O quizá… Sigue sin encajarme, pero sé que Bell haría cualquier cosa por ti…

—¿A qué te refieres?

—Que creo que Bell solo se iría con él sin oponer resistencia si te hubiese amenazado directamente a ti.

Hook encajó las palabras de su amigo como pudo, pero la culpabilidad que su corazón sentía redobló sus esfuerzos por salir de esa jaula y se extendió por todo su cuerpo. Solo pensar que había

una mínima posibilidad de que Bell se hubiese ido voluntariamente con su sobrino para protegerlo a él le hacía sentir físicamente enfermo. No podría soportar que algo le ocurriese a la chica solo por intentar protegerlo. Era algo que no podía tolerar en absoluto.

—Eh, ¡Hook!

La voz de Smith le sonó muy lejana. Se había perdido tanto en sus pensamientos que había olvidado que no estaba solo, por mucho que pensase que la soledad era su única compañía en ese momento. Su mente iba a ciento cincuenta kilómetros por hora, con las palabras de Smith aún resonando en su cabeza.

—¿Por qué la amenazaría con eso? ¿Qué interés puede tener Peter en mí? —preguntó por fin tras unos minutos en silencio.

—En este caso, creo que no tiene ningún interés en ti. Creo que simplemente has sido el cebo con el que ha podido atraparla por fin. Pero eso no quiere decir que sea tu culpa.

—Sí teng…

—No —lo cortó su amigo. Se colocó delante de él y lo agarró de los hombros para obligarle a mirarlo a los ojos—. Tendría que habérmelo imaginado… No es tu culpa, Hook. No lo es. Esto es solo culpa de Peter, de nadie más. Y mucho menos tuya.

—Smith, es que sí lo es…

—¡No! No podíamos prever que esto iba a ocurrir. Todos sabíamos que venía a por ella, pero ninguno podría haber anticipado cómo o cuándo iba a pasar, ni siquiera tú. Por mucho capitán pirata que seas y mucho quieras protegernos a todos, no eres adivino, Hook.

—Yo estaba aquí. Elegí irme —murmuró el pirata en respuesta.

Las lágrimas que llevaba conteniendo durante toda la noche se acumularon en sus ojos y miró a su amigo. La pena y la compasión se reflejaron en la mirada de Smith cuando suspiró.

—Eso no tiene nada que ver. Vete tú a saber lo que habría ocurrido si hubieses llegado a quedarte. Quizá sí te hubiese hecho daño de verdad con tal de impedirte que ayudaras a Bell. Él solo tenía un objetivo cuando vino aquí, Hook, y no iba a parar hasta conseguirlo. Que te autoculpes no va a hacer que sea menos real.

—Si no me hubiese ido…

—¡Quizá estarías muerto! —gritó Smith con desesperación. Cerró los ojos con fuerza durante un segundo para calmarse y volvió a mirar a su amigo—. Hook, quizá no estaríamos teniendo esta puta conversación ahora mismo. De verdad, no vale la pena que te culpes a ti mismo por toda esta situación cuando no podemos hacer más que conjeturas. Sé que es tu naturaleza protectora y toda esa mierda, pero no. *Ahora* no. Te necesito cuerdo y funcional, no siendo un alma en pena que arrastra sus cadenas por el mundo.

Hook permaneció en silencio, recibiendo cada bofetada verbal de su amigo con entereza. Si algo apreciaba de Smith era que sabía perfectamente cuándo tenía que ponerse serio y, especialmente, cuándo tenía que ser duro con Hook para que las palabras acertasen y reaccionase.

—Escúchame bien, Hook —continuó Smith, poniéndose en cuclillas hasta estar a la misma altura que su amigo, que seguía sentado en el sofá en la misma posición desde hacía demasiado tiempo—. No voy a permitir que te eches la culpa por nada que haya hecho ese sociópata. Te lo dije una vez en el barco, te lo repetí aquí cuando me dijiste todo y te lo vuelvo a decir: no eres el culpable de que Peter Pan esté mal de la cabeza. No eres culpable más que de haber cuidado a un niño cuando más lo necesitaba y haber estado ahí para él cuando sus padres no pudieron. Todo lo que ha venido después es culpa única y exclusivamente suya. —Cogió el rostro de su amigo con las manos antes de añadir—: No voy a parar nunca de intentar meterte todo esto en esa cabeza tan dura que tienes, porque es la verdad. Si no quieres entenderlo ahora mismo, está bien, es totalmente válido, pero lo tienes que dejar aparcado hasta que encontremos a Bell. Es nuestra prioridad. Ella necesita a su Hook, no a este.

El capitán le devolvió la mirada y una única lágrima rodó por su mejilla. Asintió levemente y apoyó la frente en la del peliblanco, que suspiró aliviado y cerró los ojos.

Hook sabía que todo lo que había dicho Smith no era más que la pura verdad, pero algo en su corazón y su mente le impedía asimilarlo. La culpabilidad no lo abandonaba y quizá jamás lo haría. Porque la realidad era que cuando uno no estaba preparado para

asumir toda la verdad sobre sí mismo, era mucho más fácil regodearse en todas las emociones negativas, aunque esas se llevasen por delante todo lo bueno que tenía dentro.

Y a esas alturas, Hook no sabía ni siquiera si le quedaba algo bueno.

6

Perdida

Bell se sentía perdida. Sabía que ella misma se había buscado estar en esa situación, pero no podía evitar sentirse perdida de todos modos.

Tan solo llevaba un par de horas en aquella habitación y ya estaba deseando escapar. Era una habitación grande, con todo lo necesario para que no sintiera necesidad alguna de salir de ella. Según entrabas en la habitación a la derecha, había una zona de salón con una pequeña cocina totalmente equipada. En el mismo espacio, había un cómodo sofá con una televisión y una mesa donde reposaba un ordenador portátil. A la izquierda, había una enorme cama, más grande que una doble. Tenía sendas mesillas de noche a cada lado y a la izquierda había una puerta que llevaba al lujoso cuarto de baño privado, que incluía bañera y ducha con todas las comodidades. A la derecha de la cama había otra puerta que conducía a un vestidor completo. Pero lo más impresionante de aquella habitación sin lugar a dudas era el ventanal con vistas a la ciudad, idéntico al que había en el último piso en el despacho de Tic Tac.

Su edificio en sí era impresionante. Todas las habitaciones parecían incluir un ventanal similar, por lo que había podido deducir de la estructura mirando por la ventana. Sabía que el despacho estaba en la última planta porque había sido al piso al que la había llevado el guardia de seguridad; la habitación que le habían asignado estaba justo una planta por debajo. Sabía que la habitación personal de aquel cabrón estaba al lado de la suya, y se imaginó que era así

porque sería más fácil tenerla controlada y asegurarse de que cumpliese la advertencia que le había hecho antes de salir del despacho horas antes.

Bell no sabía qué pensar y era consciente de que lo que estaba haciendo no era lo correcto, pero en el momento en el que había visto a Peter Pan en la puerta de su dormitorio, todo se había ido a la mierda y ella no había tenido más remedio que salir corriendo antes de que ese sociópata le pusiera las manos encima.

Paseó por la habitación hasta el ventanal y se apoyó contra el cristal, escudriñando las vistas. Desde allí podía intuir dónde estaba el callejón del Jolly Roger e incluso le parecía atisbar el rojo neón del cartel desvencijado del bar. Suspiró y el cristal se llenó de vaho. Bell sabía que todo aquello no era justo para Hook y Smith, que ambos estarían locos por la preocupación. Conocía bien a su rey, sabía que sentía una gran necesidad de proteger a sus seres queridos y era plenamente consciente de que la culpabilidad lo estaría corroyendo por dentro a pesar de que nada de aquello era culpa suya.

Bell le dio la espalda al cristal y se dejó caer contra él hasta quedar sentada en el suelo abrazándose las piernas. No sabía por qué había aceptado la oferta de Tic Tac cuando se había presentado en aquella sucia cabaña. Ella había ido a confirmar lo que ya había sabido en cuanto vio a esa hada junto a Peter, pero jamás habría imaginado que él había seguido sus pasos. Por la familiaridad con la que se había desplazado por la habitación, no parecía ser la primera vez que pisaba la cabaña, lo que le hizo pensar a Bell en cuántos pasos de ventaja les había llevado desde el principio. Desde luego, muchos más de los que ella había creído.

En cuanto la oferta de ir con él había salido de los labios de Tic Tac, Bell supo que lo que decidiese cambiaría el rumbo de su vida: o Tic Tac se tomaba a malas que declinase la oferta y decidía acabar con ella, o decidía acabar con ella una vez dejase de serle útil. Por esa razón decidió aceptar el ofrecimiento del diablo, sin saber si le estaba vendiendo su alma. Por sus palabras en el despacho, parecía ser la segunda opción, pero su instinto le decía que había algo más en todo aquello. Había algo en Tic Tac que la llamaba

constantemente, que le decía que tenía que ceder e ir con él para averiguarlo todo sobre su persona.

A Bell le encantaban los misterios y llevaba resolviéndolos —o, al menos, investigándolos— desde que habían aterrizado en Dark Times, y Tic Tac era un misterio en sí mismo. Sin embargo, por mucho que le atrajese la idea de descubrir de una vez por todas quién era, seguía sin entender por qué había terminado aceptando su oferta: ir con él y acercarse a la verdad, bajo su protección. No sabía exactamente qué significaba eso, teniendo en cuenta la multitud de amenazas camufladas que había en todas las palabras que salían de su boca, pero sabía que la intención estaba directamente relacionada con la presencia de Peter Pan en la ciudad.

¿Cómo podría protegerla Tic Tac de Peter Pan? La magia solo podía combatirse con más magia y, hasta donde ella sabía, Tic Tac no tenía ni una sola gota de magia. Quizá el poder fuese el equivalente en Dark Times y no se podía negar que Tic Tac tenía el poder absoluto en aquel momento.

Ella sabía que su curiosidad —y el miedo a que Peter Pan volviese a encontrarla— había ganado en el momento en que aceptó el ofrecimiento, pero con cada segundo que pasaba, se cuestionaba más a sí misma. ¿La dejaría ir sin más si decidiese que quería hacerlo? No las tenía todas consigo, pero no se había ocultado en ningún momento ante ella, y Bell tenía la corazonada de que estaba muy seguro de que no diría nada sobre él. Y, en el fondo, tenía razón. Sentía cierto miedo hacia Tic Tac, eso no podía negarlo, pero no era tanto en comparación con la inquietud que le provocaba. Era como si él supiese todo sobre ella, incluso las cosas que ni ella sabía sobre sí misma. Y eso era verdaderamente lo que había hecho que aceptase su oferta. Quería investigar qué sabía y cómo lo sabía. Pero, una vez más, solo tenía preguntas y teorías, ni una sola respuesta.

Y esas inexistentes respuestas la llevaron de nuevo a pensar en Hook y Smith. Los piratas estarían volviéndose locos, pero ella no sabía cómo arreglar la situación en la que se había metido. Le hubiese gustado ser capaz de dejarlo todo y huir de aquel edificio sin importarle las represalias que pudiese tomar Tic Tac contra ellos,

pero ponerlos en peligro era algo que no contemplaba. Aunque el hecho de provocarles un sufrimiento directo tampoco era algo que se hubiese planteado jamás, en aquel momento le parecía el mal menor. Era mejor que sufriesen por no encontrarla a estar mirando constantemente por encima del hombro aguardando la muerte. Además, sabía que si volvía, tendría que dar muchas explicaciones para las que aún no estaba preparada.

Había tantos aspectos a los que tenía que buscarle una explicación que su cerebro había colapsado y, por ende, se sentía completamente perdida. No sabía cuánto de la Bell guerrera quedaba dentro de ella, pero a cada segundo que pasaba, la Bell cobarde ganaba la batalla. No estaba segura de nada y sentía que había perdido toda brújula que la guiase en su camino. No había sido consciente de lo mucho que necesitaba la presencia de los piratas hasta que, de repente, los había perdido.

Perdido no, abandonado.

Su pulso se aceleró momentáneamente y cerró los ojos con fuerza. Otra vez no.

Respiró profundamente y aguardó a que la voz hablase de nuevo, pero no lo hizo. Esa vez no era esa voz maliciosa, sino su propia voz la que le había dicho lo que ella parecía querer olvidar.

Una lágrima rodó por su mejilla y se le encogió el corazón, recordando cómo los dedos de Hook siempre acudían raudos y veloces a limpiar todas sus lágrimas. En su corazón había un agujero enorme con el nombre del pirata tatuado en él y, a pesar de que seguía sin entender por qué había hecho todo lo que había hecho, ese hombre era lo único que sí conseguía entender. No sabía en qué momento había ocurrido, pero lo que había empezado como una farsa había terminado convirtiéndose en la realidad más pura y verdadera, sin que ella supiese cómo ponerle freno.

Se limpió la lágrima con furia y se levantó del suelo. No podía seguir regodeándose en sus lamentos, tenía que mirar hacia adelante para descubrir la verdad cuanto antes y poder huir de aquel edificio. Lit Hell, lo había llamado él. Para ella, sí suponía un absoluto infierno estar bajo el poder de aquel que no tenía identidad y que era tan impredecible como el caos que generaba la magia. No

sabía a qué atenerse estando en su guarida, donde más poder tenía, por lo que pensó que el nombre le venía que ni pintado. Aunque no tenía ninguna intención de ver aquel infierno encendido en todo su esplendor, se imaginaba que si tenía ese nombre, no sería por nada bueno.

Bell entró en el baño y se acercó todo lo que pudo a la pared que estaba pegada a la habitación de Tic Tac. Según lo que ella suponía, debían de ser habitaciones gemelas o consecutivas, de modo que la pared de su baño estaría pegada a la pared de la cocina-salón de Tic Tac o a la de su baño. En cualquier caso, había estado pegando la oreja cada diez minutos en las horas que llevaba allí encerrada sin éxito. No sabía cómo de gruesas eran las paredes, pero desde luego no parecía penetrar ningún tipo de sonido. Había pensado que incluso tendría más suerte con la puerta, pero era tan gruesa que parecía blindada. Solo había podido ver movimiento a través de las sombras que se veían por la rendija de debajo de la puerta y ninguna de ellas le había parecido de zapatos italianos.

La chica resopló y volvió a la habitación. Había abierto todos los armarios y cajones de la estancia, sin éxito. No sabía qué había esperado encontrar, pero más allá de cajones vacíos y los utensilios básicos en el caso del baño y la cocina, no había encontrado nada interesante. Tampoco era que hubiese pensado que Tic Tac sería tan estúpido como para dejarle pistas, pero no había podido evitar tener cierta esperanza de que así fuese. Había encendido el ordenador y había tratado de buscar algo útil, pero se había topado con la realidad más aplastante: no sabía *qué* buscar. Ese pensamiento provocó que cerrase de golpe el portátil frustrada y fuese hasta el ventanal.

Lo que peor llevaba de aquel breve encierro era no tener nada que hacer. Estaba acostumbrada a que su cerebro no parase nunca de funcionar y a liderar siempre las investigaciones con Smith, por lo que aquella ociosidad la traía completamente de cabeza.

Se tumbó en la cama y miró fijamente al techo pintado de blanco. En realidad, no sabía por qué Tic Tac había tenido tanto interés en acercarse a ella. Era evidente que Bell tenía un claro interés en él, pero no conseguía encontrar una razón para justificar

que ese interés fuese mutuo. Eso le hizo pensar en la conversación en el despacho. Tic Tac no había tenido ningún reparo en admitir que había matado al señor Chambers y que había planeado matar a las otras dos fundadoras. Parecía que le era completamente indiferente que ella lo supiese, como si no le importase lo más mínimo que lo fuese a contar por ahí. Aunque, claro… ¿quién iba a creerla?

Bell soltó una carcajada seca.

Nadie la creería porque la realidad era que Tic Tac era más un fantasma que una persona real para la mayoría de la gente. Y tampoco podría ir a contárselo a la policía. El simple pensamiento de hacerlo resultaba ridículo; en Dark Times la magia tenía mucho más peso que la autoridad.

Tic Tac también le había dicho que tendría que serle útil. Pero ella no sabía cómo podría serle de utilidad teniendo en cuenta que él era su sospechoso número uno y que, en realidad, lo único que tenía era conjeturas sobre mil cosas que nunca parecían terminar de resolverse. Y las únicas respuestas que habían llegado a descubrir eran justo las que él había admitido. Entonces, ¿cómo iba a serle de utilidad? No tenía sentido. Como tampoco tenía sentido que estuviese allí tumbada obedeciéndolo cuando nunca había llevado bien aquello de acatar órdenes.

Una sombra de determinación cruzó el rostro de Bell y provocó que se levantase de la cama y fuese hacia la puerta. Intentó abrirla de nuevo, aunque sabía que sería inútil, igual que lo había sido cuando lo había hecho nada más entrar en la habitación. Observó la cerradura. Evidentemente, no tenía la llave y no llevaba siquiera una horquilla que pudiese usar para forzarla.

Miró a su alrededor y se acercó a la cocina en busca de algo que le fuese útil. Un cuchillo le serviría como arma, pero como herramienta no sería tan manejable. Sin embargo, encontró un paquete de pasta con el cartón grapado en la bolsa. Con ayuda de las uñas y la punta del cuchillo, quitó las grapas y las abrió. Acto seguido, se quitó la camiseta y el sujetador y rasgó la tela para poder sacar el aro de una de las copas. Volvió a vestirse y se acercó a la puerta para intentar forzar la cerradura con sus improvisadas

herramientas. No eran una ganzúa y un clip, pero tendrían que servir.

Con paciencia y habilidad, trabajó en la cerradura hasta que escuchó un suave clic. Deslizó el picaporte hacia abajo y la puerta se abrió. Se metió las herramientas en los bolsillos y cogió una pequeña navaja que había encontrado en un cajón de la cocina, más manejable que el cuchillo, y se la metió en el sujetador. Se asomó por la puerta y miró a ambos lados del pasillo, donde no había ni un alma, y salió del dormitorio en dirección a las escaleras.

Había pensado en ir al despacho, pero sabía que adentrarse de primeras allí sería una locura; contaba con que tuviese seguridad adicional, al igual que se imaginaba que lo tendría en su habitación. Pero explorar el resto del edificio no le parecía una mala idea.

Si aquel tipo vivía y trabajaba allí, significaba que tenía absolutamente todo lo que necesitaba en aquel edificio.

Ella no pararía hasta averiguar qué ocultaba cada una de sus plantas.

Y Tic Tac se podía meter sus advertencias por el culo.

Encantador

Príncipe Encantador.

Mamá siempre me llama así, aunque a papá no le gusta. Dice que es super… superf… *superfcal*. Pero mamá dice que soy un niño encantador. Creo que es algo bueno, porque siempre sonríe cuando lo dice. Me gusta ver sonreír a mamá, es muy guapa y tiene una sonrisa muy bonita. Yo sé que siempre me dice cosas buenas, porque siempre sonríe. Y como soy muy listo, siempre lo sé. Pero ahora está rara. No está tan guapa, no sonríe bonito y no hace nada. Siempre está callada y triste. Bueno, hace mucho que no la veo. Está otra vez en el barco. Siempre está en el barco y me deja solo en el bosque. Estoy con mis amigos, pero quiero a mamá. Quiero que me diga cosas buenas, que sonría bonito y que esté guapa siempre.

Quiero a mamá.

Quiero a mamá.

Quiero a mamá.

A mamá.

Solo a mamá.

¿Dónde está mamá?

¡Mamá!

¡Mamá!

¡MAMÁ!

7

Infierno

Bell tenía la sensación de llevar una bomba de relojería atada al cuello. La expectación ante la inminente explosión era tangible en el ambiente y no podía evitar sentir cómo su pulso se aceleraba. Había algo en aquel edificio que creaba una atmósfera de tensión que empañaba esa falsa libertad que sentía desde que había puesto un pie fuera de la habitación. No era tan tonta como Tic Tac creía; sabía que si había salido de aquel dormitorio era porque él así lo había querido, pero tampoco iba a desaprovechar cada minuto que pasara hasta que se lo volviese a encontrar y la obligase a volver a su prisión provisional.

Había recorrido toda la planta donde estaba su habitación, pero no había encontrado más que puertas cerradas. Descendió por las escaleras. Era consciente de que no tendría tiempo de revisar las veinte plantas que tenía el rascacielos, pero quería pensar que cerca de la última, donde estaba el despacho, y la penúltima, donde estaban las habitaciones, tenía que estar aquello que fuese más importante para el día a día de Tic Tac. No le veía teniendo que desplazarse a mucha distancia para conseguir sus propósitos, no por nada parecía tener allí todo lo que necesitaba.

Bell enfiló el pasillo de la planta número dieciocho y se topó con una distribución distinta: no había puertas a los lados como sí ocurría en la planta superior y tampoco había una única puerta como ocurría en la última. En esa planta se encontró con un enorme comedor, decorado de forma elegante y con una imponente mesa acristalada y alargada rodeada de sillas. Justo al fondo de la sala,

había una doble puerta con sendos ojos de buey que daban a lo que ella supondría que sería la cocina. Aquella estancia también estaba dominada por un enorme ventanal con vistas a la ciudad.

Dio media vuelta y bajó otra planta. La número diecisiete volvía a tener la estructura de la planta donde se encontraban las habitaciones, con puertas a ambos lados del pasillo. Avanzó por el mismo y probó a abrir un par, pero ninguna cedió.

El pasillo estaba completamente en silencio, como todo el edificio, y Bell cada vez estaba más convencida de que aquella tensión crecía y crecía y que la soga que ataba la bomba de relojería a su cuello se apretaba cada vez más. No sabía por qué, pero estaba segura de que, aunque todavía tenía tiempo, se estaba quedando sin él. Había visto que cada una de las plantas estaba plagada de cámaras de vigilancia, por lo que era plenamente consciente de que la estaban viendo.

Tan pronto entró en la planta número dieciséis lo primero que notó fue la temperatura. Había descendido notablemente respecto al resto del edificio, pero *a priori* el pasillo no parecía ser distinto a los demás. Se frotó los brazos y avanzó hasta una de las puertas. El picaporte cedió bajo su mano. Bell enarcó una ceja, sorprendida, y empujó la puerta suavemente. La estancia estaba a oscuras, pero una potente fuente de luz brillaba en el centro de la habitación como un faro en medio del mar. Se acercó y vio que era una enorme caja de cristal llena de libros que parecían ser muy antiguos. La caja tenía un panel con lector de retina que la mantenía sellada, pero la transparencia de la misma le permitió curiosear su contenido. Los libros estaban desgastados y las páginas tenían un ligero tono amarillento. La chica pegó la nariz al cristal y entrecerró los ojos intentando leer alguno de los títulos, pero el mal estado de los lomos le dificultaba la tarea.

Resopló y se alejó de la caja. El resto de la habitación estaba vacía, por lo que salió de allí y probó con la siguiente puerta, donde se encontró exactamente lo mismo: una caja de cristal con libros antiguos. Estaba claro que aquel pasillo no iba a servirle de nada.

Bell descendió otras dos plantas más, ambas gemelas de las superiores con puertas a ambos lados. Empezaba a pensar que en

aquel edificio no había nada interesante o que estaba en el que habría sido su objetivo número uno de no ser porque valoraba su integridad física: el despacho de aquel psicópata. Tarde o temprano tendría que intentar entrar allí, pero el tictac de la bomba de relojería sonaba cada vez más rápido y no tenía todas consigo de que su libertad durase mucho más. Entró en el pasillo de la planta número trece y se lo encontró absolutamente vacío: no había puertas, no había alfombra que cubriese el suelo, no había *nada*. Las paredes lisas estaban pintadas de un blanco impoluto; solo faltaba que estuviesen acolchadas para ser las paredes de un manicomio.

Bell levantó la vista hacia el techo y lo encontró igual de impoluto que las paredes, con esa pureza únicamente interrumpida por las cámaras de vigilancia.

—Vale, sí, ya lo he pillado, imbécil. No tienes nada que ocultar y por eso no encuentro nada, ¿no? —espetó a la cámara alzando los brazos al aire. No obtuvo respuesta, pero el piloto rojo de la cámara parpadeó. Sabía que la estaba escuchando, y estaba claro que estaba disfrutando de verla dar vueltas y vueltas por el edificio sin descubrir más que pasillos vacíos y puertas cerradas—. Algo tiene que haber —murmuró para sí misma volviendo a las escaleras.

Bell descendió a la planta número doce, que era una réplica de la anterior, con una única diferencia: una puerta al final del pasillo. Con una sonrisa asomando en los labios, corrió hacia ella y la abrió de un tirón, sin tener tiempo para sorprenderse de que estuviese abierta.

La habitación que encontró estaba a oscuras, pero un penetrante olor metálico invadió sus fosas nasales y se tapó la nariz con la mano. Sabía perfectamente a qué pertenecía ese olor. Se dio rápidamente la vuelta para salir de la habitación, pero la puerta se cerró en sus narices, dejándola en medio de aquella oscuridad absoluta. Bell tiró del picaporte sin éxito y empezó a notar cómo se aceleraba su respiración. No veía absolutamente nada y sentía el ambiente de la habitación pesado. Era como viajar en el tiempo a aquellas incursiones en la Biblioteca Barrie, cuando el pasillo se había quedado a oscuras y la presencia de Peter Pan había dominado todo el ambiente. Bell no notaba ninguna presencia allí

con ella, pero la puerta no se había cerrado sola y si había estado abierta, había sido por algo.

Levantó la vista y vio el piloto rojo de una cámara justo encima del marco.

—¡Déjame salir, cabrón! —espetó a la cámara, sabiendo a ciencia cierta que aquel psicópata estaba mirando.

El piloto parpadeó varias veces y Bell pudo imaginarse las carcajadas de aquel tipo, y se maldijo de nuevo por haber aceptado acompañarlo a aquel edificio. No por nada lo había llamado infierno.

Las luces de la habitación titilaron, haciendo un amago de encenderse, pero no lo hicieron. Sin embargo, una luz roja procedente de una lámpara de lava iluminó la habitación de forma tenue. Bell achicó los ojos para adaptarlos a la luz roja y observó la estancia. Era una habitación cuadrada, no muy grande, con una mesa apoyada contra la pared del fondo y la lámpara de lava colgada en la pared justo encima. Se acercó poco a poco y, como ya había anticipado, lo que había en aquella mesa era lo que sin duda provocaba que aquella habitación tuviese ese olor metálico. Una colección de armas decoraba la superficie de madera de la mesa, desde armas de fuego a cuchillos de todos los tamaños y sierras posibles. Distintas balas estaban dispuestas en hilera, todas ellas ordenadas por tamaño. Cuanto más miraba la mesa, más se daba cuenta del nivel de organización extremo que había: todo estaba ordenado por tamaño, de mayor a menor, sin que un solo objeto estuviese fuera de su sitio asignado.

Otra luz se encendió en la sala y la tornó de un tono azulado. Bell se giró y reparó en el desagüe que había en el suelo, justo en el centro de la habitación. Tragó saliva e intentó no pensar en qué significaba la existencia de aquella mesa de armas y aquel desagüe, pero su cerebro falló en el intento.

—Esto no me da miedo, si es eso lo que intentas provocar —comentó en voz alta y clara mirando directamente a la cámara.

El piloto rojo volvió a parpadear y todas las luces se apagaron de golpe, dejando a Bell en el centro de la sala a oscuras, con el desagüe a sus pies. Notó que su respiración se aceleraba, pero logró tranquilizarse. Sabía que aquel psicópata estaba jugando con ella,

pero no se atrevería a hacerle daño, al menos no todavía. Le servía mucho más viva que muerta, por lo que si le había permitido entrar en aquella habitación era por alguna razón, por muy retorcida que fuese.

Cerró las manos en puños y preparó su cuerpo para defenderse si se diese el caso. La oscuridad seguía dominando la estancia y no era capaz de ver nada en aquella espesa penumbra. Tic Tac la había privado de su sentido de la vista por completo, pero por mucha impotencia que sintiera, no estaba dispuesta a ceder y entrar en pánico. A pesar de la familiaridad de aquella situación, sabía que el que estaba en aquel edificio no era Peter Pan y eso le daba cierta tranquilidad, aunque Tic Tac no era una mejor opción.

Respiró por la boca para evitar inhalar el olor a sangre que perfumaba toda la habitación y notó cómo un escalofrío le recorría el cuerpo; la temperatura estaba bajando, igual que en la planta de los libros. Aguzó el oído, atenta a cualquier sonido, pero la sala estaba en absoluto silencio. Era un silencio opresor que no hacía sino acrecentar la sensación de estar vigilada y de que la bomba de relojería estaba a punto de explotar. Su piel se erizó ante el frío que hacía en la habitación, pero no movió ni un músculo.

Aunque sabía que él la vigilaba y estaba controlando todo aquello, se preguntaba si no serían más que mecanismos que la propia habitación tenía para impedir que todo aquel que entrase sin ser invitado no pudiese salir. Como no estaba segura de nada en aquel momento, retrocedió poco a poco en dirección a la mesa que estaba a su espalda. No sabía exactamente a qué distancia estaba, pero sí que no era mucha. No quería apartar la vista del piloto rojo de la cámara, por lo que siguió avanzando de espaldas, con un brazo extendido por detrás de ella para palpar el borde de la mesa y poder coger un arma en caso de necesitar defenderse. Apoyó la punta del pie y luego el resto de la planta hasta el talón despacio, sin hacer ruido para poder escuchar cualquier mínimo sonido.

Pie derecho.

Pie izquierdo.

Pie derecho.

Pie izquierdo.

No debía de quedar mucho más, no recordaba que la mesa quedase tan lejos.

Pie derecho.

Pie izquierdo.

Pie derecho.

Pie izqui…

Su espalda chocó contra algo, pero no era la mesa. Era algo liso. Lo palpó con la mano y se dio cuenta de que se había chocado contra la pared.

Bell sacudió la cabeza y usó ambas manos para guiarse a lo largo de la superficie, buscando el mueble que sabía que tenía que estar ahí, por si no hubiese caminado en línea recta, pero no tuvo éxito. La mesa no estaba por ninguna parte.

Volvió a mirar el piloto rojo de la cámara, pero no lo encontró. Se había apagado. No podía ubicar la puerta y la mesa había desaparecido. No sabía cómo era posible.

Y ahora estaba encerrada en aquella habitación sin ver nada y sin saber cómo salir.

La oscuridad la oprimía y recorría cada poro de su piel, pegándose a su cuerpo como una sustancia viscosa.

El tictac imaginario de la bomba de relojería seguía sonando.

Tic.

El tacto liso de la pared estaba frío contra su mano.

Tac.

Bell notó cómo exhalaba vaho cada vez que respiraba por la boca.

Tic.

La temperatura seguía descendiendo.

Tac.

Un poco más.

Tic.

Un poco más.

Tac.

No sabía cuántos grados hacía, pero tenía frío.

Tic.

Mucho frío.

Tac.

Tampoco sabía si aquello era una tortura, no consideraba haber hecho nada para merecerlo.

Tic.

El frío se colaba en sus huesos y sus dientes castañearon.

Tac.

La respiración de Bell se aceleró y apretó las manos.

Tic.

Tenía que salir de allí o la hipotermia dominaría su cuerpo y entonces sí que estaría perdida.

Tac.

Se separó de la pared y visualizó un recorrido imaginario hacia donde creía que estaba la puerta. Levantó el pie derecho y apoyó el talón, después la planta hasta la punta y repitió lo mismo con el izquierdo. Mantuvo los brazos extendidos, atenta a cualquier movimiento.

Se sintió ridícula así, pero el instinto de supervivencia se había activado y tenía que seguir avanzando.

Qué frío.

Tic.

Un par de grados menos.

Tac.

Y una carcajada reverberó por la habitación, sonando cerca pero a la vez lejos.

—Bell, Bell, Bell… ¿tienes frío?

La chica apretó los dientes con rabia, pero no abrió la boca.

—Dime, ¿no has escuchado nunca aquello de «la curiosidad mató al gato»?

Tic.

Un recuerdo asoló su mente.

«Gatitos curiosos».

Tac.

—Aún no estás muerta, no me interesa que lo estés.

Tic.

Bell sintió que un «pero» se quedaba en el aire.

Tac.

No vio venir la explosión; esta llegó y arrasó con todo a su paso.

—Pero…

Escuchó la palabra justo al lado de su oído y una respiración cálida acarició su mejilla. Bell se preguntó si el frío estaba haciendo que se imaginase cosas.

—¿Te apetece jugar?

Una mano se cerró en torno a su garganta y entonces supo que no era su imaginación.

Ya no estaba sola.

8

¿Jugamos?

Lit Hell estaba configurado de una forma muy específica. No era un edificio cualquiera; escondía muchos secretos a plena vista y eso era justo lo que hacía que fuese perfecto para esconder cualquier cosa. Él era el único que conocía cada uno de los recovecos, pasillos secretos y puertas ocultas que tenía el edificio, y era lo que añadía un punto más de diversión a todo aquello.

Había observado con atención cada uno de sus movimientos desde las cámaras de su despacho, sorprendido porque hubiese tardado tanto en salir de aquella habitación. Llevaba vigilándola mucho tiempo y sabía cuál sería su forma de actuar una vez se viese encerrada allí, por lo que le había puesto las cosas fáciles: menaje de cocina, una bolsa con un cartón grapado e incluso la libertad de pasearse por el edificio. Sabía que no era tonta y era consciente de que él la observaba, pero eso había sido justo lo que había hecho que todo fuese aún más divertido. Iba a abordarla en la cámara de los libros, pero Bell no encontró aquella sala particularmente fascinante y enseguida se fue a otra planta. Para llegar justo allí, a aquella sala. No era precisamente una de sus favoritas, porque a pesar de que su equipo de limpieza la mantenía impoluta, el penetrante olor de la sangre siempre permeaba el ambiente y le hacía sentir que había suciedad por todas partes, algo que odiaba sobremanera, pero que hubiese terminado justo en aquella habitación era algo extremadamente poético.

Sabía perfectamente que el primer objetivo de Bell habría sido su despacho, pero también que su instinto de supervivencia, por

mínimo que fuese, aún estaba vivo y que aquel lugar no sería el primero en el que intentaría entrar.

La observó caminando por los pasillos de su edificio, dejándole libertad para que recorriese planta tras planta sin descubrir nada más que lo que él quería que descubriese. Aun así, ni siquiera cuando le puso delante de sus narices la cámara de los libros fue capaz de descubrir nada. No podía negar que estaba algo decepcionado, la creía algo más lista, pero entonces llegó a aquella sala y algo se encendió en su interior.

Era la estancia que más secretos ocultaba de todo el edificio, aunque *a priori* pareciese de las más sencillas. Al fin y al cabo, era una cámara de tortura y contenía simplemente un desagüe y una mesa con armas cuidadosamente ordenadas, ya que en el orden se encontraba el control.

Al menos Bell había tenido el suficiente instinto de supervivencia como para haber intentado hacerse con un arma, aunque hubiese llegado demasiado tarde. Había pasado tanto tiempo concentrándose en la luz roja de la cámara de vigilancia que ni se le había pasado por la cabeza revisar con detalle el único otro elemento que había en la sala: la lámpara de lava. No entendía cómo no había reparado en ella más que como fuente de iluminación, sobre todo teniendo en cuenta que las lámparas de lava no eran precisamente muy potentes. Pero le gustaba el tono rojizo que daba a la habitación; un poco teatrero, pero con el punto de drama suficiente para intimidar.

Sin embargo, aquella lámpara era mucho más que eso. Según la dirección en la que la girases, activaba un mecanismo. Si la girabas un cuarto a la derecha, la mesa de las armas se ocultaba en la pared y dejaba paso a la pared lisa; si la girabas un cuarto a la izquierda, un acceso directo desde la planta superior aparecía en la pared, precedido de unas pequeñas escaleras. No había sido difícil seguir el rastro de Bell por el edificio, mucho menos colarse en la habitación una vez estaba ella dentro, activando el acceso que había en la planta número trece. Aquella era su favorita, con ese pasillo y esas paredes perfectas e impolutas, sin impurezas. También lo era porque nadie sabía que conectaba directamente con la sala de la planta

número doce, lo que hacía aún más divertida la mirada de estupefacción de Bell al ver aquel pasillo completamente vacío, sin absolutamente nada. Para poder activar el acceso, tenías que saber muy bien dónde tocar, dónde encontrar la lámpara de lava gemela para desbloquear todas las funciones de la sala desde arriba.

Cuando entró en la sala a oscuras, ubicó enseguida a la chica intentando avanzar hacia la puerta. No era tan sigilosa como ella creía y él conocía muy bien cada centímetro de aquella habitación; sin embargo, había sido el sonido de su respiración agitada lo que lo había guiado directamente hasta ella.

Se podía palpar su tensión en el ambiente, el frío recorriéndole el cuerpo y la respiración algo entrecortada a pesar de sus intentos por mantenerla bajo control. Era algo que provocaba aquella sala: esa tensión desbordante, esa expectación a ver qué ocurría, porque quien entraba allí sabía que iba a pasar algo, pero no sabía *cuándo*.

Su mano rodeó la garganta de Bell y notó cómo tragaba saliva y se aferraba con ambas manos a su muñeca. Sonrió y aspiró el aire de la habitación por la nariz, deleitándose en el miedo de la chica. Esa tensión y esa impotencia que la dominaban eran un chute de adrenalina para él.

—Contesta, Bell. ¿Jugamos?

—Estás mal de la cabeza —respondió la chica, respirando acelerada.

No estaba ejerciendo presión en su garganta, pero la simple sensación de tener su mano rodeándola era suficiente para que el miedo a asfixiarse irradiase de ella en oleadas.

—Al parecer debemos estar cortados por el mismo patrón si en algún momento has pensado que encontrarías respuestas en algún lugar de mi edificio sin que yo lo quisiera.

—Sabía que me estabas vigilando. No había que ser muy lista para saberlo.

—Parece que eres más avispada que el resto de los que pasan por aquí —replicó Tic Tac apretando ligeramente la garganta de la chica. La respiración de Bell se entrecortó momentáneamente y él relajó la mano, sin soltarla—. Reconozco que me ha decepcionado que tardases tanto en salir de la habitación. Tenías todas las

herramientas al alcance de la mano. Aunque el truquito del sujetador me ha gustado. Una chica de recursos.

—Me das asco.

—¿Crees que me importa? Ay, Bell, deberías dejar de creer en algún momento que vas a provocar alguna emoción en mí.

—Dime qué quieres de una puta vez.

—Que me des respuestas, pero como sé que eso es complicado porque a veces no eres tan lista como creo, veamos cuáles son *tus* emociones. ¿No te parece divertido?

Bell no contestó y Tic Tac soltó una carcajada.

—Me gusta que me lo pongas difícil. Bien, comencemos.

Sacó un pequeño mando de su bolsillo, pulsó uno de sus botones y una silla apareció en la pared que había detrás de él. La cogió sin soltar a Bell y la obligó a sentarse. Se situó detrás de ella y activó otros dos botones. La temperatura de la habitación se reguló y la calidez hizo acto de presencia, a la vez que una pantalla encendida aparecía en la pared junto a la puerta y unas imágenes empezaron a sucederse.

Bell cerró los ojos con fuerza.

Tic Tac sonrió.

—¿Qué pasa, no te gustan? Son preciosas. —Le apretó la garganta, obligándola a abrir los ojos y seguir mirando cada una de las fotos. Fotos de ella, de Hook, de Smith y de toda su vida allí en Dark Times, en su trabajo, en el Parque del Pirata, en la Biblioteca Barrie… Tic Tac se regodeó en el pánico que se reflejó en los ojos de la chica. Llevaba vigilándolos desde que habían aparecido en Dark Times y, aunque aún no había sido capaz de ubicar aquel bar de mierda, había seguido cada uno de los movimientos de aquel trío—. ¿Sabes que observando a la gente se puede saber mucho más que hablando con ella? Observar es un arte, no me malinterpretes, no todo el mundo es capaz de averiguar lo que quiere solo observando a una persona, pero da la casualidad de que yo sí. Y sé muchas más cosas de vosotros de las que crees.

Bajo su mano, Tic Tac sintió cómo el pulso de Bell latía acelerado, por mucho esfuerzo que pusiera la chica en aparentar tranquilidad.

Sujetaba la silla con ambas manos, a sabiendas de que no conseguiría liberarse de su agarre si él no lo quería.

—Lo sé *todo* sobre vosotros, Bell. Tu obsesión conmigo, cómo investigáis, cómo siempre estáis presentes en las situaciones más inesperadas, cómo habláis con la gente. Por eso no me sirves de nada si solo me dices lo que *ya* sé. Quiero que me digas lo que aún no he descubierto. —Pulsó otro botón y la silueta en negro de una persona apareció en la pantalla—. Pero sé que esperas que yo te dé algo a cambio antes de empezar a colaborar. O, al menos, sé que esperas averiguar vete tú a saber qué mientras estás aquí. De hecho, creo que ni tú misma sabes qué esperas descubrir. Pero he decidido ponértelo fácil.

—¿Fácil? Me tienes cogida por la garganta en una sala a oscuras. ¿Esto es ponérmelo fácil?

—Pequeños detalles —replicó él, restándole seriedad mientras agitaba la mano con el mando—. En fin, no me gusta perder el tiempo. Hace unas horas me preguntaste que por qué te daba tanta información sobre lo que tenía planeado. La cosa es que no te he dicho nada de lo que tenía planeado en realidad, Bell. —Tic Tac le soltó la garganta y rodeó la silla hasta situarse frente a ella—. La verdad es… que esto es algo mucho más grande de lo que tú crees. —La miró fijamente a los ojos y pudo ver cómo algo cruzaba su mirada, algo profundo que no pudo identificar—. Si te piensas que planear unas cuantas muertes sin importancia es mi plan maestro, me siento ofendido. No soy un simple asesino de poca monta. No, Bell, soy mucho más que eso.

Tic Tac soltó su garganta y se alejó un par de pasos de Bell, que no hizo amago de levantarse. Él sabía que el miedo de no saber qué iba a hacer la mantenía atada a aquella silla sin que él tuviese que hacer nada y sonrió con satisfacción.

—En verdad, Bell, me importa tres cojones que corras a decirle a tu querido capitán pirata y a su perrito faldero lo que he planeado o dejado de planear. Tenéis un rol muy definido en mis planes, y créeme que el hecho de que sepáis a quién he matado o quería haber matado no cambia para nada el papel que cumplís para mí. Por eso, para evitar tener que perder el tiempo persiguiéndote por

mi edificio sin ton ni son, te vas a limitar a quedarte en la planta donde está tu habitación. Y te propongo lo siguiente: tú encuentras la respuesta que más ansías y, a cambio, quizá evites morir a lo tonto y puedas acercarte un poco más a lo que querías averiguar cuando aceptaste venir conmigo.

—Sabes perfectamente que no ansío saber solo una respuesta.

—La avaricia es un pecado capital, Bell.

—Ya estoy en el infierno. ¿Te crees que me importa una mierda condenarme?

—¿Y si en el proceso condenas a otros?

—¿Es una amenaza?

—Es una advertencia.

Tic Tac se alisó la chaqueta del traje que llevaba y encendió las luces de la sala apretando otro botón del mando a la vez que la pantalla desaparecía en la pared.

—Lo que pasa es que nunca se sabe dónde está la línea entre una advertencia y una amenaza, así que yo que tú no tentaría mucho a la suerte. Por lo que parece, nunca ha estado mucho de vuestra parte —añadió Tic Tac—. Así que ahí va otra: las imágenes que has visto demuestran hasta qué punto tengo control sobre vosotros, Bell. Y el hecho de que tú estés aquí y no con ellos no quiere decir que no les esté prestando atención. Sería una pena que tu estupidez condenase a tus queridos piratas, pero allá tú si es eso lo que quieres. Encuentra la respuesta y no juegues con fuego.

—Si averiguo lo que sea que quieres que averigüe, ¿dejarás que me vaya?

—¿Acaso alguien te está obligando a estar aquí?

—Me has encerrado.

—Te recuerdo que has venido por voluntad propia. Si quieres irte, eres libre de hacerlo.

—¿Qué me garantiza que no intentes matarme si lo hago?

—Nada.

La chica chasqueó la lengua y Tic Tac la observó, impasible. Aquella situación había comenzado a aburrirle sobremanera. Y eso no era nada bueno.

—Encuentra la respuesta, Bell. Descubre cuál es mi papel en todo lo que lleva ocurriendo en esta ciudad de mierda estos últimos meses. Eso es lo que realmente quieres saber.

—No he conseguido hacerlo en estos meses, ¿qué te hace pensar que podré hacerlo ahora?

—Tienes que saber dónde buscar. Pero sobre todo, *qué* buscar.

—Porque lo de que me des una pista…

—No te equivoques, no estoy aquí para ayudarte. Eres tú la que me sirve a mí, no al revés —replicó Tic Tac acercándose a ella—. Ahora bien, creo que has tenido el enfoque erróneo todo este tiempo. —Tic Tac se inclinó hacia ella y bajó la voz hasta que no fue más que un susurro—. Y es que para averiguar cuál es mi papel aquí, primero tienes que descubrir otra cosa.

—¿El qué?

—Quién soy.

Aunque él sabía que ella no estaba en absoluto preparada para conocer esa verdad.

9

Búsqueda

Smith estaba distraído. No solía estarlo cuando conducía, pero le resultaba inevitable echar breves vistazos al asiento del copiloto. Estaba tan acostumbrado a salir a investigar con Bell que se le hacía rarísimo estar en su coche él solo, sin la intención de ir a buscarla o sin que estuviese esperando a que ella resolviese algo y recogerla. Era una sensación extraña y le resultaba tan ajena que no podía hacer que su cerebro entendiese lo que estaba ocurriendo.

Había vuelto a salir a dar una vuelta por la ciudad en busca de Bell. No tenía esperanzas de encontrarla, pero pensaba recorrer cada uno de los lugares que se le venían a la mente con tal de intentar encontrar algún rastro. Aún le quedaban dos lugares por visitar; cuando había ido la noche anterior, ambos estaban cerrados, por lo que había tenido que dejarlos para la mañana siguiente.

Ni él ni Hook habían podido pegar ojo y Smith había pasado la noche en el piso acompañándolo. Sabía que el sentimiento de culpa terminaría por ahogar a su amigo en algún momento y quería estar ahí para levantarlo del suelo las veces que hiciera falta. Había intentado convencer al capitán pirata de que lo acompañara esa mañana usando su disfraz, pero se había negado y se había quedado en el piso con la nariz enterrada entre las páginas de aquel libro que solo respondía a su llamada. Smith no sabía qué respuestas esperaba encontrar Hook ahí, pero tal y como estaba la situación, supuso que intentarlo no podía hacer ningún daño. Lo mismo había pensado de los dos lugares que le quedaban. Uno de ellos era más peligroso que el otro —o, al menos, así lo sentía Smith

tras el historial de visitas que tenían en aquel lugar— y por esa razón estaba retrasando el momento todo lo posible. Volver a la Biblioteca Barrie era lo que menos quería en el mundo, más aún con la sombra de la muerte —y de quien no era la muerte— rondando por allí, pero sabía que tarde o temprano tendría que hacerlo. Se le estaban acabando las opciones.

Dejando aquel problema para el Smith del futuro, decidió ir a su otra opción: la tienda de vestidos. En realidad, no sabía siquiera por qué había considerado visitarla, pues de todos los posibles lugares de Dark Times donde podría encontrar respuestas sobre Bell, aquel era sin duda el que menos probabilidades ofrecía, pero su desesperación por encontrar cualquier pista lo había llevado a visitar cada uno de los lugares donde la chica había puesto un pie. Además, también habían visto por última vez a Layla Chambers ahí, con esa actitud fría que tanto la caracterizaba, y con su repentina desaparición de la ciudad, Smith tenía curiosidad por su paradero. Era obvio que Tic Tac tenía algo que ver y, aunque Smith aún no había encontrado pruebas de ello, sabía que la marcha de Layla era muy beneficiosa para el líder del crimen organizado. De golpe y plumazo, no quedaba ni un solo fundador en pie, por lo que el poder se transfería automáticamente a la única persona que tenía la influencia suficiente como para poder redirigir todas las propiedades y fortuna que habían pertenecido a las familias fundadoras a su propia persona. Sin embargo, Smith estaba plenamente convencido de que Layla había dejado un rastro del que tirar y, si bien estaba seguro de que no había ninguna conexión entre la desaparición de Bell y la de la abogada, también lo estaba de que los mortales no desaparecían así como así sin dejar nada detrás, siempre quedaba un rastro. Y él esperaba encontrarlo antes que nadie, ya que nunca se sabía cuándo podía ser útil tener información valiosa para otra persona.

Smith aparcó delante de la tienda de vestidos y miró por la ventanilla. La tienda tenía el cartel de ABIERTO visible y a todas luces parecía que la normalidad estaba presente. Bajó del coche y lo cerró antes de acercarse al escaparate. Miró a través del cristal y vio al dependiente en la caja mientras un par de señoras que parecían

pertenecer a la alta esfera de la ciudad se paseaban entre las hileras de vestidos. Smith dudaba mucho que en aquella tienda comprase alguien que no fuese la alta sociedad de Dark Times, teniendo en cuenta los precios que decoraban las etiquetas de aquellos atuendos. Con decisión, se acercó a la entrada. El cascabel de la puerta tintineó para anunciar su llegada y el dependiente levantó la mirada de la caja registradora. La sonrisa de serie que parecía tener dibujada al recibir a los clientes se borró en cuanto identificó al peliblanco y este sonrió ampliamente, sabiendo a ciencia cierta que su anterior visita había dejado huella en aquel joven.

Smith se paseó por la tienda evitando el mostrador, tratando de escuchar los murmullos de las conversaciones de las clientas, a fin de pillar al vuelo cualquier información que pudiese ser relevante. Sintió la mirada del dependiente fija en él a cada paso que daba, y no pudo evitar sentir cierta diversión.

—Pero ¿estás segura?

—Como lo oyes.

Las voces llegaron a Smith medio susurradas, como si ambas mujeres estuviesen intentando mantener una conversación discreta, aunque en el realidad no lo fuese. Más que en susurros, hablaban en gritos susurrados, y la intención de bajar el tono de voz desde luego que no conseguía que la conversación fuese un secreto.

—Se veía a leguas que ese matrimonio era una farsa.

—Y eso que el que había sacado partido había sido él, porque la rica era ella.

—Pero nada bueno podía salir de una chica que se casó con alguien que podría ser su padre.

—Hombre, tanto como su padre…

—Bueno, casi. Ya me entiendes. Desde luego que el señor Chambers era muy atractivo, pero de ahí a enamorarse de él…

—Es que ella era muy joven.

—Ya no tanto, pero sí.

—¿Y qué le habrá pasado al otro?

—¿Cómo al otro?

—Al amante.

—Ah. No lo sé, pero todo ha sido muy repentino. Es rarísimo.

Smith se acercó a las señoras y se puso a echar un vistazo a los vestidos de la percha más cercana a ellas, intentando pasar desapercibido. Sentía cómo la mirada del dependiente seguía fija en su cogote, pero decidió ignorarlo y siguió prestando atención a la conversación.

Las señoras habían dejado de intentar mantener su charla en secreto y hablaban con un tono de voz completamente normal.

—¿Crees que le ha hecho algo? Igual por eso se ha ido tan de repente.

—¿A quién?

—¿Cómo que a quién?

—¿Que el marido le ha hecho algo a ella?

—¡Pero si está muerto!

La exclamación de la señora llamó la atención del dependiente, que desvió la mirada hacia ellas.

Smith puso los ojos en blanco. Por muy de alta alcurnia que fuesen, las señoras de Dark Times seguían siendo las reinas del cotilleo.

—¿Entonces?

—Digo que si le haría algo el amante, tonta. Que igual por eso ella ha tenido que salir corriendo de la ciudad. A lo mejor la maltrataba y ella se vengó.

—Hombre, pero eso encajaría más con el señor Chambers, ¿no? Siempre que ese muchacho la acompañaba, parecía su perrito faldero. La miraba con ojillos de corderito.

—Nunca se sabe.

—No lo creo, querida. Yo creo que se han ido juntos. Al muchacho tampoco se lo ha vuelto a ver y el bufete está cerrado. Si eran socios y el negocio ya no está funcionando, lo más lógico es pensar que se han ido juntos, ¿no?

—Puede ser. Menuda deuda debían tener como para haber cerrado. Aunque de dinero no iban mal, que mi Nicholas trabajaba allí y se fue de casa en cuanto cobró un par de meses.

—Es verdad, tu hijo.

—Sí, mi Nicholas. Era de los mejores abogados, siempre le asignaban los mejores casos, naturalmente.

—Tienes que estar muy orgullosa.

—¡Por supuesto! Ahora mismo, mi Nicholas es el mejor abogado de Dark Times. No por nada casi lo hacen socio del bufete.

—¿En serio?

—¡Como lo oyes! Y no solo eso… —La señora observó a su alrededor y, al ver a Smith, se inclinó hacia su amiga para hablar en voz baja, o lo que ella se pensaba que era voz baja—. Me contó que no hace mucho ella se le insinuó.

—¡Anda ya!

—Sí, sí. Que lo entiendo, porque mi niño es guapísimo y con mucho talento. Además, tiene una educación impecable tanto de estudios como de modales, es un partidazo.

Smith volvió a poner los ojos en blanco al escucharla. Así que aquel abogado rubio que tantas veces pasaba por el Jolly Roger para babear mirándole el escote a Bell era *su* Nicholas. Un partidazo. Smith sonrió para sus adentros, acordándose de todas las cuentas que generosamente había pagado aquel joven con tal de que Bell le prestara atención. Si su madre supiera…

—Pues lo que te cuento, Layla lo intentó, pero mi hijo se negó. Él tiene principios.

Smith se acordó de la conversación entre aquel par que escuchó Bell, en la que Nicholas presumía de exactamente lo mismo. Aunque no creía ni por un momento que fuese así, no pudo evitar sentir que aquel bufete de abogados había ocultado muchas cosas.

—¿Vas a quedarte ahí parado todo el día o vas a comprar algo?

La voz exasperada del dependiente interrumpió sus pensamientos, sobresaltando también a las señoras, que cesaron su conversación y los miraron. Smith se giró y se encontró cara a cara con aquel dependiente que estaba claro que no se alegraba de verlo.

—¿Tratas así a todos tus clientes o yo soy especial? —replicó Smith alzando las cejas y apoyándose de forma casual en el burro de ropa que tenía al lado.

—Creía que los *brillitos* no eran lo tuyo.

—Evadiendo la pregunta, por lo que veo.

El dependiente chasqueó la lengua y se cruzó de brazos, fulminando al peliblanco con la mirada.

Smith podía sentir los ojos de las señoras fijos en ellos, sin pestañear.

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó de nuevo el dependiente, suavizando el tono de forma forzada, con las palabras saliendo a duras penas entre sus dientes apretados.

Smith sonrió pícaro.

—Pero qué servicial. Me gusta. ¿Hoy sí me vas a traer una copa de champán?

Pudo ver cómo el dependiente contenía un resoplido, su cabeza casi echaba humo de la exasperación que debía sentir.

—William, querido, ¡no sabía que servías champán! ¿Nos traes unas copas a nosotras también? —preguntó una de las señoras sin perder la oportunidad.

—No, señoras, lo siento. Este caballero está equivocado. Por favor, si me disculpan, voy a acompañarlo a la salida.

Las señoras torcieron el gesto, pero siguieron navegando entre percheros, mientras que el dependiente cogía firmemente a Smith del brazo y lo guiaba hacia el pasillo central que comunicaba con la puerta. El peliblanco se dejó hacer durante unos segundos, pero en cuanto salieron del campo de visión de las señoras, se zafó del agarre del dependiente y lo miró cruzándose de brazos.

—Si no vas a comprar nada, te voy a pedir amablemente que abandones mi tienda —dijo William.

—¿Y quién ha dicho que no voy a comprar? —respondió Smith enarcando una ceja.

William resopló y el peliblanco sonrió de nuevo, divertido ante la exasperación del joven.

—En ese caso, ¿puedo ayudarte en algo? —volvió a preguntar William, forzando una sonrisa educada.

Smith pareció meditarlo durante unos segundos y negó con la cabeza.

—Solo estoy mirando.

El peliblanco se alejó del dependiente y se perdió entre las hileras de vestidos, sin esperar a que contestase. Era muy fácil sacarlo de sus casillas y, la verdad sea dicha, se ponía rojo de una forma adorable cuando se enfadaba. Bell tenía razón: William era

guapo. No era que Smith estuviese pensando en eso en aquel momento, con su amiga desaparecida, su amigo culpándose y él desesperado por encontrar alguna pista, pero tampoco era ciego y reconocía que era guapo de forma objetiva. Tenía un aire muy de príncipe, con el cabello rubio ceniza, los ojos verdes esmeralda y un porte elegante, como no podía ser de otra manera regentando un negocio como el que tenía. Y era justo ese negocio lo que más le interesaba a Smith. Aquella tienda era un punto de encuentro para las mujeres ricachonas del mismo modo que la cafetería-floristería de la señora Green lo era para sus sirvientes. Eso quería decir que tenían la información de contacto de las más altas esferas y, en concreto, la de Layla Chambers. No sabía si su teléfono seguiría operativo, pero por intentar obtenerlo no perdía nada.

Smith disimuló observando la ropa de las perchas mientras William se acercaba de nuevo a las señoras para atenderlas. Las dos mujeres conversaron con él y, en un momento dado, el dependiente asintió con la cabeza y les pidió que lo siguieran. Echó un vistazo a Smith —con mirada fulminante incluida, para variar— mientras guiaba a las señoras hasta la parte de la tienda dedicada a los complementos, cerca de la zona de probadores y fuera del campo de visión del mostrador con la caja registradora.

Smith fue rápido y se acercó en un par de zancadas al ordenador de William. Navegó por el sistema mientras echaba miradas furtivas a la zona de los probadores, que conectaba con el área de complementos y, tras un par de minutos, consiguió acceder al directorio de teléfonos de su clientela. Buscó rápidamente la letra C y sacó una foto rápida del número de teléfono y el correo de contacto de Layla Chambers. Al menos, merecería la pena intentar entrar al correo electrónico de la abogada para tirar de algún hilo y averiguar hasta dónde llegaba su conexión con Tic Tac.

Las voces de las señoras se fueron escuchando más cerca y Smith abandonó el mostrador a toda prisa, quedándose apoyado en él desde fuera, como haría cualquier cliente. William apareció de nuevo seguido de las señoras, cargando con un par de cajas de zapatos. Dirigió una mirada sospechosa a Smith y se apresuró a colocarse detrás del mostrador para cobrar.

—Aquí tienen —dijo tendiéndoles las cajas en sendas bolsas con el logo de la tienda. Las señoras asintieron agradecidas y salieron, dejando a los dos jóvenes solos, inmersos en un nuevo duelo de miradas—. ¿Te has decidido a comprar algo por fin? —inquirió William apoyando las manos en el mostrador.

—El caso es que no he visto nada que merezca… digo, que me llame la atención —contestó Smith con diversión. William resopló y el peliblanco sonrió—. Voy a tener que ir a otro lado a comprar lo que busco.

—Pues ya sabes dónde está la puerta —replicó William perdiendo la paciencia.

—Oye, oye, dame una hoja de reclamaciones. Menuda forma de tratar a la clientela.

—Ambos sabemos que no has venido aquí a comprar, así que bien puedes ahorrarnos el sufrimiento a los dos e irte por donde has venido.

—¿Sufrimiento? Pero si nos lo estamos pasando estupendamente.

William miró impasible a Smith, que no hizo más que ensanchar su sonrisa. Era tan fácil sacar a aquel joven de quicio que no podía evitar hacerlo.

El dependiente abrió la boca para replicar, pero su teléfono móvil comenzó a sonar y, tras una última mirada fulminante, alcanzó el aparato y miró la pantalla. El cambio en la cara de William fue tan obvio que Smith borró su sonrisa. El dependiente se había quedado pálido como una hoja de papel. Tragó saliva de forma audible y, cogiendo el móvil con fuerza, abandonó el mostrador y entró en la sala privada que Smith sabía que pertenecía a Layla Chambers para contestar. El peliblanco lo siguió y aguzó el oído, captando el hilo de la conversación.

—N-no, señor. No ha estado aquí —balbuceó William con la voz temblorosa. Smith no podía verlo, pero podía visualizar a la perfección cómo sus manos estarían temblando de la misma forma que su voz—. Estoy seguro. No viene desde el baile. Cla-claro, señor, lo sé. Usted será la primera persona en saberlo.

El dependiente colgó la llamada y Smith lo escuchó inhalar y espirar pausadamente para tranquilizarse. Sin molestarse en disimular, el peliblanco entró en la sala y William lo miró sorprendido antes de que el cabreo hiciese acto de presencia.

—¿Qué te crees que estás haciendo? ¡Esta es una sección restringida al público! —exclamó el dependiente, guardándose el teléfono en el bolsillo y haciendo aspavientos para echar a Smith de la sala.

—¿Con quién hablabas?

—¿Y a ti qué te importa? Ni que tuviese que darte explicaciones, ¡no te conozco!

—William.

La seriedad en la voz de Smith hizo que el dependiente lo volviese a mirar con sorpresa.

—¿Quién era? —volvió a preguntar Smith, con la voz firme y los pensamientos arremolinándose en su cabeza.

La persona que lo había llamado le provocó un pánico instantáneo en William y a él se le ocurrían muy pocos candidatos que pudieran desencadenar esa reacción.

—De nuevo: ¿a ti qué demonios te importa? —contestó enfadado William.

Smith no pudo evitar dibujar una pequeña sonrisa ante la maldición del dependiente, al que no le pegaba nada usar palabras que no fuesen recatadas.

—Te has puesto pálido.

—Es mi tono natural de piel.

—Ahora no estás blanco como un muerto, que yo sepa.

—Eso es por la luz.

Smith avanzó hacia el dependiente y este retrocedió. Ambos recorrieron la distancia de la sala hasta que la espalda de William rozó la estantería llena de zapatos que había en la pared contraria a la entrada. Smith se paró a un par de pasos de distancia y observó el rostro de William.

—¿Quién no ha venido desde el baile?

—No sé de qué hablas.

—William.

—¡Deja de decir mi nombre como si me conocieras!

—William.

El dependiente maldijo, frustrado, y se cruzó de brazos con un gesto iracundo. Smith avanzó de nuevo hacia él y se quedó a tan solo unos centímetros de su cara, con las puntas de los zapatos casi rozando las de William.

—¡Aléjate, acosador! ¡No te conozco!

—Sabes perfectamente quién soy, como todo el mundo en esta ciudad. Y los dos sabemos que no es a mí a quien temes, así que te lo vuelvo a preguntar: ¿con quién estabas hablando y quién no ha venido a la tienda desde el baile?

—No tengo por qué contestarte.

—Entonces, tendré que averiguarlo por otros medios.

Sin darle tiempo a reaccionar, Smith metió la mano en el bolsillo del pantalón de William con atrevimiento para pescar el móvil. No era un ladrón, pero todo pirata que se precie tenía habilidades similares. Antes de que el dependiente pudiese darse cuenta de lo que estaba pasando, Smith ya tenía el teléfono en su poder y navegaba por él a toda velocidad, revisando el historial de llamadas, con el brazo en alto para impedir que William recuperase el aparato.

—¿Pero a ti qué demonios te pasa? ¡Voy a llamar a la policía! ¡Esto es acoso e invasión de la privacidad y…!

—Sí, sí, sí, todo lo que tú digas —concedió Smith con pesadez tapándole la boca con una mano mientras seguía revisando las llamadas con la otra. William intentó hablar, pero el peliblanco no retiró la mano, ni siquiera cuando notó la humedad de la lengua del joven—. Tío, eso da asco. Para.

Smith deslizó el dedo por la pantalla y vio que la llamada provenía de un número oculto, tal y como había esperado. Sin embargo, siguiendo una corazonada, entró en la aplicación del correo electrónico de la tienda y buscó los correos enviados en torno a la fecha del baile de máscaras. Tenía dos posibles candidatas para la pregunta a la que aún no había recibido respuesta y quería comprobar si estaba en lo cierto.

El peliblanco sabía que debía haber sido más discreto en sus métodos de investigación, pero si la visita a aquella tienda no le

ayudaba a encontrar a Bell, al menos esperaba que le diese respuestas sobre otro asunto que también les interesaba. Y la realidad era que necesitaban respuestas, fueran las que fuesen, por lo que ya no le importaba una mierda ser discreto. Llegó hasta los correos electrónicos que buscaba y comprobó que sus dos candidatas encajaban.

—¿A quién te referías de las dos? —preguntó enseñándole la pantalla del móvil. William lo miró y Smith pudo ver que había dado en el clavo. Layla no había sido la única que había pasado por aquella tienda el día del baile; Curly White también lo había hecho. Y por el cariz que había tenido la conversación…—. Se ha escapado, ¿verdad?

La sombra del miedo y la derrota cruzó los ojos de William mientras asentía lentamente. Smith retiró la mano de la boca del dependiente y le devolvió el teléfono.

—¿Qué tiene en tu contra?

Su pregunta fue simple, pero acertada. El miedo volvió a invadir los ojos de William y Smith sintió pura rabia recorriéndole las venas. Aquel cabrón lo tenía tan aterrorizado que el peliblanco no pudo evitar sentir compasión hacia él a la par que un sentimiento de protección arrollador.

—Mis padres.

—¿Les ha hecho algo?

—Los tiene. No sé si están vivos.

Smith asintió y se pasó una mano por el pelo, revolviéndoselo de forma frenética. Cerró los ojos e inspiró con fuerza.

—No se lo digas a nadie. Los matará si lo haces, por favor —suplicó William.

Smith abrió los ojos y vio los del joven anegados de lágrimas. Lo cogió por los hombros y lo miró fijamente.

—No diré nada, pero llámame si lo necesitas —pidió Smith. Cogió de nuevo el teléfono del joven y apuntó su número de móvil a toda prisa—. No lo dudes ni un segundo. Es cierto, no nos conocemos, pero, por favor, llámame.

—¿Por qué te ofreces a ayudarme?

—No lo sé, pero lo estoy haciendo.

William pareció meditarlo y asintió levemente.

—¿Por qué has venido aquí hoy, Smith? —preguntó, pronunciando el nombre del peliblanco por primera vez.

Smith pensó que su nombre sonaba muy bien en sus labios, y la imagen de Bell cruzó su mente, con esa sonrisilla pícara dibujada en el rostro como la última vez que estuvieron en esa tienda.

—¿Has visto a Bell últimamente? —se decidió a responder, a pesar de no querer revelar la situación de su amiga.

—No, ¿por?

—Por nada.

Smith soltó a William y se encaminó fuera de la sala. Necesitaba salir de aquella tienda y emprender de nuevo su búsqueda, pero William lo siguió rápidamente y se interpuso en su camino.

—¿Y ya está?

—¿Cómo que ya está?

—Escuchas mis llamadas a escondidas, te ofreces a ayudarme de la nada, me preguntas por tu amiga y simplemente… ¿te vas?

—¿Y qué más quieres que haga?

—¡No lo sé! Pero te comportas muy raro.

Smith sacudió la cabeza y lo miró a los ojos.

—Dime, William, si te pregunto por algo más sobre esa llamada, ¿vas a contestarme?

—Bueno, no…

—Eso pensaba.

El peliblanco reanudó su camino esquivando a William, pero el dependiente lo cogió del brazo y lo obligó a mirarlo de nuevo.

—¡Vale! ¿Qué quieres saber?

Smith le devolvió la mirada y enarcó las cejas, sorprendido ante aquel arrebato. Lo meditó unos segundos y al final preguntó lo que llevaba queriendo saber desde que había escuchado la conversación.

—¿Cómo sabes que Curly se ha escapado? O más bien, ¿cómo sabías que estaba con él?

—Bueno, yo…

—¿Tú qué, William?

—Yo… ¡no lo sé!

—Cuando te he preguntado si se ha escapado, no he especificado su nombre, pero has sabido perfectamente a quién me refería. ¿Qué sabes de Curly White, William?

—Yo solo…

—¿Tú solo, qué?

—¡La he visto, ¿vale?! Vino aquí a comprarse un vestido para el baile.

—¿Vino sola?

—No. Venía con tres tipos muy elegantes.

—¿Cómo eran?

—No sé, altos, muy bien vestidos. Iban impecables, no he visto unos zapatos que brillasen así en mi vida.

—¿Alguno dijo cómo se llamaba?

—No. Simplemente vinieron a acompañarla y uno de ellos pagó por el vestido. No volvieron a venir.

—¿Y Curly?

—Tampoco. Pero…

—¿Pero? —presionó Smith.

Parecía que William necesitaba un empujón constante que lo ayudase a hablar.

—Hace unos días vinieron dos tipos con unas pintas muy raras preguntando por ella.

—¿Por casualidad uno tenía el pelo azul y el otro, púrpura?

—¡Sí! No los había visto nunca, pero dijeron que la conocían y preguntaron si había estado por aquí, que hacía mucho que no sabían nada de ella. Pero yo no he visto a Curly desde el día del baile, así que enseguida se fueron.

—¿Y cómo sabes que se ha escapado, entonces?

William tragó saliva de nuevo y apretó el brazo de Smith, que aún sostenía con las manos temblorosas.

—Él me lleva llamando todos los días desde la mañana siguiente al baile para preguntar por ella.

—¿La mañana siguiente al baile de máscaras?

—Sí. No sé exactamente cuándo habrá huido, pero él lleva preguntándome por ella desde entonces.

—¿Cuándo vinieron esos tipos?

—Hace como un par de días o así.

—¿Antes o después del funeral de la señora Green?

—Diría que antes. Creo que incluso fue el mismo día del funeral.

Smith se quedó mirando a la nada con los engranajes de su cerebro trabajando a toda velocidad. Si Tic Tac llevaba buscando a Curly White desde el día del baile y sus hermanos habían aparecido por la tienda más o menos cuando se publicó la noticia sobre la muerte de la señora Green firmada por Curly… ¿Qué garantizaba que esa noticia la hubiese escrito ella? A Smith ya le había parecido sospechoso el tono frío con el que se hablaba de la muerte en la noticia y cómo se mencionaba a la señora Chambers de la nada, algo que no encajaba con un obituario.

Si la línea temporal que tenía en su cabeza era correcta, su teoría tomaba forma y, aunque no podía comprobarla, no tenía razones para dudar sobre ella.

—Dime, cuando Curly estuvo aquí, ¿hubo algún momento en el que estuviese a solas, sin aquellos tipos vigilándola?

William pareció pensarlo por un momento y finalmente asintió.

—Sí, cuando entró al probador, lógicamente. No tardó nada en cambiarse, quizá un minuto o dos, pero sí.

—¿En qué probador entró? ¿Lo recuerdas?

William asintió de nuevo y guio al peliblanco hasta los probadores, donde señaló el que estaba al final a la derecha. Al pasar por el probador que estaba pegado a la sala de Layla Chambers, Smith sintió una punzada en el corazón al recordar cómo Bell y él se habían escondido allí a toda prisa tras un escudo de magia. Dejó ese pensamiento a un lado y siguió avanzando hasta llegar al probador que le había indicado el dependiente. Observó el cubículo desde la puerta, fijándose en cada recoveco y pensando a toda velocidad.

—Vamos, Curly, ¿qué hiciste aquí? —murmuró para sí mismo, aún convencido de que estaba en lo cierto.

Si la chica había conseguido escapar la noche del baile y aquella tienda había sido el único escenario en el que había conseguido estar sola aunque fuese por unos minutos, Smith estaba convencido de que había dejado algo escondido allí. No sabía por qué, ni si Curly

tenía intención de dejarle un mensaje a alguien, pero su intuición le decía que algo había.

El peliblanco se agachó para buscar debajo del taburete, pero no obtuvo resultado. Palpó cada centímetro de las cortinas bajo la atenta mirada de William y, finalmente, se fijó en el espejo. No era un espejo empotrado, sino que había un espacio entre la pared y el espejo, el suficiente para poder colar algún objeto plano que no abultase en exceso. Smith alumbró el hueco con la linterna del móvil y lo vio. Allí, metido a presión en aquel hueco diminuto, había un *pendrive*. El peliblanco metió los dedos como pudo y consiguió sacar la pequeña memoria. La revisó, pero no vio nada identificativo.

—¿Qué es eso? —preguntó William con curiosidad.

—William, ¿el tipo que acompañó a Curly ha venido alguna vez por aquí?

—No, esa fue la única vez que lo he visto. ¿Por qué? ¿Sabes quién es?

—Tengo una teoría y creo que tú también.

William palideció de forma visible y Smith suspiró.

—Si ella escondió esto aquí, es por algo —comentó Smith enseñándole el *pendrive*—. No puedo garantizarte salvar a tus padres, William, pero sí que voy a intentar hacer todo lo posible para acabar con todo esto y ayudarte a recuperarlos. Pero para eso necesito que me ayudes y no te dejes llevar por el miedo.

William cuadró los hombros y la determinación se hizo visible en sus ojos.

—¿Qué tengo que hacer?

—Voy a dejar un papel con una dirección aquí metido. Si Curly escondió este *pendrive* aquí, podemos estar seguros de que ella es la única que lo sabe. No sé si en algún momento pasará por aquí, pero si lo hace será para recuperar esta memoria. Cuando lo haga, verá el papel con la dirección. Si te pregunta algo, solo dile que vaya allí y encontrará todas las respuestas.

—¿Y si viene él? —preguntó William tras meditarlo unos instantes.

—No creo que lo haga, pero, si lo hace, no va a poder descifrar la dirección. Es una dirección con la que creo que Curly está

familiarizada, o al menos que puede identificar, pero si no sabes exactamente dónde queda, no puedes hallarla. Es una ubicación a la que solo puedes acceder si has estado con anterioridad y sé a ciencia cierta que él no ha estado nunca allí.

William asintió repetidamente con la cabeza y Smith respiró aliviado. Se guardó el *pendrive* en el bolsillo y se dirigió de nuevo hacia la puerta de la tienda. La visita a la biblioteca tendría que esperar; necesitaba mantener ocupado a Hook y aquello era la mejor baza que tenían para seguir consiguiendo respuestas a la vez que buscaban a Bell.

—Espera, Smith —pidió William cuando el peliblanco llegó a la puerta. Smith se dio la vuelta y lo miró, expectante—. Gracias, de verdad.

—No me lo agradezcas todavía. No sabes en lo que te has metido sin querer, William.

—Quizá no, pero sí sé que había una razón para que tú entrases aquí hoy y sé que con eso he salido ganando.

El peliblanco sonrió con tristeza y admiró la firmeza en los ojos del dependiente. William no tenía probabilidades de sobrevivir si Tic Tac estaba metido en todo aquello y estaba seguro de ello, sobre todo si lo mantenía subyugado bajo amenazas. Smith solo podía pensar en la rabia que le daba no poder salvarlo.

—Yo no estaría tan seguro de eso —replicó el peliblanco.

Lo miró una última vez y salió a toda prisa de la tienda hacia su coche. Arrancó y recorrió la calle a toda velocidad en dirección al piso de Hook.

Miró de reojo aquel asiento vacío y la tristeza se mezcló con la rabia.

William había creído que su visita a la tienda era un golpe de suerte, pero hacía mucho tiempo que Smith había dejado de rezarle a la diosa fortuna, porque había dejado de merecer la pena creer en la suerte.

10
Marinero

Muchos años antes
en Nunca Jamás

Smee nunca pensó que llegaría a ser un marinero hecho y derecho. Cuando aquel despiadado capitán lo secuestró para que formara parte de su tripulación, Smee se había temido lo peor. Se había imaginado torturas continuas, gritos de dolor y jaulas con barrotes de hierro imposibles de forzar, y, aunque no había estado del todo desacertado, tampoco había imaginado que llegaría a convertirse en un marinero que disfrutase de estar en un barco y mucho menos un pirata.

Tenía tan solo trece años cuando aquel capitán lo arrancó de los brazos de sus padres y lo arrojó a un maltrecho barco junto a otros tantos niños de su misma edad. Surcaron los mares durante meses a su servicio, sin hacer otra cosa que obedecer las órdenes de aquel pirata obsesionado con descubrir tesoros y llenarse de riquezas, sin mover ni un solo dedo.

Smee nunca había querido pensar en profundidad en los motivos que lo habían llevado a elegir niños para su tripulación, pero con el tiempo descubrió que era debido a los más viejos del mundo: la soledad y el poder. Manipular a niños era mil veces más fácil que a adultos y, cuando el propio capitán había sido sumido en la soledad durante toda su niñez, pareció obvia la razón de escoger la compañía que nunca había podido tener como niño. Los tuvo que formar en el arte de la piratería y en las habilidades necesarias para

sobrevivir en un barco, pero seguían siendo una compañía que fácilmente sucumbía bajo su puño de hierro sin rechistar.

A veces, Smee reflexionaba sobre lo poquísimo que se parecían los dos capitanes que había tenido: aquel que en su cabeza no tenía ni nombre y Hook, que había llegado a convertirse en su mejor amigo. Mientras que con su antiguo capitán siempre se había sentido desprotegido, con Hook era justo lo contrario. Su antiguo capitán era un pirata sin escrúpulos que no dudaba en rebanar pescuezos a toda costa con tal de salirse con la suya; Hook era un pirata por todo lo que había tenido que hacer para sobrevivir y por reclamar como suyas cosas que no le pertenecían, pero era un pirata con moral y, sobre todo, con bondad, dos palabras que nunca habría pensado en asociar con un capitán. Hook se había sentido responsable de protegerlo a él y a todos sus compañeros marineros —o, al menos, a los que quisieron quedarse— desde el minuto en que los encontró en aquel maldito barco, aterrorizados, y Smee no podía estar más agradecido con él por eso. Había algo en el aura de protección y seguridad que irradiaba Hook que hacía que Smee no quisiera irse nunca de su lado y sabía que en el fondo el capitán pirata lo agradecía, ya que se sentía mucho más solo de lo que dejaba entrever. Por esa razón, Smee estaba cada vez más convencido de que algo ocurría; Hook había pasado de apenas pisar su camarote a estar más de la mitad del día —o el día entero— encerrado en él, sin salir.

Smee estaba apoyado en la barandilla de cubierta, observando el mar y echando miradas furtivas de reojo hacia el camarote de Hook, donde este había desaparecido horas atrás para no volver a cubierta; ni siquiera había salido a comer con ellos. El horizonte aún tenía aquel azul cielo que lo caracterizaba, pero los primeros tonos anaranjados estaban comenzando a aparecer a lo lejos, anunciando la llegada del atardecer y la inevitable noche.

Sintió que un escalofrío lo recorría y se aferró a la barandilla con fuerza. Miró hacia arriba y vio algunas nubes, pero eran blancas, no grises. Al menos aquella noche no parecía esperar una tormenta.

—No tiene pinta de llover, puedes estar tranquilo —comentó la voz ronca de Hook a su espalda. Smee se giró, sorprendido, pues no

había visto abrirse la puerta del camarote, y lo miró—. Sí, he salido, no tienes que parecer tan sorprendido, ni que me pasase aislado todo el día.

Smee dejó escapar una risita que se apagó en cuanto su cerebro registró la elección de palabras de su amigo.

Aislado.

La ola de recuerdos chocó contra su mente y tuvo que aferrarse a la barandilla con más fuerza para no caerse. Era capaz de recordarlo absolutamente todo: cada sensación, cada olor, cada ruido. *Todo…*

—¡Dejad de lloriquear, maldita sea! —rugió el capitán sin nombre.

La tripulación de niños se estremeció ante el bramido y la tormenta arreció. El barco se tambaleaba de forma brusca y los barriles rodaban por cubierta sin parar. Los gritos se sucedían y las lágrimas recorrían sus mejillas sin parar. El terror los tenía dominados y los rugidos del capitán no hacían sino empeorar la situación.

—¡Amarrad las cosas, mocosos! ¡No podemos perder nada!

Los niños no tenían más remedio que obedecer, pero la lluvia dificultaba la visibilidad y cada vez era más complicado moverse por la cubierta del barco manteniendo el equilibrio. Los barriles rodaban de un lado a otro con rapidez y los niños no eran capaces de atarlos. Smee persiguió uno de ellos hasta los pies del capitán, que lo paró poniendo una bota encima. Cuando llegó hasta él e hizo amago de cogerlo, el capitán lo detuvo.

—¿No he dicho que había que amarrar las cosas? —preguntó el capitán.

El aliento a alcohol impactó de lleno en la cara de Smee, que se reprimió e intentó no torcer el gesto para no molestar a su capitán.

—S-sí, se-señor. Se-se me ha esca-capado —tartamudeó Smee con miedo.

Las lágrimas se confundían con el agua de la lluvia y empapaban su rostro.

—Además de llorón eres un inútil, por lo que veo. Mocoso estúpido —comentó el capitán; varias gotas de saliva aterrizaron en el rostro aniñado de Smee.

—N-no volve-verá a ocu-currir, se-señor —se disculpó el muchacho con las manos en el barril dispuesto a cogerlo y llevarlo a su sitio.

—Claro que no, insolente. Ya sabes lo que toca. En mi barco no acepto inútiles llorones, solo hombres —dijo el capitán.

La respiración de Smee se agitó y notó cómo se mojaba los pantalones por el miedo.

El niño parpadeó y levantó el barril cuando el capitán quitó el pie de encima. El pirata lo miró, expectante, y Smee se metió dentro del barril ante la atenta mirada de su capitán, que sonrió malévolo y cogió la tapa.

—Espero que aprendas la lección esta vez, mocoso, y que después de esto por fin te conviertas en un hombre.

Smee asintió lentamente, aún con las lágrimas recorriéndole el rostro y se agachó hasta sentarse en el fondo del barril, rodeándose las piernas con los brazos.

—Dulces sueños —se despidió el capitán mientras cerraba el barril, sumiéndolo en la más absoluta oscuridad.

Solo había algunos agujeros que permitían que entrase el aire y la poca luz que los relámpagos arrojaban sobre la cubierta. Smee cerró los ojos, sabiendo lo que venía a continuación. El barril se tambaleó y rodó por la cubierta cuando el capitán le dio una patada para empujarlo por el suelo. El niño se encogió de miedo y le rezó a todos los dioses en los que no creía porque aquello pasara pronto. Podía oler su propia orina y la salitre que siempre parecía invadir el barco, también podía escuchar todos los gritos de sus compañeros en aquel trayecto rodante a lo largo de la cubierta. Sintió cómo alguien ponía el barril derecho y lo sujetaba con unas cuerdas mientras enterraba la cabeza entre sus brazos y dejaba que los sollozos invadiesen su cuerpo. Sabía que no sería la última vez que estaría allí encerrado igual que no era la primera, pero al menos podía seguir rezando para que todo aquello algún día llegara a su fin.

Smee se limpió la lágrima solitaria que rodó por su mejilla y sintió cómo la mano de Hook le apretaba el hombro con cariño.

—Estás a salvo, Smee —lo tranquilizó el capitán.

Smee asintió y respiró profundamente por la nariz.

No había oscuridad, no había tormenta, no había barriles diminutos en los que tenía que pasar horas y horas encerrado cada noche de tormenta.

No había olor a orines, ni a miedo, ni a un aliento que apestaba a alcohol.

Allí no había nada de eso ya.

Pero su pánico a las tormentas y a la oscuridad no se iría nunca.

Porque no había nada más difícil de curar que el miedo.

11

Pausa

Bell se sentía perdida. Sabía que no tenía que creer nada de lo que dijera Tic Tac, pero no podía evitar que su cerebro decidiese hacerlo. Su instinto le gritaba que no confiase en él, que no le hiciera caso, pero, a la vez, algo le decía que eso era justo lo que tenía que hacer. Así que, como resultado, se sentía completa y absolutamente perdida.

Las últimas palabras de Tic Tac en aquella sala de tortura aún revoloteaban en su mente, enredadas entre todas las teorías que tenía y todos los secretos que ocultaba la ciudad. No sabía cómo poner orden y mucho menos cómo desenredar semejante maraña de teorías, pero sí sabía que tenía que hacerlo más pronto que tarde o algo ocurriría y, aunque no sabía exactamente el qué, sabía que no sería bueno. No con él de por medio.

Lo único que agradecía de toda esa situación era la ausencia de Peter Pan. En las horas que llevaba recluida en aquel edificio acristalado, no había sentido su presencia ni una sola vez. Ni siquiera había acudido a su mente con tanta frecuencia como hubiese esperado, lo cual se sentía… raro. Una sensación extraña le recorría constantemente el cuerpo, como si algo se le estuviese escapando, pero no lograba ubicar el qué. Estaba claro que ese sociópata seguía en la ciudad, no creía que hubiese desaparecido de un momento a otro, teniendo en cuenta que había conseguido presentarse dentro de su piso, y más tras haber rescatado a esa zorra.

Ese era otro tema: la puta magia.

Desde que había salido huyendo del piso, los dolores de cabeza se habían intensificado y los calmantes que tenía inyectado con la magia del polvo de hada se estaban agotando. Tenía que pensar en cómo solucionar aquella situación, porque ya no tenía acceso a más magia y, por lo tanto, no podía crear más calmantes que la sacaran de aquella nube de oscuridad que inundaba su cabeza de forma cada vez más recurrente. Además, a esos dolores se habían unido unos temblores y unos sudores fríos que la paralizaban casi por completo.

Y así estaba en ese momento: tumbada en la cama de su dormitorio en Lit Hell, temblando de pies a cabeza y con la frente perlada de unas gotas frías como el hielo que descendían a lo largo de su espalda. Arropada hasta las cejas como estaba tampoco encontraba alivio, por lo que lo único que podía hacer era maldecir todo lo que se le pasaba por la mente.

Recordó las últimas palabras de Tic Tac en aquella sala: «Quién soy». ¿Cómo pretendía aquel chalado que averiguase quién era si no habían podido hacerlo entre tres personas en los meses que llevaban viviendo en Dark Times? Tenían todo a su disposición: tecnologías, habilidades necesarias que parecían haberles caído del cielo según aterrizaron en la ciudad y motivación suficiente como para investigar, pero, aun así, nada. No habían conseguido acercarse lo más mínimo a la identidad de Tic Tac; demonios, ni siquiera habían sido capaces de descubrir cómo se veía.

Ese último pensamiento hizo que una bombilla se encendiese en la mente de Bell. Si Tic Tac insistía tanto en que averiguase su identidad, era porque sabía que podía hacerlo, por lo que significaba que de algún modo debían… ¿*conocerlo*? Sin embargo, aunque esa teoría sonase plausible, había demasiada gente en la ciudad que podía encajar en su perfil. Evidentemente, era obvio que ya no encajarían físicamente, pero había mucha gente de la ciudad que podría ser Tic Tac a la que ella no conocía personalmente ni de la que había visto fotos, como muchos de los integrantes de la flor y nata de la ciudad o incluso el tipo aquel de la banda de Los Zorros que se negaba a salir a la calle por sus paranoias.

De nuevo, vuelta a la puta casilla de salida de la que parecía que no querían salir.

Se revolvió en la cama y se giró para estar mirando hacia la puerta. Aquel cabrón la tenía encerrada, y eso que le había asegurado que no era una prisionera. El chiste se contaba solo. No sabía cómo pretendía que descubriese quién era en realidad cuando no la dejaba salir de aquella habitación. ¿Podría salir con el mismo método con el que lo había hecho la primera vez? Sí, pero los dolores de cabeza no estaban por la labor de colaborar.

Resopló y cogió la cajita con los calmantes que siempre llevaba en el bolsillo del pantalón. La abrió y se tomó uno, ya que una vez se pasaba el efecto, el dolor volvía con aún más fuerza. Aún le quedaban otras quince pastillas. Si no utilizaba nada de magia, podría sobrevivir. Aunque no es que le quedase precisamente mucha. Cada vez que pensaba en el polvo de hada, las caras de Smith y Hook le venían a la mente como un fogonazo de luz y la culpabilidad invadía su corazón, inyectando su veneno de forma permanente.

Los había engañado, sí, pero no todo había sido falso. El amor, el cariño y la complicidad que tenía con sus piratas no había podido ser más real. Aunque para llegar a eso hubiese tenido que mentirles vilmente.

Intentó chasquear los dedos entre los temblores, pero el calmante aún no había hecho efecto y no fue capaz. Tampoco creía que hubiese conseguido nada. Sin su fuente de polvo de hada —aquella zorra amiga del sociópata—, no le quedaba mucho del que tirar, y el único que tenía a su alcance era el de los calmantes, que por nada del mundo podía sacrificar.

No sabía cómo era posible que todos sus planes se hubiesen torcido a tal velocidad. De repente, se había quedado sin sus piratas, sin su puta magia, sin su baza más grande para poder atrapar a ese cabrón y sin su propia libertad, que era lo que sin duda más le jodía de todo. Sentirse atrapada era algo que llevaba notablemente mal, y saber que Tic Tac la vigilaba constantemente no era precisamente plato de buen gusto.

Tenía que hacer algo, pero no sabía el qué.

Miró a la cámara encendida que apuntaba directamente a la cama donde estaba tumbada y la furia se reflejó en su rostro. El piloto rojo parecía estar burlándose de ella, pero Bell sabía que el que se burlaba era otro.

Por eso, alzó la mano y sacó el dedo del medio, como acostumbraba a hacer cada vez que reparaba en la cámara.

Gilipollas.

La cámara mostró la imagen de Bell con el dedo corazón alzado y Tic Tac no pudo más que negar con la cabeza, aburrido. En ocasiones, la chica era de lo más aburrida. Desde que había vuelto a su habitación tras la expedición por el edificio, solo se había limitado a tumbarse en la cama, hecha una bola bajo el edredón. Él ya había notado que ese comportamiento era bastante recurrente en ella y que, más veces de las que podía contar con los dedos de una mano, algo invadía el cuerpo de la chica y la dejaba casi inmovilizada en la cama. No había que ser un genio para saber que todo eso estaba provocado por el polvo de hada, ya que la magia robada tenía consecuencias igual de fatales que la magia negra. No era un experto, pero tenía suerte de contar con la ayuda de alguien que sí lo era.

—Tus teorías eran acertadas. Es algo así como un síndrome de abstinencia, pero provocado por la magia en lugar de por una droga —corroboró su interlocutor tras observar la imagen que mostraba el ordenador.

—¿Qué es la magia, sino otra droga?

—Crea adicción igual, en efecto.

—¿Y la magia robada?

—Los efectos se duplican y, en ocasiones, pueden llegar a ser fatales. Creo que ella ha sido muy lista a la hora de apropiarse de la magia; al llevar tanto tiempo haciéndolo, su cuerpo se ha ido acostumbrando progresivamente y por eso ha tardado tanto en manifestar consecuencias negativas, dejando la abstinencia aparte.

—¿Cómo crees que lo ha hecho?

—La magia solo se cura con más magia. Ha mezclado esas pastillas con polvo de hadas, por eso son las únicas que calman sus dolores —explicó aquella voz sin identidad. Tic Tac miró a su interlocutor con curiosidad por saber la respuesta—. Creo que ha debido de hacer exactamente lo mismo para apropiarse de ella en primera instancia. Debió inyectar la magia en alguna bebida o comida que le permitiese poder ingerirla día a día y no perderla nunca.

—¿Cómo es eso posible?

—Ha tenido acceso a una fuente inigualable de poder: la sangre de un hada. Todo el polvo de hada que tiene en su sistema procede de la fuente original, no es polvo de hada que haya podido recoger del ambiente o nada parecido. Es sangre pura.

—Si lo ha hecho durante tanto tiempo, ¿cómo ha sobrevivido el hada?

—No la subestimes. Puede parecer frágil con ese disfraz que lleva tan orgullosa, pero no lo es en absoluto. Es calculadora y muy lista. Sea cual sea la forma en la que ha obtenido la sangre, lo ha hecho de manera que no se agotase su fuente de poder; no le interesaba matarla antes de tiempo.

—Es lista, pero no sé si lo suficiente.

—Dale tiempo. Hará lo que quieres.

Tic Tac asintió distraído mientras su interlocutor salía del despacho y volvió a mirar a la pantalla. La chica había salido del dormitorio usando el mismo mecanismo rudimentario que la primera vez. Miró de una cámara a otra, buscándola hasta encontrarla de nuevo en el área de los libros antiguos. Chica lista. No tenía todas consigo de que aquella vez encontrase algo, pero no iba mal encaminada. Si tan solo se fijase en las pistas que tenía en su propia habitación… Lo había dejado todo al alcance de su mano, pero ella se negaba a abrir los ojos.

Le daría algunos días de margen, pero sabía que el aburrimiento haría acto de presencia más pronto que tarde y eso no era bueno.

Tendría que darle un pequeño empujoncito y recordarle todo lo que estaba en juego.

O, al menos, *quién* lo estaba.

12

Caras conocidas

Había pasado más de un día sin saber nada de Bell y el pánico que sentía Hook parecía haberse asentado en lo más hondo de su alma, haciéndose un hueco junto a la culpa que dominaba su corazón. Sabía que Smith tenía razón y quizá no hubiese podido hacer nada con Peter de por medio, pero jamás podría evitar que ese sentimiento de culpa apareciese al no haber actuado de otra manera. También sabía que era algo que preocupaba a su amigo y que por esa misma razón el peliblanco no estaba dispuesto a dejarlo solo.

—¿Estás listo? —preguntó Smith cuando aparcó el coche.

Hook miró por la ventanilla y observó el edificio que albergaba el bufete de abogados de Layla Chambers. No sabía cuan preparado se debía estar para entrar allí, pero sí que ninguno de los dos estaba listo aún para volver a la Biblioteca Barrie, por lo que, en cuanto vieron el contenido del *pendrive* que recuperó Smith de la tienda de vestidos, decidieron probar suerte en el bufete.

—Acabemos con esto —respondió Hook saliendo del coche.

La peluca de su disfraz seguía picando como un demonio, pero ya no tenía la magia de Bell como apoyo, de modo que le tocaba hacer sacrificios si quería ayudar a su amigo y seguir buscando todas aquellas respuestas que la chica había ansiado tanto encontrar. El peliblanco salió del coche y ambos se acercaron al edificio. Sabían que los Chambers habían sido los propietarios de todo el bloque gracias a un vistazo a las escrituras del mismo que

encontraron en el *pendrive*, pero también eran conscientes de que el dueño del edificio había pasado a ser otra persona.

Era un poco arriesgado, pero confiaban en que, teniendo tantas cosas en mente, Tic Tac hubiese dejado de lado el edificio, que presuponían vacío. Aquel tipo ya habría sacado todo lo que le fuese de utilidad, así que Hook no estaba del todo seguro de qué pretendían encontrar, pero allí estaban.

Los dos amigos se acercaron a la puerta principal del edificio, que estaba entreabierta, como si alguien hubiese forzado la cerradura. Al parecer, no eran los primeros que habían intentado acceder. Entraron despacio hacia el recibidor, con una única mesa de recepción en el centro y varios sofás dispuestos en los lados a modo de sala de espera.

—¿Crees que el bufete ocupa todas las plantas? No es un edificio muy alto, pero tampoco es que tenga solo dos o tres —comentó Smith girando sobre sí mismo para observar la sala.

—Por lo que pone en ese índice, no. De las siete plantas del edificio, solo cinco son del bufete. Cada una de ellas está dedicada a una rama concreta, pero solo llega hasta la quinta planta. Supongo que quizá las dos restantes son personales; puede que sea alguna planta residencial, al fin y al cabo, según decía todo el mundo, Layla Chambers pasaba mucho más tiempo aquí que en su casa —contestó Hook señalando un rótulo que había colgado en la pared derecha, a modo de directorio de plantas en el que solo se enumeraban las cinco primeras.

—¿Y crees que estamos solos? No parece que nadie haya puesto un pie aquí desde hace mucho, pero, visto lo visto, en esta ciudad cualquiera se fía —añadió Smith al cabo de unos segundos mientras se acercaba a la mesa de recepción y echaba un vistazo a la mesa—. Nada. No hay ordenador y los pocos papeles que quedan no parecen ser nada relevante.

—Al menos, creo que estamos solos en esta planta. No sé en las demás.

Hook se paseó por la sala y se acercó al ascensor para comprobar si funcionaba, para su sorpresa, las puertas se abrieron. No habían cortado el suministro de electricidad. Más allá de la mesa

y los sofás, no había nada interesante allí. Smith asintió con la cabeza cuando vio a su amigo al lado del ascensor y se acercó hasta él. Se subieron en él y Hook pulsó directamente el número cinco, que era el último piso que había.

—No hay botón para el piso seis ni el siete —puntualizó Smith.

—Supongo que si mi teoría de que son más personales es cierta, el acceso estará en la quinta planta. En el directorio ponía que era la de Dirección General, así que imagino que ahí es donde estará el despacho de Layla, desde el que tendría acceso directo a las plantas superiores.

El peliblanco asintió y el ascensor pitó en cuanto llegaron a la planta número cinco. Salieron y las puertas se cerraron a su espalda. Hook estaba en lo cierto: aquella planta era donde seguramente Layla hubiese pasado más tiempo. Esta planta tenía un aspecto amplio y diáfano, con un recibidor similar al de la entrada. Había una mesa de recepción y algunos sofás, todo decorado de forma muy elegante. Justo detrás de la mesa de recepción podían ver unas puertas dobles de madera oscura, que sin duda contenían el despacho de la directora.

Una vez más, vieron que en la mesa de recepción no había más que papeles insignificantes, pero ni rastro de ordenadores.

Se acercaron al despacho y, para su sorpresa, estaba cerrado con llave. Las puertas eran robustas y aislaban el despacho a la perfección, sin ningún cristal por el que pudiesen ver dentro de la estancia.

—Si el edificio está deshabitado, ¿por qué han cerrado con llave? —preguntó Smith con tono curioso—. Me parece un poco inútil. Quiero decir, si alguien quiere entrar, va a entrar por mucho que echen la llave.

Hook se encogió de hombros y observó la puerta. Sacó el kit para abrir cerraduras que siempre llevaba encima y, en menos de un minuto, se escuchó un chasquido y pudieron entrar en el despacho. Los recibió una estancia amplia, con un imponente escritorio dominando la habitación delante de dos grandes ventanas acristaladas que no llegaban hasta el suelo, pero que aportaban luz al despacho. El escritorio era de madera robusta, igual que las

puertas, y tenía una silla de cuero justo detrás y dos sofás delante. A ambos lados había estanterías repletas de libros y un sofá marrón a juego en el lado derecho del despacho. Finalmente, un minibar decoraba una de las esquinas.

—¿Soy yo o…? —empezó a decir Smith.

—¿Se parece mucho al despacho del señor Chambers en su casa? Diría que sí —completó Hook por él haciendo memoria de las imágenes de las cámaras de vigilancia que recuperaron Smith y Bell tan solo días antes—. Es un poco perturbador teniendo en cuenta que el señor Chambers no permitía que nadie pisase mucho su despacho, y supongo que eso incluía a su mujer.

—Un poco es un eufemismo. Esta pava estaba loca del coño, te lo digo —replicó Smith sacándole una sonrisa a su amigo—. Bueno, *está*, que aún no sabemos si está muerta. —Hizo una pausa y miró a Hook—. ¿Crees que lo está?

—¿Honestamente? No —La determinación en la respuesta de Hook pareció sorprender a Smith, pero el capitán pirata se limitó a restarle importancia encogiéndose de hombros—. Es solo una corazonada. Eh, mira.

Smith siguió con la mirada a donde le señalaba su amigo y reparó en la puerta de ascensor que había en la pared derecha, al lado de la estantería. Hook había tenido razón, el acceso a las plantas superiores estaba justo ahí. Tras echarle un vistazo rápido a las estanterías y la mesa, ambos piratas convinieron en que allí no quedaba nada que mereciese la pena explorar. Tic Tac había debido de arrasar con todo cuando Layla se marchó de la ciudad, por lo que no encontrarían gran cosa allí.

Hook pulsó el botón del ascensor y las puertas se abrieron para dejarles paso. Subieron a la planta de arriba y, cuando el ascensor se abrió, los recibió una planta de nuevo diáfana, pero que no tenía nada que ver con la planta inferior. Aquella sexta planta era literalmente un apartamento.

—Vaaale, lo de la adicción al trabajo de Layla Chambers es *next level*. La tía tenía un piso literalmente encima de su despacho. Si eso no es llevarse el trabajo a casa, no sé qué es —comentó Smith.

—Supongo que si no tenía un matrimonio especialmente feliz, sería más fácil quedarse aquí —repuso Hook—. ¿Comparamos con las fotos?

El peliblanco asintió y sacó su móvil. Horas antes, cuando había regresado al piso de Hook y Bell con el *pendrive*, los piratas habían revisado todo su contenido sin saber muy bien qué estaban buscando. No se les escapaba el detalle de lo raro y conveniente que era que Curly hubiese sido capaz de esconder un *pendrive* en la tienda de vestidos sin que nadie se enterase, especialmente Tic Tac, pero tampoco iban a ponerle pegas a lo que la vida parecía regalarles de vez en cuando, más aun teniendo en cuenta la de trabas que se habían encontrado en el camino.

Al abrir los contenidos de la memoria externa en el ordenador, se habían encontrado una única carpeta con el nombre de Layla. Para su sorpresa, lo único que había dentro eran fotos. Múltiples imágenes de Layla en ese mismo apartamento habían llenado la carpeta, y no eran fotografías inocentes. Todas y cada una de ellas reflejaban cada minuto de la vida de aquella mujer entre esas cuatro paredes, con todo lo que eso conllevaba, incluyendo todos y cada uno de los momentos íntimos a solas y con Justin Davies. Algunas de las imágenes fueron desagradables de ver, no tanto por el contenido, sino por la intención. Era escalofriante pensar que él había estado vigilando tanto la vida de la mujer como para haber podido fotografiarla en un ambiente tan privado.

No obstante, algo bueno de aquellas fotos era que retrataban a la perfección cada rincón de aquel apartamento y, si los piratas estaban en lo cierto y Tic Tac ya había pasado previamente por allí, comparando las imágenes y la realidad serían capaces de ver si algo se había movido de su sitio o si directamente había desaparecido.

Smith sacó su móvil y abrió la primera foto. Hook sabía que el peliblanco había ordenado las imágenes por las diferentes dependencias del piso y, situados tal cual estaban aún en la puerta del ascensor, el pirata observó de forma panorámica aquel apartamento. El ascensor se encontraba justo en el centro de la pared del salón, de modo que no existía un recibidor como tal, sino que daba paso directo a un amplio salón comedor perfectamente

amueblado. A la izquierda, podían atisbar la cocina americana y, de frente, justo detrás del sofá que estaba de cara al ascensor, se podía ver un pasillo que conducía a las habitaciones y el baño.

No era un piso especialmente grande, pero era plenamente funcional y, lo más sorprendente de todo, estaba *impoluto*. Ese había sido el primer pensamiento de Hook nada más entrar allí y, a medida que observaba cada rincón de aquel sitio, más lo reconcomía la idea de que el piso estaba *demasiado* limpio y ordenado. Hacía ya unos días que Layla se había marchado sin dejar rastro y el propio bufete reflejaba claros indicios de que había sido registrado. No había ordenadores por ninguna parte, solo papeles insignificantes dispuestos en las mesas en orden alfabético y no en carpetas según la naturaleza del documento; alguna silla que había sido movida algo más allá de su sitio como acusaban las marcas de polvo del suelo y, por supuesto, la cerradura de la puerta principal del edificio.

—Vale, esto es un tanto perturbador —comentó Smith.

Hook lo miró y vio cómo su amigo no paraba de comparar con la vista la imagen del salón que tenía en el móvil y la estancia en la que estaban.

—¿El qué, exactamente? —contestó Hook comparando las fotos de la cocina con el estado actual de la misma.

Creía saber por dónde iba su amigo, porque a él también le estaba resultando todo un tanto turbio.

—¿Cómo es posible que, a pesar de que sabemos que él ha estado aquí porque resulta obvio, todo esté idéntico a las fotos? Hook, literalmente no hay ni una sola cosa fuera de lugar.

El capitán pirata asintió, dándole la razón a su amigo, porque, efectivamente, aquello era una estampa que rozaba lo inverosímil. Cada cuadro, cada planta, cada mueble, absolutamente cada cosa que allí veían estaba colocada en el mismo lugar que reflejaban las fotografías. Aún no habían avanzado hacia las habitaciones, pero no sería descabellado pensar que allí ocurriese exactamente lo mismo.

—Parece que nadie ha tocado nada, aunque sepamos que sí. Parece la estampa de una revista de decoración, me está empezando a dar mucho mal rollo —añadió Smith.

Hook advirtió que su amigo reprimía un escalofrío y no pudo hacer más que darle la razón.

—Creo que es posible que Tic Tac sea un maniático del orden.

—Jo, no me había dado cuenta, la verdad.

—Ja, ja. Me refiero a que va más allá de ordenar las cosas con una estructura para que simplemente estén en su sitio. Me refiero a que literalmente no hay nada que se salga del orden que tiene establecido.

—Anda, mira, como tú, papi.

—¿En serio?

—Digo, aquí mi colega parece ser el fan número uno de tener todo bajo control, no me digas que no te recuerda a alguien. —Hook lo miró enarcando una ceja y Smith movió las suyas sugestivamente arriba y abajo con una sonrisilla pícara tironeándole de los labios—. Oye, que yo no he dicho que esté en contra de lo mucho que te gusta tener el control. En ciertos contextos puede ser muy interesante.

—Lo que sería interesante también es que te centrases un poco, no sé, en lo que estamos buscando, en *a quién* estamos buscando y esas cosas. Solo un poco, eh, con eso es suficiente.

—Contigo nunca nada sería suficiente, *daddy*.

Hook resopló y su amigo terminó de sonreír ampliamente. El capitán pirata reconocía que ese humor tan particular de su amigo había aligerado un poco la tensión que parecía ser constante en aquel punto de sus vidas, pero, de nuevo, ese momento efímero de despreocupación se mezclaba con la culpa cada vez que pensaba en la persona que faltaba a su lado. Se esforzaba por no contar las horas, minutos y segundos que llevaba sin saber nada de ella, pero su mente se empeñaba en no darle tregua y recordarle a cada rato que aquello era culpa suya y que era Bell la que debería estar allí buscando pistas con el peliblanco, no él. Lo reconcomía por dentro pensar que ella se estaba perdiendo todas aquellas cosas y que quizá estaba encerrada en una mísera habitación sin saber qué pasaba mientras ellos dos estaban allí investigando con la risa apareciendo de forma ocasional. Apreciaba los gestos de Smith, pero

cuando la culpa era más grande que todo lo demás, no era capaz de ver más allá. Sentía que se ahogaba.

Smith notó el cambio en la respiración de su amigo y borró su sonrisa de manera instantánea; posó una mano en el hombro de Hook y le dio un apretón cariñoso.

—Tienes razón, Hook. Se nota que va más allá de tener las cosas ordenadas —corroboró el peliblanco con la seriedad tomando protagonismo en su voz.

Hook se lo agradeció con una mirada y volvió a echar un vistazo a su alrededor.

—¿Recuerdas los papeles que hemos visto? No sé si te has fijado, pero *a priori* eran papeles de distintos propósitos, como facturas y contratos. Todos estaban colocados en orden alfabético, pero eso no tiene sentido porque no todos los documentos corresponden a lo mismo —dijo el capitán pirata.

—Sí, y aunque en las marcas del suelo se veía cómo se habían movido algunas sillas, volvían a estar en el mismo lugar exacto —confirmó Smith—. Aquí en el piso es incluso más obvio. Es casi como si alguien hubiese cogido estas imágenes y…

Smith dejó la frase en el aire, pero Hook sabía exactamente lo que estaba pensando.

—No estamos solos, Smith —añadió el capitán pirata con determinación.

El peliblanco se mostró de acuerdo y ambos guardaron sus móviles con los sentidos alerta. Ya Smith lo había comentado en la primera planta y, aunque en ese momento no podían saber a ciencia cierta lo que se encontrarían, Hook sí creía que, en el fondo, ambos habían sabido que no habían estado solos en ningún momento. Pero aún les quedaba averiguar quién estaba allí con ellos.

Los piratas se acercaron despacio al pasillo que dirigía hacia las habitaciones y se apoyaron en ambas paredes, aguzando el oído en busca de algún ruido, por mínimo que fuese. El silencio en el piso era denso, pero no llegaba a ser incómodo ni a provocar miedo en ellos. A pesar de lo perturbador de aquel orden extremo, había algo en los instintos de Hook que le decía que no estaban en peligro.

Miró a su amigo y, tras asentir con la cabeza, los dos enfilaron el pasillo. Había tres puertas, dos a la derecha y una a la izquierda. La de la izquierda estaba entreabierta y pudieron ver un baño. Una de las de la derecha estaba cerrada y, aunque Smith trató de abrirla con suavidad, la puerta no cedió: estaba cerrada con llave. Sin embargo, la otra puerta estaba entreabierta, como la del baño. Aún sin entrar en la habitación pudieron ver que se trataba del dormitorio principal. Empujaron la puerta suavemente y esta se abrió sin hacer ruido. Los piratas entraron en la estancia con sigilo y vieron la cama doble que dominaba la habitación. Había sendas mesillas de noche a los lados y un banco a los pies de la cama. Miraron hacia la izquierda y vieron dos puertas. Una de ellas estaba abierta de par en par y revelaba un baño; la otra volvía a estar entreabierta y ambos se acercaron con más curiosidad que otra cosa a ver qué ocultaba.

Según se fueron acercando, escucharon un suave murmullo cantarín que provenía de dentro de aquella habitación. La puerta se abrió sin hacer ruido con un suave empujoncito de Smith y ambos entraron en el que había sido el vestidor de Layla Chambers. El murmullo se hacía cada vez más alto según avanzaban por el pequeño pasillo que tenía aquel vestidor y, cuando este desembocó en la amplia estancia llena de ropa, supieron de dónde provenía.

Una chica joven se mecía sobre sí misma sentada en el suelo mientras se rodeaba las piernas con los brazos. Tenía la mirada perdida y ni siquiera reparó en ellos cuando entraron. Con un vistazo rápido, Hook pudo ver que, al igual que en el resto del apartamento, aquella estancia estaba tal cual y como aparecía en las imágenes y fue entonces cuando reparó en las fotografías que rodeaban el suelo donde estaba sentada la chica. Eran las mismas que ellos habían guardado en sus móviles.

Los piratas se quedaron en la entrada del pequeño pasillo que daba acceso al vestidor para no asustarla y Smith se agachó con cuidado sin dejar de mirarla. La chica seguía entonando una melodía cantarina mientras se balanceaba sobre sí misma, mientras miraba a un punto perdido en la nada, sin reparar en que había alguien más con ella.

Ambos sabían a ciencia cierta quién era, pero no sabían cómo abordar la situación. Smith se armó de valor y, tras un breve carraspeo, se decidió a hablar.

—Hola —dijo el peliblanco con voz suave.

La chica abrió mucho los ojos y deslizó la mirada hasta ellos. No había miedo en aquellas orbes, solo vacío. No había ni una sola emoción reflejada en ellos, como si la joven hubiese perdido la esperanza mucho tiempo atrás.

—¿He muerto por fin? —preguntó la chica en respuesta. Su voz sonó ronca, como si hubiese pasado mucho tiempo sin hablar.

Hook tragó saliva y se agachó junto a su amigo sin dejar de mirarla.

—No. Estás a salvo —contestó el capitán pirata.

—Él dijo que moriría. ¿He muerto ya? No dijo cómo, pero dijo que moriría. ¿Ha pasado ya? Lo dijo, dijo que moriría. ¿Estoy muerta?

Los piratas notaron cómo la respiración de la chica empezaba a acelerarse y Hook se levantó para acercarse hasta ella. Con movimientos lentos y suaves, puso una mano en el brazo de la joven para que esta viese que el contacto era real, que no se estaba imaginando nada de aquello y que, sobre todo, no estaba muerta.

—¿Es-estás vivo? —preguntó la chica con los ojos muy abiertos.

—Sí. Y tú también.

Los ojos de la chica se anegaron de lágrimas de forma repentina y Hook sintió cómo se le encogía el corazón ante las emociones que parecían desbordarla cuando segundos atrás había parecido una cáscara vacía y sin alma.

Le dio un apretón suave en el brazo y puso en palabras la pregunta para la que ya tenía una respuesta.

—¿Cómo te llamas?

La chica carraspeó y observó a los piratas de forma alternativa.

—Curly. Curly White.

Travieso

El tío siempre dice que soy un poco tra… tra… vi… e… so. ¡Eso! Tra-vi-e-so. ¡He aprendido a decirlo como lo dice él! Porque soy muy listo, mamá siempre lo dice.

Pues el tío dice que soy tra-vi-e-so, pero que no es algo malo. El tonto de papá siempre dice que es algo malo, pero el tío dice que no, que no es malo ser tra-vi-e-so. No soy malo, de verdad que no. Me han vuelto a dejar solo en el bosque, pero no soy malo. Creo que han ido a por la merienda. Mamá va a hacer gachas de avena. Son mis favoritas y siempre se lo digo y ella sonríe y está muy guapa. Cuando escondo la avena no se pone tan guapa, pero luego siempre sonríe porque sabe que no soy malo. Solo soy tra-vi-e-so, como dice el tío. Él dice que hago tras… tras… tras… ta… das. ¡Eso! Tras-ta-das. No sé qué es, pero no es algo malo porque el tío dice que no es malo y yo le creo porque es el mejor. El tonto de papá no tiene razón, él dice que es malo pero yo no soy malo, soy tra-vi-e-so y hago tras-ta-das, pero no es malo, no es malo, no, no, no.

El tío es listo y él dice que no es malo ser tra-vi-e-so y hacer tras-ta-das.

Me dejan solo en el bosque, pero no soy malo.

¡Ya vienen!

¡La merienda!

¡Las gachas!

¡Mamá está guapa!

¡Sonríe!

13
Peter y Tinkerbell

Nacimiento de Tinkerbell

Cuando la primera risa de un recién nacido se proyecta en el aire y se da a conocer al mundo, una pequeña hada nace, dispuesta a lo que sea con tal de protegerlo y acompañarlo a lo largo de su vida. Es un proceso natural que no tiene margen de error, simplemente es. No obstante, cuando Peter Pan rio por primera vez, el proceso dejó de ser natural. Todo fue diferente en aquella ocasión. Ese niño no tuvo una acompañante leal desde el principio. Nunca se sabrá si ese detalle fue lo que provocó que hiciera lo que hizo, pues la magia tiene sus propias reglas y nadie será nunca capaz de cambiarlas, pero no resulta descabellado creer que algo sí tuvo que ver.

Tinkerbell abrió los ojos por primera vez en medio de un camarote a oscuras, con el vaivén del Jolly Roger balanceándolo de forma sutil y un mar de confusión en su cabeza. Los párpados aún le pesaban por su transición de punto de luz a hada corpórea y la cabeza le daba vueltas por salir del limbo tan precipitadamente. Siempre había esperado ese momento, pero en el limbo en el que había estado sumida era muy complicado medir el tiempo. No había sabido cuándo aparecería junto al niño o niña que le tocase acompañar y, como punto de luz, tampoco había tenido la consciencia necesaria como para poder entender la magnitud de lo que iba a ser su trabajo. Por eso, cuando de repente todo el limbo había empezado a temblar como si fuese una erupción volcánica en

ciernes, Tinkerbell solo se preparó para el cambio, sin esperar nada más.

El suelo del camarote estaba duro y se respiraba la humedad habitual de los barcos en alta mar. El olor penetrante a sal impregnaba la habitación y Tinkerbell arrugó su delicada naricita, intentando acostumbrarse. Agradecía la poca luz que allí había, ya que venía de existir en una luz extremadamente intensa y encontrarse justo lo contrario fue tranquilizador de forma momentánea, si bien también algo angustiante.

La pequeña hada se incorporó hasta sentarse y extendió los brazos delante de ella. Eran delicados, como si estuviese a punto de romperse si ejercía suficiente fuerza sobre sus articulaciones. Bajó la mirada hacia sus pies y vio unos finos zapatos verdes con un pompón blanco decorándolos. Los movió alternativamente, acostumbrándose a la sensación. Se observó el cuerpo diminuto y vio el vestido verde que llevaba puesto, reluciente por el polvo de hada que parecía desprender. Cada hada tenía un color asociado de acorde a los gustos del niño o niña al que iba a acompañar, sin que lo pudiesen cambiar, el suyo debía ser el verde. Movió los músculos de la espalda y notó la presencia de las alas; sabía que no iba a necesitar acostumbrarse a ellas, pues, para las hadas, su magia y sus alas eran parte de su esencia y tenían un instinto natural para poder usarlas.

Se puso en pie con cuidado, algo tambaleante. Sus piernas aún parecían hechas de gelatina, producto de la transición. Echó un vistazo a su alrededor. Estaba en un camarote sencillo, con un catre, un baúl y poco más a la vista. En una de las paredes, justo encima de la cama, había un ojo de buey. Desde el suelo, Tinkerbell se sorprendió al ver lo grande que era todo. Sabía que ella no era precisamente gigante, pero no pudo evitar impresionarse. El ojo de buey parecía totalmente fuera de su alcance, qué decir incluso del pomo de la puerta o del catre. Avanzó despacio por la habitación para acostumbrarse al peso de su cuerpo y a mover las piernas, y se acercó a la cama. Si había aparecido en aquella estancia, su niño o niña tenía que estar allí con ella. Las hadas no podían nacer lejos de

sus protegidos, tenían que estar físicamente cerca para que el vínculo se sellase.

Tinkerbell también sabía que, si bien no podía cambiar el color de sus ropas a placer, sí era capaz de cambiar su forma y pasar a tener una corporeidad humana cuando lo deseara. Todavía no tenía necesidad de probarlo, pero era consciente de que en algún momento tendría que hacerlo para dominar esa parte de su magia. Esa transformación también debilitaba el vínculo con su niño o niña, ya que este era mucho más poderoso mientras ella estuviese en su forma de hada, con una mayor cantidad de polvo de hada permanentemente rodeándola; en su forma humana, el vínculo se difuminaría y, aunque inevitablemente siempre se reunirían, sería mucho más difícil para su humano vinculado encontrarla cuando la necesitara. Por esa razón, las hadas solo podían transformarse en casos de extrema necesidad, ya que su prioridad siempre era proteger y acompañar a sus humanos.

Tinkerbell llegó a los pies del catre y se alzó en el aire agitando las alas. Se quedó suspendida encima de la cama y observó el pequeño cuerpo que allí se encontraba, tumbado de lado, encogido hasta hacerse más pequeño de lo que era. La criatura tenía los ojos cerrados, pero pudo ver que se trataba de un niño. También vio el pelo castaño rojizo revuelto que coronaba su cabecita, aplastado contra las sábanas. Tinkerbell revoloteó durante unos segundos encima de él, esperando a que abriese los ojos, pero no ocurrió. Decidió bajar hasta la cama y se tumbó junto a la cabeza del niño, manteniendo cierta distancia.

Esperó y esperó y esperó, armándose de paciencia para ver los ojos de aquel niño que se había convertido en su razón de ser sin que él mismo fuese consciente de ello.

La respiración del niño era pausada, tranquila. Tinkerbell no sabía si estaba dormido o simplemente tenía los ojos cerrados, pero se concentró en su respiración, atenta a cualquier cambio. En el silencio de aquella habitación, le pareció ser capaz hasta de escuchar los latidos de su corazón, aunque sabía que no era posible.

Tinkerbell alargó una mano hacia la cabeza del niño, pero la dejó suspendida en el aire. No quería asustarlo. No quería que se

despertase bruscamente al sentir una presencia allí con él, tan solo quería hacerle saber que ya no estaba solo y que tendría compañía para el resto de sus días.

Los minutos pasaron y la espera se le hizo interminable, pero finalmente los párpados del niño temblaron ligeramente y Tinkerbell contuvo la respiración. Había llegado el momento. Estaba ansiosa, no sabía de qué color serían sus ojos, pero estaba segura de que serían preciosos, como un espejo del alma de aquel niño. Vio cómo el humano se llevaba una mano a la cara para frotarse un ojo y el tiempo se detuvo. La habitación pareció quedarse congelada y solo la existencia de ellos dos parecía ser real. El niño abrió los ojos, parpadeó varias veces para adaptarse a la tenue luz que había en la estancia y la miró directamente a los ojos. En aquel momento, Tinkerbell se dio cuenta de que su vínculo no sería como los demás. Los ojos que le devolvieron la mirada eran marrones, con los toques de inocencia que transmitían los niños y las niñas, pero no eran… puros.

Tinkerbell sintió que su corazón se aceleraba y experimentó por primera vez lo que era de verdad el miedo, el pánico, el terror más paralizante. Y es que los ojos de aquel niño eran un mar de oscuridad, completamente velados por una niebla de negrura que hizo que el hada quisiera alejarse de allí a toda prisa, aunque sabía que eso no era posible.

—¿Quién eres? —preguntó el niño en voz baja.

—Me llamo Tinkerbell. ¿Y tú? —respondió ella con cierto deje tembloroso en la voz.

—Peter.

—Hola, Peter.

—¿Quién eres? —volvió a preguntar el niño, esa vez con cierta dureza en la voz.

Tinkerbell se sorprendió al no escuchar ni una sola gota de miedo en sus palabras.

—Soy un hada, Peter.

—Las hadas no existen.

—Sí lo hacemos. Estoy aquí para cuidarte, para que seamos amigos.

—¿Amigos?

—Los *mejores* amigos.

—Yo no tengo amigos.

—Ahora sí.

Y así, en ese momento, el vínculo entre Tinkerbell y Peter se selló y pasaron a estar unidos por un lazo irrompible. Aunque Tinkerbell no tenía todas consigo de que fuese para bien…, se inclinaba por que fuese… para mal.

Meses después

Durante los primeros días después de conocerlo, Tinkberll notó que Peter era un niño callado y muy tranquilo. No era para nada inquieto, se limitaba a tumbarse en la cama todo el día sin moverse. Ella supo que eso no estaba bien, que los niños no deberían comportarse así, pero todo era tan nuevo que no sabía bien qué hacer.

Día tras día, en pequeños ratitos y visitas breves, un hombre aparecía en el camarote para llevarle comida a su niño. Era un hombre alto, con barba y con el pelo largo. Tinkerbell intuyó que se trataba del capitán del barco, ya que su presencia era imponente y ella se sonrojaba cada vez que lo veía entrar. Al ser tan diminuta, había aprendido a esconderse enseguida cuando llegaba, sin saber cómo actuar ante él. Todas las veces que entraba con algo de comer, aquel hombre se sentaba con Peter y permanecía allí todo el tiempo que fuese necesario hasta que el niño terminase la comida. A veces, cuando Peter estaba dormido, el hombre se sentaba junto a él en la cama y le acariciaba el pelo con cariño, con el amor que sentía por él reflejado en cada una de sus facciones. Tinkerbell no sabía quién era aquel hombre para Peter, pero había llegado a creer que era su propio padre o que al menos era su familia. El cansancio parecía ser permanente en el rostro del hombre y los suspiros que daba cada vez que intentaba entablar una conversación con el niño y no obtenía respuesta hacían que el corazón de Tinkerbell se rompiese en mil pedazos.

Ya habían pasado casi dos meses desde que el hada había aparecido en aquel camarote. No sabía a ciencia cierta el tiempo exacto, ya que todavía no tenía dominado el tiempo humano, pero sí sabía que había hecho progresos con Peter. Cada vez que lo miraba a los ojos seguía viendo ese pozo oscuro y profundo que allí habitaba, pero también vislumbraba una pequeña luz en forma de hada, evidenciando la confianza que poco a poco Peter iba depositando en ella. Seguía sin hablar apenas, aunque a veces tenían alguna que otra conversación. Él le había contado cosas de la isla que tenían a tan solo unos kilómetros y del barco donde estaban.

Peter era un niño peculiar que se fijaba en los detalles más mínimos. Era capaz de decir todas las tonalidades que adquiría el atardecer cuando el sol se ponía, cada fruta y cada plato de comida que aquel hombre le había llevado al camarote, el número exacto de tablas de madera que había en el suelo del mismo e incluso el número de veces que el barco se balanceaba en una noche. Absorbía todo y lo registraba en su cerebro a fuego, como si no quisiera olvidarse de ello en ningún momento. A Tinkerbell se le encogió el corazón cuando se dio cuenta de que lo hacía por dos razones: no tenía ningún otro entretenimiento más que observar su alrededor con atención y no quería que se le olvidase nada como les había pasado a sus padres. Cuando Peter habló de ellos por primera vez, el hada no supo qué preguntarle. Pero el propio niño se lo dejó muy claro: sus padres se habían ido, pero se habían perdido y no sabían cómo volver con él, por eso él tenía que acordarse de todo muy bien, para no perderse como ellos. Él sabía que estaban cerca, en algún lugar de la isla, buscándolo y por eso se comía toda la comida, para poder crecer y ser mayor y poder encontrarlos cuanto antes.

Poco a poco, Peter ganó confianza en sí mismo y las conversaciones con Tinkerbell empezaron a reducirse a monólogos por parte del niño. El hada estaba contenta, ya que aquello había sentado las bases para la maduración del niño. Había adquirido seguridad en sí mismo y confiaba en ella lo suficiente como para contarle todos y cada uno de los pensamientos que se le cruzaban

por la mente, sin importar lo simples que fuesen. Tinkerbell averiguó que aquel hombre era el tío de Peter y que era su persona favorita del mundo, pero que tenía miedo de hablar con él por si se perdía como sus padres. El hada había intentado hacerle ver que eso no era posible, pero entonces el miedo invadía los ojos del niño y la oscuridad se volvía más profunda, más densa.

Y llegó el día en que Peter por fin rio.

Estaba tumbado en la cama y Tinkerbell revoloteaba por encima de él, soltando polvo de hada mientras hacía gestos en el aire para que Peter adivinase el animal que estaba imitando. Tras varios intentos incapaz de averiguar que el animal en cuestión era un cocodrilo, Peter cerró los ojos y una carcajada salió de sus labios sin planearlo. El niño abrió los ojos de golpe, sorprendido, y el hada lo miró fijamente con el orgullo reflejado en los suyos. Vio ese punto de luz, de esperanza, de algo bueno destellando en los ojos de Peter durante un breve segundo, para luego apagarse de nuevo como quien extingue la llama de una vela de un soplido.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó el niño con voz suave.

Tinkerbell descendió hasta tumbarse a su lado y lo miró.

—Eso, Peter, ha sido una risa.

—¿Una risa?

—Ocurre cuando te diviertes.

—Solo me ha pasado contigo.

—Porque soy tu mejor amiga, y los mejores amigos siempre se divierten juntos.

Peter sonrió ampliamente y la ilusión brilló en sus ojos. Tinkerbell le correspondió la sonrisa, pero por dentro tembló. Porque en medio de aquella ilusión, la oscuridad seguía latente, como algo tóxico que se cuela por debajo de la piel y anida allí sin permiso. Un destello de malicia se mezcló con la ilusión y la oscuridad, y el marrón de los ojos de Peter dejó de transmitir esa inocencia que tanto caracterizaba a los niños.

—¿Vas a ser mi mejor amiga para siempre?

Tinkerbell tragó saliva de forma disimulada. Sabía lo que tenía que responder. Asintió con la cabeza, sin poder dejar de mirar la oscuridad que ocultaban los ojos de aquel niño que estaba roto.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Y aunque Tinkerbell no lo supo en ese momento, tiempo más tarde descubrió que a menudo las promesas conllevan mucha más oscuridad que luz.

Y que no todo se puede prometer.

14

Conexiones

Hook y Smith no habían sabido qué esperar de su visita al bufete Chambers, y tampoco era que hubiesen tenido muy en mente qué buscar; simplemente se habían lanzado a hacer algo que los mantuviese ocupados para no pensar en Bell. No obstante, lo que menos se hubiesen esperado de aquella excursión era encontrar a Curly White allí.

Hook había alzado a la chica en brazos con delicadeza tras pedirle su expreso consentimiento y cubrirla con un abrigo. Los piratas habían vuelto al coche, la habían dejado en el asiento trasero y los tres habían salido a toda velocidad de allí. Hook condujo mientras Smith no paraba de echar vistazos furtivos a la joven, que había cerrado los ojos y se había acurrucado todo lo posible contra la ventanilla.

—¿Seguro que es buena idea llevarla con ellos? —preguntó Smith con cierta inseguridad en la voz.

—No sé qué otra opción tenemos —respondió Hook—. Creo que reaccionarían bastante peor si no la llevamos directamente con ellos. Al fin y al cabo, son sus hermanos.

—Con la mala hostia que se gasta el Alfa, todas las opciones son malas, eso desde luego —concordó el peliblanco. Pareció pensativo un par de segundos y se giró para mirar a Hook—. ¿Crees que ella escondió el *pendrive*?

—Antes de ir al piso, podría haberte dicho que sí incluso aunque no me cuadrase que fuese todo tan fácil estando Tic Tac de por medio, pero ahora tengo mis dudas. Sí, el *pendrive* llevaría en la

tienda desde antes del baile, pero yo no veo a esta chica arriesgándose tanto, la verdad. Creo que está absolutamente aterrorizada y no me da la sensación de que tenga esa impulsividad.

—Puede que tengas razón. Pero eso es lo mismo que la gente suele creer sobre la mami y luego siempre se dan cuenta de que están equivocados. No todo se trata de la apariencia.

Smith vio la punzada de dolor que recorrió el rostro de Hook fugazmente al escuchar hablar de Bell, pero también vio cómo el orgullo destellaba en sus ojos. Ambos sabían que todo el mundo tendía a subestimar a la joven más de lo que debería.

—Solo creo que hay algo más que no sabemos. Y la única que puede sacarnos de dudas es ella —añadió Hook.

Smith asintió de forma distraída y miró por la ventana mientras se acercaban al callejón que llevaba hasta el taller de coches que pertenecía a Los Zorros. No habían pasado por allí nunca, ya que cuando llegaron a Dark Times les pareció más prudente evitar meter a los mortales en nada relacionado con ellos a no ser que fuese estrictamente necesario, pero sabían perfectamente dónde quedaba el taller. Los Zorros eran conocidos por muchas cosas, entre ellas por aquel taller que parecía ser su punto de reunión. Smith sabía que el que se dedicaba plenamente a los coches era Tootles, que también era conocido por conducir siempre el vehículo de huida. Sin embargo, tenía curiosidad por saber si el rumor era cierto y todo ellos vivían allí, justo encima del taller; incluido el Hacker, el tipo paranoico al que nunca se le había visto y que vivía encerrado con el miedo de tener una vigilancia constante sobre su persona.

—Hemos llegado —anunció Hook apagando el motor una vez aparcaron justo delante de la puerta del taller.

El pirata echó un vistazo a la chica, que ni se inmutó y acercó una mano a la puerta para abrirla y salir del coche.

—¡Espera! —Smith agarró del brazo a su amigo, que se sobresaltó.

—Joder, ¿qué coño haces?

—¿Cuál es nuestra estrategia aquí?

—¿Qué estrategia? ¿Qué dices?

—Hombre, tendremos que tener un plan de ataque.

—¿De ataque? Traemos a su hermana secuestrada, Smith, no venimos a atracar el taller.

—Pero eso ellos no lo saben.

—Y por eso vamos a ir a la puerta, vamos a llamar tranquilamente y les vamos a pedir muy amablemente que salgan.

—Claro, porque ellos lo van a hacer, vamos a ser todos amiguísimos para siempre y nos vamos a hacer pulseritas de la amistad, ¿a que sí?

Hook le dirigió una mirada sombría y el peliblanco suspiró.

—Parece que no te he enseñado nada en todo este tiempo, papi. Hay que tener siempre un plan, nunca se sabe lo que te puedes encontrar.

—Literalmente les estamos haciendo un favor.

—Vamos a ver, capitán sabelotodo, si ahora mismo apareciese alguien con Bell en brazos medio dormida, pero que parece medio inconsciente como esta chica, en la puerta del Jolly Roger, ¿abrirías tú la puerta amablemente? Ah, no, no, no —cortó Smith a Hook, que había abierto la boca para contestar. Movió el dedo índice de lado a lado delante de los ojos del capitán pirata, que lo miró con hastío y prosiguió—: Ambos sabemos que reaccionarías de todas las maneras posibles menos de forma amable. En plan: «Smith, encárgate de Bell, yo me encargo de ellos» —Smith imitó la voz ronca de Hook y este entornó los ojos—, como si fuese una peli superchunga de mafiosos. ¿Me vas a decir que no?

—Lo mucho que te gusta hablar es digno de admiración.

—Lo sé, no sé qué harías sin mí para llenar los silencios, pero no te desvíes del tema, que te conozco. Ahora bien, teniendo en cuenta todo esto, vuelvo a preguntar: ¿cuál es nuestra estrategia?

Hook lo miró con cansancio, negó con la cabeza y, tras poner los ojos en blanco, salió del coche rápidamente y cerró con llave, dejando a Smith y a Curly dentro.

—¡Oye! ¡No vayas a la misión sin mí, soy el cerebro de la operación! —gritó Smith aporreando el cristal de la ventanilla.

Hook esbozó una sonrisa divertida y señaló con la cabeza al asiento trasero, donde Curly había dado un respingo ante sus gritos y miraba por el cristal con los ojos muy abiertos.

—Cerebro de la operación, ponte a pensar el plan B —le dijo Hook con la diversión bailando en los ojos antes de darse la vuelta y dirigirse al taller.

No había llegado aún a la entrada cuando escuchó cómo la puerta del coche se abría a sus espaldas. Hook puso los ojos en blanco y se paró en seco sin darse la vuelta.

—Ni un minuto puedes esperar —comentó cruzándose de brazos mientras esperaba a que Smith llegase hasta su lado.

—Parece mentira que no me conozcas. Además, es mi coche, ¿de verdad crees que no sé cómo salir? —respondió el peliblanco una vez llegó a su lado. Llevaba a Curly sujeta por la cintura mientras la chica rodeaba sus hombros con un brazo.

—Tampoco es que sea necesario tener un máster para saberlo, la verdad.

—Nada, que la cuestión es no darme nunca la razón.

—¿Has cerrado?

—¿La puerta? Evidentemente.

—El coche, Smith, el coche.

—¿Crees que llevo una llave de repuesto encima siempre que conduces tú?

—Sí.

—Efectivamente. —Hook negó con la cabeza, divertido, y Smith volvió a intervenir, asiendo con más fuerza a la chica para que no se cayese—. Bueno, qué, ¿agitamos un poco el avispero para que salgan los hermanos de nuestra nueva amiga a recibirnos?

Smith palmeó a Hook en la espalda y este se adelantó hasta la puerta para llamar.

—Es-espera —susurró Curly con la voz temblorosa. El miedo aún bailaba en los ojos de la chica y Hook relajó el rostro al mirarla—. Ya saben que… estamos… aquí.

La voz de la chica se fue apagando, como si no le quedasen fuerzas para seguir hablando. Los ojos se le volvieron a cerrar y se quedó colgando como un peso muerto en el brazo de Smith, que terminó por alzarla en brazos.

—Esto mejora por momentos, la verdad —comentó con sorna observando a la chica inconsciente.

—Tenía razón. Hay cámaras.

Hook señaló a la que los apuntaba desde encima de la entrada. Los piratas miraron directamente a la lente de la cámara y la puerta se abrió tras un suave zumbido.

—Bueno, no esperaba que nos abrieran la puerta tan fácilmente, pero supongo que habrá que quedarse con las pequeñas victorias —dijo Smith—. ¿Vamos?

Hook asintió y avanzó hasta la puerta. La empujó suavemente y entraron en el taller. Los piratas observaron el amplio espacio que los recibió mientras la puerta se cerraba detrás de ellos. El taller estaba sorprendentemente ordenado, mucho más de lo que se habrían imaginado teniendo en cuenta el aspecto desaliñado que siempre llevaban los delincuentes de la banda. La sala era diáfana y tan solo un par de coches la ocupaban en sus respectivos puestos de reparación. Se veían piezas de recambio, neumáticos y diferentes herramientas a lo largo de todo el espacio y manchas que debían haberse incrustado en el suelo permanentemente lo decoraban. Al otro lado, había un despacho con paredes transparentes que daban al taller y que dejaban ver las estanterías y el escritorio de la oficina. A su izquierda, había una puerta que ambos piratas supusieron que daba a las dependencias donde vivían los miembros de la banda. Era precisamente esa puerta la que, segundos más tarde, se abrió de golpe para dejar paso a los hermanos de la chica que Smith llevaba en brazos y a su amigo Tootles.

Alfa y Omega se pararon abruptamente en medio del garaje, manteniendo una distancia prudente con ellos, como si no terminasen de creerse lo que estaba ocurriendo. Alfa los observó con los ojos entornados y la furia que siempre parecía acompañarle reflejada en la cara. Miró alternativamente a su hermana y a los piratas y vieron cómo cerraba las manos en puños. Por su parte, Omega no apartaba los ojos de la chica inconsciente que estaba en los brazos de Smith. A pesar de la distancia que los separaba, Hook pudo ver cómo sus ojos brillaban por las lágrimas contenidas al ver a su hermana. Pero no sabía cuál sería la reacción de aquellos dos, especialmente la de Alfa, por lo que el capitán volvió a clavar su mirada en él, sin quitarle el ojo de encima.

—Tenéis exactamente diez segundos para explicar por qué traéis a mi hermana inconsciente o ya podéis despediros de todos los dientes que tenéis —advirtió Alfa con la voz teñida de furia contenida.

Hook enarcó una ceja, su mirada fija en el gemelo del pelo púrpura. Si se ponía en su lugar, era perfectamente capaz de entender todo lo que estaba pasando por su mente en aquel momento, porque él mismo pensaría igual de tratarse de su reina: si la chica está bien, ¿por qué está inconsciente?, ¿dónde la han encontrado?, ¿cómo han dado con ella?, ¿la han salvado por bondad o tienen alguna razón oculta?… Y fue únicamente por esa razón por la que Hook decidió concederle aquel momento de sentirse superior, de que toda su testosterona se manifestase en su máximo esplendor. Fue un momento breve, una concesión fantasma que desapareció tan pronto como Hook recordó el puñetazo que le había arreado noches atrás y Alfa movió la mano para llevarla a lo que casi con toda seguridad sería un arma.

—Tal y como yo lo veo, tienes más razones para escucharnos que para meternos un tiro entre ceja y ceja con esa pistola —puntualizó Hook con calma. Ni siquiera su respiración estaba acelerada; todo lo contrario, la tranquilidad que reflejaba su rostro se proyectaba en la habitación como una sustancia pegajosa, contrastando con la tensión que parecía emanar de los demás—. Además, ¿estás seguro de que sabes usarla? No deberían dejar que un niño jugase con cosas de adultos.

Las palabras de Hook calaron en Alfa y alimentaron su rabia, provocando que sacase el arma directamente y le apuntase sin miramientos. Smith pareció contener la respiración cuando vio que su amigo se había convertido en una diana.

—¿Y tú estás seguro de que quieres provocarme? *Tal y como yo lo veo*, somos tres contra dos y nosotros tenemos armas. Haz las cuentas, guaperas.

Hook se rio entre dientes y avanzó hacia los hermanos, sin apartar la mirada de Alfa, pero ignorando el arma.

—Hook… —empezó a decir Smith con cierto temblor en la voz.

El peliblanco sabía que su amigo tenía mucho temple y muy poca impulsividad por lo general, pero en aquel momento ya no estaba tan seguro de lo segundo. Hook le restó importancia con un gesto de la mano y siguió avanzando hacia Alfa, hasta colocarse justo delante de él con el cañón de la pistola apoyado en su frente. Eran casi de la misma altura, pero Alfa tuvo que alzar un poco el brazo para que la pistola descansase entre los ojos azul nomeolvides del pirata. El arma tembló ligeramente en la mano del delincuente ante la sorpresa de tener al pirata tan cerca, pero no la soltó ni la alejó.

—Dime, ¿por qué no disparas? —preguntó Hook mirándolo a los ojos. Vio destellar la furia en ellos y soltó otra risa entre dientes, divertido—. Ambos sabemos que no vas a hacerlo, así que deja de hacernos perder el tiempo y acércate a comprobar cómo está tu hermana, que es lo que deberías hacer.

La mano de Alfa tembló, pero no bajó la pistola hasta que Hook le obligó a hacerlo, cogiendo el arma y tendiéndosela a Omega, que observaba pasmado la situación, dividido entre correr hacia su hermana o ayudar a su hermano.

—Ahora bien, caballeros, ¿podemos hablar en un lugar más apropiado que de pie en un taller de coches?

La puerta por la que habían aparecido los hermanos era, en efecto, el acceso a la vivienda de la banda. Era un piso bastante similar al que tenían Bell y Hook, pero con más habitaciones. A lo largo del pasillo que conectaba el piso con el taller, pudieron ver varias puertas con diferentes carteles decorándolas con los nombres de quienes las ocupaban: Curly, Alfa, Omega y Tootles. En la puerta de Alfa, había otro que indicaba que previamente había sido la habitación de Zorro, su antiguo líder. Avanzaron hasta llegar a un amplio salón con varios sofás, una televisión y una mesa alta en un lateral, con una distribución similar al piso de Hook y Bell, como solía ser en los barrios con edificios tan parecidos.

Smith dejó suavemente a Curly en uno de los sofás y Omega corrió hasta arrodillarse junto a ella, acariciándole el cabello. Los

piratas vieron cómo se deslizaba alguna lágrima por su mejilla y él se apresuraba a enjugársela, y sintieron compasión y una punzada de dolor a la vez. Era evidente que el joven había estado muy preocupado por su hermana y Hook se alegraba de haber podido ayudarles a recuperarla, pero no pudo evitar pensar en si alguien los ayudaría a ellos de la misma forma o si siquiera volverían a ver a su reina en algún momento. Cruzó una mirada fugaz con Smith y vio que no era el único con aquellos pensamientos.

—Bueno, ¿y bien? ¿Vais a explicarnos cómo cojones habéis encontrado a mi hermana o qué? —La voz de Alfa sacó a Hook de su ensimismamiento y los piratas observaron a los hermanos.

—¿Y si empezáis vosotros por contarnos dónde cojones estaba ella antes de que la encontrásemos, viendo claramente que no teníais ni puta idea de dónde estaba? —replicó Hook sentándose en un sofá individual, con Smith de pie apoyado en el respaldo, sorprendentemente callado—. Digo, está claro que os hemos hecho un gran favor al encontrarla.

Omega se giró para mirar a su hermano, que se había sentado en el reposabrazos del sofá donde Curly se hallaba acostada, pero no se apartó del lado de su hermana. Tootles se había sentado en el otro sillón individual y observaba la situación en silencio.

—Como si no lo supieras, guaperas. Que ya sé que te follas a la camarera del bar y ambos sabemos que hace unos días se me fue un poco la lengua. No te hagas el tonto, que no te pega.

—Si no nos contáis la historia completa, no vamos a llegar a ninguna parte y no vamos a averiguar qué puto papel jugaba vuestra hermana en todo esto, así que corta el rollo de machito reservado y orgulloso y canta para nosotros, pajarito —intervino Smith con una voz tan seria que hizo que hasta Hook se girase a mirarlo. El peliblanco no le quitaba el ojo de encima a la chica, pero deslizó su mirada momentáneamente hasta el gemelo del pelo púrpura y lo fulminó con la mirada—. ¿Y bien? —insistió al ver que Alfa no abría la boca.

—No hay mucho que contar. No la dejé venir con nosotros a dar un golpe, se pilló un rebote que te cagas y montó un drama completamente innecesario, se piró de casa y pum, toma secuestro.

Y hasta ahora que ha vuelto —contestó por fin el joven, haciendo aspavientos con las manos y cruzándose de brazos—. Os toca.

—La hemos encontrado en el piso que Layla Chambers tenía encima de su bufete de abogados —respondió Hook, viendo cómo la sorpresa aparecía en los rostros de los hermanos y Tootles—. Tiene signos evidentes de deshidratación y desnutrición, creo que por eso se ha desmayado cuando hemos llegado. Apenas podía caminar cuando la encontramos, hemos tenido que sacarla en brazos. No sabemos cuánto tiempo llevaba en ese piso, pero debe de ser bastante para acabar en este estado. Nos dijo que él le había dicho que iba a morirse.

—Fue lo primero que nos preguntó, si ya estaba muerta —añadió Smith.

—Cabrón hijo de puta —maldijo Alfa por lo bajini.

—¿Y qué hacíais vosotros en el piso de la abogada? —preguntó Omega, hablando por primera vez en el tiempo que allí llevaban. Seguía acariciando el cabello de su hermana, pero alzó la cabeza para mirarlos.

—Estábamos buscando pistas —respondió Smith, encogiéndose de hombros.

—¿Pistas? ¿Qué sois ahora, detectives de día y camareros de un bar de mala muerte de noche? —replicó Alfa.

—Bell ha desaparecido —contestó Hook.

Sus palabras parecieron caer como losas de la piedra más pesada del mundo. Los gemelos se miraron y Hook vio destellar en sus ojos el entendimiento y la misma compasión que él mismo había sentido tan solo minutos antes cuando había visto a Omega arrodillarse junto a su hermana.

—Ni siquiera sabemos si podemos confiar en vosotros, pero algo nos dice que estamos todos en la misma situación —comentó Smith.

El ambiente pareció relajarse y la tensión de la habitación se disipó. Alfa relajó el gesto y Omega se sentó en el suelo al tiempo que Tootles se levantaba y desaparecía momentáneamente en la cocina para traer una cerveza para cada uno. Acto seguido, el joven dejó una jarra con agua y un vaso vacío en la mesa que había al lado del sofá para la chica que aún seguía inconsciente. Los piratas

agradecieron la cerveza y Hook tomó un largo trago para rellenar el silencio que se había asentado en la sala.

—¿Ella es todo lo que él tenía para controlaros? —inquirió tras unos minutos.

—Supongo que sí, pero con ese cabrón uno nunca puede fiarse —respondió Alfa—. La secuestró hace bastante tiempo, no me explico cómo de repente la ha dejado ir.

—Creo que *dejar ir* no es precisamente lo que ha hecho. No sé por qué, pero me da que tiene que haber una razón de por qué la ha dejado en un piso que tiene todas las comodidades del mundo, en uno de los lugares más céntricos de la ciudad y que está claramente abandonado y al que cualquiera puede acceder —observó Smith—. Y la única que puede respondernos a ciertas preguntas es ella.

Los cinco observaron a la chica, que pareció removerse ante el peso de tantas miradas a pesar de estar inconsciente, pero no despertó.

—Que, por cierto, igual deberíamos llevarla a un hospital o algo, ahora que lo pienso —señaló el peliblanco.

—Mis cojones. No pienso arriesgarme a que nos la arrebate otra vez. Vamos a hacer las maletas y nos vamos a ir a tomar por culo de aquí cagando leches —repuso Alfa terminándose el trago de cerveza que le quedaba y levantándose. Se acercó al mueble bar que había en el salón y cogió una botella de un líquido verde intenso—. Zorro solía utilizarlo siempre que alguno perdía el conocimiento. Esto levanta a los putos muertos, ya veréis.

El joven abrió la botella y la acercó a la nariz de su hermana. La chica la arrugó y tras unos segundos abrió los ojos, parpadeando rápidamente y despertándose sobresaltada. Observó la gente que la rodeaba y se echó hacia atrás en el sillón, como si quisiera mimetizarse con él y desaparecer.

—Bienvenida a casa, hermanita —saludó Alfa cerrando la botella y dejándola en la mesa al lado del sofá.

Sirvió un vaso de agua y se lo tendió a su hermana, que bebió con avidez y con la mirada aún desenfocada, sin ser consciente del todo de lo que estaba ocurriendo, hasta acabar y dejar el vaso de nuevo en la mesa.

—Hola, pequeña. ¿Tienes hambre? ¿Qué necesitas? —preguntó con suavidad Omega, manteniendo cierta distancia con la chica, que lo miraba asustada.

La mirada de Curly bailó entre Alfa y Omega mientras se ubicaba. Sus ojos se enfocaron en Omega y las lágrimas acudieron raudas, inundándolos de agua salada que empezó a derramarse sin control por sus mejillas. Se lanzó a los brazos de su hermano, que la agarró con fuerza y hundió el rostro en su cabello rizado.

—Ya está, cariño, ya está.

Omega hablaba con una delicadeza que Smith y Hook nunca habrían pensado que tendría viendo su aspecto desgarbado, con la ropa con desgarros y el pelo teñido de azul, pero lo encontraron tierno. Se apreciaba el amor desmedido que el joven tenía por su hermana y la devoción que ella le profesaba. Omega se apartó despacio del abrazo de su hermana y le sujetó el rostro con las manos, limpiándole las lágrimas y dejando un beso en su frente.

—Estás a salvo. Estás en casa.

La chica asintió frenéticamente y cerró los ojos al notar el beso de su hermano, aferrándose con fuerza a las muñecas del chico del pelo azul. Segundos después, los abrió y miró a Alfa, que le devolvió la mirada con el alivio tatuado en el rostro. Sin perder su pose seria, se arrodilló al lado de su hermano y la miró, acercando una mano hasta el rostro de ella y acariciando con delicadeza su mejilla.

—Se ha acabado.

Esas palabras parecieron ser lo único que necesitaba para lanzarse a los brazos de Alfa, que la recibió con gusto, estrechándola contra su pecho.

Smith y Hook observaron el momento de vulnerabilidad del joven de pelo púrpura que parecía irradiar mala leche constantemente y aguardaron con paciencia a que el reencuentro familiar acabase. Estaban deseando hacerle preguntas a la chica, pero ambos sabían que si ellos mismos estuviesen en la situación de los hermanos, se tomarían todo su tiempo en abrazar a Bell hasta que la chica no pudiese ni respirar con tal de tocarla y sentirla de nuevo con ellos.

Curly se separó un poco de su hermano y cogió a Omega del cuello, abrazándolos a ambos a la vez, mientras se disculpaba una y

otra vez con ellos, que intentaban tranquilizarla. La chica había entrado en bucle, reviviendo la discusión que había tenido con su hermano mayor y el motivo que la había impulsado a escaparse de casa sin mirar atrás. Pasados unos minutos, los hermanos consiguieron calmarla y la chica se echó para atrás en el sofá, apoyando la espalda en el respaldo y mirando al resto de personas que se encontraban en la sala. Tootles le dedicó un breve asentimiento de cabeza y la chica sonrió, devolviéndole el gesto, para después mirar a los piratas con el agradecimiento brillando en sus ojos.

—Gracias, de verdad. No sé cómo agradeceros que me hayáis traído de vuelta.

—Tienes mucho que contarnos, Curly —intervino Alfa, y su hermana asintió.

—Lo sé, lo sé. Aunque en realidad yo tampoco entiendo cómo he acabado en casa de Layla. Cuando me fui, no sabía muy bien a dónde iba a ir, así que me dirigí a la sede del periódico. Tenía las llaves para entrar, y allí ya pensaría un plan. Pero no llegué ni siquiera a la calle del periódico. Apareció una limusina negra y un hombre trajeado me dijo que me subiese. Me negué, pero sacó una pistola y no tuve más remedio que obedecer. Una vez dentro, me obligó a vendarme los ojos y estuvimos en el coche durante un rato bastante largo. Ahora que lo pienso, creo que estaban dando vueltas para despistarme. Cuando aparcó, me cogieron del brazo y me guiaron hasta un despacho sin ventanas, donde me quitaron la venda. Estaba sola, pensaba que alguien vendría a hablar conmigo, pero no —relató la chica, con la voz más temblorosa por momentos —. De repente, una voz salió por unos altavoces que había en las esquinas del techo y me dijo que tenía que escribir un artículo sobre la muerte de Patrick Chambers. Pero yo sabía que no estaba muerto, porque es muy amigo del director del periódico y vino a traerle la invitación para una fiesta que iba a dar unos días después personalmente a la redacción. La voz me dijo que hiciera lo que me pedía, que no le llevara la contraria o mis hermanos lo pagarían caro. Me dio mucho miedo que ordenase que os hicieran cualquier

cosa, así que obedecí. —La chica rompió a llorar y sus hermanos se apresuraron a cogerla de las manos.

—Eh, no pasa nada, cariño, no te quedó más remedio, está bien, lo entendemos —le aseguró Omega.

La chica asintió y respiró profundamente para tranquilizarse.

—¿Siempre se comunicó contigo a través de los altavoces? —preguntó Hook.

—Sí, nunca lo he visto. Estaba segura de que era él, claro, pero nunca llegué a verlo.

—¿Estás segura? —preguntó Smith.

Hook lo miró y vio cómo los engranajes del cerebro de su amigo funcionaban a toda máquina.

—Te acaba de decir que sí —replicó Alfa.

—Lo sé, pero… Como no sabemos cómo es físicamente, estoy seguro de que nos hemos cruzado con él en algún momento sin saberlo.

Los gemelos miraron a Smith con la duda en el rostro, pero Hook cada vez estaba más convencido de que su amigo tenía razón.

—Quiero decir, es imposible que nunca nadie lo haya visto. Dark Times no es una ciudad excesivamente grande y, aunque sea en uno de los eventos obligatorios de la ciudad, hemos tenido que verlo —añadió el peliblanco, y el resto de los presentes entendieron lo que decía—. Curly, ¿viste a alguien más aparte del hombre que te llevó en la limusina?

—Sí, vi a varios hombres, todos trajeados y muy elegantes. Recuerdo que eso me llamó la atención porque nunca he estado en compañía de gente tan arreglada, pero sobre todo porque todos eran muy parecidos físicamente entre ellos. No tenían un pelo fuera de lugar, los trajes estaban perfectamente planchados y hechos a medida y todos llevaban zapatos italianos.

—No es casualidad —comentó Smith—. Creo que lo hace adrede para que nadie sepa quién es. Seguramente uno de esos hombres fuese él, pero no tenías manera de saber cuál.

—Además, siempre usaba un distorsionador, nunca sonaba cien por cien nítida y no se parecía en nada a las voces de los hombres

con los que tenía contacto. Apenas hablaban, pero, por lo poco que lo hacían, sí que pude notar que las voces no se parecían.

—¿Qué nos puedes contar del día que fuiste a la tienda de vestidos? —inquirió Smith, yendo al grano.

Hook sabía que la paciencia no era el punto fuerte de su amigo y que, en cuanto pudiese, el peliblanco redirigiría la conversación hacia la memoria USB que había encontrado y que estaba convencido de que la chica había escondido.

Curly los miró y le temblaron las manos. Sus hermanos le dieron un apretón cariñoso para animarla a continuar.

—Fuimos a buscarte a aquella tienda —comentó Omega—. Estábamos desesperados y no las teníamos todas con nosotros, pero nos estábamos quedando sin opciones.

La chica los miró agradecida y suspiró.

—Fui con tres hombres a comprar un vestido para el baile de máscaras. Me obligaron a ir al baile para que le transmitiese un mensaje a Layla.

—Lo sabemos —repuso Smith.

—Un momento… —La chica pareció reparar en Smith por primera vez, fijándose en el llamativo pelo blanco del joven—. ¡Yo te vi en el baile! Estabas en una sala cuando salí de hablar con Layla.

—Sí, Bell y yo os seguimos y escuchamos toda la conversación —confesó Smith.

Hook no sabía por qué, pero tenía la sensación de que su amigo compartía el mismo presentimiento que él y que podían confiar en los presentes. No sabía explicarlo, simplemente su intuición le decía que podían confiar en ellos y ayudarse mutuamente.

—Ese fue el ruido que me pareció escuchar —añadió la chica, y Smith asintió—. Pues eso, me llevaron a la tienda de vestidos, me probé un par, me compraron uno y nos fuimos.

—¿Escondiste tú el *pendrive*? —preguntó Smith a bocajarro, haciendo que Hook pusiera los ojos en blanco.

A veces, la sutileza no era tampoco el punto fuerte del peliblanco.

—Smith.

—¿Qué? Hay que ir al grano, que si no, no vamos a averiguar nada.

—¿Averiguar qué, exactamente? —preguntó Omega.

—Sobre él. ¿Verdad? —intervino de nuevo Curly. Smith asintió y la chica tomó aire—. Sí, fui yo la que escondió el *pendrive*.

—¿Ves? Te dije que no la subestimaras —le dijo Smith a Hook, con la alegría destilando de su voz al estar en lo cierto.

—¿Cómo fuiste capaz de esconder un *pendrive* sin que se enterase? Asumiendo que alguno de aquellos hombres fuese él —le preguntó Omega a su hermana, que lo miró con extrañeza.

—¿Cómo que sin que se enterase?

—Claro, ¿cómo conseguiste esconderlo sin que él se diese cuenta? —insistió el joven del pelo azul.

—No lo puse ahí a escondidas, Omega, lo puse ahí porque ellos me lo pidieron —respondió la chica como si fuese obvio.

Los piratas cruzaron miradas entre ellos con la sorpresa reflejada en los ojos. Ese dato era algo que sin duda no habían esperado. Si Tic Tac había querido que Curly escondiese el *pendrive* era por una razón, y Smith estaba cada vez más convencido de que había estado en lo cierto al creer que la razón era Layla Chambers, ya que ese *pendrive* los había llevado hasta…

—¡Seremos gilipollas! —exclamó el peliblanco alzando los brazos al aire.

Se paseó por el salón malhumorado maldiciendo para sí mismo y los gemelos lo miraron con las cejas arqueadas mientras Hook se limitaba a poner los ojos en blanco, más que acostumbrado a ese tipo de reacciones por parte de su amigo.

—Pero ¿y a este qué coño le pasa ahora? —preguntó Alfa.

—Tranquilos, en un rato se le pasa y nos dice de qué se ha dado cuenta. Siempre lo hace —comentó el capitán pirata.

—¡Si es que somos estúpidos! ¿Cómo se nos ha podido pasar? Madre mía, si la mami estuviese aquí, hubiese repartido collejas como panes, vamos —siguió despotricando el peliblanco.

—¿Qué se nos ha pasado, exactamente? —preguntó Omega.

—Dale unos segunditos más, tranquilo —dijo Hook, contando mentalmente.

—Es que estaba claro que no podía haber sido tan fácil.

—Tres —empezó a contar Hook.

—No había caído, pero estaba clarísimo desde el principio.

—Dos.

—¡Todo estaba orquestado!

—Uno.

—¿Es que no lo veis?

—Allá vamos, chicos —anunció Hook.

—*Nosotros* hemos encontrado a Curly porque él ha querido que lo hagamos, no ha sido ningún golpe de suerte. Teníamos que ser *nosotros* quienes lo hiciéramos.

Hook miró a Smith y reflexionó sobre las palabras de su amigo. No sabía cómo había llegado a aquella deducción, pero sonaba demasiado plausible como para ser simplemente una teoría loca del peliblanco.

—Curly, ¿te dijeron algo sobre el contenido del *pendrive* cuando te pidieron que lo escondieras? —inquirió Smith.

La chica pareció pensarlo durante algunos segundos, pero acabó negando con la cabeza.

—No, no recuerdo que me dijeran qué había. Pero…

—¿Pero? —repitió Smith.

—El *pendrive* me lo dieron en aquel despacho antes de irnos, pero tuve que pasar por la habitación que me habían asignado para cambiarme de ropa y lo metí en el ordenador para ver qué había, aunque no abrí ningún archivo porque llevaban contraseña.

—Sí, nos dimos cuenta, nos llevó un rato abrirlos —aportó Hook.

—¿Y no visteis nada más en el *pendrive*?

—¿A qué te refieres? —inquirió Smith.

—Aunque no pude abrir ninguno de los archivos, sí que pude colar archivos míos. No es que yo sepa muchísimo de informática, pero me dejaron tener mi ordenador del trabajo y ahí tengo varios archivos encriptados que H me dio por si alguna vez necesitaba mandaros mi ubicación —respondió la chica mirando a sus hermanos.

—¿Quién es H? —preguntó Smith.

—Nuestro quinto integrante —contestó Omega distraídamente—. ¿Qué tipo de archivos, Curly?

—No se ha currado nada el mote el Hacker, ¿eh? —comentó Smith por lo bajini y Hook le dio un golpe en el brazo cuando pasó por su lado en su caminata desesperada.

—Eran unos archivos que H codificó para que, si alguien los abría, se les enviase a mis hermanos la última localización del chip dental que llevamos todos los integrantes de la banda.

—¿Dónde estaban exactamente esos archivos? —inquirió Hook.

—Ocultos en varias subcarpetas. ¿No los visteis?

Los piratas negaron con la cabeza.

—Entonces, ¿cómo me encontrasteis?

—Porque todos los documentos que había en el *pendrive*, los que tenían contraseña, eran documentos del bufete, entre ellos las escrituras. Y ahí vimos que poseían todo el edificio, así que creímos que merecía la pena ir a echarle un vistazo —respondió Smith.

—¿Y a qué te referías antes con que teníais que ser vosotros quienes me encontrarais?

Los piratas se miraron y Smith asintió, animando a Hook a compartir la conclusión a la que había llegado y que sabía perfectamente que su amigo también había pillado al vuelo.

—Se refería a que, aunque en ese momento no caímos, las partes de la contraseña que desbloqueaba los archivos del *pendrive* conformaban un nombre —explicó Hook.

—¿Qué nombre? —preguntó Alfa.

—Tinkerbell.

15
Vida en el barco

Muchos años antes
en Nunca Jamás

El día que conoció a Bell, era un día cualquiera para Smee, que estaba apoyado en la barandilla del barco, mirando hacia el horizonte a plena luz del día, empapándose de la luz del sol y admirando el azul del cielo de Nunca Jamás. Adoraba la calidez del sol y aprovechaba cada minuto del día para empaparse en su luz, dejando que calentase su piel, enrojeciese sus mejillas y alejase todos los pensamientos oscuros que poblaban su cabeza desde hacía tanto tiempo. Hook se acercó a él en cuanto lo vio tan concentrado en el paisaje, porque era plenamente consciente de lo que ocurría cuando su amigo se abstraía.

—¿Puedes venir un momento? —preguntó sin siquiera dejar tiempo a que Smee reaccionase a su llegada.

El peliblanco se dio la vuelta y miró a su amigo con curiosidad.

—Hola, ¿eh?

—Sí, sí, venga, ven.

Hook agitó la mano para restarle importancia y luego le hizo señas para que lo siguiese hasta su camarote. Movido por la intriga, Smee fue tras él y ambos se detuvieron delante de la puerta.

—¿Qué pasa? —inquirió el peliblanco al ver que su amigo no se decidía a entrar.

—Tengo que enseñarte algo, pero tienes que prometerme que no va a salir de aquí. —Lo agarró de los hombros y lo miró a los ojos

muy serio.

—¿Me vas a enseñar tu cuarto de juegos? Ya sabes a lo que me refiero… —Smee alzó las cejas un par de veces, sonriendo juguetón.

—Smee.

—Que si quieres que juguemos, jugamos, pero tampoco hace falta tanto misterio, hombre.

—Smee. —La firmeza en la voz de Hook hizo que a su amigo se le borrase la sonrisa.

—Cap, me estás acojonando.

—Prométemelo.

Smee asintió.

—Bien. Espera.

Hook miró a ambos lados a ver si alguno de los marineros estaba cerca y, al comprobar que estaban solos, cogió a Smee de la pechera de la camisa y lo metió en el camarote a la fuerza.

—Oye, cap, ¿pero qué diablos…?

El peliblanco se interrumpió cuando vio a la chica sentada en la cama de su amigo. Temblaba ligeramente mientras los miraba con ojos asustados y se abrazaba a la sábana que tenía contra el pecho; Smee pudo apreciar que estaba vestida con una de las camisas del capitán pirata y, de golpe y porrazo, entendió todo lo que había que entender.

Miró a su amigo y vio cómo miraba a la chica. El azul nomeolvides de los ojos del capitán transmitía siempre muchas emociones, todas ellas positivas: protección, confianza, amabilidad, seguridad, empatía… Y, sumado a todas ellas, en aquel momento se reflejaban el amor y la admiración. Los ojos del pirata brillaban y parecían ser incapaces de apartarse de la figura de la joven, olvidándose incluso de que su amigo se encontraba allí con él. Smee miró entonces a la chica y vio exactamente lo mismo que en los ojos de su amigo, pero con algo más: calma. En el momento en el que sus ojos se cruzaron con los de Hook, se tranquilizó y dejó de temblar, como si fuesen una capa de protección invisible que abrigaba a su corazón con tan solo una mirada.

Smee carraspeó y miró de nuevo a su amigo.

—¿Qué está pasando?

—Smee, te presento a Tinkerbell. Bueno, Bell.

—Sí, ya había deducido quién era. ¿Cuándo ha ocurrido esto?

—Hace unos meses —confesó Hook sin dejar de mirar a la chica para transmitirle tranquilidad.

—¡¿Meses?! —exclamó Smee sobresaltando a Bell. Hook le dio una colleja y lo instó a bajar la voz—. Vale, vale, pero, vamos a ver, cómo no voy a gritar con todo esto, hombre. ¿Tienes aquí a una chica encerrada durante meses y pretendes que no me sorprenda?

—No está encerrada, lo dices como si la hubiese secuestrado. Estoy protegiéndola.

—Ya, ya, si hasta ahí llego. No te veo yo pinta de secuestrador, fíjate. —Smee se giró hacia Bell y se dispuso a avanzar hasta ella, pero Hook se lo impidió tirándole de la camisa hacia atrás—. ¡Joder, cap! ¿Qué demonios te pasa con mi ropa?

—Pídele permiso primero.

—¿Como que *permiso*?

—Permiso para acercarte, sí.

—¿Estás bromeando?

—Pídeselo.

—Joder, vale, vale. —Smee volvió a carraspear y miró a la chica, sonriendo nervioso—. Emm… ¡Hola! Soy Smee, como supongo que ya habrás escuchado. Mmm… puedo… ¿puedo acercarme un poco para estrecharte la mano? Todo paz y amor, tranquila, podemos ser amigos. No voy a hacerte daño, no podría ni aunque quisiera. Soy totalmente inofensivo.

—Bueno, inofensivo… —murmuró Hook.

—¡Oye, que estoy intentando hacer una amiga aquí, no me lo estropees! —se indignó el peliblanco mirando a su amigo de nuevo.

La chica soltó una risita y los dos piratas la miraron. La tensión del ambiente disminuyó y el hada asintió levemente, dándoles permiso para que se acercaran. Ambos se aproximaron y Bell le estrechó la mano a Smee tímidamente, a lo que el peliblanco sonrió complacido, transmitiéndole toda la confianza que le fue posible.

—Y dime, ¿no te apetece salir de este camarote diminuto? Aunque he de reconocerle al cap que lo tiene todo bastante

ordenadito, sigue siendo un cuchitril —comentó Smee ganándose una colleja de su amigo—. ¡Joder! ¿Pero quieres dejar de pegarme?

—Cuando dejes de ser impertinente y te comportes.

—Yo me comporto estupendamente, lo que pasa es que tú eres un gruñón.

—Claro, será eso.

La chica soltó otra risita y los dos la miraron.

—Me gustaría salir, pero me da miedo —dijo entonces con voz temblorosa.

Smee procesó sus palabras y entendió a qué se refería.

—Lo entiendo, pero aquí estás a salvo.

—¿Y si viene a por mí?

—Te aseguro que nadie en este barco va a permitir que te haga daño. Yo el primero —aseguró Smee con voz firme.

Bell lo miró con la esperanza reflejada en los ojos y, en ese momento, Smee supo que estaba en la misma situación que Hook, pero en lugar de amor, nació en su corazón un sentimiento arrollador de cariño fraternal. No sabía lo que era tener una hermana, pero supuso que lo que empezó a sentir por Bell en ese momento se le parecía mucho.

Desde el día que había dado el paso de por fin revelarle a Smee la presencia de Bell en el barco, Hook había dejado de vivir con ansiedad constante. Seguía teniendo la presión autoimpuesta de proteger al hada, pero al menos estaba tranquilo porque sabía que si algo le ocurría en el barco o tenía que ausentarse por lo que fuese, habría alguien que podría protegerla, pasara lo que pasase, incluso aunque el peliblanco no llegase a conocer todos los detalles, y mucho menos su parentesco con Peter Pan. No sabía la magnitud de la amenaza, pero confiaba en que estaría a la altura llegado el momento.

No obstante, estaba empezando a sentirse algo excluido por aquellos dos. El peliblanco pasaba mucho tiempo con Bell en el camarote y a veces hasta intentaba echarlo para tener un rato a

solas con su amiga, pero Hook solía poner los ojos en blanco y se negaba hasta que era Smee el que se iba. Sentía que competía por la atención de Bell y eso no le gustaba tanto. Pero verla sonreír cada vez que Smee soltaba alguna tontería de las suyas hacía que todo valiese la pena, igual que ver a su amigo con la alegría desbordándose de su ser constantemente. Hook tenía la teoría de que Bell había suplido algo que ni siquiera Smee era consciente de que le faltaba: una amiga, alguien que le demostrara que no estaba solo. Porque el capitán pirata era muy consciente de que su amigo llevaba mucho tiempo sintiéndose solo, incluso con la tripulación a su alrededor, nunca nadie había conseguido llenar la soledad que Smee tanto llevaba anclada. Y esa sensación de sentirse solo rodeado de tanta gente… Hook la conocía muy bien.

También había notado un gran cambio en Bell. Gracias a la presencia de Smee, se sentía mucho más cómoda también con él, como si el tener contacto humano con alguien más la hubiese ayudado a desarrollar cierta confianza para relacionarse. Y eso le gustaba, porque las noches en las que la chica aún se despertaba llorando aterrorizada y se refugiaba entre sus brazos eran las peores y las mejores de toda su vida. Bell le permitía dormir con ella y él se sentía el hombre más afortunado del mundo al tenerla entre sus brazos, pero cuando la chica acudía a ellos en mitad de un ataque de pánico, el corazón de Hook se encogía y todo su cuerpo se ponía en tensión, listo para hacer rodar todas las cabezas que fuesen necesarias con tal de que Bell volviese a estar en paz.

A Hook le había costado muy poco admitir lo que sentía por Bell, pero no fue capaz de dilucidar en qué momento ese sentimiento de protección había derivado en algo más. Solo sabía que con tan solo verla él mismo se sentía en paz. Le gustaba pasar los dedos por su sedoso cabello rubio, contar las pecas que poblaban su rostro cada noche cuando caía en brazos de Morfeo, escuchar su respiración tranquila y pausada cuando apoyaba la cabeza sobre su pecho, sentir el peso de ella sobre él mientras la rodeaba con los brazos y permanecían en silencio, solo escuchando el latir del corazón del otro. Él no sabía hasta qué punto podían llegar las emociones de las hadas y estaba convencido de que Bell tampoco, pero de lo que sí

estaba seguro era de que no hacía falta comprender la extensión de algo si podía sentirlo en cada uno de los poros de su piel, y *sab*ía que aquello era lo que quería. Que la quería a ella, única y exclusivamente *a ella.* Y haría hasta lo imposible por conseguir que nunca se fuese de su lado si eso significaba poder tenerla entre sus brazos cada noche hasta el final de sus días.

Aquella noche no era la excepción. Había contado todas las pecas del rostro de Bell dos veces y estaba empezando a hacerlo una tercera cuando ella se movió un poco y abrió los ojos lentamente ante el peso de su mirada. Una sonrisa tímida apareció en sus labios a la vez que sus mejillas se ruborizaban. Hook había descubierto que la mayor parte del tiempo, las mejillas de la chica estaban enrojecidas en su presencia. Por eso sabía que no era el único que se sentía así, por mucho que la chica no procesase las emociones como él.

—¿Por qué estás despierto? —preguntó Bell en voz baja, mirándolo con la cabeza apoyada en la almohada y posando una mano sobre su pecho desnudo.

Ante su contacto, Hook sintió que su corazón se desbocaba y se preguntó si Bell era capaz de sentir cómo aquel órgano vital estaba deseando salir de su pecho para irse con ella.

—No me apetece dormir —contestó el pirata tras meditarlo unos segundos.

Se empapó de la visión de ella al tenerla tan cerca y su mente se atolondró al ver aquel mechón de pelo rebelde tan cerca de su ojo izquierdo. Con un dedo, se lo retiró despacio y notó cómo la respiración de ella se alteraba.

—¿Por qué?

—Porque prefiero mirarte toda la noche antes que perdérmelo cerrando los ojos.

Bell entreabrió la boca y enrojeció aún más ante el significado de sus palabras. La mano de Hook se acercó a su labio inferior y lo trazó con el pulgar.

—Puedes mirarme durante el día —repuso la chica tras unos segundos, con la voz algo temblorosa.

—No es suficiente.

El capitán pirata bajó la cabeza y rozó la frente de Bell con los labios. Inhaló el aroma de su pelo y cerró los ojos, complacido. La chica movió la mano con la que le tocaba el pecho en una caricia y la situó justo encima del corazón. El pirata apretó los dientes, concentrándose en no perder el control, pero no tuvo mucho éxito cuando sintió los labios de Bell dejando un beso en el lugar donde tenía la mano.

—Necesitas dormir.

Ella se giró y se tumbó sobre su espalda, instándolo a tumbarse sobre ella. El pirata obedeció a los movimientos de la chica, que lo cogió por los costados y tiró de él hacia ella. Él trató de no apoyarse por completo sobre su cuerpo, quedándose con gran parte de su peso sobre un costado, pero escondiendo el rostro en el cuello de Bell, donde dejó un suave beso que hizo que la piel de la chica se erizara. Hook la rodeó con los brazos, atrayéndola hacia él, y sintió los dedos de Bell enredándose en su pelo en caricias que le hicieron cerrar los ojos, complacido.

—Duerme, Hook. Yo también quiero mirar.

Y el capitán pirata se dejó llevar por las caricias del hada.

Aquella noche durmió como nunca antes, soñando con pecas que formaban constelaciones.

Habían pasado las semanas y Bell por fin se había animado a salir a cubierta. Hook le había presentado a la tripulación y ella se había sentido sorprendentemente cómoda con todos desde el principio. No sabía por qué, pero los piratas habían sido muy amables con ella. Hook afirmaba que era porque llevaban mucho tiempo sin tener a una mujer entre ellos y todos echaban de menos a la hermana del capitán, a la que habían considerado su propia hermana. Bell no sabía exactamente qué significaba ser hermana de alguien, pero sentía que todos aquellos marineros eran exactamente eso, sus hermanos, especialmente Smee, que se había vuelto su apoyo incondicional, aparte de Hook, en aquel barco. El peliblanco le había enseñado a jugar al ajedrez, a manejar el cuchillo y a hacer nudos, y

siempre estaba pendiente de que no le faltase de nada y tuviese todo lo que necesitara y quisiera en todo momento.

Ella lo adoraba, le encantaba pasar tiempo con él y le parecía fascinante ver el vínculo que tenía con Hook. Los dos estaban constantemente molestándose el uno al otro de una forma divertida que siempre la hacía reír y si había algo que los unía, era la forma tan fiera que tenían de proteger a todo el mundo en el barco. Incluso si alguien se hacía un pequeño rasguño, los dos estaban pendientes de qué cabo habría que tirar por la borda para que esa persona no volviese a hacerse daño. Bell creía que era algo tierno, algo muy bonito y luminoso que nada tenía que ver con cómo se relacionaba Peter Pan con los demás.

Todos los días pensaba en él, pero ya no dejaba que dominase sus pensamientos, sus miedos o sus pesadillas. Algunas veces resultaba inevitable, pero Hook siempre estaba ahí para impedir que secuestrase su mente. Con tan solo una mirada, el capitán pirata parecía saber lo que cruzaba por su mente y aparecía para ahuyentarlo, ya fuese con una caricia, un beso en la frente o una sonrisa. Bell se sentía avergonzada ante todas las veces que Hook dejaba lo que estuviese haciendo para ir a verla, pero cuando veía *cómo* la miraba, dejaba de sentirse avergonzada y se sentía poderosa. Él la animaba a sentirse invencible, que podía con absolutamente todo y todos, sabiendo que lo tendría a su lado siempre.

Y eran precisamente esos momentos a solas los que más hacían que su corazón se fortaleciese. Las caricias, las sonrisas y las confesiones tan directas que hacía Hook sobre sus sentimientos hacia ella provocaban que su corazón latiese a doscientos por hora y que ella solo pudiese pensar en tener al capitán pegado a su piel a todas las horas del día, aunque sabía que ni siquiera eso sería suficiente. Sentía tantas cosas por Hook que solo quería fundirse con su cuerpo, que el pirata se colase en su alma y no saliese nunca de allí. Él siempre afirmaba que le encantaba mirarla mientras dormía, pero lo que no sabía era lo mucho que lo miraba ella a él durante el día. Era imposible que sus ojos se alejasen del pirata.

Bell adoraba verlo dar órdenes, con aquella autoridad que desprendía y la masculinidad que emanaba de él. Su tono de voz ronco se volvía firme y le temblaban las piernas cuando recordaba lo mucho que se le solía enronquecer la voz cuando estaban los dos a solas en el camarote. Le encantaba verlo hacer nudos y manejar el timón, ver aquellas manos que la tocaban de forma tan delicada ejercer toda su fuerza al manejar el barco. El capitán pirata siempre era una visión fascinante, pero lo que más le gustaba a Bell era aquellos momentos en los que lo veía interactuar con el resto de la tripulación, sobre todo con los más jóvenes. Se tomaba todo el tiempo del mundo para enseñarles y siempre los animaba con cada cosa que hacían. Era una de las cosas más bonitas que había visto jamás.

Ella se preguntó cómo era posible que Peter hubiese acabado siendo tan perverso estando bajo el cuidado de una persona como Hook. Era aterrador pensar en cómo había podido contaminar Peter el alma de su tío con su oscuridad si se hubiese quedado en el barco. Bell se autoculpaba por pensar así, pues se suponía que debía sentir un amor incondicional por Peter y, aunque sentía cierta conexión con él que sabía que nunca se podría romper, el calor que el capitán pirata le transmitía a su corazón había prevalecido sobre todo lo demás. Y ella había empezado a sentir que mataría a *cualquiera* que se interpusiera entre ellos o quisiera hacerle daño.

Allí, sentada en la puerta del camarote sobre un barril, observando cómo Hook peleaba en un duelo de espadas con uno de sus marineros, Bell supo que aquel era su lugar en el mundo. Ella no tenía que estar ningún otro sitio que no fuese al lado de Hook. Su lugar favorito era la cama del pirata, entre sus brazos, y su melodía favorita era el sonido de su corazón desbocado cada vez que ella estaba cerca.

Bell no entendía la magnitud de todo lo que sentía, pero *sabía* que lo sentía. Sabía que abandonar los brazos de Hook solo era una opción cuando se levantaban para pasar el día juntos en el barco.

Pero que abandonarlo a él nunca sería una opción.

16

Control

Tic Tac estaba intrigado. Pocas cosas existían que pudieran hacer que lo estuviese, pero allí estaba, con la imagen de aquella chica en la pantalla del ordenador que tenía delante.

Habían pasado ya cuatro días desde que Bell había llegado a Lit Hell y tres desde que les había dado todas las pistas necesarias a los piratas para que encontraran a Curly White. Habían tardado poco en deducir lo que él había querido que dedujeran, pero seguían sin saber dónde estaba aquella a la que con tanto cariño llamaban reina. Al principio, Tic Tac había dejado cierto margen para crear tensión y no darles todo demasiado mascado, ya que eso le restaba toda la diversión a aquel asunto, pero empezaba a cansarse.

¿Cómo podía ser posible que aún no hubiesen deducido que Bell estaba con él? Ah, sí. Si para la chica él siempre había sido el sospechoso número uno de absolutamente todo lo que ocurría en aquella ciudad de mierda, para los piratas siempre había habido otra figura que había tomado el protagonismo en sus subconscientes: Peter Pan.

Tic Tac tenía sus motivos para tener a aquel niño atrapado en un cuerpo adulto en el punto de mira, pero todo ocurriría a su debido tiempo. A él no le gustaba adelantarse a los acontecimientos, ya que eso requería dejar el control a un lado y salirse del molde que hubiese creado, y eso no entraba en sus planes. El control era su herramienta más poderosa y no estaba dispuesto a deshacerse de él tan fácilmente. Por esa razón, la presencia constante y molesta de

Peter Pan era, en efecto, algo que tenía en mente, aunque en aquel momento no pudiese hacer nada… todavía.

El hecho de que los piratas pensasen más en Peter Pan que en él como responsable de la desaparición de la chica era bastante halagador, ya que eso significaba que todas sus acciones habían pasado desapercibidas bajo las narices de aquellos dos. Pero, a la vez, escocía un poco que lo confundiesen con un niñato pretencioso con ínfulas de villano a medio construir, por lo que aún no había decidido cómo actuar. Y, por el bien de los piratas, les convenía que sus pensamientos se inclinasen más hacia el primer sentimiento.

Bebió un trago de su *whisky* y saboreó el licor mientras cambiaba de cámara. Bell aparecía tumbada en la cama de su dormitorio, con la mirada perdida. Pasaba mucho tiempo así, todo el que no invertía en pasearse por el edificio con total libertad en busca de solo ella sabía qué. La chica había cedido y había hecho uso de la ropa que él le había proporcionado, pero tendía a quedarse tumbada sin hacer nada en su cama más de lo que a él le gustaría. Le había servido todas las pistas en bandeja de plata, pero la chica aún no había hecho ni siquiera el intento de averiguar quién era. Y, hasta que eso no ocurriese, no podría seguir avanzando con su plan. Que Bell descubriese quién era él era crucial, pero la chica no parecía poner de su parte y él no sabía cómo empujarla para que lo hiciera. Estaba empezando a dudar de su inteligencia —o, al menos, de la poca que había creído atisbar en ella— y comenzaba a pensar que quizá su presencia allí no sería tan útil como él creía.

Apuró el vaso de *whisky* y abrió la ventana de vigilancia que replicaba el ordenador personal de Smith. Había sido extremadamente fácil acceder al ordenador del peliblanco y plantar un programa espía de forma remota que le permitiese ver todo lo que los piratas hacían. Había decidido atacar el ordenador de Smith porque sabía que se fijaba mucho menos en los detalles técnicos que el capitán pirata y habría menos posibilidades de que se diese cuenta de que estaba siendo monitoreado, sobre todo porque la mayoría de las búsquedas las realizaban desde el ordenador de Hook. No obstante, ese detalle era precisamente el que le interesaba: ¿a qué se dedicaba Smith en su tiempo libre? Tic Tac

había notado cierto patrón en sus búsquedas y era que, si bien el peliblanco tendía a no preocuparse mucho por su seguridad digital, sí que prestaba muchísima atención —en ocasiones, demasiada— a los pequeños detalles de las conclusiones a las que llegaba. Esa fijación por los detalles lo intrigaba tanto como lo hacía Bell, ya que todo lo que *a priori* parecía simplemente un detalle trivial, casi nunca lo era.

Las búsquedas de Smith seguían principalmente ancladas en la meteorología de Dark Times y Tic Tac estaba deseando que encontrase por fin una respuesta, ya que ni él mismo la tenía. Las tormentas eran cada vez peores y desataban toda su furia con la fuerza de un látigo sobre la ciudad, pero no parecía haber una explicación del *por qué*. Él sabía quién podría tener las respuestas, pero aún era demasiado pronto para poner a esa persona en el tablero de juego. Necesitaba esperar. Por eso, confiaba en las habilidades de investigación del peliblanco, que parecía empeñado en descubrir el origen de aquel cambio meteorológico.

Aparte de esas búsquedas sobre la naturaleza, en los últimos días Smith se había dedicado a realizar pequeñas búsquedas sobre términos legales concretos. Gracias a eso, Tic Tac supo que la primera parte de su plan había funcionado: tenían a Curly. Una rápida mirada a las cámaras del piso de Layla y sus sospechas se confirmaron. Estaba por fin donde tenía que estar: con sus hermanos, según las coordenadas. Era increíble cómo incluso Curly había sido tan estúpida como para subestimarlo. Aquella chiquilla de verdad llegó a pensar que él no se enteraría del archivo encriptado que coló en el *pendrive* y en ningún momento llegó a pensar en que tuvo acceso a su ordenador del trabajo porque él lo quiso así, no por un descuido. Esa era una de las cosas que más lo cabreaban: que lo tomasen por gilipollas cuando todos y cada uno de ellos no eran más que una marioneta cuyos hilos manejaba él mismo y que dejaría de respirar si a él le daba por apretar más de la cuenta el hilo que rodeaba su cuello.

Cerró la ventana del ordenador y volvió a las cámaras del dormitorio de Bell. La chica seguía sin moverse y él estaba empezando a perder la paciencia. Incluso el hombre más estúpido

del mundo podría averiguar quién era él con todas las pistas que había dejado delante de las narices de la chica. No entendía cómo no era capaz de verlo, teniendo en cuenta lo acertada que había estado en más de una ocasión y cómo había sido capaz de relacionar muchas de las cosas que realmente él había hecho con él. Necesitaba reavivar el fuego interior de la chica para que terminase de prenderse y el incendio se extendiera lo más rápido posible.

Bell era la clave y si no cumplía su parte, todo se iría a la mierda.

Había trabajado demasiado para llegar a donde estaba como para que ella lo echase todo a perder. Y para que eso ocurriese, sabía qué tenía que hacer.

Se levantó de la silla y salió del despacho. Fue al ascensor y descendió una planta. Salió del cubículo y se acercó a la puerta de la habitación de la chica. Él era el único que tenía la llave; abrió la puerta sin llamar y entró. Bell se incorporó a toda prisa en la cama y se puso de pie justo a los pies de la misma. Tic Tac sonrió al contemplar el enfado que se dibujó en su cara al verlo.

—¿Estás mal de la cabeza o qué cojones te pasa? ¡Podría haber estado desnuda! —exclamó exaltada.

—Créeme, verte desnuda es, sin duda, lo último en mi lista de prioridades —contestó él con calma.

Se apoyó en el marco de la puerta cruzándose de brazos y observó de arriba abajo a la chica. Bell temblaba de pies a cabeza por la sorpresa de su llegada, pero por lo demás seguía todo igual: la mirada ligeramente perdida, los engranajes de su cabeza dando vueltas y vueltas al saber que la puerta estaba abierta y la adrenalina empezando a recorrer sus venas por la expectación del «qué pasará».

—¿Qué coño haces aquí entonces?

—Usar lenguaje malsonante no te hace más intimidante. Además, es de muy mal gusto —replicó Tic Tac con una sonrisa, deleitándose ante el cabreo de la chica. Era tan fácil sacarla de sus casillas que no podía evitar agitar el avispero cada vez que podía. Acto seguido, dejó caer la máscara divertida que se había puesto y la seriedad volvió a su rostro—. Nos vamos —anunció.

—¿A dónde? —preguntó la chica inmediatamente.

—Lo sabrás a su debido tiempo. Ahora, vamos.

—Hasta que no me digas a dónde, no voy a ninguna parte contigo.

Tic Tac la miró con aburrimiento.

—¿Por qué te empeñas en pensar que tienes alguna elección? Tener que repetirte constantemente que no es así resulta tedioso.

—He dicho que me digas a dónde vamos.

—Oh, por favor.

Se dio la vuelta y salió de la habitación en dirección al ascensor, a sabiendas de que la curiosidad que movía a la chica haría que lo siguiese. Entró en el ascensor, pulsó el botón del sótano y mantuvo el dedo en el que mantenía las puertas abiertas. Apenas treinta segundos más tarde, Bell entró en el cubículo y descendieron al sótano en absoluto silencio.

Tic Tac estaba convencido de que la chica estaba deseando abrir la boca y volver a preguntar su destino, pero lo sorprendió quedándose totalmente callada. Era refrescante ver que empezaba a entender cómo funcionaban las cosas.

El ascensor llegó al sótano y Tic Tac avanzó hacia la puerta que comunicaba con el garaje, donde su habitual coche negro los esperaba con el chófer ya dentro. Abrió la puerta y los dos entraron en el vehículo.

—Ya sabes a dónde —le dijo al conductor.

El interior del coche era amplio, con dos sillones enfrentados. Tic Tac se situó dando la espalda al sentido de la marcha y Bell lo hizo justo enfrente de él. El vehículo arrancó y la puerta del garaje que daba acceso al exterior comenzó a abrirse, dejando ver el atardecer que iluminaba la ciudad en aquel momento. Estaba a punto de terminar de ponerse el sol, dando paso a la parte favorita del día de Tic Tac: la noche.

Los tonos rojizos y anaranjados teñían el cielo y se reflejaban en los cristales de Lit Hell, rodeándolo de un halo dorado que no representaba en absoluto lo que ocurría dentro de aquel edificio. Tic Tac vio cómo la chica se relajaba visiblemente cuando observó por la ventanilla que se alejaban del edificio.

—¿Ahora sí me vas a decir a dónde vamos? —preguntó Bell una vez que el edificio dejó de ser visible, girándose hacia él para mirarlo a los ojos.

Ese detalle era una de las cosas que más le gustaban de ella: a pesar del miedo, a pesar del pánico que parecía habitar dentro de su ser cada vez que lo miraba, *siempre* lo miraba directamente a los ojos, nunca esquivaba su mirada.

—Esta ciudad tiene lugares muy interesantes, ¿sabes? Algunos que estoy seguro de que ya conoces y otros de los que tengo serias dudas de que sepas siquiera de su existencia. Pero de momento solo necesitas saber que ahora vamos a uno que conoces, aunque sea solo de oídas —respondió él sin apartar los ojos de ella.

La chica asintió casi imperceptiblemente y él paseó la mirada por su rostro y su postura, buscando algo que delatase lo que pasaba realmente por su mente. Pero nada la delató. Bell era tan transparente en ese momento, que lo que ocurría fuera era lo mismo que ocurría dentro: expectación. No había miedo, no vio trazas de ese temor y ese enfado que había apreciado en la habitación. Y él sabía que todo eso se había esfumado en el momento en el que la chica había puesto un pie fuera del edificio.

—Sabes que no eres una prisionera, ¿verdad? —inquirió con cierto deje de diversión.

—Por eso me tienes encerrada en una habitación de la que solo tú tienes la llave, claro que sí.

—Habitación que, por cierto, has podido abrir sin problemas con el aro de tu sujetador y una diminuta grapa. Si lo hiciste una vez, no creo que tengas problemas en hacerlo una segunda. De nuevo, no eres una prisionera, Bell. Me gusta desafiar tu ingenio, nada más.

—No sé qué me parece más surrealista: que de verdad te creas todas las mierdas que sueltas por la boca o que pienses que *yo* me las voy a creer.

Tic Tac sonrió y cogió dos vasos del minibar que tenía a su derecha. Echó dos hielos en cada uno y los llenó de su *whisky* favorito, ofreciéndole uno a la chica, que tomó el vaso pero no bebió el contenido. Como ofrenda de paz, él alzó el suyo y bebió, para

demostrarle que no había nada raro en la bebida. Aun así, Bell optó por no beber y Tic Tac asintió complacido.

—En realidad, todo es más sencillo de lo que te empeñas en creer. Lo que ocurre es que no *quieres* creerte lo que digo, porque si de verdad creyeses que no eres una prisionera, la culpa te reconcomería y todavía no has aprendido a gestionarla. Al fin y al cabo, no has tenido muchos escrúpulos durante todo este tiempo al engañar a tus queridos piratas, ¿no?

La chica apretó la mano en torno al vaso y Tic Tac rio por lo bajo.

—Eres tan predecible que resulta aburrido —continuó él—. Te has relajado considerablemente desde que nos hemos ido del edificio y eso significa que allí te sientes atrapada. Pero, de nuevo, no tendrías por qué sentirte así, ya que técnicamente no lo estás. Puedes irte cuando quieras.

—Claro, atravesando puertas cerradas y pasando por encima de toda la seguridad que tienes, supongo.

—Mi personal tiene órdenes estrictas de no impedir que te vayas en caso de que quieras hacerlo.

—No te creo —replicó la chica, aunque su tono de voz delató que no estaba tan segura como quería hacerle creer y eso a él le encantaba.

—Creo que ese es precisamente el problema aquí, Bell: que sí lo haces.

Tic Tac vio cómo un escalofrío recorría a la chica y cómo unas gotas de *whisky* se derramaban por el dorso de su mano cuando esta le tembló. Él se inclinó hacia delante y cogió el vaso con delicadeza de su mano para dejarlo de nuevo en el minibar. Sin soltar la mano manchada por el licor, se la acercó a los labios y lamió las gotas que se habían derramado en su piel sin apartar los ojos de la chica, que lo miraba atónita.

—No se puede desperdiciar ni una gota de este *whisky*. Ni una.

Bell retiró la mano a toda prisa frotándosela contra la tela de la camiseta mientras él se pasaba la lengua por los labios.

—Me das asco.

—Me alegro.

El coche siguió avanzando por la ciudad hasta llegar a la parte donde se concentraban todos los negocios. Bell pareció reconocer la calle donde se encontraba la tienda de vestidos y algunos edificios más, pero siguieron avanzando sin detenerse en ninguno.

—Qué ciudad más interesante, ¿verdad? —comentó Tic Tac.

—Es un agujero infecto de mierda y lo sabes.

—Bueno, no he dicho que sea una buena ciudad o que sea bonita, he dicho que es interesante —repuso Tic Tac—. Es igual de interesante que tú.

—¿Puedes parar?

—¿Te molesta que sea sincero?

—Me molesta que hables y más que lo hagas sobre mí en esos términos.

Tic Tac se rio divertido y la chica reprimió un escalofrío. Él sabía lo que provocaban sus sonrisas y sus carcajadas en ella, lo frías que sonaban y lo poco que reflejaban sus emociones, por eso le encantaba reírse en su presencia y ver cómo temblaba de pies a cabeza. No tenía forma de notarlo a esa distancia, pero sería maravilloso poder observar de cerca cómo su piel se erizaba y escuchar cómo su corazón comenzaba a bombear a toda velocidad y la respiración se le entrecortaba… Él suponía que estaría acostumbrada a tener esa reacción en un contexto muy diferente con otra persona, pero le parecía una absoluta delicia poder disfrutar de esas reacciones de primera mano. Como había pensado desde que la vio en la cabaña, Bell era una chica muy interesante y podía considerarse intrigado. Aunque eso no fuese precisamente bueno para ella.

—No te ofendas, pero lo que te moleste no puede serme más indiferente. Oh, hemos llegado.

Tic Tac vio cómo Bell miraba por la ventanilla y la sorpresa se dibujaba en su rostro al ver el edificio donde estaba el bufete de abogados de Layla Chambers. Él miró su teléfono móvil fugazmente para comprobar que siguiese tan vacío como presuponía que estaba y, tras confirmarlo, salió del coche con la chica detrás de él.

Se acercaron a la puerta del edificio, que él ya sabía que no estaba cerrada con llave, y entraron.

—¿Qué estamos haciendo aquí, si puede saberse? —inquirió la chica.

—Quiero enseñarte algo.

La respuesta de Tic Tac salió de sus labios con un tono de voz completamente calmado. Sabía que las preguntas se amontonaban unas encima de otras en la mente de la chica, pero estaba totalmente tranquilo porque estaban justo dónde tenían que estar. Tenía el control absoluto de la situación y eso era lo que de verdad importaba.

Se dirigió al ascensor que había en el recibidor y, cuando Bell se subió detrás de él, pulsó el botón que llevaba al despacho principal. Una vez llegaron, salieron del ascensor y entraron en el despacho de Layla Chambers. Tic Tac tenía que reconocerles a los piratas que fueron más listos de lo que él había creído y no tocaron nada. Todo estaba en el perfecto orden en el que él lo había dejado y eso facilitaba mucho las cosas.

—Bienvenida al despacho de Layla Chambers.

—Gracias por la información obvia, chalado.

Tic Tac negó con la cabeza, divertido, y señaló a su alrededor.

—¿No te resulta familiar?

Bell pareció meditarlo, pero terminó negando con la cabeza.

—Una pena que el único que se fija en los detalles sea tu amigo el peliblanco —repuso Tic Tac con pesadez—. Este despacho es una réplica casi exacta del despacho del señor Chambers en su mansión y sé perfectamente que sabes cómo es ese despacho, no nos andemos por las ramas a estas alturas, Bell.

—El señor Chambers no dejaba entrar a su mujer en su despacho casi nunca.

—Entonces, te preguntarás cómo es posible que este despacho sea exactamente igual, ¿verdad?

La chica terminó por asentir a regañadientes y Tic Tac negó con la cabeza de nuevo.

—A veces vuestra estupidez es asombrosa. Dime, ¿por qué crees tú que este despacho es igual al de su marido si no podía entrar en él? No es una respuesta difícil, pero tómate todo el tiempo que necesites.

Tic Tac se acercó hasta la mesa y se apoyó en ella con los brazos cruzados, mirando a Bell. La chica chasqueó la lengua con impaciencia al mirarlo y también se cruzó de brazos.

—Porque este no es la copia, es el original.

—Punto para la suplantadora de identidad.

Bell volvió a chasquear la lengua y Tic Tac alzó una mano para callarla.

—No, no vamos a volver a discutir sobre lo mismo. Efectivamente, este despacho es el original y el señor Chambers lo replicó en su mansión. Pero ¿por qué? —Tic Tac se movió por el despacho y se acercó a la estantería que había al lado del ascensor —. ¿Sabes que Layla Chambers es sonámbula?

—¿Y eso qué cojones tiene que ver?

—Te voy a contar una historia, para que lo entiendas —repuso él —. Verás, érase una vez un matrimonio conformado por un hombre que le sacaba veinte años a su mujer. Esa mujer provenía de una familia de alta alcurnia y el padre de ella decidió que la mejor estrategia para aplacar la rebeldía de su hija era casarla con un magnate del automóvil, para preservar la buena reputación de la familia y poder desentenderse así por fin de su hija. Pero lo que ese padre no sabía era todos los líos en los que su hijita estaba metida. No obstante, su futuro marido sí lo sabía. Por esa razón, cuando se casaron y el marido vio lo bonito que era el despacho en el bufete de su esposa, decidió recrearlo en su casa alegando meras razones estéticas. Pero, no, no, Bell, claro que no. El marido sabía que su mujer ocultaba algo, y quería averiguar a toda costa el qué, pero él apenas ponía un pie en este bufete. Y de ahí el despacho. En una de sus primeras noches como recién casados, Patrick Chambers descubrió que su mujer era sonámbula y que tendía a ir a los lugares que sentía más familiares, por eso decidió replicar su despacho. Y gracias a eso Layla se coló más de una noche en su despacho al sentir que estaba en una zona familiar, ya que era exactamente igual que el suyo. ¿Y qué descubrió Patrick Chambers? Que siempre iba al mismo punto exacto del despacho: la tercera balda empezando por abajo de la estantería derecha, donde reposaba un libro sobre Derecho Penal. —Tic Tac señaló el libro que

tenía al lado y tiró de él hacia abajo, activando el mecanismo que hacía que la balda de la estantería se desplazase unos milímetros hacia la izquierda, revelando un pequeño hueco—. Claro, Patrick Chambers no tenía ningún compartimento secreto, pero sabía que algo tenía que haber ahí en el despacho original si su esposa acudía constantemente a ese punto a mirar. Y no se equivocaba, desde luego, pero nunca tuvo tiempo de venir a comprobar qué era lo que había ahí.

Tic Tac metió la mano dentro del hueco y sacó un disco duro externo no más grande que la palma de su mano.

Bell lo observó atónita y vio cómo se lo metía en el bolsillo.

—Realmente, todo lo que hay aquí dentro ya lo conozco, son meros papeles que no te interesan demasiado, pero quería enseñártelo. Para que luego digas que no confío en ti —añadió, e incluso le guiñó un ojo.

—No entiendo cómo estás tan relajado sabiendo que sé quién eres.

Tic Tac soltó una carcajada y recolocó el libro en su sitio para cerrar el compartimento secreto.

—Sabes cómo soy físicamente, pero eso no quiere decir que sepas *quién* soy.

—¿Y no te preocupa que pueda huir y decirle a la gente *cómo* eres?

Tic Tac se acercó despacio a la chica y se paró justo delante de ella, con las punteras de sus zapatos italianos tocando las de las botas de la chica.

—¿Y a quién pretendes decirle *cómo* soy? O, mejor dicho, ¿a quién crees que le va a importar lo suficiente venir a por mí como para dejar el miedo que me tiene a un lado y lanzarse de cabeza a la boca del lobo, Bell?

La chica apretó los labios y él sonrió complacido.

—Honestamente, creo que los únicos tan estúpidos como para hacerlo sois vosotros tres.

—En algún momento esto se va a acabar.

—Pero el momento aún no ha llegado, no nos adelantemos. Además, estoy harto de repetírtelo: nada es aleatorio. —Tic Tac se

inclinó y acercó la boca a la oreja de la chica—. Todo está planeado —susurró en su oído.

Bell lo empujó por el pecho y él volvió a reírse. Le encantaba el fuego que tenía en las venas y cómo, a pesar del miedo, era capaz de expresarlo para enfrentarse a él.

—Vamos, no hemos terminado.

Tic Tac entró en el ascensor y esperó a que la chica subiese para ascender al que fue en su momento el apartamento de Layla Chambers. Las puertas se abrieron y los dos entraron en el piso. La estancia estaba tal y como él la recordaba: impoluta y ordenada. Avanzó directamente hacia el vestidor donde sabía que había estado Curly y esperó a que Bell entrase.

—¿Este piso era de Layla?

—Algún lugar tenía que tener para follarse a su amante y que nadie los viese —replicó él.

Se paseó por el vestidor y reparó en lo que estaba buscando. Aquello había sido justo lo que había necesitado para poner en marcha el plan de llevar a Bell hasta aquel piso.

—¿Y qué hacemos aquí?

—Otra vez con las preguntitas. Bell, tienes que colaborar un poco, piensa por ti misma, no te lo puedo decir todo yo siempre —repuso Tic Tac con cierta diversión en la voz. El enfado se hizo visible de nuevo en la cara de la chica y él se puso serio de nuevo—. Bien, tampoco es una respuesta muy difícil, pero viendo que aún no has adivinado quién soy con todas las pistas que te he dado, veo que voy a tener que ayudarte un poco más.

—¿Pistas? ¡Me tienes encerrada en una puta habitación en ese edificio donde torturas a gente, chalado de mierda! ¡No me has dado ninguna pista! —explotó la chica, dejando salir el fuego que corría por sus venas.

Él se deleitó en aquel arrebato y saboreó el momento. Esa era la Bell que él quería ver, la que lo intrigaba, la que hacía que todo fuese mucho más interesante.

—Bell, Bell, Bell… ¿No te ha enseñado tu amiguito peliblanco que todo en esta vida puede ser una pista, por muy pequeño que sea? —

Tic Tac se acercó de nuevo a ella y se situó a su espalda—. Hemos venido aquí a eso: a que te fijes en las pistas.

La chica apretó las manos en puños y se mantuvo quieta, con la espalda erguida, evitando el contacto con Tic Tac, pero sin moverse ni ceder ante el miedo que palpitaba en su pulso.

—Hay algo que ya deberías saber de mí, a pesar de que intentas seguir subestimándome. —Tic Tac se acercó a su oreja y habló despacio, transmitiendo sus intenciones en cada palabra—. Nunca doy puntada sin hilo, como dicen los mortales por aquí. Todo lo que ha ocurrido y sigue ocurriendo es porque *yo* he querido que así sea. Todo lo que habéis encontrado, todo lo que creéis haber descubierto, todo eso se debe a mí. Te lo mostré todo, te demostré lo controlados que os tengo, pero parece que eso aún no ha entrado del todo en esa cabecita tuya. Sé que no es fácil asumir lo estúpida que eres, pero, cuando lo hagas, todo será más sencillo. En esta sala tienes todas las pistas necesarias para descubrir qué hacemos aquí. Mira con atención.

Tic Tac escuchó cómo Bell tragaba saliva de forma audible y observaba a su alrededor. Más pronto que tarde reparó en todo el polvo que había en el suelo. Solo había algunas zonas limpias, con unas formas claras: una más grande que podría significar que alguien había estado sentado en el suelo y algunas más alargadas y pequeñas que sin duda eran huellas, sin contar las pocas huellas que había dejado ella misma, considerablemente más pequeñas.

Tic Tac había entrado en la habitación pisando con sumo cuidado, cuadrando sus zapatos italianos en las huellas de cierto capitán, que tenían su mismo tamaño. Al cabo de unos segundos, se movió y se puso frente a Bell de nuevo, para no perderse ni un solo detalle cuando la revelación apareciese en la mente de la chica. Supo el momento exacto en el que había reconocido las huellas de los zapatos cuando un jadeo se escapó de sus labios y levantó las manos para empujarlo por el pecho, igual que había hecho en la planta de abajo. Tic Tac fue rápido y le cogió las manos, impidiéndoselo.

—¿¡Qué les has hecho?! ¡No te atrevas a hacerles daño! —exclamó la chica, furiosa.

—Tranquilízate. Que antes haya permitido que me empujases no quiere decir que eso se vaya a convertir en un hábito. —Apretó su agarre en las muñecas de Bell y la chica forcejeó, pero dejó de intentar pegarle—. Tus piratas están bien, pero porque aún me hacen falta.

—¿Por qué han estado aquí? —preguntó ella con la voz temblorosa.

—Porque yo lo quise así, ¿por qué si no?

—¿Quién más había aquí?

—Chica lista. Curly estaba aquí y tus piratas la rescataron, tal y como estaba planeado.

—¿Está bien?

—No debería importarte, pero sí. A efectos prácticos, lo está.

—Eres… Eres…

—Soy todo lo que tú quieras que sea, querida, pero es lo que hay. Y cuanto antes aprendas a asimilarlo dentro de ese cerebro tuyo al que le falta tanto riego, mejor.

Tic Tac la soltó y salió de la habitación, seguido por Bell, que apretó el paso hasta situarse delante de él, justo en la puerta del ascensor.

—¿Y ya está?

—¿Y ya está qué, Bell?

—¿Eso es todo lo que vas a decirme?

—Es lo que necesitabas saber. Estás en una carrera a contrarreloj, aunque tú todavía no quieras aceptarlo. Y si no cumples tu parte, no vas a ser la que pague las consecuencias. Ya sabes que controlo a tus piratas a mi antojo y nadie, mucho menos tú, va a poder impedirme que siga haciéndolo, así que te recomiendo que hagas lo que tienes que hacer.

—¡No sé cómo hacerlo!

—Ese tonito de desesperación no te pega nada, al menos no en este contexto.

—Eres un cerdo.

—Averigua quién soy, Bell, y todo será más fácil.

—Cabrón.

—Sí, sí, lo que sea. —Tic Tac la apartó y subió al ascensor, mirándola con atención—. ¿Bajas o necesitas un momentito a solas para asumir todo esto?

—En cuanto bajemos, me largo.

—No te engañes, Bell. Si quisieras irte, ya lo habrías hecho.

Tic Tac pulsó el botón y las puertas se cerraron, dejando a Bell en el piso de Layla Chambers.

Sonrió ante el grito de frustración que emitió la chica al otro lado. El toque de atención había sido efectivo, estaba seguro de ello.

Ah, cómo le gustaba que los planes saliesen bien.

17

En tensión

La tensión se palpaba en el ambiente, era sólida como cualquier pared de ladrillo en la que apoyarse. Era pegajosa como un chicle, tanto que no te podías desprender de ella por mucho que lo intentaras. Se metía por debajo de la piel y llegaba hasta la sangre que corre por las venas de cualquier mortal que haya sido lo suficientemente estúpido como para haberla dejado entrar. Se colaba por cada rincón, por cada entrada y se asentaba como un kilo de plomo en el corazón, en el alma y en la mente, dispuesta a quedarse permanentemente ahí hasta que explotara.

Eso era lo que Hook sentía en aquel preciso momento: que la tensión de su pecho iba a explotar y todo se iba a ir a la mierda. Y no sabía hasta qué punto estaba dispuesto a impedir que eso ocurriese, ya que la situación estaba tan mal que creía que lo único que lo solucionaría era precisamente eso: que todo explotase.

Aún estaban en aquel salón, con esos nuevos aliados con los que no habían contado, viendo en sus caras cómo intentaban asimilar toda la información que habían compartido. Aunque no parecía que fuesen a hacerlo del todo.

La revelación de la contraseña de aquellos archivos encriptados había sido todo un choque para Hook y Smith cuando la descifraron, y no parecía haber sido menos para aquellos delincuentes. Alfa y Omega seguían al lado de su hermana, sin quitarle el ojo de encima, pero los tres hermanos habían escuchado con toda su atención lo que los piratas habían revelado. Tootles, por su parte, permanecía

en su habitual silencio absoluto, pero la sorpresa se había dibujado en su rostro.

Hook tenía la corazonada de que no se habían esperado que la reaparición de su hermana estuviese relacionada con ellos. Y él tampoco, para qué mentir.

—¿Y fuisteis así como si nada directos a la puta boca del lobo? ¿No tenéis instinto de supervivencia o qué? —preguntó atónito Alfa.

—Si la mami está de por medio, créeme que ambos preferiríamos morir antes de no intentar todo lo posible para encontrarla —respondió Smith con la determinación y el cariño que le profesaba a Bell en la voz.

—Nosotros hubiésemos hecho lo mismo por Curly, hermano —comentó Omega en voz baja.

—Sí, pero…

—En realidad, el que hayamos ido allí ha sido beneficioso para ti, así que ¿qué más da si nos hemos arriesgado demasiado o no? Os hemos traído a vuestra hermana —lo interrumpió Hook—. Ahora solo queda saber qué sabe ella sobre él. Al fin y al cabo, eso es lo que a todos nos interesa.

Todos los presentes miraron a Curly, que pareció encogerse sobre sí misma. Omega le rodeó los hombros con un brazo y la chica se acurrucó contra él.

—Si os digo la verdad… —empezó a decir en voz muy baja— no sé… nada más.

—¿Cómo que «nada más»? —inquirió Smith.

En otras circunstancias, Hook hubiese dejado que el peliblanco insistiese, pero había llegado a la conclusión que rondaba su cabeza desde hacía bastante tiempo: Curly tan solo era una víctima de las circunstancias y, en realidad, no sabía nada. Al menos, nada que fuese útil. Hook estaba convencido de que nunca había llegado a ver en persona a aquel psicópata, porque el mismo Tic Tac se habría cuidado de que así fuese, y si lo había visto, no habría sido consciente de que era él. El tipo era un fantasma que sabía muy bien cómo ocultarse a plena vista y si de algo podía estar seguro, era de que precisamente aquella chica no habría sido la escogida para que él se mostrase ante ella sin reparos.

—Smith, para. Yo la creo.

El peliblanco observó a su mejor amigo desconcertado, pero al ver que Hook no reculaba, su incredulidad se transformó en aceptación. Hook sabía que en algún momento tendría que darle explicaciones más completas, pero aquel no era ni el momento ni el lugar.

—Curly ha sido meramente una pieza en todo esto, pero una de las más insignificantes. ¿Qué es lo que te ha obligado a hacer? —preguntó Hook con seriedad.

La chica tragó saliva de forma audible y lo miró con algo de temor en los ojos.

—Escribir artículos, ya os lo he dicho. Y también fui al baile de máscaras, que fue donde me visteis —respondió desviando la mirada hacia Smith.

El peliblanco asintió y se pasó las manos por la cara, frustrado.

—No entiendo por qué la ha liberado así como así —comentó Omega acariciándole el pelo a su hermana con cariño.

—Porque ya no la necesita. No le deis más vueltas, esa es la única razón. Ella no sabe nada sobre Tic Tac que él considere peligroso y ya ha cumplido lo que él tenía pensado para ella, así que simplemente se ha deshecho de ella —contestó Hook con tranquilidad.

—Entonces… ¿no volverá a por mí? —preguntó Curly con voz temblorosa.

—No —respondió Hook con una seguridad apabullante que hizo que la tensión en el ambiente se desinflara como un globo pinchado —. Si aún te quisiera para algo, aunque fuese en un futuro, no se habría deshecho de ti. Además, no lo hizo en buenas condiciones. Si hubiésemos tardado un par de días más, es muy probable que te hubiésemos encontrado muerta.

La tez de la chica se tiñó de blanco y Alfa chasqueó la lengua.

—Menos mal que parecía que el que tenía un poco de puto tacto eras tú —comentó mordazmente.

Hook se encogió de hombros y agitó una mano en el aire para restarle importancia al asunto. Su tiempo allí estaba llegando a su fin; no creía que fuesen a encontrar más respuestas.

—Es la verdad, hermano. No había comida, n-no había nada —susurró la chica con las lágrimas aflorando.

—Ya está, cariño. No lo pienses más —la tranquilizó Omega mientras Alfa seguía fulminando con la mirada a Hook.

—Mi recomendación es que hagáis exactamente lo que has dicho: marchaos de Dark Times antes de que le dé por cambiar de opinión —dijo Hook a la vez que se levantaba del sillón donde estaba sentado—. Ya no queda nada para vosotros aquí. Vosotros dos también habéis sido meros peones para él.

—¿Tenéis alguna teoría de por qué nos quería en aquella fiesta? —preguntó Omega cuando los piratas hicieron amago de marcharse.

—¿Sabéis quién os sacó de la cárcel? —intervino Smith.

Los gemelos negaron con la cabeza a la par que Tootles asentía.

—¿Qué mierdas dices tú? —increpó Alfa a su amigo.

—Layla Chambers —contestó Tootles, hablando por primera vez en lo que, sin duda, era mucho tiempo.

Hook y Smith nunca habían oído su voz y era evidente que los tres hermanos llevaban mucho tiempo sin hacerlo.

—¡¿Qué cojones, Tootles?! —exclamó Alfa acercándose a su amigo, que lo detuvo con una mano.

—Cálmate.

Tootles observó a su amigo totalmente calmado. Era parco en palabras, pero se podía ver en los ojos de los hermanos el sumo respeto que le tenían y lo poco que necesitaba hablar para poder comunicarse con ellos. Sus ojos decían todo lo que tenían que decir y, apenas unos segundos más tarde, Alfa reculó y se alejó del joven.

—Layla os sacó de la cárcel. Tenía una buena razón.

—Layla llevaba mucho tiempo trabajando para él —dijo Curly—. Bueno, no sé si lo llamaría trabajar exactamente, ya visteis lo que ocurrió en el baile de máscaras. Pero sí llevaba teniendo contacto con él desde hace mucho.

—Layla os sacó de la cárcel por eso —intervino Smith—. Porque él se lo pidió.

—¿Y por qué nos llevó a esa fiesta de mierda? ¿Qué cojones pintábamos nosotros allí entre tanto pijo? —inquirió Alfa aún algo exaltado.

—Erais su chivo expiatorio —respondió Hook—. En esa fiesta fue donde asesinó a Patrick Chambers.

—¿Me estás diciendo que hemos estado en el mismo lugar que él y no nos hemos enterado? —preguntó Omega.

La furia se entremezcló con su voz y esta salió algo estrangulada de su garganta cuando empezó a darse cuenta de lo que había ocurrido de verdad en aquella fiesta.

—Nada nos garantiza que todos los aquí presentes no lo hayamos visto —intervino de nuevo Tootles.

—Él quería que estuvieseis en aquella fiesta para que la gente os viese allí. Imagino que por si acaso algo se torcía; si estabais allí, podía incriminaros y a nadie le sorprendería que fueseis los culpables cuando acababais de salir de la cárcel y todo el mundo en Dark Times sabe quiénes sois —aclaró Hook.

—Por eso no llegamos a cumplir el tiempo que nos tocaba. —Alfa negó con la cabeza, aún incrédulo.

—Pero eso vosotros ya lo sabíais, en realidad. O, al menos, lo sospechabais —dijo Smith mirando a ambos hermanos alternativamente.

—Nos imaginábamos que alguna razón de peso debía de haber para que estuviésemos en aquella fiesta, pero no habíamos llegado a relacionar que Layla había sido quien nos había sacado de la cárcel —respondió Omega.

—¿Quién si no habría podido hacerlo?

La pregunta de Hook se quedó en el aire y todos se observaron entre ellos, sin saber muy bien qué era lo que tenía que pasar a continuación.

—En serio, marchaos. Es lo mejor —insistió el capitán de nuevo —. Smith, vámonos. Ya no tenemos nada que hacer aquí.

El peliblanco asintió y Alfa se acercó a Hook, extendiendo la mano delante de él con seriedad.

—Gracias por haber rescatado a mi hermana. Te debo mi vida.

Hook lo miró fijamente y le estrechó la mano, sintiendo que el respeto quedaba suspendido entre ellos.

—Paga tu deuda llevándote a tus hermanos lejos de aquí.

—Gracias, de verdad. No sé qué habría sido de mí si… —Curly alzó la voz desde el sofá y los miró con el agradecimiento desbordándose de sus ojos.

Hook y Smith asintieron levemente y se encaminaron al pasillo que conectaba con el garaje.

—Esperad.

La voz de Tootles cortó el silencio y los piratas se giraron hacia él, que los miraba con gran respeto, pero también con cierta aprensión.

—¿Qué pasa? —preguntó Smith con curiosidad.

El joven era extraño, pero los piratas podían afirmar que aquel comportamiento no era precisamente normal en él.

—Hay algo que debéis ver —intervino una nueva voz, algo ronca, amortiguada, como si estuviese cerca, pero no llegase a estar en el salón con ellos.

Aquella voz no provenía de ninguno de los allí presentes y Smith y Hook se miraron con la tensión ahogando de nuevo sus mentes. No tenían buenas experiencias con voces que provenían de la nada.

Escucharon unos pasos que se acercaban al salón y una puerta en la que los piratas no habían reparado en un lateral se abrió, dando paso a una figura alta y espigada. Un joven entró en la estancia con andares desgarbados, sujetando un ordenador portátil. Tenía el pelo color arena y unas gafas ocupaban casi todo su rostro, aumentando el tamaño de sus ojos. Tamborileó los dedos en el ordenador con impaciencia sin dejar de mirarlos y apenas se inmutó cuando los hermanos jadearon al verlo.

—¡H! —exclamó Curly corriendo hacia él.

La chica se lanzó a los brazos del joven, que sujetó el portátil con una mano mientras la rodeaba con el otro brazo.

—Hola, princesa —saludó con cariño mientras dejaba un beso fugaz en la coronilla de la chica, que era unos cuantos centímetros más baja que él—. No sabes lo mucho que te he echado de menos.

Curly apretó el abrazo en torno al chico y él la arrastró consigo hacia el sofá de nuevo, donde la chica se sentó y se agachó para besarla en los labios. Alfa gruñó y Omega chasqueó la lengua mientras Tootles ahogaba una risa en un trago de cerveza.

—Esa ha sido la única parte buena de su desaparición. No tener que ver esta mierda —comentó Alfa con desdén, ganándose una mirada asesina por parte de su hermana.

—Entiendo que tú eres el Zorro que nunca sale, al que nadie conoce y el que está emparanoiado con que lo vigilan —dijo Smith aún desde donde estaban él y Hook en una esquina del salón.

—Entiendes bien —respondió el joven—. Soy H.

—Smith.

—Hook.

—Sé quiénes sois. Vayamos al grano.

El chico les hizo un gesto para que se acercaran y apoyó el ordenador portátil sobre el respaldo del sofá. Tecleó a toda velocidad y los piratas se acercaron e inclinaron por encima de su hombro para mirar la pantalla.

—Sé que habéis dicho que no llegasteis a abrir los archivos encriptados que coló Curly, pero como esos archivos se los di yo, probé a rastrearlos, a ver si de alguna manera podía dar con ella.

—¿Has estado escuchando toda la conversación desde tu cueva? —preguntó Smith entrecerrando los ojos.

—Tengo micrófonos por toda la casa —aclaró el joven sin apartar los ojos del ordenador—. Bueno, volviendo al tema. Cuando Curly metió los archivos en la carpeta, me llegó un aviso de que habían sido utilizados, por lo que decidí rastrearlos. No pude llegar hasta ellos, pero sí encontré algo interesante. Como habéis dicho, todos los archivos tenían que ver con el bufete y os llevaron hasta allí y blablablá. Pero no era lo único que había en el *pendrive* aparte de los archivos de Curly.

—¿Cómo? Revisamos todo y no encontramos nada más —dijo Smith, atónito.

—Si no eres un experto como yo, es muy difícil encontrar un archivo escondido precisamente para que solo alguien con el conocimiento necesario o, en su defecto, quien lo puso ahí, lo encuentre.

—Cómo le gusta echarse florecitas… —masculló Alfa, a lo que su hermana le pegó un puñetazo en el brazo.

Los piratas vieron cómo H miraba a su novia con orgullo antes de volver a fijarse en la pantalla.

—Esto era lo que estaba oculto.

H abrió un archivo y un vídeo apareció en la pantalla. Le dio al *play* y la imagen empezó a reproducirse. Los hermanos y Tootles se arremolinaron alrededor de ellos para poder verlo, pero el vídeo mostraba únicamente una imagen en negro.

—No se ve nada —dijo Hook, resaltando lo obvio.

—Dale tiempo —se limitó a decir H.

El vídeo siguió reproduciéndose y los segundos fueron pasando, haciéndose interminables. La tensión había vuelto a aquel salón y Hook notó cómo cada uno de los allí presentes la sentía en cada poro de su piel. El capitán pirata hizo todo lo posible por controlar su respiración, por no dejar que la tensión se colase de nuevo en su sistema, pero ni el pirata más astuto era capaz de hacer eso. A su lado, Smith leyó su cuerpo y le colocó una mano en el hombro, apretando cariñosamente. La tensión se disipó un poco, dejando que Hook pudiese respirar, pero no lo abandonó y el capitán pirata temía estar transmitiéndosela a su mejor amigo.

—Sigue sin verse nada —volvió a comentar Hook tras un minuto entero de espera.

—Está a punto —contestó H.

El vídeo siguió mostrando la imagen en negro unos segundos más hasta que, por fin, tras casi dos minutos de reproducción, cambió y apareció un reloj de arena casi vacío. Unas letras se formaron justo encima y un mensaje apareció escrito en la pantalla.

La primera pieza del dominó está a punto de caer. Tic, tac.

—No me esperaba que fuese a ser tan teatrero, la verdad. No le pega —comentó Smith.

—Créeme, no es nada teatrero. Todo lo que hace es real —replicó Curly frotándose los brazos mientras se abrazaba a sí misma.

H la atrajo hacia él y la chica se relajó visiblemente.

—¿Pasa algo más? —preguntó Hook al ver que H no había parado el vídeo.

—Espera.

La reproducción del reloj continuó, con la arena bajando a cámara lenta. No tenía pinta de que fuese a acabarse en los treinta segundos restantes de vídeo, pero no cesaba en su caída.

Tic, tac.

Tic, tac.

Parecía un chiste de mal gusto, un augurio que presagiaba algo que Hook ni siquiera estaba seguro de querer saber.

Los treinta segundos se acabaron y el vídeo llegó casi a su fin. El reloj desapareció y un nuevo mensaje se reflejó en la pantalla.

¿DÓNDE ESTÁ TU REINA, CAPITÁN?

La tensión explotó por fin y, tal y como Hook había anticipado, todo terminó de irse a la mierda.

Su vista se nubló y lo vio todo rojo y negro.

Rojo tan solo de pensar en lo equivocados que habían estado durante todo ese tiempo pensando que su sobrino era el culpable de su desaparición; rojo por la furia que sentía al saber que aquel psicópata estaba jugando con ellos y probablemente tenía mucho más que ver en todo aquello de lo que él había pensado, evidenciando lo acertada que había estado Bell.

Y negro porque Hook no podía ver más allá de la oscuridad que se había asentado en su corazón desde que su reina había desaparecido.

Negro porque… bueno, ¿qué era la oscuridad si no el peor presagio de todos?

18

Reina

Muchos años antes
en Nunca Jamás

En todos los días que llevaba en aquel camarote, sintiéndose a salvo, no había dejado de comparar la luz que sentía que invadía su cuerpo cada vez que tenía a Hook cerca con la oscuridad que había sentido cada vez que había estado al lado de Peter Pan. El cambio que había dado su corta existencia como hada corpórea era notable, pero, sobre todo, lo eran sus propios sentimientos. Las hadas no sentían como lo hacían los humanos y, de hecho, las hadas protectoras como ella tenían unas emociones muy claras: protección fiera hacia su humano.

Tinkerbell era consciente de que lo que sentía hacia su vida en el barco y, sobre todo, lo que estaba empezando a sentir hacia el capitán pirata, era algo que estaba prohibido. Sabía que ni siquiera debía de ser posible, pero tampoco tenía a nadie con quien pudiese hablar de lo que era o no posible en términos de hadas. Solo sabía que no estaba poniendo freno ninguno a esos sentimientos y, aunque la realidad era que tampoco comprendía cómo podría hacerlo, no tenía intención ninguna de buscarle remedio. Solo quería sentir algo más allá del miedo por una vez.

Miró alrededor del camarote y suspiró. Estaba sentada en la cama, como de costumbre, rodeada del olor de Hook. Llevaba una de sus camisas y un pantalón que había logrado ajustarse a la cintura con un poco de cuerda. Se sentía muy pequeña en aquella

ropa, pero a la vez muy cómoda, como si tuviese un recordatorio constante de que el capitán pirata velaba por ella y por su seguridad. Eso le dejaba el corazón muy caliente y, a veces, la piel también. Cuando Hook la tocaba, siempre pidiendo permiso primero, ella sentía que ardía, incluso cuando lo hacía por accidente. No entendía a qué se debía; no entendía muchas de las reacciones de su cuerpo ante la presencia del pirata, pero sabía que eran sentimientos positivos, que nada tenían que ver con la oscuridad.

La puerta del camarote se abrió y Hook entró, aquella vez con un cuenco pequeño entre las manos. Cerró la puerta y se quedó de pie junto a ella. Siempre lo hacía. Nunca se acercaba a Tinkerbell sin que ella le diese permiso de forma verbal y eso a veces le resultaba algo frustrante. Su corazón apreciaba el gesto, pero la impaciencia por tenerlo cerca era desesperante y ella solo quería que él tuviese la confianza de que podía acercarse hasta ella en todo momento. La chica lo miró y asintió a sabiendas de que, a menos que su boca pronunciase las palabras, el capitán no se acercaría.

—Está bien, Hook —dijo finalmente, y el pirata se relajó visiblemente. Avanzó y se sentó junto a ella en la cama—. ¿Qué es eso?

Hook llevaba un pequeño cuenco lleno de una especie de pasta blanca con un líquido ámbar por encima. Dentro había una cuchara con la que Hook removió aquella pasta. Llenó la cuchara con un poco y se lo acercó a los labios a Tinkerbell despacio.

—Pruébalo.

La voz ronca de Hook se coló en el sistema de Tinkerbell una vez más y su piel se erizó. Sus mejillas se enrojecieron y su respiración se aceleró tanto por la cercanía como por el tono tan característico del pirata, que reverberaba en cada rincón de aquella estancia y en todo el cuerpo del hada. La chica observó al pirata y entreabrió los labios para él. La pasta blanca llenó su boca y una explosión de dulzor invadió sus papilas gustativas. No sabía qué era aquello, pero aquel líquido ámbar estaba delicioso.

—¿Te gusta? —preguntó el pirata.

—Está muy dulce.

—Por eso sabía que te iba a gustar.

La chica volvió a ruborizarse ante las palabras del pirata y lo que implicaban. Sabía que Hook la cuidaba, sí, pero no era consciente de lo mucho que el pirata se fijaba en ella hasta que vivían juntos momentos como aquellos. Hook sabía que ella sentía debilidad por lo dulce, por eso cada vez que acudía al camarote con comida, siempre llevaba algo que lo fuese, ya se tratase de una fruta o, como en aquella ocasión, de aquella delicia.

—Esto es miel. La hemos encontrado en la isla y el cocinero la ha echado en las gachas de avena del desayuno.

Miel. La palabra pareció enredarse en la lengua del pirata y Tinkerbell sintió calor.

—Sé que no es el mejor desayuno del mundo y mucho menos el que te mereces, pero no por eso está menos delicioso.

La chica posó una mano en el antebrazo de Hook con delicadeza y sintió cómo la piel del pirata se erizaba bajo su toque. Siempre desprendía un aura bonita, inmaculada y cálida que conseguía que a Tinkerbell se le acelerase el corazón. La chica no entendía cómo era posible que aquel hombre tan bueno y cálido tuviese la misma sangre de un niño tan malo y frío como era Peter Pan. Hook se preocupaba por los demás, anteponía a toda su tripulación —e incluso a ella, a pesar de que tan solo llevaba un par de meses en su barco— a él mismo. Era todo bondad y hasta el más mínimo gesto que tenía con ella estaba lleno de delicadeza, de cariño, de *protección*.

Tinkerbell muchas veces se sentía apenada por la gran cantidad de recursos que Hook destinaba a cuidar de ella, cuando no había hecho nada para merecerlo. Por eso, lo único que podía hacer era expresar de alguna manera lo afortunada que se sentía de estar allí con él.

—Es el mejor desayuno del mundo —dijo apretando el brazo del pirata con cariño.

La mano de él tembló ligeramente y dejó el cuenco sobre el baúl que había a los pies de la cama. Después, alzó una mano y la acercó al rostro de la chica. Apartó un mechón rubio con suavidad y se lo colocó detrás de la oreja, dejando una leve caricia en su mejilla. Tinkerbell inclinó la cara hacia la mano de Hook y él ahuecó la palma

de la mano contra su mejilla. La chica levantó la otra mano y la puso sobre la del pirata, entrelazando sus dedos.

—No te mereces más que lo mejor del mundo —contestó Hook, y Tinkerbell sonrió nerviosa.

—No he hecho nada para merecerlo —musitó, y los ojos del pirata brillaron al mirarla.

—Eres el ser más puro que he conocido, Bell. Has querido al ser más vil de la forma más real y buena del mundo, no todo el mundo hace eso.

—Fui creada para eso.

—Pero tú decidiste quedarte a pesar del miedo, de la oscuridad. ¿Sabes quién hace eso?

—¿Quién?

—Una reina.

Reina.

Tinkerbell no llegaba a comprender del todo qué significaba esa palabra, pero entendía que era algo bueno.

—¿Qué es una reina?

—En mi mundo, es alguien a quien admirar, a quien rezarle de rodillas cada vez que la miras y ves lo poderosa que es. Es aquella que se sacrifica por los demás con tal de protegerlos, aquella que no duda en ponerse delante del peligro si eso significa que acabará con toda la oscuridad y la luz por fin llegará al corazón de quien quiere.

—Pero eso es lo que haces tú, Hook. ¿Tú también eres una reina?

Hook soltó una carcajada genuina que iluminó su rostro y la chica ensanchó su sonrisa en respuesta, maravillada ante la alegría que vio en la cara del pirata.

—Sería un rey.

—¿Y el rey protege a la reina?

—De hecho, en el juego del ajedrez es justo al contrario. Es ella la que lo protege a él.

—Pero tú me proteges a mí.

—No estoy tan seguro de que necesites protección, Bell. No sé si eres consciente de lo poderosa que eres.

—Él… hace que sienta miedo.

—Lo sé, pero ya no tienes que sentirlo.

La chica cerró los ojos y Hook le rozó la frente con los labios.

—Estamos juntos en esto, reina.

—Me gusta esa palabra.

—Me alegro, porque te vas a cansar de escucharla.

Tinkerbell sonrió de nuevo y él apoyó la frente contra la suya.

—Él no está. Y si viene, nos protegeremos el uno al otro —dijo Hook.

—¿El rey a la reina?

—Y la reina al rey.

Especial

Soy un niño muy especial.

No soy solo especial, soy MUY especial. Mamá siempre lo dice y el tío también. El tonto de papá también lo dice, pero no es tan listo como el tío y mamá. Yo creo que no sabe qué es ser especial. Porque es tonto. Pero mamá dice que no podemos decirle eso a nadie porque está feo y los niños especiales no dicen cosas feas. Y yo soy un niño MUY especial, así que siempre hago caso a mamá.

El tío también es especial porque es el mejor. El mejor del mundo mundial. ¡Me ha enseñado a jugar al ajedrez! Soy un poco pequeño, pero el tío dice que tener siete años es ser muy mayor y que soy muy especial. ¡Le gano al ajedrez! ¡Y es muy difícil porque el tío es el mejor! ¡Por eso dice que soy MUY especial!

El tío es el mejor. Y hace sonreír a mamá y está guapa todo el tiempo.

He vuelto al bosque. Y me han dejado solo de nuevo, pero no pasa nada porque soy muy mayor, muy listo y MUY especial. Creo que van a venir a jugar al ajedrez. Mis amigos no son especiales como yo, porque yo soy MUY especial, pero son un poco listos. Yo soy MUY listo, pero ellos no son tontos como papá y quieren jugar al ajedrez. Pero no sé si aprenderán, porque hay que ser MUY listo para aprender, como el tío, que es el mejor.

¿Vendrá el tío a enseñarles?

¡Seguro que sí!

¡Ahí viene!

¡Y con mamá!

¡Y está guapa!

19

Dudas

Cuando un vehículo acelera y coge velocidad hasta llegar a su máxima potencia, evitar un choque se convierte un reto.

Cuando alguien se sube a lo alto de un gran acantilado y tropieza, se paraliza ante su posible caída inminente y detener los pensamientos de muerte se convierte en un desafío.

Y cuando te das cuenta de lo equivocado que has estado y descubres que tu punto de mira debía haber estado dirigido hacia otro lugar, frenar la espiral de autodestrucción y culpabilidad se convierte en imposible. Y más cuando eres un capitán pirata cuya única misión en la vida ha sido la de proteger a tus seres queridos y para el que la culpabilidad precisamente no es un sentimiento desconocido, sino todo lo contrario.

Hook sabía que su mente se estaba yendo por derroteros cada vez más ilógicos, pero no era el mejor momento para intentar ponerles orden. El rojo y el negro habían seguido invadiendo su campo de visión incluso cuando Smith y él ya habían vuelto a la seguridad —ahora falsa— de su piso. Las palabras de aquel vídeo se habían grabado a fuego en la mente de Hook y era capaz de verlas incluso con los ojos cerrados.

El capitán pirata había arrasado con todo en cuanto habían llegado al piso: había tirado y desordenado todos los papeles que tenían de la investigación, había lanzado cojines al suelo, derribado sillas y revuelto todo el dormitorio en busca de cualquier indicio que le diese alguna pista de qué había pasado. Smith lo había dejado hacer y deshacer a su antojo hasta que se le pasase el ataque y

Hook había sentido su presencia en el salón mientras revolvía el dormitorio.

Las revelaciones del vídeo que les había mostrado H habían abierto las puertas a un infierno en el que Hook no quería entrar porque, una vez lo hiciera, no habría vuelta atrás y no creía estar preparado para enfrentarse a ello. Sabía que tendría que hacerlo en cuanto pisase el salón y Smith sacase el tema, por eso estaba retrasando el momento todo lo posible. Sin embargo, aunque el golpe de realidad sería mucho más grande de lo que jamás podría haber previsto y el sufrimiento lo inundaría hasta ahogarlo, agradecía la ayuda de aquellos delincuentes, especialmente la de H. El que todo el mundo creía que era una paranoico había resultado ser de mucha más ayuda que cualquier otra persona y, si no hubiese sido por él, jamás habrían descubierto aquel vídeo. Hook esperaba de verdad que Alfa le hiciese caso y se llevase a todos lejos de aquella ciudad. Él mismo se iría si no tuviese aún asuntos pendientes.

Hook suspiró, mirando el desastre en el que había convertido el dormitorio. Toda la ropa del armario estaba por el suelo, había movido el colchón y revisado de arriba abajo cada rincón, sin respuesta. Sin nada más que una sensación de desazón que lo aterrorizaba. Se había empezado a sentir cada vez más vacío a medida que no encontraba nada que pudiese arrojar un poco de luz al asunto, porque si no encontraba nada significaba que lo que más temía iba a volverse real y aún había una parte de él que se negaba a creerlo.

Con un último vistazo al dormitorio, salió y se dirigió al salón. Lo primero que hizo fue ir a la cocina americana, coger dos vasos y echar hielo para después verter *whisky*. Se acercó a Smith con los vasos en las manos y le tendió uno. Hook se dejó caer en el sofá junto al peliblanco y bebió un trago largo, después dejó el vaso en la mesa que había delante del sofá, que el peliblanco debía de haber vuelto a colocar en su sitio.

Smith replicó sus movimientos y se cruzó de brazos. Hook podía sentir la impaciencia de su amigo, pero también sabía que no hablaría hasta que viese en él algún indicio que le indicase que ya

era el momento de hacerlo, pero el capitán no sabía cuándo lo sería, por lo que le dio un par de palmadas en el muslo y el peliblanco abrió la boca para no cerrarla en un buen rato.

—Esto está cada vez más jodido, Hook.

—Ya.

—Lo que decía el vídeo…

—Ya.

—No podemos estar seguros, pero…

—Ya.

Smith se giró hacia su amigo y lo miró preocupado. Hook sentía su mirada clavada en el lateral de su rostro, por lo que se giró y le devolvió la mirada, apesadumbrado. No sabía qué había llegado a ver Smith en sus ojos, pero algo cambió en el rostro del peliblanco y la preocupación dio paso a la pena a la vez que sus ojos refulgían con determinación.

—Vamos a averiguar toda la verdad, Hook. Te lo juro.

—No sé hasta qué punto es inteligente hacer juramentos a lo loco, Smith.

—No es a lo loco. Sabes perfectamente que si digo algo, lo hago, sin importar lo difícil que sea.

—Creo que va a ser bastante difícil probar lo que ambos estamos pensando.

—Ya.

No había forma humana de expresar con palabras las implicaciones de aquel mensaje y estaba claro que ninguno de los dos estaba dispuesto siquiera a intentarlo.

—Igual es paranoia nuestra —comentó Smith al cabo de un rato.

—Puede ser.

—Pero…

—Ya.

—¡Joder! Es que no puedo creerme que hayamos sido tan idiotas, te lo juro.

Hook observó cómo su amigo se levantaba de un salto del sofá y se relajó, aliviado de que por fin alguno de los dos reaccionase ante aquella revelación acorde a cómo eran. Él no era de los que arrasaban con todo hasta descubrir lo que quería y Smith no era de

los que se quedaban callados ante la situación y no expresaban lo que sentían. Al menos uno de ellos estaba volviendo a ser él mismo.

—Siempre ha ido un paso por delante y no sabes lo que me cabrea —continuó el peliblanco—. Primero lo de Curly y ahora resulta que no era el puto Peter el que estaba detrás de todo esto, sino él. Es que ¿cómo podemos ser tan tontos? No me lo explico.

—Creo que la necesidad de encontrarla tenía mucho más peso que todo lo demás.

—Puede ser, pero sigo sin explicármelo. Solemos darle mil y una vueltas a todo, pensando en cada una de las posibilidades, por muy remotas que sean. Pero, no, en esto, justo en *esto*, solo se nos ocurre pensar en el puto Peter. Es que manda cojones.

—Smith, todo apuntaba a él. Él se coló en el apartamento y sabemos que está obsesionado con ella. ¿Cómo no íbamos a considerarlo el culpable?

—Ya, si en el fondo sé que tienes razón, pero supongo que darme cuenta de que no era así me está haciendo ver todo desde otra perspectiva —repuso Smith—. De repente, he empezado a dudar de absolutamente todo lo que hemos descubierto. ¿Y si lo que sabemos hasta ahora no es porque lo investigáramos y averiguásemos, sino porque él quería que lo supiésemos y, por tanto, que lo investigáramos y averiguásemos?

Lo enrevesado de la frase hizo sonreír a Hook. En efecto, uno de los dos había vuelto a ser el mismo de siempre.

—Creo que ha quedado bastante claro que eso es precisamente lo que está ocurriendo —replicó entonces, resaltando la obviedad del asunto.

—Lo sé, joder, pero aún sigo sin explicarme muchas cosas. Necesito ordenar mis pensamientos.

El peliblanco se paseó por delante de la mesa y el sofá, cavilando. Si Hook se esforzaba, era capaz de escuchar, igual que siempre, los engranajes de su mente trabajando a toda máquina sin descanso hasta que todas las piezas del puzle encajaran.

—Vale, teniendo en cuenta toda la mierda del bufete de abogados, lo de que nos guio hasta Curly porque teníamos que ser nosotros quienes la encontrásemos, ¿por qué fue todo tan… fácil?

—¿A qué te refieres con *fácil*? ¿Se te ha ido la olla? No ha sido fácil, Smith, no me jodas.

—A ver, ya lo sé, evidentemente, que Bell haya desaparecido no es lo ideal y no es precisamente lo que nos ha puesto fácil todo esto, pero me refiero al bufete en sí. La puerta abierta, todo superordenado, dando a entender que no había nada relevante allí… ¿Para qué? Para guiarnos directamente al apartamento de Layla, para encontrar a Curly.

—Ya, pero nos costó un poco descifrar cómo acceder a los documentos y deducir que teníamos que ir al bufete.

—Sí, pero eso es lo de menos. Las trabas informáticas estaba claro que íbamos a tenerlas, pero que todo estuviese tan preparado para ponérnoslo fácil para entrar en el bufete es raro.

Hook se quedó pensativo durante unos segundos y una pequeña luz se encendió entre el mar de rojo y negro que habitaba en su mente desde que había visto el vídeo.

—«La primera pieza del dominó está a punto de caer. Tic, tac» —pronunció en voz alta, mirando al peliblanco.

—Dominó.

—Eso es. Es un efecto dominó. —Hook se levantó del sofá y se acercó a su amigo para que este parase sus paseos—. Los archivos nos llevaron hasta el bufete, el bufete nos llevó a Curly, Curly nos llevó hasta H y H nos ha llevado hasta el vídeo. Es eso, ¿no?

—Si todo es un efecto dominó, Hook…

—Piénsalo: creo que ha sido así desde el principio. Siempre ha ido un paso por delante y, de una manera u otra, siempre hemos hecho lo que él esperaba. Hemos sido sus marionetas desde el principio.

—Hook…

—Smith, ese cabrón lo sabe absolutamente todo. ¿Cómo es posible? Tiene ojos y oídos en todas partes, está claro, pero ¿cómo es posible que haya sido capaz de manejarnos a distancia para que hiciéramos las cosas en el orden exacto en el que él quería?

—Hook —dijo Smith con firmeza y tono serio.

Hook dejó de hablar y lo miró fijamente.

—¿Qué?

—Si esto es un efecto dominó, la primera pieza no serían los archivos. Demonios, creo que ni siquiera ha caído todavía, por la advertencia del vídeo.

—¿De qué estás hablando?

—Hook, sabes perfectamente de lo que te estoy hablando.

Hook suspiró y Smith lo agarró por los hombros.

—La primera pieza aún no ha caído, pero, en todo caso, utilizando la información que tenemos y sin contar lo que desconocemos, los dos sabemos que esa hipotética primera pieza del dominó no fue un *pendrive* lleno de archivos encriptados.

—Smith…

—Hook, la desaparición de Bell fue el desencadenante. Y creo que ambos somos conscientes de que Tic Tac no se ha colado aquí para llevársela. El único que entró en este piso fue Peter Pan.

—¿Y si Peter es Tic Tac?

—Sé que te estás aferrando a cualquier hilo de esperanza, pero los dos sabemos que eso no es plausible.

—Pero ¿y si lo fuera?

—¡No lo es, joder! ¡Lo siento, pero no lo es, Hook! —El peliblanco zarandeó a su amigo y le cogió el rostro entre las manos—. ¿Cómo se ha podido llevar a Bell sin entrar aquí?

—¡Habrá encontrado alguna forma!

—¡Solo hay una!

—¡Smith, no puede ser!

—¡Ella decidió irse por su propio pie, joder! Y lo sabes, Hook, lo llevas sabiendo desde que has visto ese puto vídeo. Pero ninguno de los dos queríamos aceptarlo porque la queremos, pero es lo que hay. Y tenemos que aceptarlo o nos quedaremos estancados en este asunto de forma indefinida.

—No. No puede haberlo hecho.

—Hook, que se haya ido por su propio pie no quiere decir que no haya sido por miedo o por vete tú a saber qué. Simplemente es evidente que no ha habido nadie implicado en su desaparición en sí.

—¿Y si lo hizo para protegerme? Tú… Tú lo dijiste, que ella se fue con Peter porque quizá él la amenazó con hacerme daño. ¿Y si es eso? ¿Y si se ha marchado para protegerme, para protegernos?

—Me lo creería, porque Bell siempre ha sido la que nos ha protegido a todos. Pero eso no quita que esto lo cambia todo, Hook.

—Tenemos que seguir buscándola.

—Hook…

—¡Tenemos que seguir intentándolo!

—No puedes encontrar a alguien que no quiere ser encontrado, Hook. Y menos si ese alguien cuenta con magia.

Hook se quedó callado unos segundos en los que Smith no le quitó el ojo de encima. Sabía que su amigo simplemente había explotado y había caído en aquel profundo pozo de incertidumbre y oscuridad que había surgido a raíz del vídeo. Sabía que Hook era consciente de lo mismo que él y de las posibles implicaciones que podía tener que la desaparición de Bell fuese voluntaria —y eso que el peliblanco no quería sospechar de ella de ninguna manera—, pero también sabía que el amor que Hook sentía por la chica era mucho más fuerte que cualquier cosa y que hasta que él no cediese ante la duda y la dejase hacerse paso a través de las emociones, no habría nada que hacer salvo esperar. Vio el cambio en su amigo, el pequeño destello de resignación que cruzó su mirada y que desapareció rápidamente para dejar paso de nuevo al rojo y al negro.

—Voy a encontrarla.

—Hook…

—Este sí es un juramento que pueda decir y te juro por mi hermana que no va a ser a lo loco.

Hook se separó de Smith de golpe y el peliblanco vio cómo cogía las llaves del piso y de la motocicleta de Bell y se encaminaba hacia el garaje a toda prisa, cerrando de un portazo la puerta que comunicaba ambas dependencias.

Smith de verdad esperaba que encontrase a Bell, pero rezaría a todos los dioses en los que no creía para que en el camino no se perdiese a sí mismo.

No sabía si podía sobrevivir a eso.

20

Conclusiones

Tras volver del bufete, Bell había decidido replantearse la situación y se había encerrado en su cuarto a poner en orden sus pensamientos. No era que no se hubiese tomado las amenazas del chalado en serio cuando le mostró lo vigilados que los tenía, pero su mente no había llegado a procesar del todo que realmente Tic Tac los había tenido controlados desde el principio. Era como si una parte de sí misma se negase a creer que todos y cada uno de los descubrimientos que habían hecho estaban firmados con su sello personal. Había dejado huella en todas las situaciones, lugares y teorías, y ella no llegaba a comprender cómo era posible que no se hubiesen dado cuenta, siendo tres personas investigando lo mismo. Por esa razón, supo que tenía que cambiar el rumbo de la situación o, al menos, intentar avanzar en la dirección correcta para que todo se acabase cuanto antes, aunque eso significase seguirle el juego a ese psicópata.

Bell rebobinó hasta el primer día que había llegado a Lit Hell y pensó en cada una de las palabras que Tic Tac había pronunciado desde entonces. Era cierto que en todo momento había afirmado que estaba allí para serle útil y que, cuando eso dejase de ser así, no tendría ningún miramiento en acabar con ella, pero también era verdad que no había dicho en ningún momento que fuese una prisionera. Bell empezaba a creer que, a su modo, el hecho de tener cerrada la puerta con llave era, en efecto, una forma de desafiarla y provocarla para que buscase una manera de salir de la habitación, no un encarcelamiento como tal. Por los comentarios que había

hecho Tic Tac, estaba segura de que su impulsividad era una de las cosas que más le interesaban, aunque no estaba del todo segura de por qué. Bell se dejaba llevar muchas veces por las emociones que sentía y era algo que contrastaba de forma chocante con lo contenido que siempre era Tic Tac. Imaginaba que ese contraste sería precisamente lo que le podía llamar la atención.

Otro detalle que no paraba de rondarle la cabeza era su insistencia en que averiguase su identidad. Al principio no le había dado mucha importancia, pero después de lo ocurrido en el bufete de abogados, en su cabeza se habían encendido todo tipo de luces de emergencia y había pasado a tomárselo en serio. De nuevo, aquel fugaz pensamiento que tuvo días atrás tomaba fuerza: si él insistía tanto en que averiguase quién era, era porque él creía firmemente que ella podía llegar a descubrirlo y, por ende, podía significar que lo conocía, aunque ni siquiera supiese cómo. Sin embargo, ese no era el único detalle que taladraba su cabeza, también lo que había dicho: «Con todas las pistas que te he dado». En un principio había pensado que era una broma, pero tras pasar un poco de tiempo con él había descubierto lo poco que bromeaba y lo mucho que decía las cosas en serio. Incluso lo que decía con cierto tono de ironía estaba cargado de verdad e intenciones, por lo que si afirmaba que le había dado pistas, tenía que ser así por mucho que ella no las hubiese encontrado todavía. Y eso estaba empezando a cabrearla.

Bell se movió por la habitación, observando todo con detalle. En el resto del edificio, especialmente los lugares que había explorado ya varias veces, también tenía que haber pistas, pero por algún lugar tenía que empezar. Fue abriendo todos los muebles de la habitación, puerta por puerta, tanto las mesillas de noche como los armarios de la pequeña cocina que había anexa. Nada había cambiado. Era una cocina funcional, con todo lo necesario para poder cocinar. Toda la comida era básica y fácil de preparar, como pasta o arroz, aparte de algunos alimentos perecederos como pan o embutidos guardados en la pequeña nevera que había.

No había nada que *a priori* llamase la atención, pero Bell estaba convencida de que allí debía de haber algo. Se alejó un poco de los

muebles y observó el contenido tras las puertas abiertas desde cierta distancia, intentando conseguir una imagen más panorámica. Fue entonces cuando vio aquel paquete de té *English breakfast*. Ella no era muy fan del té, pero había conocido a alguien que sí y fue precisamente eso lo que hizo que posara sus ojos dos veces sobre ese elemento. No sabía qué podía significar, pero ese té no era algo tan básico como el resto de los alimentos que había visto y le resultó extraño. Lo mismo le ocurrió con el bote de crema de cacao y avellanas que encontró en otro armario. Le parecía cuando menos sorprendente que Tic Tac hubiese equipado aquella cocina con productos que no eran un mero alimento básico. Lo apuntó mentalmente y cerró todos los armarios para dirigirse al baño.

El baño era sencillo, muy elegante, pero con lo mínimo indispensable. Había encontrado productos básicos y de higiene femenina —al parecer los psicópatas podían pensar en las mujeres —. Hizo lo mismo que en la cocina y observó todo desde la puerta, para tener una visión general del baño. Ahí fue cuando lo vio, en el armario de debajo del lavabo: un cepillo de dientes dentro de un vaso de cristal, un poco más pequeño que los que había sin estrenar. De nuevo, lo apuntó mentalmente y salió del baño.

No quedaba mucho más por revisar en la habitación, por lo que decidió salir y bajar a la planta de los libros antiguos. Estaba convencida de que ahí había algo que ella tenía que hilar con otra cosa, aunque no consiguiese ubicar ninguna. Todo era extremadamente frustrante y Bell se preguntó si así se sentía Smith siempre que su cerebro iba a doscientos kilómetros por hora con todas las teorías entremezcladas en un batiburrillo sin fin.

Se acercó a la puerta y probó a abrirla, para encontrarse con la sorpresa de que, en efecto, estaba abierta. Bell se quedó mirando el pasillo vacío durante unos segundos y salió de la habitación, dejando la puerta sin cerrar detrás de ella. No tenía nada que ocultar y con la vigilancia bajo la que estaba de forma constante, no podría hacerlo ni aunque quisiera. Además, Tic Tac tenía acceso en todo momento a la habitación, por lo que ni poniendo todo el empeño del mundo hubiese podido impedir que entrase. Se acercó a paso rápido a las escaleras y bajó directamente al piso dieciséis, donde la temperatura

descendía, lo que hizo que se ciñese un poco más la chaqueta que llevaba.

Se acercó a la puerta de la primera sala de libros antiguos y entró. Las otras veces que había estado allí apenas se había fijado en nada en particular; al ver los libros, había asumido que no le servirían de nada y había desistido. Pero en esa ocasión se acercó a la caja pegando la nariz al cristal y observó minuciosamente cada uno de los títulos. No le sonaban de nada. Cambió de sala y fue a la otra que también sabía que contenía libros y repitió sus movimientos.

Había revisado todos los libros sin éxito cuando se dio cuenta de que algo había cambiado en aquella sala. Las veces anteriores solo había habido una caja de cristal, pero en aquella ocasión había una un poco más pequeña en una esquina. Se acercó y leyó los títulos que contenía. Bell ahogó un grito cuando vio que en la caja había un ejemplar desgastado de *Peter Pan y Wendy*, de J. M. Barrie. Y, justo al lado, un libro de cuentos infantiles que le resultaba familiar, pero que no conseguía ubicar del todo. A veces sentía como si su mente estuviese llena de una niebla que dejaba entrever ciertas cosas, pero que le impedía ver con nitidez. Y eso solía provocar que sintiese su cerebro lleno de bolas de algodón que no la dejaban pensar. No sabía si era consecuencia de estar en Dark Times, pero más de una vez había tenido la sensación de que se había olvidado de cosas que se suponía que debía de recordar.

Echó a andar hacia la puerta para subir de nuevo a su habitación, pero frenó en seco en medio de la sala.

¿Y si a los piratas les pasaba exactamente lo mismo? ¿Y si nunca habían sido capaces de llegar a buen puerto en sus pesquisas porque había partes de su mente que estaban bloqueadas o borradas? Ella sabía que Tic Tac llevaba controlándolos mucho tiempo y haciendo que se moviesen siempre en la dirección que él quería, pero si ellos tuviesen también el hándicap añadido de una memoria selectiva… eso explicaría los frenos constantes, sobre todo teniendo en cuenta que el propio Tic Tac insistía en que le había dado todas las pistas para averiguar quién era.

Bell soltó un grito de frustración y salió de la sala. Enfiló las escaleras con furia y subió hasta el despacho de Tic Tac. Frenó antes de llegar a la puerta y lo meditó un par de segundos. Si estaba en lo cierto, no debía mostrarle todas sus cartas. Las cámaras podían grabar su imagen, pero no podían ver lo que pasaba dentro de su mente, por lo que decidió guardarse la teoría a la que había llegado. Pero lo que sí tenía claro era que tenía que ver a los piratas como fuese, tenía que comprobar su teoría y seguramente el único lugar donde podría encontrar las respuestas fuese en el libro que solo obedecía a Hook.

Decidida, abrió la puerta con determinación y entró en el despacho dando zancadas hasta llegar al escritorio. Tic Tac estaba sentado en su silla y la observó con total tranquilidad, como si hubiese anticipado sus movimientos, cosa con la que ella ya contaba.

—Voy a salir —anunció con sequedad.

—Y a mí qué me importa.

—Pensaba que querrías saberlo.

—Pensabas mal, no me puede importar menos.

—Sé *quién* eres, puedo irle con el cuento a cualquiera.

—De nuevo, no sé por qué piensas que eso puede interesarle a alguien y, además, sigues sin saber quién soy en realidad porque parece que tus capacidades son bastante limitadas —repuso él, hiriendo el orgullo de Bell una vez más—. Vete. Cierra la puerta al salir.

—¿Así sin más?

Tic Tac levantó la mirada hacia la chica y la observó con aburrimiento.

—Tengo cosas mucho más importantes que hacer que estar pendiente de si te vas, no te vas o si te caes por las putas escaleras, Bell. Haz lo que quieras, ya te lo he dicho, no eres una prisionera.

—¿Y si no vuelvo?

—Ambos sabemos que volverás, no te mientas a ti misma ni me tomes por estúpido —replicó Tic Tac con desdén—. Si necesitas transporte, tienes a tu disposición al chófer. Cierra la puerta al salir.

Bell chasqueó la lengua y, tras una última mirada de asco hacia Tic Tac, salió del despacho y se dirigió al ascensor para bajar al sótano en busca del chófer para que la llevase a donde quería ir en busca de respuestas.

Odiaba con todas sus fuerzas que él tuviese razón.

Porque, efectivamente, volvería.

Aunque solo fuese para borrarle la sonrisa de la cara de una patada con todas las respuestas que encontraría.

21

Dime

Si hubiese sabido que iba a ser tan fácil salir de Lit Hell y convencer al chófer para que le prestase una motocicleta en lugar de llevarla él mismo, hubiese tardado bastante menos en haber salido de allí, o al menos eso quería pensar Bell.

En cuanto se subió a la moto y arrancó, se sintió libre. Había echado mucho de menos la sensación del pelo al viento por debajo del casco, del aire en las manos que sostenían con fuerza el manillar y del impacto de la velocidad en su cuerpo mientras se inclinaba sobre el vehículo. Quería ir directa a un lugar en concreto, pero necesitaba sentirse así de libre un poco más, por lo que decidió dar una vuelta por la ciudad.

En Dark Times se respiraba una tranquilidad inquietante. Estaba a punto de caer la noche, y aunque sabía que esa hora del día no era la más segura para estar por las calles de la ciudad, también era su favorita. La calma que había entre los edificios, la poca gente en las calles, la temperatura fresca que hacía, todo eran pequeños detalles que disfrutaba, especialmente cuando se subía a su moto.

Aceleró y sintió la adrenalina subir por su cuerpo a la par que el viento y sonrió debajo del casco. Le pareció sorprendente poder sonreír en medio de la situación de mierda en la que estaba metida —elección suya, sí—, pero la perspectiva de ver a los piratas también hacía maravillas por su estado de ánimo. Confiaba en que, a pesar de la dura verdad que sabía que tenía que confesarles, pudiesen tener un reencuentro bonito, uno que recordaría siempre en lo que le quedase de su vida mortal.

La motocicleta surcaba las calles a toda velocidad, a la vez que la mente de Bell trabajaba en ordenar sus pensamientos antes de encontrarse con ellos. Había algo en la facilidad que Tic Tac le había dado para salir del edificio que seguía sin encajarle. Había mirado varias veces por el espejo retrovisor en busca de algún otro vehículo, sintiéndose constantemente vigilada, pero las carreteras estaban desiertas. Sin embargo, algo en su fuero interno le decía que estaba en lo cierto y que no estaba sola, que había alguien siguiéndola.

La mano de Bell tembló en el manillar y la pregunta que llevaba tiempo evitando hacerse surgió en su mente tan llamativa como el neón del Jolly Roger. ¿Y si era Peter? Había estado tan centrada en la teoría de la memoria selectiva que no se le había pasado por la mente que una de las razones por las que se encontraba en Lit Hell era precisamente por aquel sociópata. El chiste se contaba solo, fue a refugiarse de un sociópata en la casa de otro psicópata, pero la verdad era mucho más importante y ella quería encontrarla a toda costa. Necesitaba saber qué había pasado en Nunca Jamás y por qué sentía que en realidad ya lo sabía, aunque en aquel momento no pareciese ser así.

Tras una vuelta a Dark Times, enfiló la carretera principal que llevaba hasta el Jolly Roger. Según se iba acercando a la parte de la ciudad que consideraba su hogar, su corazón se empezó a desbocar más ante el pensamiento de que le quedaban escasos metros de distancia para poder reencontrarse con Hook. Iba a poder tocarlo, abrazarlo, besarlo…, al menos antes de que le confesara todo, y su pulso se aceleró solo de pensarlo. Anhelaba su contacto y lo protegida que se sentía entre sus brazos, a pesar de saber que en el fondo no se lo merecía.

Llegó a la altura del callejón donde se encontraba el bar y vio su propia motocicleta apoyada junto a la puerta. Él estaba allí, podía sentirlo. Hook jamás dejaría su moto fuera del garaje a menos que él mismo la estuviese utilizando. Se desvió de la carretera para entrar en el callejón y frenó justo al lado de su motocicleta, aparcando el vehículo que conducía en la pared contraria.

Se acercó rápidamente a la puerta del bar y comprobó que estaba cerrada. No llevaba las llaves encima, por lo que tendría que

probar de otra manera, por mucho que después sufriese las consecuencias. Por ellos merecía la pena.

Pero no tuvo tiempo. Unos brazos fuertes la agarraron y estamparon su espalda contra la puerta. Unos brazos que ella reconocería en cualquier parte.

—Dime quién cojones eres y qué haces intentando entrar en mi bar.

La voz ronca de Hook la hizo estremecerse de pies a cabeza. No había sido una pregunta.

Bell parpadeó y fue cuando reparó en que seguía llevando el casco puesto.

—Hook… —dijo con voz queda, amortiguada bajo el casco y la emoción que la inundó al sentirlo tan cerca.

—¿Qué…? —empezó a preguntar el pirata, separando las manos de su cuerpo y agarrando el casco para poder quitárselo.

Cuando lo alzó, Bell dejó que la emoción terminase de invadir su cuerpo y un par de lágrimas descendieron por sus mejillas al ver al capitán pirata delante de ella. Las ojeras que decoraban sus ojos eran pronunciadas, pero seguían siendo los mismos: ese azul nomeolvides un tanto atormentado que tan nerviosa la ponía siempre. El pirata llevaba el pelo suelto y algo despeinado, como si hubiese estado pasándose las manos por él sin orden ni concierto.

El casco cayó al suelo y las manos temblorosas de Hook sostuvieron el rostro de Bell, como si no pudiese creerse que era real a menos que la tocara, como si pensase que estaba ante una aparición y no ante una persona. La chica lo cogió por las muñecas y acarició el brazalete que ocultaba su cicatriz en un intento de asegurarle que todo era real, que *ella* era real y estaba allí, con él.

Un suspiro abandonó los labios de Hook entremezclado con un sollozo mientras sus preciosos ojos azules se llenaban de lágrimas que el pirata hacia todo lo posible por retener. Bell asintió como pudo y él la atrajo hacia su pecho, abrazándola con tanta fuerza que la chica sintió que apenas podía respirar. Pero no le importó. Se ahogaría una y mil veces si todas ellas lo hacía enterrada en el pecho de su rey.

—Tengo muchas preguntas y sé que tenemos que hablar, pero estoy tan feliz de verte que no me importa una mierda todo lo demás —dijo el pirata con la voz algo distorsionada por tener el rostro enterrado en el pelo de la chica.

Ella no contestó y simplemente dejó que la abrazara con toda la fuerza necesaria mientras se aferraba a su camiseta. Sabía que estaba humedeciendo su pecho con las lágrimas, pero, como a él, no le importaba nada más que verlo, que sentirlo bajo sus manos. Podía notar el corazón de Hook latiendo a toda velocidad, replicando la forma en la que latía el de Bell. Dejó que ese órgano vital tomase el control y silenció su mente por completo para no dejar que aquella sensación de culpabilidad la controlase. Ya habría tiempo más tarde; en aquel momento solo quería perderse en él, en su olor, en su tacto. El pirata pareció tener el mismo pensamiento, porque la alzó en brazos para que ella le rodease la cintura con las piernas y avanzó hasta apoyarla contra la pared al lado de la motocicleta real de Bell, resguardados al abrigo de la oscuridad del callejón y alejados de la luz que había en la puerta del bar.

La chica abrió la boca para hablar, porque veía por dónde iba Hook y sabía que tenía que pararlo por mucho que quisiese perderse en el sabor del pirata, pero pareció leer sus intenciones y negó con la cabeza.

—Ya habrá tiempo para hablar —pronunció agitado dos segundos antes de estampar su boca contra la de Bell, dejándola sin respiración.

Bell sintió que el mundo se ralentizaba hasta pararse. Sintió que habían entrado en una burbuja en la que solo existían ellos dos y no importaba nada más que el contacto del pirata. Bell soltó un suspiro que murió en la boca de Hook y enterró los dedos en su pelo, acercándolo aún más a ella mientras le daba la bienvenida a su boca. Entre los dos se había creado una corriente de electricidad que amenazaba con soltar chispas con cada roce de labios, de dientes, de respiraciones… Bell se estaba quedando sin aire, pero no quería separarse ni aún a riesgo de morir. Sintió las manos de Hook escalando por sus muslos hasta su culo, donde apretó, y la cabeza de Bell comenzó a dar mil vueltas. Ella sabía que el pirata se volvía

loco con su cuerpo, pero cada vez que lo evidenciaba a través del contacto físico, su pulso se disparaba y era incapaz de pensar nada coherente. Un gemido suave salió de su boca y murió en la del pirata, que mordisqueó el labio inferior de la chica con los dientes provocando más gemidos suaves de aquellos que ella sabía que causaban todo tipo de sensaciones en él. La boca de Hook descendió por el cuello de Bell a la vez que aprisionaba más el cuerpo de la chica contra la pared.

—Hook —suspiró Bell tironeando de su pelo.

El pirata gruñó y capturó con los labios el punto donde le latía el pulso. Bell sintió que las piernas le temblaban y dio gracias porque Hook la sostuviese, pues no confiaba nada en su cuerpo y hubiese terminado en el suelo. Se le cerraron los ojos cuando el pirata saboreó aquella parte sensible de su cuello con la lengua y su ropa interior empezó a ser incómoda cuando los dientes rozaron aquel mismo punto. Intentó mover las caderas buscando fricción, pero Hook no lo permitió, sujetando su cuerpo con más firmeza mientras subía las manos por él.

—Todo a su tiempo —murmuró contra su cuello.

Subió una mano por el costado de Bell, colándose por debajo de la camiseta y de la chaqueta hasta llegar a su pecho. La chica reprimió un gemido cuando el pulgar de Hook rozó su pezón y él le mordió el cuello en señal de advertencia.

—Dime, ¿no te he dicho siempre que no me prives de escucharte?

—Esta-tamos en la ca-calle —consiguió decir la chica a duras penas entre todas las sensaciones que invadían su cuerpo.

—Me importa una mierda. Que el mundo escuche cómo gritas mi nombre mientras hago que te corras.

Ella ahogó un grito ante las palabras del pirata, que carecían de aquella dulzura a la que ella estaba acostumbrada. Hook se alejó un poco y la dejó en el suelo mientras llevaba las manos a los botones de sus vaqueros ajustados.

—¿Qu-qué haces? —preguntó la chica con voz temblorosa.

—Te lo acabo de decir.

La chica se estremeció, no estaba acostumbrada a que Hook le hablase con tanta sequedad. Abrió la boca para replicar, pero su voz murió en sus labios cuando vio cómo el pirata se arrodillaba ante ella. Le desató y quitó las botas y le bajó los pantalones. Bell observó sus movimientos con los labios entreabiertos, sin poder articular palabra. Su corazón se aceleró y le ganó el pulso a la mente en el momento en el que las manos de Hook la obligaron a levantar una pierna y colocarla sobre su hombro. Los labios del pirata rozaron la cara interna de su muslo y dejaron un mordisco que le hizo soltar un gritito.

—Eso es, grita para mí, cariño.

Bell cerró los ojos reprimiendo el escalofrío que la recorrió cuando escuchó aquel apodo cariñoso en la voz de su rey, pero no tuvo tiempo para replicar. Hook se colocó su otra pierna en el otro hombro y lo único que sintió Bell después fue su boca en su parte más íntima una vez apartó a un lado la ropa interior. Se mordió el labio mientras Hook repartía besos suaves y delicados. Cuando sintió el peso de la mirada del pirata, abrió los ojos y lo vio allí, arrodillado ante ella con la cabeza enterrada entre sus piernas. El pirata apretó sus muslos con fuerza y su lengua rozó aquel lugar tan dulce, haciendo más evidente su humedad. Bell se agarró al pelo de Hook y gimió en voz alta sin poder apartar la mirada de aquella imagen tan hipnótica. El pirata no dejaba de observarla mientras la saboreaba y ella no podía dejar de temblar. Sabía que aquello no era lo que debían estar haciendo y que *no* se lo merecía, pero su cerebro hacía ya bastantes minutos que se había desconectado y no era capaz de pensar en nada más que en la boca de Hook.

Sintió cómo el pirata le soltaba una pierna para rozar su entrada con el dedo índice y Bell volvió a gemir, sin contenerse.

—No te haces una idea de lo preciosa que estás ahora mismo —susurró el pirata contra su humedad—. Sentirte temblar bajo mi boca es uno de los placeres por los que daría todo lo que no tengo con tal de poder saborearlo hasta el final de mis días.

El pirata volvió a la carga y la saboreó al tiempo que introducía y sacaba el dedo índice en ella. Bell gimió de nuevo y tiró del pelo de Hook con fuerza, apretando sus muslos en torno al cuello del pirata.

Sintió la carcajada ronca de él contra su entrada y se estremeció mientras sentía que esa electricidad que solo él era capaz de provocar recorría todo su cuerpo. Comenzó a mover las caderas siguiendo los movimientos de Hook y se perdió en cada una de las sensaciones. No existía ningún callejón, solo su rey, sus manos, su boca y todos aquellos sonidos que provocaba en ella y que se entremezclaban con lo obsceno de la situación.

Hook rozó con el dedo aquel punto tan dulce en su interior y los ojos de Bell se cerraron de forma involuntaria. Apoyó la cabeza en la pared y dejó salir cada uno de los gemidos que intentaba reprimir. Se caían de sus labios sin remedio, sin que pudiese evitarlo. Hook saboreaba y mordisqueaba, lamía y besaba, y ella se perdía cada vez más en esa espiral tan deliciosa en la que el pirata había sumido su cuerpo. Se había olvidado de todo, ya no existía en aquel plano, sino en una realidad completamente alternativa.

—A veces creo que he sido el favorito de un dios en el que no creo —musitó Hook contra su muslo sin dejar de rozar ese punto tan sensible con el dedo índice y su clítoris con el pulgar. Bell tembló y Hook le dio otro mordisco en el muslo—. Porque soy el único que tiene la oportunidad de saborearte así. —El cuerpo de Bell se sacudió cuando la electricidad la recorrió de nuevo, con un voltaje aún mayor—. Y sé que solo quieres que sea yo quien lo haga. Nadie conoce tu cuerpo como yo.

La chica asintió a duras penas y abrió los ojos justo a tiempo para ver dos detalles que chocaron entre sí en aquel callejón al que había vuelto de golpe. Vio cómo Hook volvía a saborear su parte más sensible con aún más intensidad, como si quisiera arrancarle el orgasmo a cualquier coste. Pero también vio, por el rabillo del ojo, cómo algo se movía junto a la carretera principal. Una sombra se proyectó recortada contra la luz de las pocas farolas que funcionaban en la zona y el rojo del neón del Jolly Roger. Una sombra que ella podría reconocer en cualquier parte, una que sabía que llevaba traje y zapatos italianos y que no hizo más que devolverla a la realidad de lo que había ido a hacer allí. Sabía que debía sentir asco porque la estuviese mirando en aquella situación, y que la repulsión saldría a flote, pero la boca de Hook atacó el nudo

de nervios que la controlaba en aquel momento y su mente se quedó en blanco por completo mientras cerraba los ojos y gritaba su nombre una y otra vez.

Cayó en aquella espiral de placer y sintió que el rostro de Hook se empapaba de ella. El pirata saboreó todo con gusto, deleitándose en su calidez, en su suavidad y en cada uno de los temblores que le recorrieron el cuerpo.

Cuando Bell se tranquilizó, volvió a mirar hacia la carretera principal, pero la sombra había desaparecido. Sabía que no se lo había imaginado, pero también sabía que tenía otros asuntos más importantes en aquel momento.

Hook la dejó en el suelo con cuidado y la ayudó a vestirse. Bell sentía las piernas de gelatina, pero consiguió terminar de adecentarse. Se fijó en la parte delantera del pantalón de Hook y vio un pequeño círculo más oscuro en la tela. Lo miró boquiabierta y él simplemente le devolvió la mirada, serio.

—Dime, ¿de verdad no sabes lo mucho que a mi cuerpo le gustan las reacciones del tuyo?

Bell sonrió tímida y se acercó a él para darle un beso en los labios.

Para su sorpresa, Hook se alejó y ella sintió que todo su mundo se empezaba a venir abajo.

—Hook…

—Dime por qué.

—Porque…

—Es una petición sencilla. Solo dime por qué.

—¡Porque tenía que hacerlo!

La chica gritó de frustración al intentar acercarse a él y ver cómo se volvía a alejar de ella.

—¡Joder, Hook! ¿Primero te arrodillas y te entierras entre mis piernas y ahora te alejas?

—Dime por qué.

—¡Tenía que hacerlo!

—¿Tenías que marcharte sin dejar rastro, sin dejarnos aunque fuese una puta nota diciendo que estabas bien? ¿En serio? ¿Tú sabes lo que han sido estos últimos días sin ti? —El pirata alzó la voz

y Bell pudo apreciar el dolor en sus palabras, superando al cabreo que ella imaginaba que sentía—. No, no lo sabes, porque no estabas aquí. No sabes lo que fue entrar en el piso y no encontrarte, pero ver que todas tus cosas seguían en el armario. No sabes lo que ha sido buscarte hasta debajo de las putas piedras y volver a casa sin ninguna pista. No sabes lo que ha sido sentirme culpable por no haber vuelto a casa antes y haber impedido que te secuestraran. ¡No sabes lo que ha sido darnos cuenta de que NADIE TE HABÍA SECUESTRADO, MALDITA SEA!

La voz de Hook reverberó por el callejón y los ojos de Bell se anegaron de lágrimas. Sabía que le había hecho daño, pero esperaba de verdad que pudiese entenderla cuando le confesase la verdad. Aunque sabía que no entendería que tuviese que marcharse de nuevo con él. No todo se podía perdonar.

—¡Lo siento! No me quedó más remedio que hacerlo. En ese momento no pensé, Hook, solo podía concentrarme en dejarlo atrás. No sé si lo sabes, pero esa noche Peter entró en el piso. Y me asusté y hui, ¡no pensé!

—Claro que no pensaste, porque no había nada que pensar, ¿verdad? —Hook habló con frialdad.

La chica se estremeció y lo miró a los ojos. Lo que vio en ellos no era a lo que estaba acostumbrada. No vio amor, no vio la seguridad que siempre le transmitía, no vio la protección que él siempre acostumbraba a desprender ni el fuego que había visto minutos antes cuando aún lo tenía entre las piernas. Solo vio una tormenta agitada, llena de dolor y decepción.

—¿A… A qué te refieres?

—Dime una cosa. ¿Pensaste en huir cuando lo viste aparecer o cuando te llamó Wendy?

El mundo de Bell se hizo pedazos en cuestión de segundos y todos ellos aterrizaron a su alrededor en el más absoluto caos. La chica se encogió sobre sí misma y se abrazó el cuerpo, desamparada.

—Hook…

—Dime, ¿crees que soy tonto?

—¡¿Qué?! ¡No! Puedo explic…

—No sé si lo sabes —la interrumpió Hook con voz áspera—, pero en las cámaras se ve muy nítida la imagen. Y yo sé leer muy bien los labios. Ahora bien, no creas ni por un segundo que eso fue una revelación. Solo confirmó lo que ya sospechaba.

—Hook, lo siento, yo… yo…

Bell no sabía cómo expresar en palabras lo que quería decirle. Sabía que había estado jugando con fuego mucho tiempo y que había terminado quemándose, pero jamás pretendió que él también acabara con quemaduras en su corazón.

—Dime, ¿acaso crees que no sé quién eres, *Bell*? ¿Acaso crees que no lo llevo sospechando desde hace tiempo? ¿De verdad me crees tan tonto de no saber con quién he estado follando todo este tiempo? —Hook habló con voz fría, la calidez que acostumbraba a desprender siempre sustituida por el dolor más crudo y atroz.

Pero lo peor no fue su voz, sino sus ojos. Ver aquella tortura, aquel secreto que había habitado entre ellos desde el principio fue lo que enterró el alma de Bell en una montaña de culpabilidad. Ella nunca había querido aquello.

—Lo sospechaba, pero me dije a mí mismo que no importaba. ¿Y quieres saber por qué? —inquirió alzando una ceja. La miró fijamente manteniendo la distancia y se tocó el corazón con el dedo índice de la mano izquierda—. Porque ya era tarde. Porque ya me había enamorado de ti como un maldito adicto que no puede vivir sin su próxima dosis. —Bell sollozó y él chasqueó la lengua—. No te atrevas a soltar ni una lágrima. No eres la víctima y de verdad que estoy haciendo todo lo posible por digerir esto, pero no es nada fácil y no quiero faltarte al respeto, de verdad que no —se apresuró a añadir Hook. Ella contuvo las lágrimas a duras penas y él continuó —: Solo quería que confiases en mí, Wendy. Has tenido tantas oportunidades de contármelo, de decirme la verdad, y has elegido no hacerlo.

—¡Ibas a odiarme!

—¿Acaso no te das cuenta? ¡Esa no era una opción, nunca la ha sido!

La chica se tragó otro sollozo y respiró profundamente.

—¿Cómo lo supiste? —inquirió con la voz temblorosa.

—Yo ya estaba enamorado de *Bell* antes de salir de Nunca Jamás —contestó, enfatizando el nombre y la chica se encogió de dolor—. Ya habían pasado cosas entre nosotros y, por muy bien que hayas creado el disfraz, créeme cuando te digo que hay partes de tu cuerpo que ni la magia puede cambiar si no sabes cómo son en realidad.

Ella se ruborizó cuando entendió a qué se refería el pirata. Él era el único que había visto sus partes más íntimas, al igual que había hecho con Tinkerbell y era un detalle que ella no había tenido en cuenta.

—Pero me enamoré de ti de todas formas. Había tantas cosas que te hacían parecerte a ella… Y en mi mente había partes que no recordaba, olvidé ciertas cosas y mi corazón entendió lo que quiso. Pero tu forma de ser, tu cuerpo… todo me recordaba a ella. Y cuando dejaste entrever tu verdadera personalidad, esa fiereza, esa impulsividad… Me volvía loco. Y me enamoré, no pude elegir no hacerlo, era *imposible* no hacerlo. Nunca tuve opción.

La chica sintió que su corazón se derretía por la calidez de los sentimientos de Hook, aunque la situación fuese una absoluta mierda que ella misma había provocado.

—Dime, ¿algo de todo esto fue real? ¿O también fingiste esa parte? —preguntó el pirata, con voz cansada y un deje de desesperación resbalando de ella.

Bell se apresuró a acercarse a Hook y él se lo permitió, pero la cogió de las manos para mantener cierta distancia.

—¡Todo *es* real, Hook! Me enamoré de ti desde que te conocí en Nunca Jamás, aunque solo fuese de oídas y nunca nos hubiésemos visto en persona. Me enamoré de todo lo que me contaba Peter sobre ti, de tu forma de proteger, de tu devoción por tu familia, ¡de todo! Pero cuando llegamos aquí… también hay cosas de las que siento que debería acordarme, pero… Cuando llegamos aquí, cómo me tratabas, la química que nació entre nosotros… Yo tampoco tuve más opciones que enamorarme de ti, Hook. De verdad, créeme, por favor —suplicó la chica con las lágrimas a punto de derramarse.

El pirata asintió y le soltó las manos tras dejar un beso en su frente. Se alejó un poco y volvió a dejar un par de pasos entre ellos.

—Sabía que era real, pero supongo que necesitaba que me lo confirmases.

—Por eso me fui, tuve miedo de que me odiaras si me quedaba y te lo contaba todo.

—¿Y era mejor que yo me enterase por mis propios medios?

—No sabía que…

—Oh, claro, no esperabas que me enterase nunca. Ese es el problema real aquí, que tú nunca has tenido intención de contármelo, ¿verdad?

La chica se quedó callada y, como bien sabía, su silencio dijo mucho más que cualquier palabra.

Hook soltó una carcajada vacía al aire y negó con la cabeza.

—No sé ni qué decir —dijo al cabo de unos segundos. Se recogió el pelo en un moño rápidamente y la miró de nuevo. Lo que vio en sus ojos le dijeron todo lo que necesitaba saber: aquella era la última vez que la miraría—. Dime, ¿a dónde has huido, si es que tienes la consideración de decírmelo?

Ella supo que era una pregunta trampa, pero contestó de todos modos.

—Tic Tac.

Hook asintió, resignado, y se dio la vuelta para coger las llaves de la moto en la que había llegado Bell, que aún estaban en el contacto. Las puso en la mano de la chica y le cerró la mano en torno a ellas.

—Vete, Wendy.

—Hook, de verdad que lo siento. No pretendía hacerte daño, ni a ti ni a Smith.

—Ni se te ocurra mencionar su nombre. Te juro por mi hermana que no respondo de mí si te vuelvo a oír decirlo. —La voz de Hook se endureció con una ira que Bell jamás había escuchado. La chica tembló y lo miró un tanto asustada—. Puedo llegar a perdonarte que me hayas engañado, porque yo mismo seguí en el engaño aun sospechando, pero jamás te podré perdonar que lo hayas engañado a él. Él sí que no se lo merecía.

—Hook, de verdad que…

—Vete. No vuelvas por aquí. Elegiste huir y la reina que yo conocía no era una cobarde.

Las palabras del capitán pirata se clavaron como cuchillos en el corazón de Bell, que se dio cuenta de que aquella era la única vez desde que se habían reencontrado que usaba el apodo que tanto le gustaba. Y también se dio cuenta de que probablemente sería la última vez que lo escuchara.

22

Cúspide

Estaba relajado.

Tic Tac podía contar con los dedos de una mano las veces que se había relajado, pero en aquel momento se sentía tranquilo. Apreciaba el silencio que invadía su dormitorio, recreándose en la sensación de calma que allí habitaba. No se escuchaba nada más que las exhalaciones que salían de su boca cuando expulsaba el humo del porro que tenía entre los labios. Entendía que aquella era la fuente principal de su relajación, pero no por ello era menos placentera.

Las sábanas de seda negra se arremolinaban en torno a sus caderas desnudas, cubriéndole. No por vergüenza, sino porque estaba convencido de que tarde o temprano Bell irrumpiría allí como alma que lleva el diablo, sin medida y con el único pensamiento de echarle en cara su participación desde la lejanía en la escena del callejón. Al principio no había tenido ninguna intención de seguirla, pues la realidad era que no le importaba una mierda nada de lo que hiciera, pero, después de meditarlo, decidió que merecía la pena ubicar por fin aquel bar de mala muerte. Lo había hecho, aunque al llegar se había encontrado con una escena *diferente*. La chica era interesante, pero que el exhibicionismo resultase ser uno de sus fetiches fue cuando menos sorprendente.

Sabía que había ido a ver al capitán pirata, no a los dos piratas, por mucho que ella se empeñase en apreciar al peliblanco hiperactivo. Cuando comprobó que efectivamente estaba con el capitán, asintió complacido. Todo estaba en marcha tal y como él lo

había planeado, y por eso se permitió fumarse un porro en cuanto llegó a su dormitorio. Se había desprendido de su ropa y se había tumbado sobre las sábanas a, por fin, respirar un poco. Su mente no descansaba nunca, pero su cuerpo a veces le pedía una tregua. También había enviado un mensaje para que la segunda pieza del dominó pudiese caer en cuanto lo hiciera la primera.

Miró el reloj que adornaba su muñeca y calculó que esa primera pieza estaba a punto de caer. Le daba cinco minutos como máximo. Se incorporó y se puso la ropa interior y un pantalón de traje, pero sostuvo la camisa en la mano con parsimonia, sabiendo que la cuenta regresiva estaba llegando a su fin. Se dio la vuelta y miró por el ventanal con calma.

La escuchó antes de verla, ya que los pasos de Bell retumbaron por todo el pasillo como si se estuviesen reproduciendo por un altavoz de proporciones gigantescas. Escuchó cómo se aproximaba a su puerta gruñendo, por lo que dedujo que ya había probado suerte en el despacho y no había tenido éxito. Segundos más tarde, la puerta del dormitorio —que había dejado convenientemente sin la llave echada— se estrelló contra la pared por la fuerza con la que la abrió. Bell irrumpió en la habitación echando humo, con la respiración acelerada. Podía escuchar cómo sus dientes parecían estar a punto de partirse.

Se dio la vuelta con lentitud, dándole tiempo a la chica para que pudiese ver su espalda.

—Hola, Bell, ¿ha ido bien el paseo? —preguntó cuando la miró a los ojos.

La mirada de Bell refulgió con furia y él sonrió complacido.

—Estás enfermo, eres un puto psicópata —dijo la chica con los dientes apretados.

—Ya era hora de que te dieras cuenta, querida.

Aquel apodo fue lo que pareció detonar la explosión de ira que había poseído a la chica, que se acercó a toda velocidad a él para pegarle en el pecho y en todo lugar que alcanzase con una ira irracional. Él soltó la camisa sobre la cama, le sujetó las manos y resopló.

—Ya nos hemos visto en esta situación alguna que otra vez. Tú lo intentas, yo no te dejo, te frustras y vuelta a empezar. No entremos en un círculo vicioso, resulta aburrido —comentó con frialdad usando el peso de Bell contra ella y lanzándola sobre las sábanas negras.

—¡Todo es tu culpa! ¡Eres un hijo de puta! —La chica intentó darle una patada y él la frenó con agilidad.

—Compórtate como la mujer que eres, no como una niña malcriada que patalea, por favor. Es patético.

Tic Tac le sujetó las piernas a Bell y ella gritó de frustración.

—No me digas que voy a tener que sacar las esposas —dijo él, provocando una mueca de asco en el rostro de la chica, que dejó de intentar pegarle—. Bien. Vamos a hablar como dos personas civilizadas, si te parece.

Soltó las piernas de Bell y se alejó, quedando de pie a los pies de la cama mientras ella se incorporaba y se sentaba. Observó la cama con asco y luego volvió a mirarlo.

—Según tú, ¿por qué todo es *mi* culpa? Que yo sepa, no soy yo quien ha mentido sobre quién es en realidad.

—Tú…

—Sí, yo, del que aún no sabes su identidad real. Y, a estas alturas, tengo mis dudas de que llegues a averiguarlo en algún momento.

Tic Tac cogió la camisa. Se volvió a dar la vuelta, dándole la espalda a la chica y se la pasó por detrás para poder introducir los brazos en ella. Las manos acababan de encontrar sus correspondientes agujeros cuando una mano se posó en su hombro.

Tic Tac sonrió hacia el ventanal y se dejó hacer, mientras la mano temblorosa de Bell trazaba aquella marca redondeada que decoraba su hombro derecho.

—No…

—¿No qué, exactamente? —inquirió él sin darse la vuelta, aún con la sonrisa en sus labios.

—To-todo… No, no, no-no puede ser —murmuró la chica trazando una y otra vez la marca.

—Venga, Bell, deja que tu cerebro trabaje por una vez.

—El té, el cepillo de dientes… la crema de cacao.

—Lo tenías todo al alcance de tu mano, como te dije. Y aun así no fuiste capaz de reconocer todas las pistas.

—No, no, no… —Bell siguió negando con la cabeza una y otra vez. Se alejó de él y, finalmente, Tic Tac se dio la vuelta y la vio, con los ojos llenos de lágrimas que él sabía que eran falsas y con una mano sobre la boca—. No es posible…

—¿El qué no es posible?

—Tú…

—Dime, Bell, ¿quién soy?

Tic Tac no borró la sonrisa de los labios y se recreó en la imagen rota de Bell en aquel dormitorio, sin poder creerse la conclusión a la que había llegado. Le fascinaba ver cómo su mente seguía trabajando para encontrar otra explicación más plausible, menos dolorosa. Sabía que había partes de su mente difusas, que se habían borrado, porque alguien le había explicado cómo había ocurrido, pero también sabía que en aquel momento esas partes ausentes no significaban nada.

Todo en la mente de Bell había hecho clic y por fin las piezas del puzle que tanto había buscado habían terminado de encajar.

—¿Ya te has olvidado de tu familia? —preguntó de nuevo y ese fue el último clavo que terminó de cerrar el ataúd de todas las teorías que Bell se había hecho en su cabeza y, en especial, sobre él.

La chica apartó la mano de la boca y separó los labios para decir lo que él sabía que ella ni siquiera terminaba de creerse.

—¿Michael?

—Hola, hermanita.

La primera pieza acababa de caer.

23

Efecto dominó

Definir qué es el efecto dominó debería ser algo mucho más técnico, pero a efectos prácticos podría describirse como el momento en el que todo decide irse a la mierda pieza por pieza, sin poder pararlo. Cuando la primera cae, todas las demás van detrás, sin que puedas detener la cadena, a menos que una de ellas no esté colocada como debe. En Dark Times había existido un efecto dominó programado casi desde el principio, incluso aunque no fuese obvio a primera vista. Y había comenzado cuando la primera pieza había terminado de caer después de emplear mucho tiempo en colocarla.

Peter Pan en realidad no era consciente de que el efecto dominó ya había comenzado, pero sintió un pequeño tirón en su mente y su alma que lo despertó.

Estaba en la habitación solitaria de la casa en la que se había colado con su mejor amiga. Llevaban días allí encerrados, ya que tenía mucho miedo de que volviesen a llevársela y no quería que pasase eso por nada del mundo. ¡La protegería siempre! Se habían escondido allí y él daba gracias a no tener que consumir comida como el resto de los mortales. No sabía por qué, pero su cuerpo no le pedía eso que le pedía a los humanos, con su magia bastaba. Aunque a veces tenía miedo… no había sido capaz de decírselo a Tink, pero a veces sentía que perdía un poco el control. ¡Pero seguro que con ella a su lado no volvería a pasar! Se enfrentarían a lo que fuese, ¡juntos!

Miró a su amiga desde el sofá donde se había sentado y la vio dormir plácidamente en la cama, arrebujada bajo las mantas a pesar

de que las hadas tampoco sentían frío. Tras curarle las heridas que Wendy le había provocado, había pensado que temblaba por eso, por el recordatorio del miedo que había pasado.

Gracias al cielo, se había vuelto a unir a su parte de hada, a aquella figura cadavérica que había sido víctima de aquel cuchillo. Peter no sabía cómo había sido posible que su amiga se dividiese en dos cuerpos, pero Tink había logrado explicarle que cuando un hada tiene unos niveles de magia inesperadamente bajos, su parte sobrenatural se separa en un intento de preservar la mayor magia posible, alejándose de la figura mortal que podían adoptar a placer. Una vez había logrado rescatarla y curar sus heridas, el polvo de hada había empezado a regenerarse y las dos partes de su amiga habían vuelto a unirse, convirtiéndola en lo que es: su hada protectora. ¡Su mejor amiga!

Peter había sentido alivio, no sabía que podía sentirlo, pero sí sabía que, por su amiga, sentía todo y más de una manera que no era capaz de sentir por el resto de la gente. Solo le importaba su mejor amiga y nada más. ¡Por eso era su mejor amiga!

Se miró las manos y vio cómo temblaban ante el simple recuerdo de cuan débil la encontró en aquella cabaña llena de mugre. Cerró las manos en puños y se acercó a la ventana. Era noche cerrada, no había ni una sola estrella reflejada en el cielo. Tocó el cristal con dos dedos y se sorprendió ante la frialdad del mismo. Llevaba poco tiempo siendo corpóreo de nuevo y aún le costaba acostumbrarse, pero al menos había conseguido tener bajo control a su sombra, aunque a veces esta quisiera tener vida propia. Desde aquella ventana podía ver el callejón con el cartel de neón del bar de su tío. ¡Seguro que su tío estaba deseando volver a verlo! A veces lo echaba de menos… Colarse en su casa había sido mucho más sencillo de lo que había pensado, ya que tras las dos primeras veces creyó que tomarían medidas para protegerse de él, pero se sorprendió al ver que no o que, en el caso de que sí lo hubiesen hecho, no habían funcionado.

La noche cerrada lo inquietaba. No le gustaba la oscuridad ni lo solitaria que se sentía la ciudad durmiente. Respiró profundamente y miró de reojo a su mejor amiga. Podría ser una noche oscura, pero

no solitaria. No estaba solo, ¡ya nunca más lo estaría! Tink estaba de nuevo con él y aquella vez no dejaría que nadie se la arrebatase. No pensaba permitirlo.

Se llevó una mano al pecho y se lo frotó, notando que el latido de su corazón se aceleraba. Aquel tirón que lo había despertado se había trasladado a ese músculo que bombeaba sangre en su cuerpo y supo que algo había cambiado.

—¿Peter? ¿Qué haces ahí? —preguntó Tink con voz débil desde la cama, sin apenas levantar la cabeza de la almohada.

—Nada, vuelve a dormir, Tink —respondió él con seriedad y un toque de cariño en su voz. Ese cariño que solo había sido capaz de sentir por tres personas en toda su vida—. Estamos a salvo.

La chica volvió a cerrar los ojos y él continuó mirando por la ventana. De repente, un relámpago partió el cielo y Peter Pan cerró los ojos.

Tenían que prepararse.

La tormenta estaba a punto de llegar.

PARTE II

«Un sacrificio y un acto de amor bastarán para acabar por fin con el reino de terror… por siempre jamás».

24

Tic Tac

Cuando viajó por primera vez a Nunca Jamás, Michael Darling era tan solo un niño.

Un niño que jamás pensó que fuese a estar a punto de morir.

O a morir, a secas.

Eso fue lo que ocurrió.

Y todo empezó a cambiar…

Melodía era lo que sus oídos percibían en los gritos de sus víctimas.

Interludio era esa pausa que se permitía tener para recalcular la situación.

Cadencia era aquello en lo que se recreaba en cada asesinato.

Humo era lo que todos en aquella ciudad lo consideraban.

Ascenso era lo que había conseguido tras mucha estrategia.

Éxtasis era lo que experimentaba en soledad.

Ley era sinónimo de su nombre.

En Nunca Jamás, Michael Darling murió y nació Tic Tac.

Y estaba dispuesto a lo que fuese con tal de vengarse.

Al fin y al cabo, hacía mucho tiempo que su brújula moral se había roto.

Si es que alguna vez tuvo una…

25
Revelación

Hay momentos en la vida en los que, de repente, un persona se cuestiona absolutamente todo lo que creía saber con seguridad. Se replantea hasta las cosas más insignificantes, como cuál es su sabor favorito de helado, qué película disfrutaba viendo en su infancia o qué camino seguir para ir al colegio. Sin embargo, esa sensación de duda no es lo peor. Lo peor es la cadena de dudas, la que hace que todas ellas se unan y vuelvan la mente un absoluto caos. Una vez se pone en entredicho un detalle ínfimo, todos los que van detrás siguen la misma estela. Uno tras otro, y otro, y otro, hasta que el cerebro no puede considerar nada como seguro y la persona se queda hecha un trapo inservible que no es capaz de dilucidar si algo ha sido real en algún momento o no.

Cuando Wendy —Bell— tuvo a su hermano pequeño delante, su tacto bajo sus manos y su presencia adueñándose de la sala, pensó que su cerebro estaba equivocado. Pensó que se había vuelto loca por fin, que todo lo ocurrido en los últimos meses le había pasado factura y que hasta lo que había pasado en el callejón había sido un sueño. Era imposible que fuese real, su cerebro debía estar aprovechándose de aquellas lagunas de memoria que tenía y le debía estar jugando malas pasadas. No había más explicación que esa, aunque en el fondo sabía que lo que ocurría era que su corazón se negaba a creer que su dulce hermano pequeño fuese un psicópata. La hermana mayor que había en ella no podía dejar de pensar en eso, sin ser capaz de procesar la realidad.

Aún seguían en la habitación de Tic Tac, aunque ya no sabía cómo llamarlo en su cabeza. Por mucho que hubiese confirmado que era su hermano, no podía unir las dos imágenes tan distintas que tenía de él, por lo que el nombre de Tic Tac seguía teniendo más fuerza que el de Michael.

Bell se había sentado en la cama, con las piernas contra el pecho y no dejaba de abrazárselas con fuerza mientras negaba de vez en cuando con la cabeza. Él se había quedado de pie, mirando por el ventanal, ya con la camisa abrochada y la chaqueta completando el traje. Aquella camisa ocultaba esa marca que ella conocía tan bien, ya que tenía la misma detrás de la rodilla. Y sabía que su otro hermano también, aunque tenía dificultades para recordar dónde o cómo se llamaba siquiera.

—¿Se te ha pasado ya el *shock*? Porque no podemos estar perdiendo el tiempo hasta que te dé la gana de volver a la realidad —comentó Tic Tac en voz alta con el tono de aburrimiento que tanto lo caracterizaba.

Al ver que la chica no contestaba, se dio la vuelta y Bell sintió su mirada penetrante sobre ella.

—Oh, vamos, hermanita. Mira que pensaba que ibas a tomarte mejor la noticia, por eso de que todos te han dejado sola, pero ¿qué pasa? ¿No te sirvo? Vamos, sé que no soy el capitán pirata, pero mi compañía puede ser incluso mejor que la suya. Al fin y al cabo, la familia es lo más importante, ¿no crees? —continuó, acercándose a ella. Ella lo miró sin abrir la boca y los ojos se le volvieron a llenar de lágrimas—. Ah, no, no, no. No sueltes ni una sola lágrima más, que no me las creo y son una pérdida de tiempo. Vamos.

La cogió del brazo con brusquedad y la obligó a levantarse de la cama para llevarla fuera de la habitación.

—¡Para!

—Está claro que no eres capaz ni de andar tú sola, así que me voy a tomar la libertad de ignorar tu petición.

—¡Para, joder! ¡Suéltame!

Tic Tac hizo oídos sordos y la arrastró hasta el ascensor. Se metió dentro con ella y pulsó el botón que los llevaría a su despacho.

—¡He dicho que me sueltes! —exclamó Bell sacudiéndose para liberarse—. ¡MICHAEL!

Tic Tac la soltó inmediatamente y Bell perdió el equilibrio, cayendo al suelo. Maldiciendo, se levantó como pudo e hizo amago de empujarle, pero Tic Tac la acorraló contra la pared del ascensor y la miró con ira a los ojos.

—¿Qu-qué haces? —preguntó a duras penas la chica.

—Piénsatelo dos veces antes de volver a llamarme por ese nombre.

Bell no supo qué vio en la mirada de Michael, pero desde luego no se parecía en nada a los preciosos e inocentes ojos azules de su hermano.

—Pe-pero Mich…

—Si no quieres que te meta un tiro en la garganta, yo que tú no terminaba la palabra.

—Yo…

—No hago amenazas en vano, harías bien en recordarlo.

El ascensor sonó cuando llegaron a la planta deseada y Tic Tac salió echando humo, avanzando a grandes zancadas hasta su despacho. Ella seguía asustada por la ira tan cruda que había visto en sus ojos, pero necesitaba entender todo aquello, necesitaba saberlo todo sobre su hermano, así que salió tras él y entró en el despacho cerrando la puerta detrás de ella.

Tic Tac estaba mirando por el ventanal desde el que se contemplaba toda la ciudad, *whisky* en mano. Bell sintió cómo la temperatura del despacho había descendido, como si fuese el reflejo más fiel de la frialdad que desprendía su hermano. Era difícil pensar en él como eso, pero su mente solo podía recordar aquella marca circular, haciendo que todo lo demás pasase a un segundo plano.

Era su hermano, de eso no había duda.

Avanzó por el despacho en dirección al ventanal, pero él alzó una mano para pararla.

—No quieres estar cerca de mí en este momento, créeme. Te estoy dando una oportunidad, aprovéchala —advirtió con sequedad.

Bell quería correr hacia él y asegurarse de nuevo de que en efecto su hermano era real, de que estaba allí con ella, pero su tono

de voz hizo que frenase en seco y acabara sentándose en una de las sillas que había delante del escritorio. No llegaba a tener un recuerdo nítido de él, pero recordaba la sensación de paz que había tenido siempre en su presencia; algo que en aquel momento era imposible siquiera de imaginar. Suponía que había sido un niño dulce, aunque sí tenía el vago recuerdo de que siempre había sido muy independiente y prefería estar solo. Tampoco recordaba bien sus rasgos, pero cuando miraba a Tic Tac, encajaba con la imagen que su mente se había formado del Michael adulto a partir de cuatro retazos de recuerdos.

Desde la silla, lo observó con detenimiento, en busca de aquellas pistas que delatasen que aún quedaba algo del Michael que ella conocía.

No encontró ninguna.

—No perdamos más el tiempo. Ya hemos perdido el suficiente esperando a que adivinases quién era, y al final he tenido que darte aún más pistas, por lo que ya vamos muy retrasados.

—¿Muy retrasados para qué?

—Lo sabrás a su debido tiempo —repuso él mientras se sentaba en su sillón, frente a ella—. ¿Puedes lidiar con mi identidad o va a suponer un problema?

Esa pregunta terminó de prender la llama de la rabia dentro de Bell. ¿Acaso no se daba cuenta de lo impactante que era una revelación de aquel calibre?

—Creo que tengo derecho a que me cueste procesar esto y a tener preguntas, ¿no? No todos somos un puto iceberg sin sentimientos, algunas personas necesitamos tiempo, ¿sabes?

Tic Tac puso los ojos en blanco y bebió un trago de *whisky* lentamente. No apartó la mirada de ella y los nervios empezaron a dominar el cuerpo de Bell, que sentía cómo su paciencia se agotaba cada vez más deprisa.

—Pues pregunta, hermanita, pregunta —terminó por decir Tic Tac restándole importancia al asunto.

—¿Acaso me vas a responder?

—Solo si haces las preguntas correctas.

—¿Por qué todo tiene que ser un examen contigo?

—Porque soy yo quien pone las reglas, por si todavía no te has dado cuenta.

Bell chasqueó la lengua y se levantó de la silla para pasear por el despacho con los brazos cruzados. No podía estarse quieta con tantos pensamientos rondando su mente. Quería soltar todas sus preguntas a la vez, pero no sabía ni por dónde comenzar.

—Espero que por fin hayas entendido por qué verte desnuda era lo último en mi lista de prioridades —intervino de nuevo él ante su silencio.

Bell lo miró con rabia y asco y le enseñó el dedo del medio.

—Vete a la mierda, chalado.

—Ah, el amor fraternal.

—¿Fraternal? Estás loco. Has hecho comentarios que no eran para nada fraternales, pero vamos a correr un tupido velo para no recordar el asco que me das.

—Ah, vamos, ¿no pensarías que iba en serio? Creía que habías dejado de tener ese ego tuyo tan característico, pero al parecer estaba equivocado.

Bell sentía tanta rabia que se preguntaba si él era capaz de ver cómo su cuerpo temblaba al contenerse.

—¿Cómo te has convertido en esto?

—Siguiente pregunta.

—¿Qué?

—Te he dicho que solo contestaría si hacías las preguntas correctas. Esa no lo es. Siguiente pregunta.

—Estás mal de la cabeza.

—Puede, pero sigo siendo el que tiene todas las respuestas que quieres, así que yo que tú dejaría los insultos por ahora. No me malinterpretes, no me importan una mierda, pero estás haciendo que empiece a aburrirme y créeme cuando te digo que eso no es nada bueno.

—¿Es una amenaza?

—Siguiente pregunta, hermanita.

Bell se quedó callada unos instantes y se fijó en la tranquilidad de su pose. Estaba sentado en aquel sillón completamente relajado, como si no tuviese ninguna preocupación en el mundo.

—¿Por qué siento que debería recordar cosas sobre ti de las que no consigo acordarme?

—Porque algunas partes de tu memoria se han borrado —contestó con tranquilidad.

Bell no pudo evitarlo, se sintió orgullosa de sí misma por haber hecho una pregunta correcta. Y se dio asco, le pareció repulsivo que su fuero interno ansiase tener la aprobación de Tic Tac en algo, pero no supo cómo ponerle freno. Vio cómo él sonreía con satisfacción, como si hubiese sido capaz de meterse dentro de su mente y leer todo lo que allí había. Bell se sintió desnuda y vulnerable, y no le gustó una mierda.

—Como consecuencia de haber llegado a Dark Times, la magia de Nunca Jamás hizo que los recuerdos felices que teníais de vuestras vidas anteriores desaparecieran, y sí, me refiero también a esos piratas a los que quieres tanto —añadió antes de que ella preguntara—. No todos se borraron, pero sí los suficientes como para que no consigáis hilar nada en concreto, porque os falta una gran parte de información.

—¿Cómo podemos recuperarla?

—¿De verdad eres tan estúpida como para no haberte dado cuenta? Ya lo estáis haciendo. —La chica lo miró confusa y Tic Tac puso los ojos en blanco de nuevo—. Efectivamente, eres más estúpida de lo que creía —dijo con aburrimiento—. ¿Cómo crees si no que has podido hilar las pistas y relacionarlas con mi identidad? Te costó porque no tenías toda la información, pero las pistas ya estaban ahí y tu cerebro lo que hizo fue desbloquear algunos recuerdos que se relacionaban con ellas. ¿Cómo si no has podido deducir que la crema de cacao era una pista? Has recordado lo mucho que le gustaba a tu hermano y por eso te ha venido a la mente hace un rato. Lo mismo para la marca de nacimiento. Has relacionado que tú también tienes una y que nuestro hermano también.

—Pero no consigo recordarlo. No consigo recordar su nombre ni dónde tiene la marca.

—Se llamaba John.

Bell sintió que un fogonazo de luz encendía todos los rincones de su mente y cerró los ojos con fuerza. Los recuerdos se sucedieron como una película antigua, solapándose unos con otros para intentar abarcar la velocidad del torrente de imágenes.

Bell se vio a sí misma de pequeña con sus hermanos, a Michael con su peluche y a John con aquel sombrero de copa que siempre le quitaba a su padre. Recordó los lazos que siempre le gustaba llevar a ella en el pelo y las marcas que tenían sus hermanos y ella.

El nombre de su hermano pequeño había desbloqueado aquel recuerdo lejano donde se escuchó a sí misma hablando con ellos…

—¿Y todos la tenemos? —preguntó asombrado John, mirándose la marca de la muñeca.

—Sí, y por eso somos invencibles. Solo nosotros tenemos esta marca —respondió su hermana Wendy—. Como yo soy la mayor, la tengo en la rodilla, porque soy la mayor. John fue el siguiente y por eso la tiene en la muñeca y tú, pequeñín —Wendy cogió a su hermano Michael y se lo colocó en el regazo, sin reparar en la mirada fría que le lanzó—, fuiste el último, pero no menos importante, así que la tienes en el hombro, que está mucho más cerca del corazón.

—No quiero tenerla —replicó el pequeño Michael.

—¿Y por qué no? Juntos somos invencibles.

—Yo no necesito a nadie para serlo.

—Ay, el pequeñajo se cree mayor —comentó divertido John revolviéndole el pelo a su hermano, que alejó su mano de un manotazo—. Es lo que toca, renacuajo. Es una marca de nacimiento.

—No la quiero.

—No se puede borrar, lo siento.

Michael los miró con ojos inexpresivos y Wendy sintió un escalofrío. A veces su hermanito la asustaba, aunque lo quisiera por encima de cualquier persona.

Bell salió de aquel recuerdo de forma brusca, con los ojos inexpresivos de un pequeño e inocente Michael aún clavados en la mente. Miró al que estaba allí presente, con ella, y vio la misma inexpresividad, pero se encontró con un vacío aún más profundo en ellos, como si no tuviese alma.

Repasó mentalmente las palabras que habían salido de su boca y ordenó todas las preguntas que tenía, preparándose para intentar acertarlas.

Cómo lo odiaba.

—Un momento, ¿por qué has hablado en pasado? ¿Dónde está John? —preguntó al recordar el tiempo verbal que había utilizado Tic Tac para hablar de John.

—Muerto.

Bell ahogó un grito y se llevó las manos a la boca. Reprimió un sollozo, pero eso no impidió que sus ojos se llenasen de lágrimas.

John… su inteligente hermano John… Había sido su compañero de batallas cuando eran pequeños, siempre ellos dos contra el mundo, ya que Michael se aislaba en su habitación. John, con su forma lógica de ver las cosas, inmerso siempre en sus cuentas matemáticas. John, que la hacía sonreír con cada ocurrencia científica que le venía a la mente.

—¿Có-cómo?

—Siguiente pregunta.

—¡Joder!

—Siguiente. Pregunta.

La chica se tranquilizó y apoyó las manos en el respaldo de la silla donde había estado sentada. Miró a su hermano a los ojos en busca de un ápice de sentimiento al hablar de la muerte de John, pero no encontró más que oscuridad en aquel azul celeste.

—¿Por qué la magia ha borrado nuestra memoria al llegar aquí?

—Porque la magia es lo que tiene: siempre busca el equilibrio. Y si está corrompida, lo busca aún más.

—¿A qué te refieres?

—Siguiente pregunta.

La chica empezaba a frustrarse, pero la determinación por encontrar las respuestas que tanto anhelaba era más fuerte.

—¿Qué pasó contigo cuando Nunca Jamás desapareció?

—Esa es obvia, pero te la concedo porque ya me está dando algo de pena todo esto. ¿No es evidente? Vine aquí, igual que vosotros, pero, por suerte o por desgracia, yo conservo todos mis recuerdos.

—¿Por qué?

—Ah, hermanita, esa es una historia muy larga. Quizá deberías sentarte.

Bell obedeció casi de forma automática y miró a su hermano, expectante.

—¿Sabes lo que ocurre cuando un lugar mágico puro se corrompe? Desaparece. Se esfuma. Y nadie puede hacer nada para impedirlo.

—Nunca Jamás.

—Exacto. ¿Y qué es lo que hace la magia para encontrar el equilibrio? Crea un equivalente.

—Dark Times.

—Oye, pues no eres tan estúpida como pensaba —comentó Tic Tac con diversión haciendo que aquella vez fuese la chica la que pusiera los ojos en blanco—. Eso es, Dark Times surgió como compensación al desaparecer Nunca Jamás. Con esta información, ¿cuál es la siguiente pregunta que tienes que hacer? Venga, hermanita, no me decepciones ahora.

Bell chasqueó la lengua y apretó los dientes.

—¿Cómo desapareció Nunca Jamás? —inquirió por fin al cabo de unos segundos.

—Dios mío, ¿cómo es posible que tengas la cabeza tan hueca si tenemos la misma sangre? Es un fenómeno digno de estudio, desde luego.

—Eres un cabrón.

—Que sí, que sí, que ya hemos pasado por eso. A ver, hermanita, te doy otra pista, que te veo muy perdida. ¿Por qué no te centras en los «por qué» en lugar de los «cómo»?

Bell asimiló las palabras de su hermano y su cerebro por fin entendió a qué se había referido con hacer las preguntas correctas.

—¿Por qué desapareció Nunca Jamás?

—Sencillo: Peter Pan.

Un escalofrío recorrió a Bell de pies a cabeza. Si de algo podía estar segura era de que le tenía mucho más miedo a aquel sociópata que a su propio hermano, que no destacaba precisamente por su bondad y sus sentimientos genuinos. No conseguía saber del todo el porqué, pero Peter Pan le infundía mucho más miedo de lo que estaba dispuesta a reconocer y todo su instinto le gritaba que saliese corriendo de aquella ciudad con tal de alejarse de él. Su mente parecía saber de lo que era capaz aquel niño encerrado en el cuerpo de un joven, incluso si ella no podía recordarlo.

—Es curioso cómo todo empieza y acaba con la misma persona, ¿verdad? Todo lo bonito de Nunca Jamás comenzó realmente cuando nació, pero también se acabó cuando ese niño dejó de existir —continuó Tic Tac. Se levantó de la silla y rodeó el escritorio para apoyarse en él, cruzando los tobillos y quedando justo delante de Bell, que tuvo que levantar la mirada para poder encontrarse con sus ojos—. Haz la siguiente pregunta, hermanita.

—¿Por qué desapareció por su culpa?

—Porque cuando matas a un inocente, es muy difícil que algo bueno permanezca dentro de ti.

Bell jadeó. No hizo falta que Tic Tac dijera ni una palabra más para que lo comprendiera.

—¿Peter Pan mató a John?

—Joder, hermanita, estás en racha. Muy bien. Pero aún te falta reformular otra pregunta que ya has hecho, pero esta vez de la forma correcta.

La chica pensó en la conversación que llevaban manteniendo durante todo ese rato y lo miró con los ojos entornados. Era una pregunta que tenía clara, pero para cuya respuesta no sabía si estaba preparada.

—¿Por qué te convertiste en esto?

—Realmente no es que me convirtiera en nada. Siempre he sido así. Pero sí que desperté por completo.

—¿Por qué?

—Porque Peter Pan también intentó matarme a mí, pero, como ves, no lo consiguió.

Los ojos de Bell se llenaron de lágrimas ante la perspectiva de que sus dos hermanos hubiesen estado en esa situación. Ya no podía hacer nada por John, pero Michael…

—Ah, no, no, no llores por mi intento de asesinato y que ni se te pase por la cabeza intentar darme un abrazo, no nos volvamos locos —se adelantó Tic Tac cuando vio los ojos brillantes de la chica—. Simplemente era algo que tenías que saber.

—¿Nunca Jamás desapareció por eso?

—Una muerte y un intento de asesinato parecieron ser suficientes para corromper la pureza de una isla mágica, al parecer.

—¿Cómo es posible que aterrizáramos aquí?

—Vale, este «cómo» te lo concedo. La respuesta es sencilla: la magia. La isla era mucho más poderosa de lo que puedas imaginarte y por eso fue capaz de crear este equivalente de mierda en el que nos encontramos y arrojarnos a todos aquí.

—¿Por qué tú tienes todos tus recuerdos y nosotros no?

—De algo tenía que servir haber estado a punto de morir.

—¿Por qué no has dicho nada antes?

—Ah, hermanita… Parece mentira que no me conozcas en el poco tiempo que llevas aquí. Siempre voy un paso por delante, siempre hago las cosas en el momento justo. ¿Por qué crees que no he revelado mi identidad antes?

—Porque… —la chica se mordió la lengua brevemente, con la ira corriendo por sus venas de nuevo al darse cuenta de lo manipulador que era su hermano— ahora es el momento.

—Eso es. ¿Todavía no has deducido por qué estoy aquí, tengo tanto poder y tanta información sobre vosotros? ¿Por qué siempre voy un paso por delante?

Bell lo sabía perfectamente, pero una parte de ella se negaba a creer que su hermano pudiese ser capaz de algo así, a pesar de saber a ciencia cierta todas las barbaridades que había cometido. Su silencio pareció decirle a Tic Tac todo lo que necesitaba, porque sonrió y se agachó hasta colocarse al mismo nivel que la mirada de su hermana. Bell solo pudo cerrar los ojos y prepararse mentalmente para la tormenta que se le venía encima. Sabía que ninguna de las palabras que saliesen por la boca de su hermano le gustarían, pero

también que todas ellas serían inevitables. No podría hacer nada, solo obedecer, aunque fuese en contra de su voluntad.

Abrió los ojos y se enfrentó finalmente a la tormenta.

—Estoy aquí para vengarme de Peter Pan, hermanita. Y tú vas a ayudarme.

26

Trish Butcher

Cuando Hook volvió al piso tras lo ocurrido en el callejón, tenía tantos sentimientos en su corazón gritando a la vez que no supo cómo iba a decirle a Smith todo lo que debía contarle. Se había alejado de ella y esperado hasta que había visto cómo se marchaba, pero volvió a por su motocicleta para guardarla en el garaje. No había tenido la maldad suficiente como para dejarla a la intemperie y que se la robasen. Una vez guardada, se había tomado unos minutos para intentar calmar la tormenta que azotaba todo su interior, pero no quiso demorar mucho más tiempo contarle la verdad a su amigo. Ya había pasado el suficiente. Por eso, entró por la puerta que conectaba con el piso y fue directo al salón, donde encontró a Smith en la mesa del comedor con la nariz pegada a la pantalla del portátil.

Al sentirlo entrar, el peliblanco había levantado la mirada y su semblante cambió tan pronto vio el dolor que tenía dibujado Hook en la cara. Al capitán pirata le seguía sorprendiendo lo perceptivo que era su amigo o, al menos, lo perceptivo que era con sus sentimientos. Era imposible que fuese capaz de ocultarle nada; siempre parecía ser un libro abierto para él. No solo era capaz de notar cuándo le pasaba algo, sino que también sabía cuándo tenía que darle espacio y cuándo era necesario que no lo dejase solo, y en ese momento Hook se encontró a sí mismo deseando que no fuese así, aunque solo fuese aquella vez.

El peliblanco se levantó de inmediato de la silla y se acercó a él para abrazarlo, sin necesidad de que Hook abriese la boca. El

capitán soltó las lágrimas que llevaba conteniendo desde que la había visto por última vez y, tras unos minutos, se alejó de Smith pidiéndole un momento para poder ir a cambiarse de ropa. No quería pensar en lo que habían hecho en el callejón y, sobre todo, en que aquella había sido la última vez que estaría con ella así, la última vez que la tendría entre sus brazos y que saborearía lo dulce que era en cada una de las partes de su cuerpo.

Una vez cambiado, se reencontró con Smith en el salón, donde su amigo ya tenía preparado un vaso de *whisky* que Hook no dudó en terminarse de un trago. Cuando el alcohol navegó por sus venas, calentándolas, y respiró un par de veces, se sentó en una silla. Smith hizo lo propio sin quitarle un ojo de encima.

Hook no sabía cómo era posible que le hubiese resultado tan fácil contárselo todo, pero fue echar un vistazo al rostro del peliblanco y supo que no debía retrasarlo, que debía decirlo del tirón, por mucho que un dolor atroz retorciese su corazón tan solo de ver el mismo dolor que sentía tatuado en los ojos de su mejor amigo. Si había algo que Hook odiaba era hacer daño a aquellos a los que más quería, pero ese sentimiento se reforzaba si se trataba de Smith. Había vivido muchos años junto a él, muchas aventuras y muchos miedos que habían aprendido a sobrellevar juntos y si algo había odiado siempre era ver cómo su amigo sufría. Nunca supo por qué se había encariñado con él mucho más que de los demás, pero el peliblanco se hizo un hueco en el alma del capitán pirata casi desde el principio y él no pudo hacer nada por evitarlo.

—Así que Wendy, ¿eh? —comentó Smith al cabo de unos minutos de silencio tras la explicación que salió por los labios de Hook.

El capitán asintió y observó con detenimiento el rostro del peliblanco. La decepción se había reflejado en su mirada tan pronto como Hook había comenzado a hablar, pero no era el único sentimiento que el capitán había visto pasar por su cara: confusión, ira, dolor, culpa… Hook sabía que era inevitable que Smith se sintiese culpable por no haberse dado cuenta de nada, pero él mismo había tenido sospechas y, aun así, las había descartado, por lo que intentaría hacerle ver que no tenía la culpa de nada todas las veces que fuesen necesarias con tal de que su amigo no se torturase

a sí mismo. Él era la verdadera víctima en todo el asunto y Hook haría todo lo que estuviese en su mano para proteger su corazón.

Esperó y esperó a que su amigo reaccionase y dijese algo más, pero el peliblanco parecía estar aún inmerso en su mente, porque no se movió ni volvió a hablar durante un buen rato. Hook aprovechó esos minutos para hacer su propia reflexión, porque la verdad era que no había llegado a asimilar nada de lo ocurrido.

Todo había cambiado radicalmente cuando vieron el vídeo en el que se veía claramente cómo su sobrino pronunciaba el nombre de Wendy. Sabía que Smith no había llegado a leerle los labios a Peter, pero en la cabeza de Hook todas las piezas del puzle habían terminado de encajar, y con eso fue suficiente. Llevaba sospechando que Bell no era la Bell que él había conocido en Nunca Jamás desde casi el momento en que aterrizaron en Dark Times, pero la niebla de su mente le había impedido pensar con claridad, y le recordaba tanto a su Bell que su corazón cayó en picado hacia aquel abismo y, simplemente, se enamoró.

Cuando vio su cuerpo de cerca, Hook también se dio cuenta de que ciertas partes habían cambiado, pero no le dio mayor importancia hasta que leyó el libro que procedía de Nunca Jamás. Fue toda una ventaja que él fuese el único que pudiese leerlo, pero, a la vez, le hubiese gustado que ni fuese así y no haber cargado con el peso de las revelaciones él solo.

Cuando navegó entre las páginas de aquel libro, descubrió lo que confirmó sus sospechas: «La magia no puede borrar una marca natural de nacimiento, así como tampoco puede recrearla, mucho menos si esta es una marca mágica». Su Bell tenía una de las marcas de nacimiento más bonitas del mundo y Wendy no había podido recrearla con magia. El día que leyó aquellas palabras y su cerebro encajó el golpe, esperó que su corazón se encogiese de dolor y se cerrase en banda a la chica, pero no fue así. Como le había dicho en el callejón, era demasiado tarde. Hook solo se había enamorado dos veces a lo largo de su larga vida y casualmente las dos habían sido de quien él había creído que era la misma persona. Y es que si de algo podía estar seguro era de eso: nunca se

enamoraría de nadie que no fuese Bell, en cualquiera de sus versiones, en cualquier lugar y de cualquier forma.

Cuando la vio en aquella grabación, de pie al lado de su sobrino, su corazón dio un vuelco y se sintió dividido. Las lagunas de su memoria se agitaron, pero no llegaron a disipar la niebla que envolvía todos los sentimientos que sentía por Bell. No obstante, supo que aquella chica significaba para él lo mismo o incluso más que la Bell con la que había pasado meses compartiendo su vida. A pesar de las sospechas, de las confirmaciones y del dolor, el amor seguía estando presente y no habría nunca nada que pudiese eliminar eso, ni la más vil de las traiciones, como la que acaba de sufrir.

Era muy triste, en su opinión, pero a la par era bonito de una forma amarga. Decían que uno no podía elegir de quién enamorarse, pero él había elegido hacerlo de la misma persona dos veces, aunque en realidad no fueran la misma.

Un pinchazo de dolor apareció en su corazón al recordar que él había elegido quedarse incluso después del engaño, provocando que se frotase el lado izquierdo del pecho. Smith siguió con la mirada su gesto y abrió la boca por fin. Hook se preparó para consolarlo y ahuyentar toda la oscuridad de su mente.

—¿Hacemos una *ouija*? —propuso el peliblanco con voz cantarina.

De todas las cosas que hubiese esperado que saliesen de su boca, aquella era, sin duda, la que nunca habría pasado por su mente.

—¿Qué? —replicó Hook.

Se había quedado sin palabras, pese a estar acostumbrado a las salidas de su amigo.

—Que si hacemos una *ouija*. Bueno, *si* no, *vamos* a hacer una *ouija*.

—¿Pero qué cojones dices, Smith?

—Tú hazme caso.

El peliblanco se levantó y fue a su apartamento para volver segundos después con unas cuantas velas y un tablero de *ouija* con su puntero triangular.

—No me puedo creer que esta sea tu reacción a todo lo que te he contado —comentó Hook observando con estupefacción cómo el peliblanco prendía las velas y preparaba todo en medio del suelo del salón.

La respuesta del peliblanco fue simplemente canturrear mientras dejaba lo necesario dispuesto para la sesión de espiritismo.

—¿O sea, te cuento que nos ha engañado durante meses y a ti lo primero que se te ocurre es hacer una puta *ouija*? ¿Qué clase de reacción es esa? —preguntó Hook sin quitarle el ojo de encima al peliblanco, que seguía a lo suyo.

—Es divertido.

—¿«Es divertido»? ¿Me estás vacilando?

—Ya has confesado que tú lo sabías de sobra, así que, venga, vamos.

—Pero, Smith, por Dios, tienes que estar de broma. ¡Reacciona, hombre!

—¿Que reaccione?

—Yo qué sé, llora, grita o haz algo, pero reacciona, que esto no es normal.

—Claro, porque comerle el coño en un puto callejón a la tía que te ha tenido engañado durante meses es la reacción más normal del mundo, claro que sí, colega, claro que sí.

Hook cerró la boca de golpe y se pellizcó el puente de la nariz. Sabía que su amigo tenía razón y que no lo decía a malas, pero igualmente encajó el golpe de forma dolorosa, encogiéndose un poco sobre sí mismo.

—Vale, me la merecía.

—¿Tú crees?

—Di todo lo que quieras decir.

—No quieres que lo haga, créeme.

—Smith…

El peliblanco chasqueó la lengua y miró hacia el techo con cansancio. Se levantó de donde estaba sentado delante del tablero de *ouija* y miró a su amigo con algo de enfado.

—¿Qué cojones quieres que te diga, Hook? ¿Que entiendo que hayas seguido con ella? ¿Que entiendo que no me dijeras lo que

sospechabas porque el amor pudo con todo lo demás? ¿Que entiendo que lo primero que haya cruzado por tu mente es arrodillarte ante ella y comértela entera a pesar de todo? ¡Pues claro que lo entiendo, joder! Te conozco como la puta palma de mi mano y sé por qué lo has hecho, sé lo que estás sintiendo en este momento y sé por qué has ocultado todo esto durante semanas. Pero que lo entienda no quiere decir que duela menos. Me duele que todavía me veas como ese niño llorón al que encerraban en un barril para hacerlo un hombre y que temblaba por cualquier cosa. Me duele que me veas como alguien frágil a quien tienes que proteger y que no creas que puedo encajar los golpes igual que lo haces tú. Y me duele mucho más saber que la que creía que era mi *hermana* durante meses ha resultado no serlo, mintiéndome en la cara sin ningún tipo de remordimiento. ¿Era eso lo que querías que te dijera? ¿Así es como querías que reaccionara? ¡Claro que me duele, cojones! Me duele, me destroza, me quema por dentro como un puto veneno, pero si me centro en todo ese dolor atroz no podremos avanzar y *tenemos* que hacerlo, porque te recuerdo que tenemos que volver a casa. Ahora ya no tenemos que buscarla y podemos centrar nuestro esfuerzo en buscar soluciones y salir de aquí, pero si dejo que el dolor lo domine todo no voy a ser capaz de hacerlo y lo único que quiero es… —se le rompió la voz y las lágrimas empezaron a caer por sus mejillas— volver a casa.

Hook atrajo a su amigo hacia él y lo abrazó con fuerza, queriendo absorber todo el dolor que estaba sintiendo hasta que no quedase más que esa alegría que tanto lo caracterizaba. El cuerpo de Smith tembló por la fuerza de los sollozos y a Hook se le encogió el corazón de tristeza tan solo de saber que aquello de lo que lo había estado protegiendo durante tantos meses había terminado por hacerle daño de igual manera. No consideraba que su amigo fuese frágil, pero no podía evitar sentir que tenía que protegerlo de todo. No llevaba bien aquello de tolerar el sufrimiento de Smith después de todo lo que había experimentado en el pasado.

Acarició el pelo de su amigo con delicadeza y dejó un beso en su cabeza. Smith se separó y lo miró con los ojos rojos mientras se limpiaba las lágrimas con brusquedad.

—Ya está, ya he reaccionado. ¿Ahora podemos hacer la *ouija*? —preguntó bajando la vista hacia el tablero.

—No, escúchame —replicó Hook cogiéndole la cabeza con las manos y obligándolo a mirarlo—. No te veo como alguien frágil, pero no me pidas que no intente protegerte porque me resulta imposible y lo sabes. Siento que creas que no confío en ti y que te he engañado de cierta manera durante estos meses, pero quiero que sepas que de verdad pensaba que estaba protegiéndote. Ni yo mismo sabía cómo gestionar el engaño sin engañar a mi propio corazón. No quiero que te culpes por lo que ha pasado, nos ha engañado a los dos y tú eres la víctima aquí, Smith. No es tu culpa, por favor, no lo pienses ni por un segundo.

El peliblanco asintió y Hook juntó sus frentes con cariño, sintiendo que de verdad había entendido lo que él quería transmitirle. Se separó y le revolvió el pelo hasta que un atisbo de sonrisa bailó en los labios de su amigo.

—Todo muy bonito, sí, pero espero que te hayas lavado la boca antes de besarme la cabeza después de haberle comido a la mam… —se interrumpió a sí mismo y un fogonazo de dolor cruzó su mirada — después de habérselo comido.

—Qué gracioso eres.

—A ver si te crees que no me he dado cuenta de que venías con el pantalón hecho un cuadro, que tonto no soy.

—Y por eso he ido a cambiarme.

—Hombre, menos mal, solo faltaba que fueses con tu propia corrida encima como si fuese una medalla. Menos mal que aún te queda algo de decoro.

Hook fue a darle una colleja que el peliblanco esquivó, divertido.

—Que mira que lo entiendo, pero es gracioso que digas que mis reacciones no son normales. Pues anda que las tuyas…

—No he podido pensar cuando la he visto. Solo he podido actuar con el corazón.

—El corazón, ya, claro. Y con otra cosa también.

—Vale, que sí, que tienes razón.

—Pues claro que la tengo. Menuda manera de cagarla.

—¿Qué quieres que te diga? La felicidad del reencuentro, supongo.

—Sí, y la felicidad del orgasmo también.

—Joder, Smith.

—¿Te duele que te diga la verdad? Te ha podido el estar cachondo, pero no pasa nada, eres un hombre.

—¿Y tú no?

—Pero yo soy un hombre inteligente. No somos iguales.

Hook negó con la cabeza y chasqueó la lengua.

—¿Vas a recordármelo toda la vida, verdad?

—Y toda la muerte, que para eso tengo una *ouija*.

Hook no pudo evitar sonreír y ambos se sentaron uno enfrente del otro con el tablero en el medio.

—¿Quiero saber por qué quieres hacer una *ouija*? —preguntó con algo de reticencia.

—¿No te parece que es la respuesta más obvia?

—Hombre, no sé con quién quieres contactar, pero que yo sepa no estamos tratando de buscar a nadie muerto.

—Has dicho que ella te comentó que sentía que había cosas que debía saber pero no recordaba, y ambos nos hemos dado cuenta de que nos ocurre lo mismo. Tú, por ejemplo, no recordabas con nitidez a Bell y a mí me pasa un poco igual, no llego a poder recordar con toda claridad mis momentos con ella en el barco. Por eso he pensado: ¿quién puede saber por qué ocurre esto? Y he caído: Barrie. Él es el que investigó Nunca Jamás de arriba abajo para su novela; si alguien tiene las respuestas, es él.

—¿Quieres contactar con Barrie?

—Sí. Me da la sensación de que también hay algo relacionado con él que se me ha olvidado.

—Yo también lo creo, pero… ¿por qué asumes que está muerto?

—A ver, después de tantos siglos, si estuviese vivo me parecería bastante inquietante.

—Smith, nosotros lo estamos.

—Bueno, pero porque somos inmortales. Él era humano.

—¿Estamos seguros de eso? Porque llegados a este punto yo ya no estoy seguro de nada.

—Por intentarlo no perdemos nada. Total, ya estamos perdidos en todo este tema. Además, es divertido.

—¿El qué es divertido, exactamente?

—La *ouija*.

—Creo que no tenemos el mismo concepto de *divertido*.

—Hombre, no me digas que no. Hablar con gente que ya no está, preguntarles cosas… ¡Podemos contactar con quien sea! Incluso con algún famoso de los que hablan los mortales, igual nos cuentan quién los mató y nos forramos resolviendo el caso.

—¿Y eso es lo que entiendes por divertido?

—No me digas que tienes miedo.

—Soy un pirata.

—Y yo, pero aun así tengo miedo a la oscuridad. Es de hombres reconocer los miedos públicamente, Hook, no pasa nada.

—Cállate.

—Efectivamente, tienes miedo a los muertos.

—Que no tengo miedo.

—¿Temes que un alma en pena te persiga? ¿Fuiste muy muy malo en otra vida y no me he enterado, cap?

—Cállate.

—A alguien no le gusta que le digan la verdad…

—Smith.

—A alguien le dan miedo los fantasmas…

—Te juro que al primer fantasma que aparezca le pido que te arranque la cabeza.

—Los fantasmas son incorpóreos, cap, a ver si nos documentamos un poco.

Hook resopló y Smith movió las cejas hacia arriba con diversión. Hook sabía que le encantaba sacarle de quicio y estaba dispuesto a pagar el precio si eso significaba verlo reírse de aquella manera.

—Bien, ¿cómo funciona esto? —terminó por preguntar el capitán pirata.

—Tenemos que poner el dedo sobre el puntero y lanzar una pregunta. Si hay algún espíritu cerca, contestará y el puntero se moverá por las letras hasta formar un mensaje.

—¿Y cómo sabes que hay algún espíritu cerca? Porque aquí se ha colado alguien que parecía un espíritu, pero te digo yo que estaba de todo menos muerto.

—Ya, hombre, pero yo confío en Barrie y en el poder de las velas. Lo vamos a conseguir, ya verás. Venga, va, dame la mano.

Hook obedeció poniendo los ojos en blanco. No tenía ninguna esperanza de que aquello saliese bien, pero sabía que su amigo no pararía hasta que lo hicieran, así que le siguió el rollo y cerró los ojos.

—Oh, espíritus, necesitamos vuestra ayuda. Oh, espíritus, no queremos molestaros. Oh, espíritus, si alguno anda cerca, que se manifieste. Solo queremos hablar —dijo Smith con voz de ultratumba y los ojos cerrados con fuerza.

Ante sus palabras, Hook abrió un ojo y lo miró.

—¿«Oh, espíritus»?

—Yo qué sé.

—¿Y por qué lo repites tres veces? Ni que no fueran a escucharte a la primera en caso de que estén aquí.

—Me he documentado. En todas las leyendas de terror hay que pronunciar el nombre tres veces para que aparezca lo que sea que tiene que aparecer, así que me ha parecido que aquí funcionaría igual.

—Tu lógica es increíble a veces.

—Oye, puede que no sea un experto, pero me he estudiado las instrucciones. Venga, vamos a intentarlo de nuevo.

Volvieron a cerrar los ojos y se colocaron en posición, dándose la mano y colocando un dedo de la otra sobre el puntero.

—Oh, espíritus, necesitamos vuestra ayuda. Oh, espíritus, no queremos molestaros. Oh, espíritus, si alguno anda cerca, que se manifieste. Solo queremos hablar.

Nada ocurrió y Hook chasqueó la lengua.

—Igual lo estoy haciendo mal y tengo que decir algo más.

—¿Tú crees?

—Voy a buscar en internet a ver, espera.

El peliblanco movió los dedos a toda velocidad por la pantalla de su móvil y la mirada se le iluminó.

—Vale, según la médium, tienes que decir el nombre de a quién quieres invocar. Bueno, eso tiene sentido.

—¿Qué médium, qué dices?

—Trish Butcher. Pone que es una reputada médium y que ha contactado muchas veces con el Otro Lado, así que es una experta —contestó Smith enseñándole la pantalla del móvil a Hook, que mostraba la imagen de una mujer estrafalaria con una túnica morada y un montón de collares adornándole el cuello.

—No sé si Trish Butcher es una fuente de información fiable, la verdad.

—Más que nosotros sabrá, eso desde luego. Venga, va, de nuevo.

Se cogieron de la mano y repitieron el proceso.

—Oh, espíritus, necesitamos vuestra ayuda. Oh, espíritus, no queremos molestaros. Oh, espíritus, si Barrie anda cerca, que se manifieste. Solo queremos hablar.

Hook no se molestó en hacerse el sorprendido cuando nada ocurrió, pero esperó hasta que su amigo dijera algo.

—Joder, pues no lo entiendo —se quejó el peliblanco, soltándole la mano—. ¿Igual es que estas no son las velas adecuadas? —preguntó señalando las velas blancas y rojas que había puesto alrededor del tablero y Hook se pellizcó el puente de la nariz.

—No creo que las velas sean el problema.

—Pues entonces dime tú cuál es, porque algo estamos haciendo mal.

—O puede que, simplemente, no haya ningún espíritu cerca y mucho menos el de Barrie.

—Mmm… —El peliblanco volvió a mirar su móvil—. Trish Butcher tiene aún huecos disponibles esta semana para una sesión de espiritismo. ¿Y si reservo una? Seguro que ella puede contactar con él.

—Claro que sí.

El tono irónico de Hook hizo que Smith lo mirara y frunciera el ceño ante la diversión de su amigo.

—El escepticismo no te pega. Te recuerdo que eres un pirata que debería llevar muerto más años de los que lleva vivo, así que

contactar con espíritus no debería resultarte algo imposible. Voy a reservar una sesión.

Hook resopló y se levantó del suelo tras apagar todas las velas, no fuese a ser que tuviesen algo que lamentar. Se acercó a la nevera y cogió una cerveza. Se bebió media de un trago y se apoyó en la mesa a observar a su amigo. No le sorprendía que Smith creyese en todo aquello, de hecho, en parte lo divertía, pero no quería que se llevase la desilusión de su vida cuando Trish Butcher no le diese ninguna de las respuestas que buscaba.

—Oh, la primera sesión es gratis, de puta madre. Seguro que funciona a la primera y no tenemos que pagar nada más, ya verás —comentó con alegría desde el suelo—. Casi todas las reseñas dicen que la señora es una máquina, aunque hay alguna que asegura que es un timo.

—Por lo que sea.

—A ver si va a ser tu negatividad lo que está ahuyentando al espíritu.

—Si es que hay alguno que ahuyentar, claro.

—Un poco de fe, cap, que no muerde.

Hook suspiró y Smith recogió el tablero y las velas y lo dejó todo encima de la mesa, un tanto decepcionado.

—Siento que no funcionara, de verdad —le dijo Hook palmeándolo en el hombro.

—No, no lo sientes, pero agradezco el gesto —repuso Smith—. Pues tendremos que pensar en otra cosa hasta la cita con la médium, porque algo habrá que hacer, digo yo.

Hook se quedó pensativo y asintió distraído. Por algún lugar tendrían que seguir investigando, pero con todo lo que había ocurrido, no tenía ni idea de por dónde.

Los dos se apoyaron en la mesa y Smith bebió de la cerveza de su amigo. De repente, aquel silencio entre ellos se vio interrumpido por el timbre. Ambos se miraron inmediatamente con inquietud y Hook mandó callar a su amigo colocando el dedo sobre los labios. Se acercó rápidamente a la habitación y volvió con el arma que allí guardaba. Cuando se acercó a la puerta, miró por la mirilla, pero el pasillo estaba a oscuras y no consiguió ver nada.

—¿Quién es? —susurró Smith, a lo que Hook volvió a mandarlo callar y se encogió de hombros.

El timbre volvió a sonar y el corazón de Hook se aceleró. Nadie solía llamar a su puerta, pues muy poca gente sabía exactamente dónde vivían. Pensó que podía tratarse del viejo portero del edificio que a veces les subía el correo, pero la oscuridad del pasillo le hizo replantearse esa teoría.

Aferrando la pistola con fuerza, abrió la puerta con decisión y apuntó a la persona que esperaba en el umbral. Sin embargo, no se planteó apretar el gatillo cuando vio de quién se trataba. La persona que allí estaba, con la cabeza gacha y ocultando su rostro bajo una boina calada hasta los ojos, levantó el rostro y lo miró.

—Hola, Hook —saludó con tranquilidad—. ¿Me recuerdas?

—¿Quién eres?

—Creo que tú me conoces como Barrie.

—¿Barrie? —repitió Hook y sus ojos se abrieron de par en par.

A su espalda, escuchó cómo Smith se atragantaba con la cerveza y tosía.

—Joder, pues sí que ha funcionado la *ouija*.

27

Viejos amigos

Dejando la *ouija* aparte, la aparición de Barrie no había podido ser más inesperada. Momentos atrás, Hook había admitido no estar seguro de si estaba muerto mientras que su amigo había afirmado que sí, por lo que decir que les había tomado por sorpresa verlo en su puerta era quedarse bastante corto.

El escritor entró en el piso manteniendo el porte elegante que lo caracterizaba, ya a rostro descubierto. Su icónico bigote poblado seguía siendo su seña de identidad y los piratas sintieron una especie de nostalgia al ver una cara conocida en mitad de todo el asombro en el que estaban sumidos.

Hook cerró la puerta del piso y los siguió hasta el salón. Los tres se miraron los unos a los otros de pie junto a la mesa, sin saber muy bien qué decir o hacer. En los ojos de Barrie se reflejó el cariño que les tenía y lo que se alegraba de verlos y, aunque Hook y Smith sentían lo mismo, la sorpresa era bastante más fuerte que cualquier otra emoción.

—¿Habéis dicho algo de una *ouija*? —preguntó el escritor con cautela, rompiendo el hielo.

Smith, que seguía aún un poco en *shock*, se acercó a él despacio sin dejar de observarlo y Barrie frunció el ceño.

—¿Estás bien? —inquirió ante la mirada penetrante del peliblanco.

Smith siguió acercándose hasta estar justo delante de él y levantó su dedo índice con lentitud hasta la frente del escritor para

tocarlo. Barrie ni se inmutó, pero el peliblanco dio un salto hacia atrás sujetándose la mano.

—¡Hostias! ¡Que es de verdad! —exclamó.

Hook se pellizcó el puente de la nariz con dos dedos.

—Hombre, ¿de qué iba a ser, de plástico? —repuso el capitán mirando a su amigo.

—Joder, yo qué sé, pensaba que era una aparición.

—Smith, la *ouija* no funciona.

—Bueno, eso lo dirás tú, porque yo veo a Barrie muy real ahora mismo. Y muy *aquí*. —El peliblanco señaló el salón y Hook enarcó una ceja—. No está en otro plano, está… *aquí*.

—¿Y no será porque no está tan muerto como creías y ha venido por su propio pie? —comentó Hook con tranquilidad.

Smith no lo miró, siguió sin quitarle el ojo de encima a Barrie, pero le dio un par de palmadas en el pecho a su amigo.

—¿Sabes? Creo que tienes razón.

—¿Cuánto te ha costado admitirlo?

—Cap, acepta la victoria y calla. No queda bien que un caballero alardee.

Hook resopló y miró a Barrie, que los observaba con diversión.

—No habéis cambiado nada —dijo con una sonrisa.

—Lo que ya es superior y maravilloso no es necesario cambiarlo —repuso Smith haciendo que el escritor soltase una carcajada y que Hook pusiera los ojos en blanco—. Vale, esto es muy raro y surrealista, pero como me va el rollo y soy un moderno, yo lo acepto todo. Cuéntanos, Barrie, ¿cómo es que sigues vivo y no eres un esqueleto con los huesos hechos polvo a estas alturas de la vida?

La mano de Hook salió disparada hacia la nuca de Smith, que la paró como si nada mientras Barrie negaba con la cabeza.

—Primero, podemos empezar por que me llaméis por mi nombre y dejar la formalidad del apellido. Podéis llamarme Matthew. En realidad, tengo un primer nombre, pero me gusta más el segundo.

—¿Y eso por qué? —inquirió Smith con su curiosidad habitual.

—¿Y a ti qué te importa, cotilla? —lo reprendió Hook, haciendo que su amigo se encogiese de hombros.

—Me gusta saber cosas. Soy de naturaleza curiosa.

—Y de naturaleza molesta también.

—No dices lo mismo cuando gracias a mí terminas hilando teorías y teniendo planes geniales para comprobarlas, ¿eh?

—Si llamas comprobar las teorías a hacer una *ouija* o consultar a una mujer estrambótica…

—Bueno, soy un hombre creativo, qué puedo decir.

Barrie soltó una carcajada y los piratas pararon su discusión.

—Los nombres tienen mucho poder, por eso prefiero el segundo. Pero, si te sirve, el primero es James.

El peliblanco pareció asimilarlo y miró a su amigo y al escritor de forma alternativa. Alzó un dedo en el aire señalando al segundo y abrió la boca con sorpresa.

—Un momento… ¿J. M. Barrie? —preguntó boquiabierto.

—Así es —confirmó el escritor.

—¡Hostia puta!

El peliblanco se levantó y comenzó a dar vueltas por el salón, a lo que Hook le lanzó una mirada de disculpa a Matthew.

—Dale un poco de tiempo.

—¿Se pone así a menudo?

—Más de lo que me gustaría, pero es su forma de pensar. Cuando se calme nos contará a qué conclusión ha llegado. Smith sigue siendo el mismo de Nunca Jamás, pero aquí su personalidad se vuelve un poco más intensa a veces.

—¿Smith?

—Modificó un poco el nombre cuando llegamos aquí. Como has dicho, los nombres tienen poder.

El escritor intercambió una mirada significativa con Hook y pareció entender el significado que había detrás de sus palabras. Nadie allí conocía el verdadero nombre del capitán y el escritor no sería el encargado de revelarlo, no le correspondía a él hacerlo.

—¿Cómo estás, Hook?

La pregunta del escritor caló en lo más hondo del capitán pirata; no recordaba el tiempo que había pasado desde que alguien le preguntaba aquello. Sentía tantas cosas a la vez que realmente no sabía cómo responder. Sentía que se asfixiaba ante la gran amalgama de sentimientos que su cuerpo parecía incapaz de

procesar, sentía que todo sería mucho mejor si tuviese un botón de apagado y pudiera aunque fuese pausar todas aquellas emociones. La tormenta que acostumbraba a arreciar la ciudad día sí y día también era un fiel reflejo de cómo se sentía por dentro. No era capaz de expresarlo con palabras, por lo que se encogió de hombros.

—Me gustaría poder responderte, pero la realidad es que no lo sé, Matthew.

—Empieza por responderme qué estás sintiendo ahora, en este mismo momento, sin tener en cuenta un contexto más amplio —insistió el escritor, poniendo una mano en el hombro del pirata, que se estremeció.

Hook observó a su amigo rumiar sus pensamientos mientras paseaba por el salón y suspiró, soltando una pequeña risa.

—Si te digo la verdad, creo que ahora mismo lo que más estoy es confuso. Tengo tantas preguntas que hacerte, que hacer sobre —señaló al escritor de arriba abajo— *esto*, que no sé ni por dónde empezar.

—Vamos a sentarnos —propuso Matthew tras una mirada comprensiva.

El escritor sabía que su visita era de todo menos esperada, pero era el momento de hacerla. Trataría de darles todas las respuestas posibles, aunque no estaba seguro de que los piratas pudiesen gestionar la verdad. O, al menos, alguna parte. Observó al peliblanco mientras él y Hook se sentaban y sonrió. Las ocurrencias de Smee en el barco habían sido antaño uno de sus momentos favoritos del día y ver que la dinámica entre él y Hook no había cambiado le hacía feliz. Se iban a necesitar mucho el uno al otro.

Smith pareció notar su mirada, porque paró de andar y, al ver que los dos estaban sentados, le dio la vuelta a la silla y se sentó apoyando los brazos sobre el respaldo.

—¿Nos vas a contar a qué conclusión has llegado o vas a mantener el suspense? —le preguntó Hook.

—Su nombre, Hook —contestó el peliblanco sin dejar de mirar a Matthew.

—¿Qué pasa con él?

—J. M. Barrie.

—Eso ya lo has dicho antes, sí, pero no entiendo a dónde quieres llegar.

—A que de nuevo somos gilipollas. Tenemos las cosas delante y no las vemos ni aunque nos escupan en la cara —repuso bruscamente Smith, evidenciando la frustración que sentía—. La biblioteca, Hook. La biblioteca lleva su nombre.

—En efecto, Smith está en lo correcto —afirmó Matthew.

—¿Pero cómo es posible que no hayamos hecho la conexión? No es como si conociésemos a muchos Barries —reflexionó Hook.

—La cosa es que no podríais haber hecho la conexión ni aunque hubieseis querido. No sin mí. Por eso he venido, para daros las respuestas que necesitáis.

—¿Cómo que no podríamos haber hecho la conexión sin ti? —preguntó Smith.

La frustración estaba ganando la partida en la mente del peliblanco y podía saborear todas las preguntas que quería hacerle al escritor en la punta de la lengua, pero no era capaz de decidir el orden de prioridad.

—Dejadme que os pregunte algo yo a vosotros: desde que estáis en esta ciudad, ¿habéis notado que no recordáis ciertas cosas?

—¡Ostras, pues sí! —exclamó Smith, contento de repente—. Lo hemos estado hablando antes, de hecho, porque no solo nos pasa a nosotros.

—Por eso a Smith se le había ocurrido hacer una *ouija*, para contactar contigo y preguntártelo.

—Bueno, no iba del todo mal encaminado. Menos por la parte de la *ouija*, es mejor no jugar con esas cosas.

—Gracias —dijo Hook mirando a su amigo.

Smith puso los ojos en blanco y observó a Barrie con curiosidad.

—¿Por qué tenemos lagunas de memoria?

—Porque no estáis donde deberíais estar y la magia lo sabe.

Los piratas se miraron con todas las preguntas dibujadas en sus rostros y los engranajes de sus cabezas funcionando a toda máquina.

¿La magia?

—Vale, a ver, que me estoy empezando a agobiar mogollón —intervino Smith gesticulando con las manos—. Vamos a ir por partes. Primero, ¿cómo cojones puedes estar tú aquí, Matthew? ¿Y qué haces aquí exactamente?

El escritor suspiró y los miró con seriedad.

—He venido a daros las respuestas que necesitáis saber, pero no puedo contaros todo lo que querríais. Hay mucho en juego aquí, caballeros, y no puedo arriesgarme a decir demasiado.

—Ya veo que sigues igual de críptico que siempre —comentó Hook con un deje de impaciencia.

—No es ser críptico, es que hay mucho de por medio, Hook —replicó el escritor—. Pero respondiendo a tus preguntas, Smith: estoy aquí gracias a la magia, igual que vosotros. Y, como vosotros, tampoco estoy muerto, por si quedaba alguna duda.

—Vale, es evidente que no eres un zombi ni una aparición ni nada por el estilo, me quedo más tranquilo —repuso Smith aliviado —. Ahora bien, ¿a qué te refieres con eso de la magia?

—La magia, Smith, tiene mucho más peso en esta historia de lo que podáis creer. No puedo revelaros todo, al menos no por ahora, pero tenéis que saber que todo tiene que ver con la magia y con las consecuencias de corromperla —contestó Matthew, lanzándole una mirada cargada de intenciones a Hook.

—Peter —dijo el capitán con solemnidad y ni un rastro de sorpresa en su voz.

Matthew asintió y Hook se frotó los ojos con las manos.

—No invoquemos a ese cabrón, por favor os lo pido. No sé si me quedan energías hoy para poder lidiar con él —aportó Smith.

—Todo lo que está ocurriendo en Dark Times tiene que ver con él, por lo que invocarle no tiene ninguna relevancia en esto, Smith. Ya está aquí.

—Joder, macho, todo era bastante más fácil cuando era un puto *poltergeist* que nos aterrorizaba en la biblioteca.

El peliblanco chasqueó la lengua y apoyó la barbilla sobre la mano para observar con atención a Barrie.

—¿Y a qué te refieres con *todo*? Yo no sé desde cuándo estás aquí, pero han pasado muchas cosas y no me entra en la cabeza

cómo todas pueden estar relacionadas con él.

—Llevó aquí el mismo tiempo que vosotros, Smith.

La confesión de Matthew cayó sobre los piratas como un jarro de agua fría llena de cubitos de hielo.

Toda una secuencia de pensamientos cruzó por sus mentes como si estuviesen cronometradas, aunque eran de naturaleza bastante distinta. Smith solo pudo pensar en lo fácil que hubiese resultado encontrar respuestas si hubiesen tenido a la fuente de información accesible desde el primer momento, mientras que Hook solo pensó en lo triste que era que otra persona más lo hubiese estado engañando durante tanto tiempo. Se preguntó si Matthew los había estado observando desde la lejanía igual que Wendy lo había hecho desde la más absoluta cercanía.

—Antes de que digáis nada, tenéis que entender que no podía venir a hablar con vosotros hasta que se diesen las circunstancias idóneas —continuó el escritor con voz seria—. Empecemos por el principio: las lagunas de memoria. Es importante que sepáis que están provocadas por la magia y que por eso seguramente habéis sentido tanta frustración a la hora de pensar en Nunca Jamás o intentar hilar ciertos pensamientos. Tenéis parte de vuestros recuerdos borrados; todos los recuerdos felices de vuestra vida anterior están ocultos en vuestras mentes por la magia y necesitan ser activados de alguna forma para que regresen. Por eso estoy aquí.

—¿Por eso no podíamos recordar bien a Bell? —preguntó Smith.

—Y por eso fue tan fácil para Wendy engañaros, sí —respondió con pena el escritor.

Hook se levantó bruscamente de la silla y lo miró con ira, temblando. Su mente aún trataba de digerir lo que había descubierto sobre Wendy y descubrir no solo que el escritor llevaba allí meses, sino que también había sido consciente del engaño y no le había dicho nada, hizo que sintiera cómo le hervía la sangre, deseando salir de su cuerpo en forma de violencia física.

—¿Tú lo sabías? —inquirió apenas conteniendo la furia en su voz.

—Hook, ya os he dicho que…

—Sí, ya, que no era el momento, ¿pero de verdad pretendes que esa excusa de mierda me sirva? ¡Podías haberme abierto los ojos! ¡Podías haber impedido que me enamorase de ella como un jodido idiota!

Matthew suspiró y negó con la cabeza.

—Por desgracia, no, Hook. Era inevitable a la par que necesario.

—Vete a la mierda, Matthew.

El capitán pirata dio una patada a la silla, que cayó al suelo sobresaltando a los otros dos.

—Eh, colega, relájate —intentó tranquilizarlo Smith.

—No me puedo creer que precisamente tú me estés pidiendo eso —espetó Hook.

—No podemos estar perdiendo los nervios por cada cosa que nos cuente si pretendemos averiguar qué hay detrás de toda esta mierda, Hook. Duele como si te hubiesen clavado un puto cuchillo en los huevos, sí, pero es lo que hay. Así que te lo vuelvo a repetir: relájate y siéntate. —La seriedad de su amigo hizo que Hook chasquease la lengua y levantase las manos en señal de rendición. Colocó de nuevo la silla y se sentó—. Bien, Matthew, continuemos. ¿Las lagunas de memoria también tienen que ver con que no pudiésemos relacionar que la biblioteca tiene tu nombre?

—Y que yo soy el autor del cuento oficialmente publicado, sí. En vuestra mente tenéis la información, pero no la habéis recordado hasta que me has visto y has relacionado mis iniciales con el cuento y de ahí has hecho la conexión con el edificio. Es difícil de explicar y de entender, lo sé —miró a Hook de forma fugaz—, pero a menudo la magia lo es.

—Vale, ¿y qué tiene que ver Peter en todo esto? —prosiguió Smith, ordenándose a sí mismo ser el racional de los dos y dirigir aquella conversación.

—Todo lo que está ocurriendo en Dark Times se ha agravado por su presencia aquí.

—Pero nosotros hemos asumido que él ya llevaba un tiempo aquí.

—Y tenéis razón. Aclaro: se ha agravado por su presencia *corpórea* aquí.

Smith se quedó callado y miró a Hook, que le devolvió la mirada y supo que estaban pensando en lo mismo. En aquellas incursiones a la biblioteca habían tenido encontronazos con una especie de sombra, a excepción de la última vez, cuando ya tenía corporeidad. Su teoría más fuerte había sido que se alimentaba de magia y por eso adquiría más corporeidad con cada encuentro. No parecían ir del todo desencaminados, pero todavía había algo que no les terminaba de encajar.

—Veréis, la presencia corpórea de Peter hace que todo se tambalee, porque el equilibrio ha dejado de existir y la magia lo busca, siempre lo hará porque es su pilar fundamental —continuó Matthew—. Por eso las tormentas se han empezado a suceder con más frecuencia, las noticias han empezado a desaparecer de los periódicos, las muertes… La magia de Peter no es una magia cualquiera; es caprichosa igual que él y tiene una inestabilidad como solo puede tenerla un niño.

—Bueno, me parece una explicación un poco cogida con pinzas, pero supongamos que me lo creo —comentó Smith con la duda goteando de sus palabras—. ¿Cómo va a hacer desaparecer las noticias? Quiero decir, alguna desapareció cuando él todavía no era corpóreo, no podría ser capaz de tocar nada, ¿no?

—La magia de Peter no necesita el tacto, Smith. Solo necesita una intención.

—Doy fe —intervino Hook con voz melancólica.

El capitán se frotó la muñeca donde tenía la cicatriz y Smith pareció entenderlo.

—¿Las muertes de los fundadores han tenido algo que ver con eso? —preguntó el peliblanco al tiempo que ponía una mano reconfortante en el hombro de su amigo.

—Sí y no. Esas muertes eran inevitables y la magia de Peter ha influido, sí, pero a la vez formaban parte de algo mucho mayor. Algo que todavía no podéis saber —respondió Matthew—. Sin embargo, es importante que entendáis por qué la corporeidad de Peter va tan unida al poder de su magia.

—Supongo que cuanto más corpóreo sea, más poder tiene, ¿no? —dijo Smith.

—No es solo eso. La corporeidad de Peter no debería estar ocurriendo; él, al igual que vosotros, no pertenece a este mundo, por eso la ciudad está empezando a derrumbarse. La magia está buscando el equilibrio.

Smith pareció meditarlo unos segundos y una nueva pregunta tomó forma en su mente.

—¿Por qué estaba en la biblioteca? De todos los sitios en los que podría estar, ¿por qué precisamente ahí?

—Por el libro —respondió Matthew—. ¿Nunca os habéis preguntado por qué nadie se acuerda de quién es Peter Pan?

—Más de las que te crees, pero la única conclusión a la que llegamos fue que había dos historias distintas y que la gente de aquí solo conoce la versión en la que él no aparece —contestó Hook más calmado—. Tenemos dos libros que las contienen, pero nos dimos cuenta de que no eran historias gemelas, sino espejo. Dos versiones de lo mismo, en libros complementarios.

Los ojos de Matthew parecieron iluminarse de alegría y esperanza, y miró a Hook con expectación.

—Dime que tenéis esos libros aún.

El capitán pirata se levantó y cogió el libro que solo parecía responder a él de la mesa que había delante del sofá. Volvió a la silla y se sentó a la vez que se lo daba a Matthew. El escritor apenas pudo contener las lágrimas al ver aquel recuerdo que había creído perdido por completo. Contenía absolutamente todo lo que había que saber de Nunca Jamás, era su historia más preciada.

—Mi diario —consiguió decir entre tanta emoción.

—¿*Tu* diario? —preguntó Hook.

—Escribí en este diario todo lo que conseguí descubrir de Nunca Jamás e incluí también el cuento. Al final, acabó pareciendo más una enciclopedia sobre la isla que un diario en el sentido estricto de la palabra —explicó el escritor mientras pasaba los dedos por la cubierta desgastada del libro.

—¿Puedes explicarnos por qué solo puede leerlo Hook? —inquirió Smith dándole voz a la pregunta que tanto se habían planteado aquellos meses.

—¿Cómo? —Matthew pareció sorprendido por la pregunta.

—Sí, yo no puedo leerlo. Y la mam… *ella* tampoco podía. —Smith se aclaró la garganta y se tragó el nudo que se le había formado—. Además, cuando lo trajimos estaba en blanco, pero un día de repente se reveló todo.

—¿Cómo se reveló exactamente? —preguntó Matthew con el asombro dibujado en su rostro.

—No lo sabemos, fue un día que lo manché de sangre sin querer —contestó Hook y el escritor ahogó un grito.

—Muchachos, a veces la magia es maravillosa —comentó pasados unos segundos—. Creo que fue ella la que ocultó todo el contenido de mi diario hasta que llegó a la persona adecuada. Hook, tú tienes un vínculo muy estrecho con Nunca Jamás, creo que, al no estar yo presente, que era el dueño y el que tenía una conexión con la isla al haber escrito la historia, el libro esperó hasta que la siguiente persona con un vínculo similar lo activase, por decirlo de alguna manera, para mostrar su contenido. Creo que por eso solo lo hizo con tu sangre y eres el único que puede leerlo. —El escritor abrió el libro y hojeó por encima el contenido, comprobando que él tampoco era capaz de leerlo—. Efectivamente, eres el único.

Los piratas miraron el libro con curiosidad, asimilando la nueva información, pero Matthew no les dio mucho tiempo.

—Imagino que al comparar los dos libros fue cuando llegasteis a la conclusión de que eran versiones distintas de la misma historia —prosiguió, y los piratas asintieron—. La historia verdadera y original es la de este libro, como bien sabéis. La que los habitantes de Dark Times conocen es otra muy diferente, sin un personaje llamado Peter Pan.

—¿Por qué esa es la versión que ellos conocen? —preguntó Smith enarcando una ceja.

—Porque la magia borró la historia original, como ya habéis descubierto. Al no haber una historia original de base, la magia tuvo que crear otra para mantener el equilibrio, y creó la versión que conoce todo el mundo aquí. Y, por eso, no saben quién es Peter Pan, porque para ellos no existe.

—Pero el libro que encontramos en la biblioteca tenía una página de créditos con los datos de la obra original —añadió Hook.

—Puede que yo tuviese algo que ver en eso —confesó el escritor, avergonzado—. Quería daros alguna pista, pero no podía hacerlo de forma directa, por eso cambié las tapas de los libros, para que llegaseis a la página de créditos original de una copia que tenía yo.

—¿Entonces la gente te conoce aquí por ser el autor? ¿Por eso le pusieron tu nombre a la biblioteca?

—Puede ser, ya que la magia me otorgó la autoría de las dos versiones. Pero creo que fue una mera casualidad; la familia Edwards podría haber escogido cualquier otro nombre.

—Un momento… Ese libro se titula *Darling*. Ese es el apellido que tú le diste al personaje de Wendy en la historia original —aportó Smith.

—Es que es el apellido real de Wendy.

—¿Y ella no lo recordó cuando lo leímos?

—Supongo que sería una de las lagunas que tendría o que, de haber desbloqueado ese recuerdo, no sería algo que quisiera confesaros a ninguno —elucubró el escritor.

Smith se sujetó la cabeza con las manos y soltó un suspiro lleno de resignación.

—Hemos estado tan ciegos todo el tiempo que me siento estúpido, como si tuviese paja en lugar de cerebro en la cabeza.

—Creo que tampoco teníamos forma de saberlo, Smith —lo consoló su amigo.

—¿Y si sí la teníamos pero ella nos la ocultó y por eso no descubrimos nada y por eso hemos estado dando tumbos para todos los lados y por eso no averiguábamos nada y por eso todo se quedaba en el aire y por…?

—Para —lo cortó Hook—. Has entrado en bucle y no, Smith, no había manera de saber todo esto, ya está.

—¿Seguro?

El peliblanco miró a Hook con los ojos brillantes y la mirada del capitán pirata se suavizó. Revolvió el pelo de su amigo con cariño y le dio un apretón en el hombro.

—Te lo prometo.

Smith asintió y se relajó visiblemente, como si las palabras de su amigo fuesen todo lo que necesitase para poder tranquilizarse.

Matthew observó la fuerte conexión que había entre los dos y sonrió para sus adentros. Aquel vínculo era una de las primeras cosas que había escrito en el cuento, porque el amor y el respeto que había entre los piratas era lo más bonito que él tendría el privilegio de ver en toda su vida.

—Vale, otra pregunta —volvió a hablar Smith y Matthew lo miró con atención—. Has dicho que todo lo turbio que pasa en Dark Times es por la magia de Peter y todo eso, rollo las tormentas y esas vainas, pero… ¿por qué el número seis tiene tanta relevancia?

—¿A qué te refieres? —respondió Matthew, sin entender por dónde iba el peliblanco.

—Cuando pusimos por fin todo en una vista panorámica —hizo una pausa para señalar la pizarra que había en la pared, llena de todas sus teorías—, nos dimos cuenta de que lo que era común a todo lo que ha pasado en la ciudad era el número seis. No solo las tormentas tienen ese número en la fecha o la edad de la víctima, sino que hay seis reglas importantes en los eventos de Dark Times, los fundadores han muerto todos cuando han llegado a una edad que contiene un seis e incluso cuando comparamos los libros, vimos que en el de la biblioteca había seis frases desordenadas que rellenaban los seis huecos que nos faltaban en el poema que encontramos en este libro —señaló el que Matthew tenía aún entre las manos—, pero nunca hemos podido averiguar el porqué. Yo sugerí que igual era por Satán, pero nadie me creyó.

El retintín que usó el peliblanco en la última frase hizo que Hook pusiera los ojos en blanco.

—Por lo que sea, fíjate que Satán nunca fue mi primera opción en todo esto —comentó el capitán pirata.

—Pues igual debería haberlo sido, porque te lo estabas tirando.

—Qué bestia eres.

—Hombre, una santa desde luego no era, era lo más parecido a Satán que a otra cosa engañándonos así.

—Smith…

—¿Me dirás que no es verdad?

—No niego que algo de maldad debe de haber en ella, pero lo de Satán me parece un poco exagerado. Y sé que tú tampoco lo crees

de verdad.

Smith resopló y chasqueó la lengua con enfado.

—Bueno, pues igualmente Satán tiene algo que ver aquí, eso está clarísimo. Es *su* número.

—Luego hacemos una *ouija* para preguntarle, no te preocupes.

—La ironía no te queda bien, cap.

—No era ironía, lo decía en serio. Yo creo en lo que dices.

—Ya.

Smith lo miró de reojo y lo fulminó con la mirada, haciendo que Hook esbozase una sonrisa.

Matthew vio cómo el ambiente estaba más relajado y decidió intervenir para responder.

—En realidad, creo que la explicación es mucho más sencilla. No puedo afirmar que sea la correcta, porque nadie sabe todo sobre la magia, pero, como os he dicho antes, la magia de Peter es caprichosa y lo más parecido a la mente de un niño que os podáis imaginar, es decir, se comporta como lo haría un niño y puede que el número seis sea solo una simple coincidencia porque sea su número favorito. —Smith y Hook lo miraron arqueando las cejas y el escritor sonrió—. Aunque, no, tengo otra teoría que podría encajar mejor… No sé si os acordáis de la historia, pero los mejores amigos de Peter en el cuento son los Niños Perdidos y ellos eran seis. No sé si eso tendrá algo que ver, pero me cuadra que la magia actúe de esa manera y, al final, donde Peter ha sido más feliz siempre ha sido en el cuento.

Los piratas asintieron y asimilaron la información, sintiendo que las piezas del puzle iban encajando poco a poco en sus mentes.

Hook se levantó a colorear de verde algunas de las lagunas que habían tenido en la pizarra, y empezó por fin a verse algo de un color que no fuese el amarillo o el rojo.

—¿Y simplemente estaba en la biblioteca por el libro? —volvió a preguntar Smith.

—Me aventuro a decir que esperaba encontrar en él las mismas respuestas que vosotros.

—¿Cómo volver a casa? —intervino Hook con cierto pesar en la voz.

—Creo que siempre se ha tratado de eso. De volver a casa.

Nunca antes se lo habían planteado, tan concentrados como habían estado en la maldad de Peter Pan y en lo inestable que parecía ser. Se habían centrado tanto en ese detalle que se habían olvidado de lo más importante…

Peter Pan no era más que un niño que se había quedado solo.

Rebelde

El tonto de papá dice que soy muy rebelde. Dice que parece que ya soy ado… adosles… adoleste. ¡No! A-do-les-cen-te. ¡Eso! Pero no lo soy, todavía soy muy pequeño, solo tengo siete años. Pero el tío dice que eso es ser muy mayor. El tonto de papá no sabe nada, porque es tonto y no sabe.

Soy muy especial y muy listo, no muy rebelde. Rebelde es ser malo y yo no soy malo, soy tra-vi-e-so, que me lo ha dicho el tío y eso no es ser malo, es solo hacer tras-ta-das. Papá es tonto. ¡Tonto! Mamá y el tío son muy listos y lo saben. Papá es el rebelde, porque es tonto y eso es algo malo. Mamá dice que no diga que papá es tonto pero lo es, ¡LO ES! Yo no soy rebelde. Me voy al bosque con mis amigos para no estar solo pero no soy rebelde, no soy malo, soy muy bueno y muy especial. En el bosque mis amigos saben que soy el mejor, que soy muy especial y por eso me hacen caso. Porque soy el mejor.

Creo que mamá hoy no va a venir con la merienda. Creo que está enfadada, porque papá ha dicho que soy muy rebelde y me he escapado al bosque. ¡Pero yo no soy malo! Soy tra-vi-e-so. Seguro que el tío viene a buscarme. Si no, voy a buscarlo yo, porque es el mejor y quiero estar con él.

¿Y si voy nadando?

Soy un poco pequeño todavía, pero el tío dice que soy muy mayor.

¡Puedo hacerlo!

¡Mamá seguro que sonríe si me ve!

¡Seguro que está guapa!

28

Peter Pan y Wendy

Muchos años antes
en Nunca Jamás

Wendy Darling era una niña modelo. Su comportamiento era ejemplar, tenía muy buenos modales y siempre procuraba ayudar a sus padres, sobre todo en lo que respectaba a sus hermanos pequeños, John y Michael. Ella los adoraba, por eso quería darles muy buen ejemplo para que nunca tuviesen que llamarles la atención. Wendy iba al colegio todos los días con una sonrisa, pues le encantaba aprender y luego contarles a sus hermanos lo que le habían enseñado en clase. John también compartía con ella lo que él había aprendido, pero Michael aún era muy pequeño y prefería jugar solo en su habitación.

Los Darling tenían una vida tranquila. Su padre trabajaba, su madre se encargaba de los niños y el hogar, y los tres hermanos vivían sin complicaciones. El perro de la familia los perseguía por toda la casa cuando volvían del colegio y ellos no podían parar de reír. Wendy sabía que su vida estaba llena de felicidad y alegría y que no todos los niños tenían la fortuna de experimentarlo. No obstante, aunque para todo el mundo los Darling eran la familia perfecta, Wendy ocultaba un secreto que no le había contado ni siquiera a su mejor amigo, su hermano John, y era que siempre había soñado con salir de Londres. Se sentía culpable por querer dejar su vida atrás, pero era una niña soñadora que quería ver mundo, ver qué había más allá de aquella ciudad. Pero sabía que no

era posible, por lo que la resignación pesaba más y decidía centrarse en su felicidad.

Sin embargo, había momentos en los que esa felicidad se resquebrajaba y solo podía pensar en su sueño. Los días que su padre llegaba cansado del trabajo y no quería jugar con ellos, las tardes en las que su madre invitaba a sus amigas a tomar el té y les ordenaba quedarse en su habitación sin molestar, los días en los que su hermano John prefería leer a jugar con ella, las veces en las que mirar a su hermano Michael le provocaba escalofríos… Todos esos momentos eran pequeñas grietas que ella tapaba con parches en forma de risas e ignorancia. Nada podía tirar abajo ese muro de felicidad, por muchas veces que tuviese que repararlo. Por eso, se contentaba cada noche con asomarse a la ventana de su habitación y mirar el cielo nocturno. Veía a las estrellas protegiendo a la luna y recibía con gusto la luz que proyectaba, como si fuese capaz de visualizarse cumpliendo su sueño con tan solo mirar aquel enorme círculo que lucía casi todas las noches. El manto estrellado del cielo la consolaba y era en aquellos momentos en los que se recordaba que aún era una niña y que, cuando fuese más mayor, podría cumplir ese sueño y todos los que tuviese.

Una noche, Wendy se asomó a un cielo sin luna y con apenas estrellas. Parecía que la noche estaba reflejando su propio estado de ánimo de aquel día particularmente largo y triste. Sus padres habían discutido, John se había peleado con otro niño en el colegio y le habían roto las gafas, el perro se había escapado de casa y Michael había matado a un ratón que se había colado en la cocina y se lo había dejado a la vecina en el buzón. Su madre había puesto el grito en el cielo y había obligado a su hermano a disculparse, pero él se había negado y sus padres lo habían encerrado en su cuarto, así que aquella noche no habría historia, ni cuento, ni vaso de leche caliente con miel y galletas.

Wendy soltó un suspiro de resignación y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Ojalá pudiese salir de aquí, aunque solo fuese un rato.

Sus palabras cayeron en un susurro roto en la noche, pero alguien las escuchó. El cielo seguía decorado con apenas seis

estrellas, pero, de repente, una séptima apareció con un brillo inusual. Tenía una luz especialmente dorada, como si fuese una hija del Sol en lugar de una protectora de la Luna. Wendy entornó los ojos y vio cómo aquella estrella se hacía más y más grande, como si estuviese cada vez más cerca de ella. Se llevó una mano a la boca, sorprendida, y siguió observándola hasta que entró en el mismo espacio que ella y tomó forma.

Un niño la observaba atentamente con una sonrisa. En aquel momento, Wendy supo que sus plegarias habían sido escuchadas, pero no sabía quién era ni sabía si estaba allí para hacerle daño. El niño se apoyó en el alféizar de la ventana y ella se alejó, manteniendo la distancia entre ellos. Lo observó con detenimiento y vio cómo sus ojos brillaban con intensidad al mirarla y cómo un aura dorada lo rodeaba de pies a cabeza en forma de una especie de polvo delicado y brillante. Extendió una mano hacia él con intención de tocar aquel polvo extraño, pero el niño juntó sus manos. Ella sintió una descarga eléctrica y, de repente, sus pies dejaron de tocar el suelo. Estaba… ¿volando?

Wendy ahogó un grito seguido de una carcajada y se aferró con fuerza al niño, que la sostuvo aún con esa sonrisa dibujada en el rostro. Dieron vueltas por la habitación entre risas y, finalmente, descendieron de nuevo al suelo, parados uno enfrente del otro.

—¿Cómo es posible? ¿Quién eres? —preguntó Wendy con curiosidad y la mente aún llena de polvo dorado.

—Me llamo Peter, Peter Pan. Y esto es posible por el polvo de hada —contestó el niño y, tras chasquear los dedos, un estallido de polvo de hada se quedó suspendido en el ambiente—. Mi mejor amiga dice que no debería usarlo tanto, pero a mí me encanta volar.

—Ha sido divertido.

—Podemos hacerlo de nuevo, si quieres.

Wendy lo miró y cuando vio sus ojos brillantes, deseosos de seguir viviendo aventuras, sintió envidia. Envidió la libertad que parecía tener, la despreocupación que desprendían sus gestos, el hecho de que no tuviese que estar encerrado entre cuatro paredes escuchando los gritos de sus padres. Por eso, negó con la cabeza y se alejó un poco de Peter.

—¿Y tú cómo te llamas? —preguntó entonces él, ladeando la cabeza para mirarla con curiosidad.

—Me llamo Wendy.

—Qué bonito, Wendy. ¿Quieres ser mi amiga?

Ella observó cómo el niño extendía una mano en una ofrenda silenciosa sin perder la sonrisa, y ella se contagió de la diversión que bailaba en el rostro del niño.

—No te conozco. No podemos ser amigos si no nos conocemos.

—¿Quién dice eso? Creo que podemos ser amigos si queremos.

—No sé dónde vives.

—En Nunca Jamás.

—¿Y dónde está eso?

—Es una isla muy bonita en mitad del océano. Solo se puede llegar volando o en barco.

—¿Está muy lejos?

—No, está cerca. ¿Quieres conocerla?

Wendy pareció meditarlo un par de segundos y miró hacia la puerta de su cuarto. Recordó la discusión de sus padres y volvió a mirar a Peter, decidida.

—Me encantaría.

Tomó la mano de Peter y ambos salieron por la ventana rodeados de polvo de hada hacia la noche de pocas estrellas, en busca de los sueños de Wendy.

Cuando Peter Pan escuchó a Wendy lanzar aquel deseo a las estrellas, sintió un pequeño tirón que lo guiaba hacia ella. Esa primera noche le costó llegar hasta Londres; era la primera vez que viajaba tan lejos sin la compañía de Tinkerbell, pero ella no había querido ir. No comprendía por qué Peter quería salir de Nunca Jamás. Así que Peter se alejó solo y, tras un poco de esfuerzo, localizó a Wendy asomada a la ventana de su habitación. Vio cómo los ojos de la niña brillaban por las lágrimas contenidas y supo que serían amigos.

Percibió en Wendy la misma tristeza que tenía él en su corazón, la misma soledad.

Tras aquella primera noche, hubo muchas más. No en todas habían vuelto a Nunca Jamás; muchas simplemente habían volado por la ciudad, se habían sentado en las agujas del Big Ben a mirar las estrellas o habían dado de comer a las ardillas en los inmensos parques de la ciudad. Wendy era una amiga muy valiosa para él; lo entendía, comprendía lo solo que se sentía y le hacía reír. Peter deseaba que Tinkerbell los acompañase cada noche, pero la pequeña hada se negaba a abandonar Nunca Jamás y él siempre terminaba volviendo. Por eso, tenía que encontrar una solución para poder juntar las dos partes de su vida que más felicidad le brindaban: la vida en la isla y las noches en Londres junto a Wendy.

Y la encontró mucho más rápido de lo que creía.

Una noche, cuando llegó a la ventana de Wendy, la encontró vacía. No había ni rastro de la niña. Peter se asomó y echó un vistazo al interior de la habitación y vio a dos niños sentados en una de las camas. Uno era más mayor que el otro y se asustó al verlo asomado por la ventana.

—¿Quién eres? ¿Has venido a matarnos? —preguntó inquieto el niño, poniéndose delante de su hermano pequeño, que lo miró con frialdad.

—Soy Peter. Soy amigo de Wendy —contestó Peter desde la ventana, manteniendo la distancia para no asustarlos.

—¿De Wendy? Mi hermana solo tiene amigas y tú eres un niño —replicó como si esa lógica explicase que era imposible que Peter y Wendy fuesen amigos.

—Pues lo somos. ¿Cómo os llamáis?

—Yo me llamo John y este es Michael —respondió, señalándose a sí mismo primero y luego al niño pequeño.

—¿Y Wendy?

Peter se estaba impacientando al no ver a la niña. Nunca había fallado a una de sus noches de aventuras.

—Está en el baño, ahora viene. ¿Qué haces aquí?

—Ya te lo he dicho, soy amigo de tu hermana.

—Me aburro —dijo de repente el niño pequeño con voz aguda. Miró a Peter durante unos segundos y este se estremeció ante la inexpresividad de su mirada—. ¿Puedes volar?

—Ajá.

—¿Podemos volar contigo?

Peter quiso decirle que no, pero la inquietante mirada fría del niño lo paralizó. En ese momento, la puerta de la habitación se abrió y Wendy entró, cerrándola tras de sí. Una sonrisa iluminó su rostro al ver a Peter.

—¡Peter! —Corrió a abrazarlo y hundió la cabeza en su pecho—. ¡Qué pronto has llegado!

—No sabía que era pronto. Tenía ganas de verte —contestó él, y la niña se sonrojó.

—¿Has conocido a mis hermanos? ¡Te he hablado muchas veces de ellos!

Él lo sabía y también sabía que ellos eran el motivo por el que no quería abandonar Londres para siempre. Y, ante aquel pensamiento, la mente de Peter se iluminó como la llama de la vela que siempre encendía su tío para iluminar su camarote. ¡Tenía la solución!

—¿Y si hoy volamos todos a Nunca Jamás y les enseñamos la isla a tus hermanos? —sugirió Peter.

Wendy sonrió ampliamente y asintió con entusiasmo.

—¡Me encantaría! Va a ser muy divertido, ya veréis —añadió dirigiéndose a sus hermanos.

Peter sonrió y espolvoreó polvo de hada en los tres hermanos, cogiendo de la mano a Wendy, que se la dio a John, que se la dio a Michael. Formaron una cadena humana y salieron por la ventana, perdiéndose en la noche. Peter supo que aquella sería la última vez que volvería a Londres. Si sus hermanos viajaban con Wendy, ya no habría nada en la ciudad que le impidiese marchar y podría quedarse en Nunca Jamás con él.

Podrían ser amigos para siempre, nadie se lo impediría.

Y, simplemente, sonrió de felicidad.

29

La segunda pieza del dominó

Tic Tac nunca había sido propenso a ser impaciente. No estaba en su naturaleza y eso era precisamente lo que hacía que todos sus planes siempre saliesen bien. Dominaba a la perfección el complicado arte de la paciencia y nunca obtenía resultados que no fuesen satisfactorios, aunque a veces hubiese variables con las que no contaba que alteraban ligeramente el orden de los acontecimientos. Siempre llegaba al resultado que buscaba. Para ello, calculaba todo al milímetro y esperaba lo que fuese necesario. Sin embargo, con la lentitud que evidenciaba la chica a la hora de asimilar todo lo que le decía, a cada rato se preguntaba si no sería más fácil meterle un tiro en la frente y hacer las cosas él mismo, eliminándola de la ecuación. Complicaría un poco sus planes, sí, pero a veces era mejor no tener que esperar a que un peón hiciera su movimiento y directamente coger el poder y reinar sobre la situación.

No obstante, sabía que no debía adelantarse, por muy desesperante que fuese la poca inteligencia que había mostrado la chica. Realmente él no entendía del todo por qué le costaba tanto procesar la información, como si tuviese alguna emoción real en su interior que él fuese a creerse. Por eso, cada vez que la miraba, sentada frente a él en el despacho, aún pensando en todo lo que le había dicho, Tic Tac no podía evitar poner los ojos en blanco por dentro, manteniendo la estoicidad de su rostro, mientras saboreaba el *whisky* que se llevaba a los labios de tanto en tanto para paliar el

aburrimiento. Quería ser paciente y no reventarle la cabeza de una bala, pero la chica se lo ponía cada vez más difícil. Y ese pensamiento era cada vez más recurrente.

—¿Y si no quiero ayudarte?

La voz de Wendy cortó el tenso silencio que se había instalado en la habitación como un cuchillo afilado. Ladeó la cabeza, mirándola con diversión. Era asombroso cómo aún creía que tenía alguna elección y cómo, después de saber quién era él en realidad, pretendía jugar esa carta a su favor, como si no fuese parte de su plan.

—Ah, ¿pensabas que podías negarte? —inquirió él con un falso tono de sorpresa—. Creía que había quedado claro que no te estaba *pidiendo* ayuda. *Es* lo que va a ocurrir.

Habló despacio, vocalizando cada palabra. Estaba empezando a pensar que la chica debía tener problemas auditivos y que por eso le resultaba complicado comprender todo a la primera.

—¿No decías que no era una prisionera?

—Y no lo eres. Puedes irte cuando quieras, ya te lo he dicho, pero vas a ayudarme igual, estés aquí, en ese bar de mierda o en un puto agujero en el subsuelo. Si yo quiero que me ayudes, ten por seguro que nada va a impedir que lo hagas —advirtió él con dureza, perdiendo todo rastro de diversión en su rostro—. Resulta bastante patético que pienses que tienes elección en todo esto. Hazte un favor y deja de hacer el ridículo.

—También resulta bastante patético que repitas lo mismo cincuenta veces y yo no te digo nada. Sé que no me consideras tan estúpida, ridícula o patética, así que ahórrate los comentarios mordaces y acabemos con esta mierda —replicó la chica con ira.

La vio apretar los dientes y entornar los ojos y sonrió de lado.

—Guau, hermanita, eres toda una leona.

—No me llames así.

—¿Así cómo? ¿Hermanita? Es lo que eres.

—Ojalá no lo fuese.

—Dime, ¿qué cable se te ha cruzado ahora? Has pasado de estar lloriqueando por descubrir quién era a renegar de nuestro vínculo

familiar. No puedes negar lo que somos por mucho que te empeñes. Acéptalo, soy la única familia que te queda.

—Cállate.

Tic Tac sonrió ampliamente y vio cómo eso la enfurecía más.

—¿Sabes? Tengo curiosidad por algo —continuó hablando y, tal y como sabía, ella lo miró con la intriga brillando en sus ojos. Era extremadamente predecible, lo que la hacía el arma perfecta—. ¿Por qué no has vuelto a preguntar cómo me convertí en esto? Bueno, déjame reformularlo: ¿por qué no has preguntado si he sido siempre así?

La chica pareció meditarlo unos segundos y la vio juguetear inquieta con las manos, retorciéndose los dedos. Bajó la mirada hacia ellos, evitando encontrarse con el azul de sus ojos y Tic Tac lo supo. Su hermana era bastante avispada, aunque solo fuese en ciertas ocasiones.

—Ya lo sospechabas, qué interesante. ¿John también?

Vio el cambio en la chica nada más pronunciar el nombre de su hermano, y supo que estaba un paso más cerca de que la segunda pieza del dominó cayese. Era fundamental que volviese a recordar cada ínfimo detalle de su vida anterior, y para ello tenía que ir activando esos recuerdos poco a poco, para que su cerebro no se saturase y entrase en estado de *shock*, con el riesgo de que los volviese a borrar todos.

Wendy levantó la mirada de nuevo hacia él y su mirada se desenfocó, como si estuviese perdida en sus recuerdos. Le pareció interesante aquel cambio, ya que eso significaba que el cerebro de la chica estaba cada vez más predispuesto a recuperar la memoria, quizá sin ni siquiera necesitar un desencadenante.

—John… —Wendy sollozó y Tic Tac puso los ojos en blanco—. John, mi pobre John.

—Oh, deja de lloriquear.

La chica lo miró con rabia y se levantó furiosa de la silla, plantando las manos en el escritorio con fuerza.

—¡Déjame en paz! ¡Era nuestro hermano y me acabo de enterar de que un sociópata lo mató! Lloraré lo que me salga del coño te guste o no, chalado de mierda.

—Pues hazlo en silencio. Tengo muchas cosas que hacer y contigo lloriqueando es imposible. Recomponte y llora en silencio luego en tu habitación, porque no querrás que te ayude yo a tranquilizarte, créeme.

—¡Deja de amenazarme!

—Entonces, cállate de una vez y siéntate.

La chica se quedó muda ante la frialdad de su voz y terminó por sentarse a la vez que lo fulminaba con la mirada.

—Al menos sí que sabes acatar órdenes. No sé si quiero saber cómo te has vuelto tan buena en eso, pero le mandaré unas flores de agradecimiento a tu pirata.

—Eres asqueroso.

—Que sí, que sí. —Agitó una mano en el aire para quitarle importancia—. Volvamos al tema. Ya que tú no preguntas, te voy a contar una historia.

—No quiero escucharte.

—Bueno, y yo no quiero tener que lidiar contigo, supongo que ninguno vamos a tener lo que queremos en un futuro próximo, así que ponte cómoda, hermanita. Vas a necesitarlo. —Tic Tac le guiñó un ojo y ella hizo una mueca de asco en respuesta, a lo que él volvió a sonreír con diversión. Era tan entretenido sacarla de sus casillas—. Bien, ¿te acuerdas de papi y de mami? —preguntó con tono agudo Tic Tac y la mirada de la chica se desenfocó de nuevo, recibiendo el torrente de recuerdos—. Supongo que ahora sí, bien, justo a tiempo.

—¿Dónde están? ¿Están aquí? —inquirió la chica con voz desesperada, mirando a su alrededor, como si sus padres hubiesen estado escondidos en aquel despacho todo el tiempo.

—Quizá en el cementerio.

—¿Qué?

Wendy pareció haber entrado en *shock* ante las declaraciones de su hermano.

—Ahí es a donde van a parar los muertos, ¿no? Aunque aquí en Dark Times no hay cementerio, por lo que supongo que podemos estar seguros de que aquí no están.

—¿Y cómo sabes que están muertos?

—¿Qué parte de que yo tengo todos mis recuerdos no entiendes, hermanita?

—Antes de irnos a Nunca Jamás estaban vivos.

—Puede que sí… o puede que no.

Tic Tac la miró con intensidad y ella ahogó un grito.

—¿*Por qué* sabes que están muertos?

Tic Tac sonrió al escuchar la pregunta correcta.

—Porque yo los maté.

La chica jadeó y se tapó la boca con las manos mientras los ojos se le llenaban de lágrimas. Echó la silla para atrás, como si no hubiese espacio suficiente entre ellos dos, y lo miró con dolor. Tic Tac saboreó su reacción y notó cómo el miedo que sentía hacia él incrementaba. El ambiente se volvió más pesado, denso como una capa de oscuridad profunda que se pega en la piel, y él se sintió más a gusto que nunca.

—¿Có-cómo pudiste? Eras… un… niño —consiguió decir Wendy a duras penas.

—¿Ves? Ese siempre fue vuestro problema: subestimar a un niño solo por el hecho de ser un niño —respondió él con una calma llena de advertencias en su tono—. Quiero decir, hicisteis lo mismo con Peter Pan y mira lo que ocurrió.

—E-eran nuestros… padres. ¿Có-cómo fuiste… capaz?

—Porque era necesario. ¿Cómo si no íbamos a poder escapar de esa casa de los horrores? Deberías agradecérmelo, si no fuese por mí no estaríamos teniendo esta conversación.

—¿Qu-qué horrores? Yo… yo… no… yo no…

—A ver, que te lo explico, que parece que te cuesta. Dime una cosa, ¿no te acuerdas de los gritos de madre cada vez que padre le pegaba? ¿De sus lágrimas constantes, de sus lamentos por los pasillos mientras nos imploraba que nos cambiásemos de habitación, que nos escondiésemos? ¿No te acuerdas de cuando estábamos a solas con padre y a ti te trataba como a una criada mientras que a John y a mí nos ponía películas pornográficas y de violencia extrema para *hacernos hombres*? Dime, ¿no te acuerdas de los empujones, los tirones de pelo, las bofetadas, los escupitajos? ¿No te acuerdas, hermanita?

Tic Tac fue viendo cómo la mente de su hermana desbloqueaba recuerdo tras recuerdo, incluso aquellos momentos en los que él sabía que ella se había intentado autoengañar con una imagen de familia perfecta. Las lágrimas rodaron por las mejillas de Wendy sin control y, quizá y solo quizá, si él hubiese sido capaz de sentir igual que ella, en su cara se estuviese reflejando lo mismo. Pero no era el caso. Él solo recordaba la violencia, aquella vez que su padre los llevó a cazar y los obligó a matar animales sin descanso, sin tregua. No podía recordar nada más y tampoco quería. No había habido nada en su infancia que hubiese podido evitar que fuese como era. Lo llevaba en la sangre, era igual que su padre. Pero mucho más inteligente y comedido a la par que elegante, eso desde luego.

—Tranquilízate. Tu mente está intentando procesar todo lo que ha recordado y por eso estás abrumada —comentó Tic Tac cuando vio que la respiración de la chica se aceleraba y empezaba a faltarle el aire—. Respira, hermanita, que aún no ha acabado la historia.

Se acercó al minibar y le sirvió un *whisky* doble para que se tranquilizase. Le acercó el vaso y ella negó con la cabeza repetidas veces, mirándolo con miedo. Tic Tac puso los ojos en blanco, acercó la mano al pelo de su hermana y tiró de él suavemente hacia atrás. La chica se aferró a su brazo clavándole las uñas, pero él la miró con determinación.

—Abre la boca, Wendy.

No supo si fue el nombre o si simplemente abrió la boca para replicarle, pero en cuanto su hermana entreabrió los labios, volcó el contenido del vaso en su garganta. Le soltó el pelo y la chica tosió, tapándose la boca con la mano y mirándolo con rabia.

—¡Podría haberme ahogado, cabrón de mierda!

—¿Me crees tan poco original como para matarte de esa manera tan absurda? Por favor, no me insultes.

Volvió a sentarse en el sillón y la miró de nuevo. El cabreo se había impuesto al ataque de ansiedad, así que supuso que aquello era una victoria.

—¿Puedo continuar o tienes alguna pregunta? —dijo al cabo de unos segundos.

—¿Cómo fuiste capaz de matarlos? Estás chalado…

—De nuevo, te repito que más te vale agradecerme que lo hiciera.

—¿Por qué mataste a mamá? Puedo entender lo de papá, pero ella… ella lo daba todo por ti.

—Estaba sufriendo. Le hice un favor.

Él era consciente de la frialdad que destilaban sus palabras, pero no podía evitar que saliesen así de su boca. No tenía capacidad para sentir empatía de la misma manera que su hermana, y la realidad era que lo prefería así. No tenía ninguna necesidad de ensuciarse como ella al llorar.

—Me das… asco. Es repugnante cómo intentas justificarte —expresó la chica con una mueca de repulsión en el rostro.

—Oh, ¿piensas que me estoy justificando? No me arrepiento de matarlos, hermanita, no lo pienses ni por un segundo. Era un mal necesario que, de hecho, resultó ser especialmente útil cuando llegué a esta ciudad. Si me lo permites, te lo cuento. —La chica lo miró con incredulidad. Aún faltaban diez minutos para que la segunda pieza cayera, pero el tiempo no perdonaba, así que continuó—. ¿Te acuerdas de la noche que nos fuimos a Nunca Jamás? ¿Te acuerdas de qué ocurrió?

—Yo… estaba en el baño cuando Peter llegó. Cuando entré en la habitación nos propuso irnos a los tres y eso hicimos.

—¿Y por qué estabas en el baño, hermanita?

—No lo sé.

—Haz memoria.

—No… no… —La chica hizo una pausa y jadeó—. Estaba curando a mamá.

—Efectivamente. Tenía el labio partido, ¿verdad? —La chica asintió y él prosiguió—. Casi llegas tarde a la habitación, ¿sabes? Yo lo tenía todo planeado al milímetro, pero casi me lo estropeaste.

—¿Qu-qué?

—Nosotros no estábamos en tu habitación aquella noche por casualidad, Wendy. Lo había planeado todo. Yo sabía perfectamente quién era Peter, sabía que todas las noches te escapabas con él —la sorpresa se dibujó en el rostro de la chica, pero Tic Tac continuó—, por eso convencí a John esa noche para que fuésemos a tu

habitación y leyésemos un cuento juntos. Tenía todo preparado, solo quedaba que tú volvieses y nos fuésemos con él.

—¿Qu-e qué hiciste?

—¿Sabes lo fácil que se prenden las cortinas? Es sorprendente, pero apenas necesitan una chispa para quemarse. Ya le había echado el somnífero al té de la noche. La dosis de padre era bastante más baja, lo justo para dejarlo adormilado, pero que fuese consciente de todo, mientras que la de madre la dormiría por completo. Bastante había sufrido ya. —Desestimó su frase con la mano—. Coloqué las velas de forma estratégica en cada habitación, especialmente en el salón. Las cortinas se quemarían apenas nos fuésemos con Peter. Cada una de las velas estaba sujeta a un poco de hilo de pescar, y yo había atado todos los extremos a uno de mis cochecitos de juguete. Fue todo tan sencillo que resultó hasta aburrido.

—Estás loco…

—Puede ser, pero sigues aquí gracias a mí. En cuanto entraste en la habitación, tiré del coche de juguete y lo escondí debajo de la cama. Eso hizo que todas las velas cayesen sobre la tela de las cortinas. Segundos después estábamos saliendo por la ventana y la casa ardiendo.

—¿Y-y nu-nuestro perro?

—¿No te acuerdas de que ese mismo día se había escapado de casa? Dejé la puerta abierta para que se fuera. Bastantes animales me había hecho matar padre, no tenía necesidad de matar a ninguno más, aunque fuese un daño colateral.

Wendy jadeó y las lágrimas volvieron a invadir su rostro. Tic Tac se entretuvo mirando su reloj; ya era la hora. Cogió su móvil y miró la pantalla con una sonrisa en los labios. En el mensaje solo aparecía escrita una frase, pero no necesitó más: «Segunda pieza lista». Miró a la chica, que seguía llorando y le acercó una caja de pañuelos por encima de la mesa. Tenía que tranquilizarse y tenía que hacerlo ya.

Era el momento de irse.

—Vamos, vamos, venga, límpiate, estás asquerosa —comentó mientras la animaba a coger un pañuelo. Ella lo fulminó con la mirada, pero terminó cogiendo un par para limpiarse—. En fin, esa

es la historia. Cuando llegué aquí, simplemente falsifiqué todos vuestros certificados de defunción y tuve la fortuna de los Darling a mi disposición. Pensaba que sería más difícil teniendo en cuenta que no sé ni en qué parte de Inglaterra está este agujero infecto de Dark Times, pero resulta que fue todo bastante sencillo. —Hizo una pausa y tamborileó los dedos sobre el escritorio—. Ahora que lo sabes todo, seguro que te estás preguntando cómo puedes ayudarme tú en todo esto, ¿verdad?

—No pienso ayudarte con nada, eres un psicópata.

—Me alegra que lo hayas reconocido por fin.

—Estás chalado.

—Blablablá. Avancemos, ¿te parece? Que si no, no acabaremos nunca. —Tic Tac carraspeó y se levantó hasta colocarse delante de ella, apoyado en el escritorio y con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos—. ¿Sabes qué es lo que Peter Pan más quiere? Sé que en tu mente de adolescente en su día pensaste que eras tú, pero quiero creer que ya has asumido que no es así.

—*Ella* —dijo Wendy con voz áspera por las secuelas del llanto.

—Efectivamente. Peter Pan está obsesionado con Tinkerbell; él piensa que es suya, lo lleva pensando desde Nunca Jamás, y por eso resulta tan fácil saber cuáles son sus intenciones.

—¿Lo sabe?

—¿El qué?

—Que estás aquí. Que estás vivo.

—No. Pero no tardará en saberlo.

—¿Para qué me necesitas a mí si ya lo tienes todo pensado?

—Ay, hermanita, porque toda cacería necesita un cebo y, evidentemente, tú eres el mío.

Ella lo fulminó con la mirada y negó con la cabeza.

—Y una mierda.

—¿Quién mejor que tú, la que ha torturado durante meses a su bien más preciado, para atraerlo hasta donde lo necesito?

—¡Vas a hacer que me mate!

—No, hombre, no, no seas dramática.

—No te creo.

—Y haces bien, vas aprendiendo —concedió él, inclinándose para estar al nivel de su mirada—. La cosa es que, te mate o no, me importa más bien poco, siempre y cuando lo haga una vez yo haya conseguido lo que quiero. Ya lo que pase después…

—¿Pero tú te estás escuchando? ¿Y pretendes que te ayude?

—No tienes elección. Nunca la has tenido.

—¿No tienes todo el poder del mundo aquí? Seguro que tienes los medios suficientes como para ir a por él tú solo.

—Efectivamente, los tengo, pero el plan es otro y no voy a cambiarlo a estas alturas, mucho menos porque tú no cooperes. No me malinterpretes, prefiero que lo hagas voluntariamente, pero si tengo que someterte, no tengo ningún problema en hacerlo.

—Estás completamente loco.

Tic Tac la ignoró deliberadamente y señaló con la mano al ventanal.

—Esta ciudad tiene muchos más secretos de los que creía, pero he sido capaz de descubrirlos todos. Uno de ellos es que los nombres tienen mucho poder y, por eso, la biblioteca es el lugar perfecto para que todo se desarrolle tal y como lo he planificado.

—No pienso volver allí. Ese lugar está maldito —replicó ella cruzándose de brazos y desviando la mirada hacia la ventana.

—Vamos, hermanita, ¿eres tan valiente para plantarme cara pero te da miedo una biblioteca antigua solo porque un sociópata estaba escondido dentro? —La chica lo miró con sorpresa y él sonrió—. Yo lo sé todo, Wendy. Y, si te sirve de consuelo, él ya no está allí. Tengo vigilancia constante en el edificio y te puedo asegurar que lleva vacío desde que vosotros mismos salisteis de él cuando murió la bibliotecaria.

—¿Por qué yo?

—¿Todavía no te has dado cuenta? Eres el cebo perfecto. Eres a la que quiere matar, a la que quiere castigar por hacer daño a su mejor amiga. Si está en la ciudad, que podemos afirmar que sí sin lugar a dudas, ambos sabemos que no está simplemente esperando el momento adecuado. Te está buscando, y yo te voy a entregar a él en bandeja de plata.

—Estás muy seguro de que voy a hacer todo lo que dices sin resistirme.

—La cosa es, hermanita, ¿por qué ibas a resistirte? ¿Te queda algo que perder? Estás completamente sola, has engañado a tus queridos piratas, ya no confían en ti, y no tienes siquiera un propósito por el que vivir. Además… —se inclinó hacia ella y susurró en su oído—: estoy seguro de que tu querido pirata ya está con su verdadera… ¿Cómo te llama siempre? ¿*Reina*?

La chica apretó los dientes y lo empujó hacia atrás con asco y furia.

—No digas esa palabra.

—¿Te trae malos recuerdos? Entendible, supongo que no es plato de buen gusto saber que tu querido pirata ya está follándose a otra. Bueno, no a otra cualquiera, sino a la verdadera *reina* de su vida.

—¡Cállate!

Tic Tac sonrió, saboreando cada una de las reacciones de su hermana a sus pullitas.

—Blablablá. Pues eso, que solo me tienes a mí.

—Prefiero estar sola a que tú seas mi única opción.

—No, Wendy, no soy la única. Soy tu *última* opción para sobrevivir, pero si quieres hacerlo de verdad, tendrá que ser bajo mis términos.

La chica soltó un resoplido de frustración y lo fulminó con la mirada. Tic Tac sabía que su hermana estaba repasando en su mente todas y cada una de las opciones que creía que tenía, pero que pronto llegaría a la única conclusión posible: no le quedaba más remedio que aceptar. Estaba sola, nadie la quería y ya no le servía a nadie en aquella ciudad más que a él. Cuanto antes se diese cuenta de que todos los actos que se cometían tenían consecuencias, mejor. Más cuando las emociones estaban en juego, que resultan ser las más traicioneras. Su hermana era emocional y, más allá de eso, también se le daba demasiado bien *aparentar* que lo era y utilizarlo a su antojo; pero, como en realidad también sentía de verdad, esas emociones solían hacer que se implicase demasiado en lo que hacía. Y era justo eso lo que hacía que se metiese a todo el mundo en el bolsillo, como había ocurrido con los piratas. Por eso él era

infinitamente superior a ella en todos los aspectos. Las emociones nunca lo dominarían, siempre serían su herramienta para manipular a cualquiera. Eran una mera pieza más del juego y, gracias a ellas, supo cuál era la respuesta definitiva de su hermana antes de que saliese de sus labios.

Todas las emociones se dibujaron en su rostro: el enfado por darse cuenta de lo que le estaba proponiendo, la resignación al ser consciente de que no tenía más opciones y la soledad que sentía en todo su ser al recordar que si estaba en aquella situación era porque ella misma se lo había buscado.

Cuando no supo poner en palabras lo que pensaba y simplemente asintió, Tic Tac lo supo…

—Nos vamos —anunció, y salió del despacho seguido de su hermana.

La segunda pieza del dominó acababa de caer.

30

Empieza el juego

La tormenta había llegado. Las sombras nocturnas se retorcían en cada esquina de la habitación, haciéndola parecer aún más abandonada de lo que estaba. La iluminación del interior era tenue, procedente de la pequeña lamparita que había en la mesilla de noche junto a la cama, pero la ligera luz plateada de la luna iluminaba parcialmente la silueta que se encontraba junto a la ventana, recortándola contra la oscuridad.

Desde su posición en la cama, Tinkerbell observó a Peter Pan y lo primero que pensó fue en lo perturbador que le parecía que consiguiese estar tan quieto. El niño no movía ni un músculo, ni siquiera se distinguía el movimiento de su pecho al respirar mientras miraba fijamente por el cristal de la ventana, ausente. No parecía que estuviese en la habitación con ella. Era inquietante.

La chica se incorporó en la cama y se llevó la mano al cuello, palpando la herida ya cerrada. Peter Pan advirtió el movimiento y se acercó a ella, sentándose a su lado y mirándola atentamente.

—¿Te duele? —preguntó con una preocupación que Tinkerbell no llegaba a creerse del todo.

—No es nada —contestó retirando la mano.

Se aferró a la manta, como para mantener una especie de escudo entre ellos. Ella mejor que nadie sabía lo impredecible que era Peter.

—Va a pagar por esto, te lo prometo.

Tinkerbell se estremeció y negó con la cabeza frenéticamente.

—No, no, Peter, no. Por favor, déjalo estar y vámonos de aquí.

La voz de la chica sonaba desesperada, pero la mente de Peter Pan no pareció registrar ese sentimiento. Ella sabía que él solo era capaz de ver su herida, de pensar en la situación en la que la había encontrado y en cómo vengarse. El vínculo entre los dos era más fuerte que nunca, por mucho tiempo que hubiesen estado separados, e incluso con ella a punto de morir. Estaba infinitamente agradecida por que Peter la encontrara en aquella cabaña mugrienta y mucho más por que consiguiera sacar de allí a sus dos partes y les diese tiempo y espacio para que se curasen, pero sus ojos seguían reflejando la misma oscuridad de siempre y el miedo estaba empezando a hacer acto de presencia.

—No, Tink, no puedo hacerlo. Eres mi mejor amiga y te ha hecho daño. Alguien tiene que darle una lección —repuso con sequedad y enfado, levantándose de la cama y volviendo a la ventana.

Tinkerbell suspiró y se abrazó a sí misma para reconfortarse. Peter era frío como un témpano de hielo, eso no había cambiado, incluso se podría decir que se había vuelto peor que en Nunca Jamás. Se arrepentía de haberse ido con él cuando apareció en la cabaña, pero había sido consciente de que no tenía más opciones. Nunca se había sentido tan débil como en aquellos momentos, cuando quedaba tan poca magia en su interior que su cuerpo se había visto obligado a separar las dos partes de su naturaleza para poder proteger su esencia. Había intentado proteger a su parte sobrenatural, pero no había podido impedir que Wendy la apuñalase haciendo que toda la sangre y magia que quedaba en ella la abandonasen definitivamente. No quería ni pensar en qué hubiese ocurrido si Peter no hubiera llegado cuando lo hizo.

Lo que sí tenía que reconocerle a Wendy era lo cuidadosa que había sido. Aunque las últimas veces había estado perdiendo el control, siempre había llevado a cabo aquella extracción mágica de una forma pausada, con mucha paciencia. Había conseguido drenarla muy poquito a poco, manteniendo ese flujo constante sin llegar a matarla, para que su fuente de magia no se acabase.

De lo que Tinkerbell no estaba segura era de si Wendy había sido consciente desde el principio de las consecuencias que la magia robada le acarrearía a su cuerpo. La magia de polvo de hadas era

muy compleja, pues estaba directamente vinculada al nacimiento de las hadas y era el mecanismo que utilizaban para poder ejercer su vínculo de protección con su humano. Ese vínculo era el núcleo del polvo de hada y lo que hacía que fuese una de las magias más puras e infinitas del mundo, ya que, como el vínculo era irrompible, el polvo de hada no se acabaría nunca a menos que el niño o niña perdiese su alma, algo que era casi imposible. Por esa razón, era la magia que más consecuencias acarreaba robar, ya que el acto de robarla contaminaba su pureza y la magia se rebelaba.

Cuando Wendy había perdido el control y había apuñalado a su parte sobrenatural, Tinkerbell pasó miedo de verdad. No por la puñalada, ni siquiera por la perspectiva inminente de morir, sino por lo que vio en aquellos ojos. No había visto nada más que locura, oscuridad mezclada con ira, tan parecida a la de Peter Pan que había sentido el pánico corriendo por sus venas sin poder impedirlo. Cuando se negó a explicarle por qué tenía aquellos dolores de cabeza, Wendy perdió la poca cordura que le quedaba y usó su cuchillo, pero Tinkerbell supo que hizo bien en no decirle lo que tanto ansiaba saber. Supo que acabaría muerta de todos modos, por lo que no merecía la pena darle la información que quería.

En aquel momento, ya recuperada de aquel encierro, aún le parecía mentira poder tener todas sus partes unidas y sentir la magia chisporroteando por su cuerpo. Ni siquiera se creía del todo que pudiese chasquear los dedos y estallara una pequeña tormenta de polvo de hada, pero así era. La magia siempre volvía a su lugar de origen, a veces incluso sin ayuda.

La chica observó a Peter, que se había cruzado de brazos y miraba a la nada. Quería saber cuál era su próximo paso, pero, a la vez, no tenía ningún deseo de saberlo. Peter siempre tenía unas intenciones muy claras, a pesar de que la impulsividad ganase la partida y no fuese capaz de planificar nada, y tendían a ser catastróficas, sobre todo si alguien por el que sintiese afecto —como ella— se ponía en su contra. Por eso, Tinkerbell sabía que tenía que planificar muy bien su siguiente movimiento si no quería despertar la inestabilidad caprichosa que lo dominaba.

Se había obsesionado con la venganza contra Wendy por lo que le había hecho, y la magia de Peter había empezado un juego en el que ella no estaba dispuesta a tomar parte, por mucho que odiase a la chica por el calvario que le había hecho sufrir. Tenía que irse de allí antes de que todo acabase reducido a cenizas y la pillase en medio.

—Peter… —Tinkerbell tragó saliva y cogió aire—. Yo estoy bien, de verdad. No merece la pena hacer nada más, solo quiero estar contigo, con mi mejor amigo.

La chica intentó infundirle toda la verdad posible a su mentira, apelando a los pocos sentimientos de Peter o, al menos, a los pocos sentimientos que era capaz de sentir, que casualmente todos se relacionaban con ella.

—¡No! —rugió el niño, con los ojos destellando ira por doquier—. Va a pagar lo que te ha hecho, Tink, te lo juro por mi vida. ¡Ha sido traición!

—¿Traición? Peter, creo que ella no estaba bien mentalmente.

—¿Y por qué fue a por ti? ¡No estaría tan loca si te eligió!

—¡No lo sé, Peter! No lo… —La chica suspiró y se levantó de la cama con lentitud. Las piernas le temblaron ligeramente, pero consiguió sostenerse—. Quería mi magia, no sé para qué, pero la quería. Por eso me necesitaba.

—La magia no se roba, Tink, eso está *mal*. —Peter negó repetidas veces, entrando en un bucle infinito y dándose manotazos en la cabeza a la vez, como si su cerebro no pudiese procesar que alguien robase algo tan preciado—. Está mal, mal, mal, mal, mal, está mal.

Tinkerbell se fue acercando poco a poco a él, tragando saliva para controlar el miedo que sentía de que Peter perdiese el control como sabía que llevaba pasándole desde hacía tiempo. Apenas lo había visto en la cabaña, pero su vínculo, aunque debilitado, le había dicho que el control de Peter estaba cada vez más fuera de sí desde que había llegado a Dark Times, incluso en su forma incorpórea. Cuantas más veces la visitaba, más cerca estaba de la magia de polvo de hada, por lo que más corporeidad tenía y más magia. Y Tinkerbell sabía que solo hacía falta un desencadenante pequeño, ya

fuese una palabra, un gesto que Peter creyese ver o un objeto mal puesto, para que su magia terminase de descontrolarse y arrasase con todo a su paso.

Se acercó y le cogió las manos con cuidado para que dejase de golpearse. Peter la miró con los ojos anegados de lágrimas.

—Está mal, Peter, tienes razón. Pero eso no quiere decir que te haya traicionado, creo que simplemente quería magia.

—¡NO! —volvió a gritar él, negando una y otra vez con la cabeza y soltándose de su agarre—. ¡No! ¡No! ¡No! Ella me lo prometió, me lo prometió, ¡ME LO PROMETIÓ!

Las paredes se tambalearon ante los potentes gritos de Peter y Tinkerbell se estremeció.

—¡Me lo prometió! ¡Me lo prometió!

—¿Qué te prometió, Peter? —preguntó ella con voz suave entre sus gritos.

—¡Me lo prometió, Tink, me lo prometió! ¡Me prometió que nunca te haría daño, que nunca me haría daño, que seríamos amigos para siempre! ¡Me lo prometió!

Peter seguía gritando y Tinkerbell empezó a comprender lo ocurrido. Así como Wendy no parecía tener todos sus recuerdos, Peter y ella sí los tenían, y el niño recordaba absolutamente cada una de las palabras que había hablado con ella. Ese estaba siendo su desencadenante. Peter recordaba todos los momentos, toda su amistad, todo lo ocurrido entre ellos, pero Wendy no era capaz de hacerlo.

—Peter, creo que ella no se acuerda.

—¡NO! —bramó Peter de nuevo y las ventanas tintinearon, como si el cristal estuviese a punto de romperse—. Las promesas no se olvidan, ¡nunca! Las promesas entre los mejores amigos para siempre no se pueden romper, ¡NO SE PUEDE!

El niño dio pisotones en el suelo, como si una rabieta estuviese dominando su cuerpo, y Tinkerbell supo que el momento estaba llegando. El descontrol, la fuerza que tenía la magia de Peter y el caos en el que siempre estaba sumido su mente estaban a punto de ceder y quemar todo, sin necesidad de gasolina.

La chica sintió que le temblaban las manos y su instinto le dijo que tenía que salir de allí antes de que toda la casa se viniese abajo. Las paredes temblaban, las ventanas parecían frágiles y endebles y las sombras se habían comido toda la luz que había en la habitación. Fuera, la tormenta arreciaba y golpeaba con fuerza en el techo y en los cristales. Tinkerbell no tenía todas consigo de que la vieja casa aguantara.

—Peter, tienes que calmarte —intentó tranquilizarlo, pero no atendía a razones.

Gritaba y gritaba que las promesas no se rompían, que los amigos para siempre lo eran para siempre y que las traiciones se pagaban. No dejaba de golpearse la cabeza, de llorar entre los bramidos y de temblar. Se arrodilló en el suelo en mitad de la rabieta. Su caos mental se estaba reflejando en sus comportamientos erráticos, en sus palabras inconexas y en su propia corporeidad. Tinkerbell observó asustada cómo los bordes de su silueta comenzaban a diluirse, como si su sombra estuviese tomando el poder.

—Peter, por favor —suplicó la chica, aterrorizada, sin éxito.

El suelo de la casa tembló a la par que las paredes y Tinkerbell se agarró a las patas de la cama. Había visto a Peter perder el control muchas veces, y aquella ocasión se parecía demasiado a otra que ella aún recordaba de forma mucho más nítida de lo que habría querido. Ese recuerdo apareció con un fogonazo en su memoria y un rostro tomó forma entre sus pensamientos: aquel pelo largo y esos ojos azul nomeolvides que le quitaban el aliento cada vez que los miraba. Tenía que llegar hasta él y avisarle de que todo se repetiría, de que todo acabaría de la misma manera si no hacían algo.

Perdido en su enajenación como estaba, Tinkerbell supo que en aquel momento no habría manera de llegar hasta Peter. Tenía que encontrar una solución y si alguien podía tener respuestas, ese era su rey. Él la ayudaría a buscar una manera, aunque tuviese que abandonar a Peter durante unas horas. Sabía que traería consecuencias nefastas, pero el pánico atenazó su garganta y le impidió respirar cuando Peter levantó la mirada hacia la ventana y vio lo negros que estaban sus ojos. Tenía que salir de allí.

—¡LAS PROMESAS NO SE ROMPEN! —gritó el niño a las nubes, a los relámpagos y al agua que caía de forma torrencial por la ventana.

La onda sonora golpeó las paredes, los cristales, el suelo y los oídos de Tinkerbell con tanta fuerza que la chica cayó al suelo a la vez que los cristales de la ventana estallaban y el agua de la tormenta entraba dentro de la habitación.

Los cristales se esparcieron por el suelo.

El agua cayó en riadas por la moqueta, empapándola.

Un árbol del jardín se desplomó cuando un rayo lo fulminó.

Peter se hizo un ovillo en el suelo, negando con la cabeza sin poder controlar su poder.

Y Tinkerbell, asustada y con las mejillas empapadas de lágrimas, chasqueó los dedos y se hizo diminuta. Alzó el vuelo y llegó a la ventana en una milésima de segundo, desde donde observó al chico. Con el alma encogida, salió hacia la noche de tormenta en dirección a aquel neón rojo que apenas veía entre la lluvia.

Aquella sería su única oportunidad de escapar del que había sido siempre su mayor carcelero. Aunque en el fondo sabía que su alma nunca dejaría de intentar encontrar la redención para él.

Costara lo que costase.

31

El poder de los nombres

—Mira, sinceramente creo que si ahora mismo me pinchas o me haces una raja con un alfanje, no sangro —expresó Smith nada más Hook y él entraron en el Jolly Roger.

Habían necesitado un momento los dos a solas, alejados de Matthew, para intentar poner en orden sus pensamientos. El escritor lo había entendido y se había quedado en el piso intentando descifrar el libro mientras los piratas iban al bar. Desde la pantalla del portátil, Hook podía ver el salón y lo que hacía Matthew, que no se había movido de donde estaba. Una vez estuvieron en la barra, Hook saltó por encima y sirvió un par de chupitos de tequila para los dos. Se miraron, cogieron el vaso y se bebieron el contenido de golpe, haciendo una mueca. El tequila les quemó la garganta, pero desvió la atención hacia esa quemazón para alejarla del caos mental que tenían, por lo que lo agradecieron.

—Es demasiada información, la verdad —concedió Hook colocando la botella de tequila de nuevo en la pared de bebidas.

—Ya no es que sea demasiada, es que no sé ni siquiera si me la creo —comentó el peliblanco con la reticencia patente en sus palabras.

Desde que Matthew les había contado lo de las pérdidas de memoria, cómo la presencia de Peter Pan afectaba a Dark Times y todo lo demás, Smith no estaba seguro de si se creía una sola palabra de lo que les había dicho el escritor. Todo le parecía muy enrevesado y poco plausible, pero, cuando se paraba a pensarlo fríamente, era precisamente ese componente de imposibilidad lo que

hacía que fuese creíble, por muy loco que sonase. Aparte de que no creía que nadie se pudiese inventar semejante explicación tan rápido y de forma tan detallada, y teniendo la presencia de la magia de por medio, todo podía ser posible, hasta lo que sonaba completamente imposible.

El peliblanco suspiró y apoyó la barbilla en las palmas de las manos, con los codos encima de la barra, y miró a su amigo.

—¿No te gustaría, no sé, que la vida nos diese un poco de tregua? ¿Que algo fuese sencillo por una vez y que no tuviésemos que volver a decidir si confiamos en alguien o no, si nos creemos una historia o, no sé, que simplemente pudiésemos decir: vale, esto ha pasado y ya? —añadió al cabo de unos instantes.

—A estas alturas no sé ni lo que me gustaría, si te digo la verdad —respondió el capitán a la vez que apoyaba las manos sobre la barra estirando los brazos.

—¿Crees que es todo verdad?

—No sabría decirte por qué, pero sí. Confío en Matthew, aunque quizá no debería porque no sé si sigue siendo el mismo que en Nunca Jamás, pero confío en sus palabras.

El peliblanco asintió distraído y se perdió una vez más entre los pensamientos que navegaban por su mente sin orden ni concierto. Todo lo que les había contado el escritor no había hecho sino hacer que se formulase mil preguntas más, aplastando bajo su peso todas aquellas que habían sido respondidas. Era frustrante sentir que avanzaban un paso hacia delante y daban seis hacia atrás. Se sentía perdido, no sabía por dónde seguir investigando y ni siquiera *el qué* investigar. Llegados al punto en el que estaban, ya no estaba seguro de si había algo que investigar siquiera.

—Creo que deberíamos analizar qué preguntas queremos que nos responda ahora. No sé si nos dirá todo lo que queremos saber con lo críptico que es, pero creo que merece la pena intentarlo —sugirió Hook, sacando a Smith de su ensimismamiento, que suspiró y lo miró.

—Ya… —dijo distraídamente—. Mmmm… ¿Crees que sabrá quién es Tic Tac?

El capitán pirata se quedó pensativo unos segundos. Ninguno de los dos había caído en preguntarle por el líder del crimen organizado de Dark Times.

—No lo sé, pero, aunque creo que igual es una pregunta que merece la pena hacerle, no sé si es la más prioritaria.

—¿Qué quieres preguntarle primero?

—Teniendo en cuenta que Matthew lleva aquí el mismo tiempo que nosotros, quizá no es descabellado pensar que él sepa cómo llegamos a esta ciudad, por qué tenemos tanto conocimiento del mundo mortal y habilidades para sobrevivir y pasar desapercibidos en él y, sobre todo, igual también sabe por qué Peter se ha acercado tanto a nosotros intentando sembrar el miedo. Quiero decir, él sabía por qué estaba en la biblioteca, a lo mejor también sabe cómo se hizo corpóreo y por qué iba a por nosotros, ¿no?

El peliblanco lo meditó y no pudo más que darle la razón a su amigo. Parecían un pozo sin fondo en cuanto a las preguntas que les surgían.

—¿Crees que también sabría decirnos por qué pudo entrar en el piso? A lo mejor puede confirmar nuestra teoría de que es porque compartís sangre.

—No sé si sabrá tanto, pero ya no tenemos nada que perder.

—No sé, Hook, ¿no parece como que esta repentina aparición es muy conveniente? ¿Estamos en un callejón sin salida, sin información, con nada más que putas idas de olla en forma de teorías y de repente aparece Matthew con todas las respuestas en nuestra puerta? ¿No te parece sospechoso o, al menos, cero espontáneo?

—Lo he pensado, no creas que no, y te doy la razón. Matthew ha aparecido ahora por un motivo y no sé por qué, pero creo que no va a gustarnos cuando lo descubramos.

—Es que si lleva tanto tiempo en la ciudad, me parece muy poco probable que no nos lo hayamos encontrado nunca, porque uno —separó una mano de su rostro y levantó el dedo índice—, no es como si estuviésemos encerrados en casa y dos —levantó el dedo corazón—, de nuevo es muy conveniente todo. ¿Dónde ha estado escondido todo este tiempo? ¿En una puta cueva? Porque entiendo

que aquí la gente tiene que conocerlo y saber quién es si es un autor tan famoso, pero nadie ha comentado nunca nada sobre él. Es raro. —El peliblanco se frotó el puente de la nariz con dos dedos y volvió a hablar—: ¿Y has notado la devoción con la que habla de la magia? Como si supiera a la perfección cómo funciona. ¿Quién es esta persona que tenemos en el salón ahora mismo, Hook? ¿Quién cojones es *de verdad*?

—Me gustaría poder responderte, pero no lo sé —respondió el capitán, completamente resignado.

Smith suavizó el rostro y su tono de voz cuando volvió a hablar.

—Lo averiguaremos, cap. Ya lo verás —dijo apretando cariñosamente el brazo de su amigo—. Aunque pensándolo bien, a lo mejor no deberíamos haber hecho esa *ouija*. Igual no habría aparecido y hubiésemos podido seguir con nuestras vidas en paz. Viviendo en la ignorancia, sí, pero en paz.

Hook soltó una risa por lo bajo entre tanta tensión y negó con la cabeza.

—¿Ahora te estás arrepintiendo? Aún tenemos que hacer una para contactar con Satán y comprobar si tenía algo que ver en esto.

—Reservo una sesión con Trish Butcher y que contacte ella, yo paso.

—Ah, ya entiendo, ¿te da miedo volver a contactar con los muertos?

—Soy un pirata, no le tengo miedo a nada.

—A la oscuridad sí.

—¡Eso es distinto!

—¿Distinto cómo?

—Es un miedo muy válido, ¿vale? Y más en la situación en la que estamos metidos; hay oscuridad por todas partes.

—Lo que tú digas.

—¡Que sí!

—Vale.

—Te voy a terminar clavando el puntero de la *ouija*, te lo juro.

—Ajá.

—¿Y por qué ahora estás tan empeñado tú en usar la *ouija*?

—Yo no he dicho eso.

—¡Ah, no, no! Ahora reconoce que mis planes no son tan absurdos como insistes tantas veces.

—No sé de qué me estás hablando.

—Ay, cap, no pasa nada por reconocer la inteligencia suprema de tu mejor amigo, de verdad, no vas a perder tu masculinidad si lo haces.

—¿Y quién ha dicho que eres mi mejor amigo?

—Como si tuvieses otro, no te jode.

—Igual tú no lo conoces.

—Pasas más tiempo con tus manos y conmigo que con cualquier otra persona, creo que puedo estar completamente seguro de que soy tu mejor y único amigo, cap.

—¿Te dan envidia mis manos?

—¿Y a ti te da envidia mi inteligencia infinitamente superior?

Hook puso los ojos en blanco y Smith sonrió ampliamente.

—Ahora, vamos, tenemos un interrogatorio que hacer —dijo el peliblanco encaminándose hacia la puerta que conectaba con el piso.

—Esto no es una película policíaca, Smith.

—¿Tienes pruebas que confirmen eso? Porque tal y como yo lo veo, toda la trama de nuestras vidas parece sacada de una.

—No es un interrogatorio.

—Bueno, vamos a hacer preguntas a alguien que quizá las responda, quizá no, e igual tenemos que conseguir las respuestas por otros medios. ¿No es esa la definición literal de un interrogatorio?

—Que no es un interrogatorio…

—¿Quieres hacer de poli bueno o de poli malo? —preguntó el peliblanco ignorándolo deliberadamente.

—No hay poli bueno ni poli malo, Smith, que no es una película policíaca.

—Mmm… Te pega el poli bueno. Mucho pelito largo, mucha cara de vinagre todo el día, mucho imponer, pero luego eres un blando. Sí, definitivamente eres el poli bueno.

—¿Y eso te hace a ti el poli malo?

—¡Ajá! Así que admites que sí somos poli bueno y poli malo.

—¿Qué? Yo no he dich…

—Sí, sí, sí lo has dicho, ahora no vale retractarse.

—Qué paciencia hay que tener contigo, eres incorregible —refunfuñó Hook pellizcándose el puente de la nariz.

—Al menos yo no me he arrodillado ante alguien que no se lo merecía.

—¿No vas a dejarlo pasar, verdad? Aunque no tenga nada que ver con esto.

—Es lo que tiene pensar con la polla, cap, que las consecuencias luego son una mierda.

Hook se mordió la lengua y se cruzó de brazos una vez llegó a la puerta junto a él.

—Pues precisamente esta polla es con la que querías hacer un trío, así que yo no tentaría a la suerte si lo que quieres es que siga habiendo una posibilidad.

—A ver si el que tiene más ganas de hacerlo eres tú y no yo… —replicó el peliblanco abriendo la puerta que comunicaba con el piso.

—¿Por qué siempre tienes que tener una respuesta para todo?

Hook alzó los brazos en el aire, frustrado, y Smith soltó una carcajada.

—Porque soy genial, cap, simple y llanamente.

Ambos entraron en el salón y encontraron a Matthew en el mismo sitio donde lo habían dejado, con el libro cerrado entre las manos. Acariciaba la cubierta con mimo, como si no terminase de creerse que lo hubiese recuperado.

—¿Has podido leerlo? —preguntó Hook con curiosidad mientras se sentaban de nuevo en las sillas.

—No —negó el escritor—. Aún no puedo creer que de verdad se haya salvado. —Acarició de nuevo la cubierta con devoción y dejó el libro encima de la mesa—. Bueno, entiendo que todo es abrumador y que necesitabais un momento, pero, muchachos, el tiempo se nos echa encima y aún hay muchas cosas que no sabéis.

—Ni que se estuviese acabando el mundo —comentó Smith por lo bajini con retintín.

—Quizá el mundo no, pero Dark Times sí.

—Sí, sí, la magia y todo ese rollo.

Matthew suspiró y miró alternativamente a los piratas, observando su reticencia.

—Mirad, entiendo que todo esto es muy complicado y parece muy poco creíble, pero es lo que es. Tenemos que seguir avanzando incluso si no me creéis, no nos queda más remedio.

Hook y Smith se miraron y el capitán decidió coger las riendas ante las dudas de su amigo.

—Vale, sigamos pues. Tenemos muchas preguntas y de verdad espero, Matthew, que no nos contestes con evasivas. Creo que nos merecemos al menos la verdad.

—Os diré todo lo que pueda.

Los piratas asintieron, a sabiendas de que aquello era lo máximo que conseguirían de su parte.

—Si llevas en Dark Times el mismo tiempo que nosotros, ¿sabes cómo llegamos aquí? Quiero decir, ¿por qué surgió esta ciudad en concreto? ¿Por qué aterrizamos aquí como si lo supiésemos todo? Es como si hubiésemos pertenecido a ella desde el principio, con todos los conocimientos necesarios —preguntó el capitán.

—Porque es precisamente así como ocurrió, Hook. —Los piratas lo miraron estupefactos y Matthew continuó sin darles tiempo a que abriesen la boca—. Como ya os he dicho, la magia creó la otra versión del cuento cuando Nunca Jamás desapareció para mantener el equilibrio, pero eso no fue lo único que creó. También creó Dark Times. —Los piratas lo miraron boquiabiertos y Matthew prosiguió—. Aún no puedo desvelaros por qué, pero eso fue lo que ocurrió. De ese modo, cuando Nunca Jamás desapareció, surgió una versión alternativa: Dark Times. Y como vuestro hogar había desaparecido, la magia tuvo que reubicaros en uno de forma temporal: esta ciudad.

—Y por eso, como fue algo provisional, ¿ahora se está yendo todo a la mierda y la magia sabe que no estamos donde nos corresponde? —adivinó Smith, a lo que Matthew asintió.

—Eso es. Y, respondiendo a vuestra pregunta sobre por qué sabíais todo como cualquier mortal desde el principio, es precisamente por eso: la magia tuvo que daros un nuevo hogar, así que os lanzó en él como si lo hubiese sido desde siempre, con una

vida ya hecha, totalmente adaptados al mundo mortal y con todo lo que necesitabais para sobrevivir. Cuando aterrizasteis aquí, ya teníais el bar, ya teníais conocimientos informáticos, teníais todo, como si ya llevaseis tiempo viviendo aquí.

—Esto es una ida de olla en plan niveles extremos —comentó el peliblanco rascándose la nuca con nerviosismo.

—Es difícil de asimilar, pero la magia es muy complicada —concedió Matthew.

—Vale, pero una cosa… —intervino de nuevo el peliblanco—. ¿A Peter también le pasó lo mismo?

Matthew pareció meditarlo durante unos segundos, como si no tuviese todas las respuestas.

—Realmente creo que el caso de Peter es incluso más complejo. Él no llegó aquí en su forma corpórea, sino que se fue formando a lo largo del tiempo, por lo que creo que él sigue siendo el mismo Peter de Nunca Jamás, pero aquí.

—¿Y tendrá los recuerdos borrados como nosotros? —inquirió entonces Hook.

—Eso no sabría decíroslo, pero de lo que sí podemos estar seguros es de que sigue siendo el mismo Peter, con todo lo que eso conlleva.

—Hemos tenido varios encontronazos con él y te podemos asegurar que sigue siendo el mismo sociópata de siempre —afirmó Smith—. Que, por cierto, ¿por qué crees que ha venido a por nosotros?

—Tengo una teoría. Creo que simplemente estaba buscando a Tinkerbell.

Hook se puso rígido y lo miró.

—¿Cómo?

—Os olvidáis muy a menudo de que Peter es tan solo un niño que está roto y se siente solo. Él siempre ha considerado a Tinkerbell suya, ¿a quién si no iba a buscar?

—Pero la que estaba con nosotros no era ella, era…

—Lo sé, Smith, pero aunque fuese Wendy, tenía polvo de hada. Esa magia es lo que conecta a Peter con Tinkerbell, por lo que parece lógico que eso fuese lo que lo atrajese en primer lugar.

—Bueno, ese es otro tema, ¿de dónde cojones ha sacado la loca de Wendy el polvo de hada? —preguntó Smith y soltó un grito de frustración—. ¡Joder! Es que es imposible avanzar, todo son preguntas y preguntas y preguntas sin resolver, colega.

Hook miró con atención a Matthew al ver que no respondía al arrebato de su amigo y lo comprendió.

—Tú lo sabes.

El escritor asintió levemente y los miró con pena, en especial a Hook.

—Tinkerbell también está en Dark Times, Hook, desde el principio. No me preguntéis cómo lo sé, porque no puedo decíroslo, pero ha estado aquí todo el tiempo.

El capitán sintió cómo todo su mundo se tambaleaba. Su reina, su *verdadera* reina había estado en la misma ciudad que él todo ese tiempo y él no lo había sabido. Multitud de imágenes se sucedieron en su mente y solo la vio a ella, con su cabello rubio, sus pecas infinitas y sus preciosos ojos, aquellos en los que adoraba perderse cada vez que la miraba. Solo vio esa sonrisa que tanto le calentaba el corazón, esa timidez y esas mejillas sonrojadas.

Solo la vio a ella.

—¿Cómo? ¿Y sabes dónde coño está? ¡Tenemos que ir a buscarla! —saltó Smith.

Matthew negó con la cabeza, apenado.

—Me temo que no sé dónde está ahora mismo, muchachos. Pero espero de verdad que la encontremos pronto.

—¿Sabes si está bien? En nuestra grabación de seguridad aparecía con Peter, pero… —preguntó Hook y a Matthew se le encogió el corazón ante la vulnerabilidad que mostraba el capitán pirata.

—No lo sé.

Hook contuvo las lágrimas que estaban a punto de derramar y se frotó la cara con las manos para serenarse. No era el momento de perderse en su preocupación. Si quería dar con ella, tenían que seguir encontrando respuestas.

—Bien. Sigamos.

—Hook… —empezó a decir Smith.

—No, Smith. Sigamos.

Su amigo lo miró con preocupación, pero asintió y siguió con la conversación.

—Vale, si Peter también está aquí, pero no llegó en su forma corpórea, ¿cómo se pudo hacer corpóreo? Teníamos una teoría de que se alimentaba de magia, pero realmente no sabemos cuánta hay en Dark Times. Lo hemos visto varias veces, pero es cierto que no siempre era corpóreo.

—Vuestra teoría no es desacertada. Sí que tiene algo que ver con la magia y es que cuanto más cerca estaba de la magia de polvo de hada, que es realmente la fuente de su propia magia, más corporeidad ganaba.

—¿Por eso no dejaba de venir a por nosotros? ¿Por el polvo de hada? —preguntó Smith, haciendo memoria.

—Exacto.

Los piratas se miraron y asimilaron la nueva información.

—¿Crees que él sabía que Be… Wendy estaba fingiendo ser Bell? —inquirió el capitán pirata.

—No estoy seguro, pero Peter es muy listo, así que creo que sí —contestó Matthew.

Miró disimuladamente el reloj y vio que les quedaban pocos minutos. El tiempo apremiaba.

—Oye, y una vez fue corpóreo, ¿cómo coño pudo entrar aquí? —expresó Smith, como si estuviese pensando en voz alta.

—¿Por la… puerta? —repuso Matthew, atónito ante lo absurdo de la pregunta.

—Joder, Matthew —se quejó Smith, con una sonrisa divertida en la cara—. Tenemos instalado un sistema de seguridad en el que registramos nuestros calores corporales, de forma que nadie más podría entrar, solo nosotros. De hecho, lo comprobamos y el sistema provocaba unas quemaduras terribles a cualquiera que consiguiese entrar. Pero cuando revisamos las cámaras para averiguar qué le había pasado a Be… Wendy, vimos que tanto él como Bell habían entrado y ya era plenamente corpóreo. Debería de haber sufrido quemaduras graves pero estaba bien.

—¿Decís que el sistema solo tiene registrados los vuestros? —Los piratas asintieron y Matthew pensó durante unos segundos en una posible explicación—. No sé si lo sabéis, pero, en cierta manera, las hadas de protección como Tinkerbell son en parte también un trozo de alma de los niños y niñas a los que protegen. No lo sé a ciencia cierta porque no recuerdo exactamente cómo funciona y no puedo leerlo en el diario, pero al estar los dos juntos, es posible que Peter haya recuperado ese trozo de alma que quizá le faltaba, lo que ha hecho que el Peter al que Hook quiere y recuerda esté completo. Creo que por eso ha podido entrar, porque ha vuelto a ser su verdadera familia, no un ente vacío. No sé si me explico.

—Nuestra teoría iba por ahí, pensamos que, al compartir sangre, quizá por eso había podido entrar —explicó Hook y Matthew asintió —. No me parecería extraño si fuese eso. Al fin y al cabo, en el bar y en el piso solo puede entrar quien yo quiera y tiene sentido que si mi sobrino hubiese vuelto a ser él, lo dejase entrar inconscientemente.

—Pues ya podrías haberte aguantado las ganas, cap.

El comentario de Smith hizo sonreír vagamente a Hook y Matthew los observó con algo de pena aún en su mirada. Entendía que se estaban enterando de golpe de demasiadas cosas a la vez y ojalá pudiera darles el tiempo necesario para asimilarlo todo, pero apenas les quedaba tiempo.

—Oye, y… Esto es más curiosidad que otra cosa, pero… ¿los Niños Perdidos también están aquí? —preguntó Smith y, para su sorpresa, Matthew asintió.

—Sí, y de hecho los habéis conocido. Son una banda de delincuentes.

—Un momento… ¿Los Zorros?

Smith se quedó boquiabierto y Matthew volvió a asentir.

—Sí. Aunque los seis aterrizaron aquí, uno de ellos murió.

—¿Pero ellos saben quiénes son? —volvió a preguntar Smith.

—No lo creo. Tendrían los recuerdos borrados como vosotros y a menos que alguien los activase… No es probable que lo supieran. Y no creo que ahora lo sepan, porque han huido de la ciudad.

—No sé por qué pensaba que no podríamos salir de Dark Times —expresó Hook.

—Hasta donde yo tengo conocimiento, no hay nada que os lo impida.

Smith y Hook se quedaron pensativos durante unos minutos. Era demasiada información, sí, pero las piezas del puzle habían comenzado a encajar y sentían un chute de adrenalina en el cerebro. Era como si no pudiesen parar de hacer preguntas.

—Si la ciudad se está derrumbando, ¿es posible que nos afecte a nosotros también a nivel físico? ¿Nos puede pasar algo? —preguntó Smith pensando en lo que habían hablado días atrás sobre las consecuencias del tiempo.

—Creo que podemos afirmar que, si la magia está perdiendo el control al buscar el equilibrio, sí que puede llegar a repercutir de alguna manera en vosotros. Creo que la inmortalidad que teníais en Nunca Jamás puede empezar a tambalearse aquí igual que la ciudad, al ser algo que tampoco pertenece a este mundo. ¿Habéis notado algún cambio?

—A mí me ha salido una cana y a Hook le ha empezado a doler la cicatriz de la muñeca.

—Entonces creo que podemos afirmar que sí. La herida de Hook no es de este mundo y tu pelo blanco no es teñido, en realidad es natural, de modo que creo que por eso han empezado a salirte canas.

—¿Ves como no era lo mismo tener el pelo blanco que tener canas? —le dijo Smith a Hook, que puso los ojos en blanco.

—Claro, como es tan fácil distinguir uno de otro.

—¡Pues claro! No tienen nada que ver, pero como eres tan obtuso a veces…

—¿Y me lo dices tú?

—¡Yo no soy obtuso!

Matthew sonrió porque se alegró de ver que, a pesar de todo, seguían estando ahí para hacerse reír el uno al otro.

—Siento interrumpir, muchachos, pero el tiempo se acaba. —Matthew volvió a mirar su reloj y se levantó—. Tenemos que irnos.

—¿Qué? ¿A dónde? —preguntó atónito Smith, con la desconfianza reflejándose en sus ojos. No sabía si terminaba de fiarse del escritor.

—Tengo que enseñaros algo que os dará todas las respuestas que yo no puedo daros.

—¿Enseñarnos el qué? —inquirió Hook igual de desconfiado que Smith.

—La verdad. Y para eso tenemos que ir a la biblioteca.

—¡Ja, sí, claro! Estás chalado si piensas que voy a poner un puto pie de nuevo allí —exclamó Smith levantándose alterado de la silla—. Mis cojones, vamos. Ni loco.

—¿Por qué la biblioteca, Matthew? —preguntó Hook con una tranquilidad que no sentía por dentro.

—Como os he dicho, los nombres tienen poder. Además, ahí es donde empezó todo.

—No vamos a la biblioteca por Peter, ¿verdad?

—No, Hook.

—Vamos por ti. Porque lleva tu nombre.

El escritor asintió y lo animó con la mirada a seguir.

—Tú eres el que empezó todo o, al menos, tienes algo que ver.

El escritor volvió a asentir y Hook supo que terminarían acompañándolo. Ya no era una cuestión de confianza, sino de que todo acabase, de encontrar la verdad, destapar todas las máscaras y salir de aquel agujero a cualquier precio.

—De acuerdo.

—¡Pero como que de acuerdo! ¿Te has vuelto loco tú también o qué cojones te pasa? ¡Yo no vuelvo a ese lugar ni muerto! —se alteró Smith mirando a su mejor amigo con incredulidad.

—Smith, tenemos que hacerlo.

—¿Pero tú qué coño te has fumado?

—¿Confías en mí?

—Joder, ya sabes que lo hago, pero esto es una locura y no sé si me creo algo de lo que dice y no sé si confío en él y no sé si…

—Sé que no sabes muchas cosas, pero ¿confías en mí? —El peliblanco asintió—. Entonces, hazme caso y vamos.

—Te juro por Dios que como aparezca otra vez en plan *poltergeist* y quiera hacernos algo, te uso de escudo.

—Y yo te protegeré siempre, chiquitín.

El peliblanco se cruzó de brazos enfurruñado y los tres se dirigieron a la puerta que comunicaba con el garaje para coger el coche rumbo a la Biblioteca Barrie. Hook no sabía exactamente qué esperar de aquella excursión, pero algo le decía que allí se terminaría todo, que su reina estaba en el camino, que la encontraría y que nunca se separaría de ella. Y tan solo por eso todo riesgo merecía la pena.

Lo que él no sabía era que ella estaba mucho más cerca de lo que pensaba. Por eso, cuando abrió la puerta y la vio apoyada en el coche, tambaleándose, sus ojos se abrieron de par en par y buscaron cualquier señal de reconocimiento que le confirmase que aquello no era otro engaño como el de aquellos meses. Pero su corazón dio ese vuelco que solo daba en su presencia y lo supo: aquella era su verdadera reina, con sus pecas infinitas, sus mejillas sonrosadas y su aura dorada.

—¿Bell? —consiguió decir a duras penas. Sentía la garganta áspera como una lija.

—H-h-hook.

La chica suspiró y él corrió a abrazarla con fuerza. Bell hundió el rostro en el cuello del capitán y Hook sintió que por fin todo estaba en su sitio. Inhaló profundamente y el olor de la chica le llegó al alma.

Se separó un poco de ella y cogió su rostro entre las manos, sin poder dejar de mirarla. Estaba allí, con él. Era algo completamente irreal. Pero… estaba allí. Ni siquiera sabía cómo actuar. Después de tantos meses con su corazón engañado, después de tantas horas preguntándose si de verdad había estado enamorado de ella, después de pasar un tiempo interminable cuestionándose si su memoria parcial era la culpable de todo, allí estaba y él no sabía qué hacer. Estaba deseando besarla, acogerla entre sus brazos y no soltarla hasta fundirse con ella, pero, a la vez, no se sentía capaz. No se sentía merecedor de todo eso después de haberla traicionado de aquella manera durante tantos meses, incluso aunque no hubiese

sabido la verdad. Pero llegó un momento en el que sí la supo y decidió ignorarlo porque su corazón se impuso a todo lo demás. Se sentía sucio y sentía que no se merecía poder estar tocándola.

—¿Qué-qué…? —Smith no sabía ni qué decir mientras se acercaba a abrazar a su amiga.

Hook la soltó para que él pudiese abrazarla y se miró las manos. No sabía qué hacer con ellas, no creía que ella quisiera que la tocase cuando supiese todo.

Matthew observó la escena desde la puerta y Bell observó a sus dos piratas con ojos llameantes y llenos de lágrimas.

—¿Estás bien? —preguntó Smith, con las manos temblorosas mientras acariciaba el cabello de la chica.

—Sí, un poco débil, pero sí —contestó ella—. Ojalá tuviésemos más tiempo, pero tenéis que escucharme.

—¿Qué pasa? —inquirió el peliblanco ante la falta de respuesta de Hook, que seguía mirando a la chica como si no se creyese que fuese real.

—Peter… ha perdido el control. Ha sido terrorífico. Ha sido como… aquella vez.

La chica le cogió la mano a Hook y le acarició la cicatriz de la muñeca, haciendo que se estremeciese.

—¿Dónde está? —consiguió preguntar con voz áspera y seria.

—Lo he dejado en la casa abandonada donde estábamos, pero cuando no me encuentre…

Hook se olvidó de la repulsión que sentía hacia sí mismo y atrajo a la chica de nuevo contra su pecho. Ella dejó de temblar, aunque fuese por una milésima de segundo, al saberse protegida entre sus brazos.

—Pero… Va a por ella.

—¿A por quién? —El peliblanco apenas conseguía dilucidar lo que decía su amiga con el *shock*.

—A por Wendy. Quiere castigarla por lo que me hizo.

La chica se señaló el cuello y Hook sintió que sus ojos ardían de rabia. La culpabilidad llenó su corazón y soltó a la chica de nuevo, dándose un asco irrefrenable a sí mismo por haber estado en un contacto tan íntimo con la que le había hecho eso.

Bell supo lo que estaba pensando y negó con la cabeza.

—Hook… No.

—Aléjate. No… no puedo…

—Escúchame. —La chica se acercó con decisión y lo cogió de las manos—. No te culpo. Nada importa ya, solo nosotros. Tenemos que parar a Peter y solo podemos hacerlo juntos. Ya habrá tiempo para hablar de lo que sea después, pero no es tu culpa, rey, no lo es.

Hook cerró los ojos con fuerza ante el apodo cariñoso y reprimió las náuseas que le provocaba pensar en aquellos últimos meses. Verla hacía que reviviese toda la traición que había cometido y no lo soportaba.

—Tiene razón —intervino entonces Matthew, haciendo que Bell se fijase en él por primera vez.

—¿Quién eres?

—Puedes llamarme Matthew. Tenemos que irnos, muchachos, el tiempo se ha acabado.

El escritor pulsó un botón de su reloj que haría que todo se activase y los instó a meterse en el coche. No sabía cómo acabaría aquella noche, pero esperaba de verdad que los piratas encontrasen todas las respuestas que tanto ansiaban.

Era mejor que se enfrentasen a lo que venía con toda la información en su poder.

O, al menos, con toda la que fuese posible.

Posesivo

Tengo una mejor amiga. Es solo mía. MI mejor amiga. Se llama Tinkerbell y es la mejor, pero es solo mía.

MI mejor amiga.

Mía.

Mamá también es mía y el tío también. Papá también pero menos, porque es un poco tonto. Pero también es mío.

Tinkerbell dice que soy MUY especial, igual que el tío y mamá. El tonto de papá no lo dice, pero sé que sabe que soy MUY especial. Por eso tengo una mejor amiga que es solo mía, porque soy MUY especial. Si no eres MUY especial no puedes tener una mejor amiga solo tuya. Pero yo sí tengo una mejor amiga solo mía, porque soy MUY especial. A Tink no le gusta que diga eso, dice que soy muy pos… posi… ¡posivo! No, no, no es eso. Po-se-si-vo. Eso. Pero no es algo malo porque yo no soy malo. Papá dice que mamá es suya porque es SU mujer. Eso no es verdad, porque mamá es mía y el tío también, pero si el tonto de papá lo dice, yo también puedo decirlo.

Y Tink es mía.

Solo mía.

32
Refugio

Muchos años antes
en Nunca Jamás

Bell nunca había imaginado que consideraría un refugio un lugar tan pequeño como aquel camarote. Y mucho menos que se sentiría segura sin salir de aquellas cuatro paredes. Si lo pensaba fríamente, sabía que debería sentirse encerrada, atrapada y predispuesta a terminar de perder la cordura si seguía allí metida un segundo más, pero era más bien todo lo contrario.

A pesar de que aquel camarote era más amplio que el resto por ser el del capitán, no era especialmente grande ni tenía muchos muebles. En la estancia solo había una cama, una mesa con un barril a modo de silla, un baúl enorme para guardar ropa y otro barril más grande que hacía las veces de tocador, con una gran palangana y una jarra llena de agua. De forma anexa al camarote, había una puerta que llevaba a una letrina individual de la que solo hacía uso el capitán pirata, aislada de las letrinas comunes que usaban el resto de marineros. Sin embargo, el pirata se aseaba con el resto de marineros en la zona de cubierta destinada para aquella tarea, y permitía que Bell lo hiciera en la privacidad de su camarote con el agua y el recipiente que había llevado para que ella pudiese usarlos.

El camarote tenía un único ojo de buey por el que Bell pasaba ratos interminables observando el mar y lo poco que se veía de cubierta. A pesar de que llevaba ya varios meses en aquella

habitación, seguía sin atreverse a salir; el pánico irrefrenable que sentía hacia Peter Pan impedía que fuese capaz de poner un pie fuera del camarote sin sufrir un ataque de pánico. Por eso, había dejado de intentarlo. Se limitaba a observar el exterior a través del ojo de buey, a hacerse una pequeña bola en la cama o en el suelo y a esperar los momentos en los que el capitán pirata entraba en el camarote para llevarle comida o simplemente para pasar el rato con ella.

A Bell le sorprendía la gran cantidad de tiempo que Hook pasaba con ella. Como capitán del barco, ella había supuesto que apenas lo vería, ya que tendría que atender sus funciones para con su tripulación la mayor parte del tiempo, pero la realidad era justo la contraria: Hook pasaba el tiempo justo y necesario con sus marineros, y la mayor parte de su tiempo *con ella*.

Al principio, el pirata se había excusado en llevarle comida, pero pronto había empezado a aparecer con raciones para los dos y a sentarse en el suelo junto a ella para comer juntos, aunque fuese en absoluto silencio. Bell no podía evitar apreciar la nobleza del pirata y cómo su bondad siempre estaba presente en cada gesto que tenía hacia ella, pero lo que no estaba aún dispuesta a admitir era lo mucho que le gustaban todas aquellas cualidades. Al ser un hada que había nacido para ser la compañera de un niño, no estaba creada para sentir emociones más allá del apego por el niño de cuya risa había nacido, pero había notado que eso cambiaba más y más con cada día que pasaba junto al capitán pirata. Todo era nuevo para ella, y no podía evitar desear cada vez más esos sentimientos.

Alguien llamó a la puerta del camarote tres veces, terminando con dos golpes dobles muy seguidos. Era el código que Hook se había inventado para asegurarse de que solo le abriese a él y así mantenerla a salvo. Bell apuntó con la mano hacia la puerta y lanzó un pequeño estallido de polvo de hada que se coló por la ranura de debajo para avisar a Hook de que podía entrar. La puerta del camarote se abrió y el pirata entró cerrándola tras de sí, con una gran fuente en la mano.

—He traído fruta.

Se acercó a la cama y se sentó junto a Bell, dejando la fuente entre los dos.

La chica desvió la mirada hacia la fruta y apreció los vivos colores de las mismas: el rojo de la sandía, el amarillo anaranjado del mango… Las hadas no tenían las mismas necesidades que los mortales —ni siquiera las de los mortales que tenían vínculos con la magia, como Hook— y realmente no necesitaba alimento para poder subsistir, pero había aprendido a disfrutar de toda la comida que proporcionaba Nunca Jamás y, sobre todo, de lo que significaba: pasar tiempo con Hook. Bell levantó la mirada, cayendo en su mala costumbre de pedir permiso y se encontró con los ojos azul nomeolvides de Hook, que no habían dejado de observarla desde que había entrado en el camarote. La chica sintió cómo sus mejillas se encendían y entreabrió los labios a la vez que cogía un trozo de mango y se lo llevaba a la boca. El jugo de la fruta se deslizó por su barbilla y sintió que sus mejillas se enrojecían aún más cuando vio que la mirada de Hook seguía el recorrido del zumo hasta el cuello y un poco más abajo.

—Está muy rico —susurró Bell tímidamente.

El pirata pareció despertar de un trance y asintió levemente, cogiendo un trozo de mango y probándolo él mismo. Llevaba el pelo largo recogido en un pequeño moño, para descontento de Bell, que se había acostumbrado a verlo con el pelo suelto noche tras noche cuando el pirata se echaba a dormir en el suelo junto a la cama. Cada vez que lo veía con el pelo enmarcándole el rostro, Bell solo podía pensar en hundir las manos entre aquellas hebras y que se deslizasen entre sus dedos una y otra vez. Se imaginaba que Hook cerraba los ojos encantado con las caricias y que por fin se atrevía a hacer lo que sus ojos parecían transmitir cada vez que estaban a solas. Pero Bell no tenía experiencia en sentimientos humanos y no sabía realmente si existía algo en aquellos orbes azul nomeolvides o si estaba confundiendo la caballerosidad con otra cosa que ni siquiera sabría nombrar.

—Tienes razón, Bell —dijo el pirata con su característica voz ronca tras lamerse los labios una vez terminó de comerse el trozo de fruta.

Ella se estremeció cuando aquel timbre de voz llenó su corazón de calidez una vez más. La voz de Hook siempre conseguía llegar a todos los rincones de su cuerpo, especialmente si el pirata la llamaba por el nombre que ella le había dicho. Muchas veces, Bell prefería que no lo hiciese, porque sentía que cada vez que aquellas cuatro letras abandonaban los labios del pirata, su corazón se desbocaba y amenazaba con perder el control y ceder a sus instintos, aunque ella no tuviese muy claro cuáles eran.

La chica carraspeó y se limpió el jugo que aún le manchaba la barbilla y el cuello con un dedo, dejando un rastro ligeramente pegajoso en su piel que después tendría que quitar con agua. Hook se levantó de la cama y se acercó a su baúl a por un retal. Volvió a junto ella y alzó la tela, pidiéndole permiso con los ojos para poder limpiar su piel. Bell asintió y el pirata deslizó el retal desde su barbilla hacia el cuello, despacio, limpiando el rastro del zumo de forma lenta. Bell sabía que hacía aquello por pura amabilidad, pero no pudo evitar sentir otro escalofrío cuando la piel del pirata rozó la suya al deslizar la tela.

Hook se dispuso a bajar la mano por el cuello de la chica, pero antes de hacerlo volvió a mirarla a los ojos, pidiéndole permiso de la forma más intensa que ella había visto nunca. Bell entreabrió los labios y dejó salir un suspiro a la vez que volvía a asentir. Hook hizo descender el trozo de tela hacia el pecho de la chica, allí donde el zumo había seguido bajando por su piel inmaculada. Bell llevaba en ese momento una de las camisas del pirata, pero como ella era tan menuda, se deslizaba constantemente por su hombro dejándolo al descubierto, de modo que el pirata podía ver más piel de la que la camisa debería mostrar. Hook limpió todo el rastro de zumo, pero aun cuando Bell sabía perfectamente que no quedaba ya ni una sola gota, no hizo amago de parar el movimiento de la tela hacia abajo, dándole a Hook una libertad que ni siquiera ella sabía que quería darle para que siguiese acariciando su piel, así fuese con un retal de por medio.

—Aún queda un poco de jugo por aquí —musitó el capitán pirata mientras deslizaba la tela un poco más abajo, ya en el pecho izquierdo de Bell.

El retal rozó el pezón de la chica y ella se estremeció a la vez que el dedo meñique de Hook rozaba la curva del pecho, dejando la piel erizada a su paso.

Bell sabía que las manos del pirata no eran especialmente suaves debido a todos los ásperos cabos que usaba en el día a día, pero la delicadeza de cada uno de sus movimientos lo contrarrestaba y aceleraba el pulso de Bell con cada caricia. Hook rodeó la aureola del pecho de la chica con la tela, despacio, limpiando el jugo que ella sabía que no había y provocando que su pezón se irguiera ante el contacto.

La respiración de Bell se aceleró y se llevó una mano al cuello para intentar calmarse.

—¿Crees que queda zumo aún? —preguntó el pirata con la voz más ronca de lo normal, sin dejar de rodear el pezón de la chica con la tela.

Ella asintió en respuesta y, de repente, él cesó sus movimientos y alejó su mano. Bell lo miró sorprendida, pero el pirata se limitó a mover la fuente de fruta, dejando libre el espacio entre ellos para sentarse más cerca. Dejó la tela a un lado y cogió un nuevo trozo de mango. Lo acercó a la boca de Bell, que hincó los dientes en él, sintiendo cómo una nueva ola de jugo se deslizaba por su barbilla. Esperaba que Hook cogiese el retal de nuevo y lo limpiase, pero lo que sintió fue la respiración del pirata en aquella zona.

—Tienes razón, aún queda —murmuró segundos antes de posar su boca en la barbilla de Bell y limpiar todo rastro del zumo.

La chica contuvo la respiración por la sorpresa y abrió la boca para suspirar, pero el pirata le acercó de nuevo el trozo de fruta a los labios y ella lo mordió, provocando que más jugo se deslizase hacia su cuello. Hook se separó de su barbilla y ambos estaban tan cerca que Bell prácticamente podía sentir los labios del pirata rozando los suyos cubiertos del brillante zumo de la fruta tropical.

Él le acercó el último bocado de mango a los labios y Bell se lo comió bajo la intensidad de aquel azul nomeolvides. El jugo resbaló de nuevo por su barbilla y, aquella vez, la punta de la lengua de Hook siguió el recorrido del néctar en su camino. La humedad y la calidez de su lengua contrastaron con el escalofrío que recorrió a

Bell, que alzó las manos hasta el cabello del pirata y lo soltó de aquel moño, hundiendo por fin los dedos entre las suaves hebras y provocando que Hook soltase un pequeño gruñido. Bell echó la cabeza hacia atrás, dándole más acceso a su cuello y el pirata la cogió de las caderas atrayéndola hacia él con un movimiento suave, sin separarse de su piel. La chica reprimió un gemido ante aquel gesto que terminó resonando por toda la habitación cuando la lengua de Hook describió un largo recorrido cuello abajo hasta llegar a su clavícula. La camisa que llevaba puesta y que se había caído por su hombro no revelaba la totalidad de su pecho, pero eso no pareció ser un problema para el pirata, que rasgó la tela hasta que los senos de Bell quedaron al descubierto. Ella sintió que la cabeza le daba vueltas en cuanto la boca cálida de él se cerró en torno a su pezón izquierdo y succionó con suavidad. De nuevo, la delicadeza con la que Hook acariciaba su piel hizo que Bell se estremeciera y suspirara, su corazón acelerándose por aquel acercamiento que no sabía que necesitaba tanto.

—Hook…

El nombre del capitán resbaló de sus labios como una súplica. Bell quería más, pero no sabía exactamente qué. No sabía qué tenía —o quería— pedir, pero le parecía que Hook no estaba lo suficientemente cerca, que sus caricias no eran suficientes. Ella solo quería más de algo que no había sabido que era capaz de sentir.

—No sé qué me estás haciendo —murmuró Hook contra su pecho, rozando el pezón con los dientes y apretándole la cintura con las manos para subirla a su regazo. Ella se apoyó en sus hombros buscando estabilidad y sus caderas supieron mucho antes que ella lo que necesitaba, moviéndose en busca de fricción contra el cuerpo del pirata—. Eres la fruta más deliciosa que he probado nunca.

La chica suspiró y Hook succionó el pezón con fuerza, rodeando el otro pecho con la mano. Las manos de Bell se aferraron con fuerza al pelo del pirata y movió las caderas de forma involuntaria contra la parte más dura de él, buscando el alivio que su cuerpo le pedía a gritos. Un lamento se escapó de los labios de Bell cuando Hook cambió de un pezón a otro, dejando el anterior completamente húmedo y erguido a merced de sus dedos, que no paraban de

retorcerlo en la tortura más dulce. Movió de nuevo las caderas y el pirata se estremeció; aquello que ella ya había sentido firme pareció crecer aún más debajo de ella, buscando el contacto con la parte más suave y cálida de su cuerpo.

Bell no era del todo consciente de lo que significaba lo que estaban haciendo, pero sabía que su cuerpo estaba tenso como la cuerda de un arco y sentía que la flecha que sostenía saldría disparada en cualquier momento. También notaba cómo el pantalón de Hook se humedecía debajo de ella a cada segundo que pasaba, pero no sabía cómo ocurría, solo que quería más, que sus caderas querían moverse aún más rápido y que necesitaba contacto piel con piel con el pirata, sin importar nada más allá de estar pegados hasta que no hubiese manera de determinar dónde empezaba uno y acababa el otro.

—Búscalo, reina, busca lo que quieres —instó Hook en voz baja con su respiración rodeándole el pezón y el peso que tenía aquel apodo haciendo maravillas por la sensación de calidez que sentía en todo el cuerpo—. Solo un poco más.

El pirata debió de notar cómo mojaba aún más su pantalón y redobló sus esfuerzos en el pecho de la chica, tironeando de un pezón con los dientes y del otro con los dedos hasta que ella soltó un grito y tiró de su pelo. Sus caderas aceleraron los movimientos y el contacto entre sus cuerpos alcanzó su punto más alto. Todo eran sensaciones y el cuerpo de Bell llegó a su límite. La cuerda del arco se tensó hasta casi romperse, la flecha salió disparada y Bell se elevó por encima de todo. Una sensación completamente desconocida recorrió su cuerpo concentrándose en su parte más cálida, aquella que aún estaba en contacto con la parte más dura de Hook, y que no hizo sino humedecer aún más el pantalón del pirata, que no cesó de saborear el pezón de la chica hasta que ella terminó de disfrutar de aquella nube de éxtasis. Solo entonces, Hook se dejó llevar y su pantalón terminó de mojarse, sus cuerpos aún pegados con aquella tela de por medio.

Bell cerró los ojos cuando lo sintió estremecerse debajo de ella y se sintió poderosa teniendo a aquel imponente capitán derritiéndose bajo sus piernas.

Hook abandonó el pecho y sus labios subieron por la piel de Bell hasta su cuello. Ella se notó muy sensible, pero no quería que parara, que dejara de hacerla sentir bien. Quería más de aquel pirata que, aunque a veces la miraba como si quisiera devorarla de pies a cabeza, no hacía más que mantenerla a salvo. Hook la acarició con los labios hasta llegar al lóbulo de la oreja y, tras depositar un breve beso allí, se retiró y se miraron a los ojos, respirando ambos aún de forma acelerada.

—¿Estás bien? —La pregunta del pirata hizo que el corazón de Bell cantase para él.

En todo momento, el capitán velaba por su bienestar, por que no hubiese nunca ningún rastro de incomodidad y por que Bell tuviese siempre el control que tanto le había arrebatado Peter Pan.

Ella asintió y Hook retiró un mechón de pelo del rostro de la chica, colocándoselo detrás de la oreja.

—Has roto tu camisa —comentó Bell con un deje de diversión en la voz.

El pirata bajó la mirada hacia los pechos de la chica, descubiertos por la tela rasgada y una sonrisa bailó en sus labios.

—No puedo decir que no haya merecido la pena.

Los ojos de Hook se fijaron en aquella marca en forma de estrella que había justo en su pecho derecho, en el lugar donde estaría el corazón en el lado contrario, y Bell se sintió desnuda más allá de lo físico. Aquella marca era su identidad, el símbolo de su nacimiento como hada de protección.

—¿Es de nacimiento? —preguntó el pirata rozándola con un dedo.

—Cada hada tiene una acorde a su rol. La mía es una estrella porque soy un hada de protección, como las estrellas que protegen a la luna. Siempre fui la segunda estrella a la derecha, por eso la marca apareció ahí.

Él asintió y apretó su cintura de forma cariñosa, dejando de nuevo un pequeño beso en su cuello y apartando los trozos inservibles de la camisa hasta descubrirla por completo. Bell se ruborizó al encontrarse totalmente expuesta ante la mirada intensa del pirata, que descendió por su cuerpo hasta llegar más abajo del

ombligo, hasta el desastre de humedad que había en su pantalón. Ella levantó la barbilla de Hook para que dejase de mirarla allí donde se sentía más vulnerable y vio la picardía brillar en el azul de sus ojos.

El pirata acercó un dedo hasta aquel punto y lo recorrió con delicadeza, recogiendo con el dedo parte de la humedad que ella sentía aún acumulada. La chica se estremeció y vio boquiabierta cómo Hook se llevaba aquel dedo a los labios y se deleitaba con su sabor.

—No me pidas que deje de mirarte. No he sido capaz de hacerlo desde la primera vez que te vi y no voy a empezar ahora.

El poder que impregnaba sus palabras con aquella orden hizo que a Bell se le secara la boca y que Hook la mirase de forma aún más penetrante.

—Verte alcanzar el placer es probablemente de las cosas más maravillosas que he visto en mi vida, Bell —dijo el pirata mientras volvía a deslizar el dedo por aquel lugar húmedo, haciendo que la chica se enrojeciese de nuevo. Aquel dedo se coló dentro de su cuerpo y Bell cerró los ojos mientras sentía cómo Hook lo movía—. No me pidas que me pierda esto porque sería como quitarle el pan al más hambriento de los marineros —añadió el pirata mientras deslizaba otro dedo dentro de ella, cortándole la respiración—. Pídeme que me quite la sed con tu placer y te obedeceré. Pídeme que me quite el hambre con tu piel y también lo haré. Pero jamás me pidas que no te mire, no mientras tenga ojos con los que apreciar cada detalle del valioso tesoro que eres.

Bell apenas había podido registrar el significado de las palabras de Hook cuando trazó un círculo con el pulgar sobre aquel nudo de nervios que hacía que todo su cuerpo perdiese el control. El pirata sonrió contra el cuello de la chica y acercó la boca a su oreja.

—Recuérdalo, reina. Nunca dejaré de mirarte.

Y Bell supo que lo decía completamente en serio. Y justo en ese momento, se dio cuenta de que su destino estaba atado al de aquel capitán pirata desde el momento en el que ella había decidido buscar asilo en su camarote.

Ya habían pasado varios meses desde que su refugio había cambiado.

Ya no era un camarote.

Era él.

33
Traición

Muchos años antes
en Nunca Jamás

El barco estaba en completa calma. Incluso el agua del océano balanceaba el Jolly Roger de forma tranquila, como el arrullo de la nana más tierna del mundo. Los marineros estaban en la cubierta del barco, tirados en el suelo entre risas y juegos, sin preocupaciones. El cielo estaba despejado, sin nubes, y en el horizonte el sol estaba empezando a ocultarse, iluminándolo todo de tonalidades naranjas y rosas. Algún que otro pájaro surcaba el cielo y revoloteaba en torno al mástil del barco, mientras los peces y los delfines pasaban junto al casco. No había nadie al timón, el ancla estaba echada y las velas recogidas. Todo estaba, en efecto, en absoluta calma.

Por el ojo de buey del camarote del capitán pirata se colaban los últimos rayos del sol en su descenso hasta la línea del mar. Iluminaban la estancia con una luz cálida que besaba la piel del capitán y de su acompañante, ambos tumbados en la cama. Una sábana cubría la piel desnuda de la chica y tapaba la mitad inferior del cuerpo del pirata mientras permanecían acostados. La chica tenía la cabeza apoyada en el pecho de él, escuchando el latido de su corazón, y él pasaba los dedos por las hebras rubias despacio, saboreando cada momento. No hablaban, no era necesario. Después de haber subido a la cumbre del placer más arrollador juntos, habían iniciado el descenso hasta acabar con la respiración acelerada en

aquel catre. No necesitaban nada más que el contacto de piel con piel para sentirse completamente en paz.

Para Bell, Hook se había convertido en su refugio más sagrado, en aquel hogar en el que podía sentirse segura, respetada y cuidada en todo momento. Para Hook, Bell se había convertido en la luz que iluminaba cada segundo de sus días, aquel rayo de esperanza de poder, al fin, ser feliz con alguien y compartir su vida igual que lo había hecho su hermana Emma con Tristan. Y juntos se habían convertido en magia, en esa magia con la que soñaba el mundo entero a lo largo de su vida, aquella que llenaba el corazón y hacía que todo lo demás dejase de importar.

Aún perdida en las caricias del pirata, la chica levantó la cabeza y miró el rostro sereno de Hook. Nunca lo había visto tan relajado y algo en su corazón se calentó tan solo de pensar en que ella era la razón por la que estaba así. Tenía los ojos cerrados, las largas pestañas rozando sus mejillas y todas las facciones de la cara sin un ápice de tensión. Parecía incluso más joven.

Bell levantó una mano y le acarició la mandíbula con cariño, haciendo que el pirata abriese los ojos y la mirase. Ella se estremeció ante todo lo que vio en ellos: sentimientos delicados pero fuertes, emociones de las que traspasaban todo tipo de barreras y deseos de los que dejaban la mente nublada y las piernas temblando.

Ninguno de los dos habló. Siguieron acariciándose y cruzando miradas, sin que las palabras interrumpiesen el cómodo silencio que se había instalado en el camarote. Bell deslizó los dedos delicadamente por el rostro de Hook, la mandíbula, las mejillas, la frente, la nariz, los labios… Aquellos labios que había sentido por todas partes, dejando un reguero de fuego a su paso por su piel. Aquellos labios que siempre tenían algo que decir, aunque no fuese con palabras. Le acarició el labio inferior y Hook le mordisqueó la yema del dedo pulgar, haciendo que soltase una risita y reprimiese un escalofrío. Bajó la mano a su cuello y acarició el punto donde el pulso del pirata latía con un compás lento. Después, la bajó hacia su pecho y la colocó justo encima de su corazón, que latía contento y feliz.

—Me gusta verte así —dijo, el cariño tiñendo cada una de las palabras.

—¿Desnudo? —preguntó el pirata con una sonrisa pícara, haciendo que ella se sonrojara.

—Relajado. Feliz.

El pirata sonrió ampliamente y en un movimiento rápido la cogió por la cintura y la colocó encima de él por completo. Ella ahogó un grito al sentirlo contra ella a través de la sábana y se apretó contra el pecho del pirata para ocultar su desnudez, muerta de vergüenza.

—Eso es porque tú me relajas. Y me haces feliz —contestó Hook con una sinceridad que caló en lo más hondo del alma de Bell, que vio la transparencia y honestidad en el azul nomeolvides de los ojos del capitán.

—Yo no he hecho nada —musitó sin dejar de mirarlo.

—Lo has hecho todo, reina.

El pirata deslizó una mano por la nuca de Bell y la atrajo hasta su rostro para juntar sus labios. La chica sintió que se derretía contra él una vez más y los entreabrió para dejarle paso y poder saborearlo. Hook la besaba siempre con todo lo que tenía: con fiereza, con fuego, con delicadeza y con amor. Lo transmitía en cada roce de labios, en cada caricia de lengua, en cada mordisco de dientes, en cada gota de sabor. Era un caos de emociones que Bell siempre saboreaba cuando estaban juntos y que explotaba en su boca cada vez que él juntaba sus labios. Enredó los dedos en el cabello del pirata y sintió que temblaba cuando la mano de él recorrió todo su cuerpo.

—Me gusta estar aquí, contigo. En calma —susurró el capitán pirata contra los labios de la chica, que asintió con la cabeza a duras penas mientras seguía besándolo—. Eres mi hogar.

La chica gimoteó y él mordisqueó su labio inferior. Los dos se perdieron entre besos y roces, caricias y temblores, ajenos a todo lo que los rodeaba. Estaban tan inmersos en aquella burbuja de seguridad y de refugio que no notaron el cambio en el ambiente… Ya no entraban los rayos anaranjados del sol por el ojo de buey, no había pájaros cantando en el cielo, ni había un vaivén calmado. El agua había comenzado a agitarse y el barco se tambaleaba a la par

que una espesa negrura imposible de disipar rodeaba el navío. Los gritos de los marineros empezaron a sucederse ante aquella repentina oscuridad y unos golpes en la puerta del camarote del capitán sacaron a Bell y a Hook de aquel sueño en el que estaban sumidos.

—¡Cap! ¡Cap! ¡Te necesitamos! ¡Cap!

La voz de Smee estaba impregnada de urgencia y desesperación, pero no fue eso lo que hizo que Hook reaccionase: fue el miedo, el terror inconfundible que percibió en la voz de su amigo.

El capitán y la chica se separaron y se vistieron a toda prisa. Hook cogió su arma y su alfanje, preparándose para lo peor, y recorrió el camarote entero en dos zancadas. Bell avanzó pegada a sus talones, pero el pirata se giró y negó con la cabeza.

—Te necesito a salvo, reina. No sé qué está pasando, pero no puedo ponerte en peligro —dijo Hook, casi suplicando.

—Quiero ir contigo, quiero ayudar, yo, yo… —replicó la chica, pero él le cogió el rostro entre las manos y la miró con intensidad.

—Lo sé, no sabes cómo lo sé. Pero no puedo perderte. Cuando sepa qué está pasando, vendré a buscarte. Por favor, quédate aquí. Protege mi hogar —rogó el pirata juntando sus frentes. Bell contuvo las lágrimas y asintió, sintiendo cómo él le rozaba la frente con los labios—. Vuelvo enseguida.

Hook salió del camarote y cerró la puerta tras de sí. Sus ojos se enfocaron en la escena que tenía delante y supo que nada podría haberlo preparado para lo que se encontró.

Peter Pan se estaba volviendo loco. Sentía que su mente iba a toda velocidad, intentando deducir dónde podría encontrar a su mejor amiga. ¡No la encontraba! Peter había dado vueltas y vueltas alrededor de la isla en su busca; había recorrido de arriba abajo cada hectárea del bosque, cada cueva, cada recoveco, cada tronco de árbol vacío, cada playa… Todos y cada uno de los rincones en los que había estado con su mejor amiga le habían venido a la mente y los había comprobado uno por uno, pero no estaba. No la

encontraba. Y estaba preocupado. ¡Tenía que encontrarla! ¿Y si le había pasado algo? No podía permitir que le pasara nada, no podía, no podía. ¡Tenía que protegerla!

Sentado en la arena de la playa, miró hacia el mar. Había revisado también las cuevas submarinas que tanto les gustaba explorar y cada uno de los salientes de roca planos en los que podría sentarse. Pero no estaba. Entonces, su mirada se dirigió hacia el único otro lugar en el que podría estar: el barco de su tío. No entendía cómo era posible, pero estaba allí. Siempre que la buscaba, la encontraba y conseguía salvarla y protegerla de todo el mundo, como le había prometido que haría siempre. Pero se la habían vuelto a llevar y eso él no podía permitirlo. ¡Iba a salvarla!

Se levantó y alzó el vuelo rápidamente hacia el Jolly Roger, sin darse cuenta de toda la oscuridad que arrastraba detrás de él. Su sombra había empezado a diluirse por los bordes, pero él seguía teniendo el control. El mar comenzó a agitarse, el aire se levantó y la negrura tapó todos los colores del atardecer.

Llegó al Jolly Roger en apenas unos segundos y plantó un pie en la cofa. Nada más rozar la madera, el barco comenzó a temblar y Peter sonrió. ¡Estaba allí! Sentía el poder de su magia, como si esta supiera que estaba cerca de Tink. Todo temblaba, haciendo que los marineros cayesen por la cubierta, resbaladiza por el agua de las olas que se habían levantado. Los vio agarrarse a todo lo que podían, pero los temblores y el vaivén del barco eran mucho más fuertes.

Un marinero de pelo blanco levantó la mirada hacia la cofa y Peter supo que no vio más que su sombra recortada contra el cielo, pero bastó para que huyese despavorido hasta el camarote de su tío. Lo vio aporrear la puerta y, momentos más tarde, vio salir al hermano de su madre. Una de las tres personas a las que más quería en el mundo. ¡Él podría ayudarlo! Seguro que sabía dónde estaba Tink y la había estado cuidando hasta que él llegase, porque su tío era la persona más buena del mundo.

—¡Peter, basta! ¡Cálmate, baja aquí!

La potente voz de Hook llegó hasta la cofa en medio de los gritos de los marineros y Peter sintió que su magia remitía un poco, como

si la familiaridad de la voz de su tío la hubiese calmado.

—¿Dónde está? —preguntó el niño con impaciencia, sin moverse de la cofa.

—¡Baja y hablamos! ¡Te ayudaré!

Peter se lo pensó un par de segundos y asintió antes de descender a cubierta. Su tío era la persona en la que más confiaba junto con su madre y su mejor amiga. Solo él podría ayudarlo. Seguro que podría ayudarlo a encontrar a los marineros que se habían llevado a su amiga y a castigarles por ello.

—¿Dónde está? —volvió a preguntar una vez tocó la madera de la cubierta. Ladeó la cabeza y observó a su tío atentamente.

—Peter, tienes que calmarte. Tienes que dejar de hacer que tiemble todo —respondió Hook, evadiendo la pregunta a fin de conseguir tranquilizar al niño antes de que el barco terminase con daños graves y se hundiesen en el océano.

Peter entornó los ojos y se preguntó por qué su tío no quería contestarle. Su mente aceleró el ritmo de sus pensamientos y los bordes de su sombra se difuminaron aún más.

—¡Respóndeme! —bramó con furia alzándose unos centímetros del suelo para poder mirar a su tío desde arriba. ¿Por qué no contestaba? El barco se sacudió ante la fuerza de su voz y los marineros gritaron, asegurando todo lo que podían en cubierta y agarrándose de nuevo a lo primero que conseguían alcanzar—. ¿Dónde está Tink?

—Está bien, pero tienes que parar. Vas a hacer que nos ahoguemos —respondió Hook con la voz serena, intentando aparentar una tranquilidad que era evidente que no sentía, si los temblores en la mano con la que sujetaba el alfanje no eran suficiente pista.

Peter sintió que se enfadaba aún más al ver cómo su tío volvía a evitar la pregunta. No entendía por qué no quería decirle dónde estaba su amiga, no lo entendía.

—¡Contéstame! ¡Dime dónde está! —gritó enfurecido el niño, perdiendo el control con cada segundo que pasaba. Los bordes de su sombra se habían fundido con la oscuridad que lo rodeaba y esa

negrura empezaba a comerse el blanco de sus ojos—. ¡¿A QUIÉN ESTÁS PROTEGIENDO?!

Hook tragó saliva y apretó la mano en torno al alfanje al mismo tiempo que ponía el dedo de la otra sobre el gatillo del arma que tenía. Pero Peter estaba seguro de que su tío nunca le haría daño, por lo que dejó que su magia se descontrolara un poco más y lo fulminó con la mirada.

—¿QUIÉN HA SIDO? ¿QUIÉN SE LA HA LLEVADO? —insistió el niño mirando con ojos frenéticos a su alrededor, observando a todos los marineros.

La tripulación lo miró con terror, algunos con lágrimas en los ojos, aferrándose al cabo, a la barandilla o al palo más cercano con tal de no caerse del barco. Peter solo vio miedo, el pánico más crudo y atroz y se sintió infinitamente más poderoso, haciendo que la oscuridad aumentara y envolviese el barco en una impenetrable nube espesa y negra.

—¿HA SIDO ÉL? —preguntó mirando al marinero que tenía más cerca, agarrado a la barandilla con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos—. ¿O ÉL? ¿O ÉL? ¡DIME QUIÉN HA SIDO!

Peter fue señalando uno por uno a algunos marineros y Hook negó con la cabeza todas y cada una de las veces, haciendo que el enfado de su sobrino creciese y creciese sin parar. ¿Por qué no le contestaba?

—¡Ya basta, Peter! ¡Tienes que parar! —suplicó Hook cuando el barco dio una terrible sacudida y dos de sus marineros cayeron al agua. Smee se movilizó rápidamente para lanzarles un cabo, pero Hook no se movió de donde estaba—. ¡Peter, para! ¡Nos vas a matar a todos!

El capitán soltó las armas y alzó las manos para intentar tranquilizar a su sobrino y que lo viese desarmado, sin nada que pudiese hacerle daño. Peter lo miró, pero no solo vio cómo caían las armas al suelo; una ráfaga de viento agitó el pelo suelto de su tío y algo captó su atención. Un delicado brillo dorado pareció salir del cabello de Hook y fue entonces cuando Peter se dio cuenta de que no solo estaba en su cabello. El cuerpo entero de su tío tenía un

aura dorada mágica, igual que él. Y Peter sabía muy bien de dónde procedía.

Gritó y gritó, dejándose la garganta, y el mástil central del Jolly Roger se partió, cayendo al agua. Algunas tablas de madera saltaron y el agua se movió con más fuerza, empapando la cubierta.

Su tío… Su querido tío…

—¡Te estás protegiendo a ti mismo! ¡Eres un traidor! ¡Os voy a matar a todos! ¡Ella es mía! —rugió el niño y dirigió su magia hacia el primer marinero que vio en su campo de visión.

Un potente haz de oscuridad se dirigió hacia él, que se quedó paralizado por el pánico, pero nunca llegó. El cuerpo de Hook se había interpuesto y había parado aquel torrente de magia con sus propias manos.

Toda la tripulación jadeó de forma audible entre aquel caos cuando escucharon el terrible y agónico grito que salió de la garganta de Hook. El propio Peter se quedó paralizado, observando a su tío, que estaba tirado en el suelo sujetándose la mano derecha y tenía tatuada una marca de dolor atroz en el rostro. La oscuridad de Peter remitió un poco para dejarle ver la escena con claridad, pero la realidad de lo que había hecho impactó en su mente como una bala.

¿Había matado a su tío? ¡No! ¡No!

—¡Cap! ¡Cap! —gritó el marinero del pelo blanco acercándose corriendo hasta su capitán.

—Estoy bien —consiguió decir Hook con los dientes apretados, levantándose con la ayuda de Smee.

Se giró hacia su sobrino y, por primera vez en mucho tiempo, Peter sintió miedo. Sintió miedo porque una de las tres personas que más quería lo estaba mirando como si no lo reconociera, como si fuese un total desconocido.

¡No había querido hacerle daño! ¡Era su tío!

—Y-yo… —balbuceó el niño al ver la sangre que brotaba de la muñeca de Hook, ahora convertida en un muñón sangriento—. ¿Có-cómo…?

—Vete —dijo con determinación su tío—. No toleraré que intentes matar a mi tripulación. Me da igual el daño que quieras hacerme a

mí, como si quieres matarme, pero no responderé si intentas matar a mis marineros de nuevo. Vete. Y no vuelvas jamás, Peter. Ya no eres bienvenido aquí.

El niño se estremeció ante la seriedad de la voz de su tío y unas lágrimas negras se acumularon en sus ojos.

¡Él tenía la culpa de todo! ¡Tink era suya, solo suya! ¡Su tío no tenía derecho a llevársela! ¿Por qué no podía ver que él solo quería rescatarla? ¡No tenía derecho! ¡Tenía que castigarlo!

Peter cerró los ojos con fuerza y reprimió aquellas lágrimas que habían aflorado en ese momento de confusión. Él no había hecho nada malo, su tío sí. Él solo quería a su mejor amiga. La encontraría, a cualquier precio, incluso si era desde la isla.

Alzó el mentón con firmeza y miró a los ojos azules de su tío por última vez.

—Bien. No te necesito, ¡nunca lo he hecho! —gritó antes de alzar el vuelo e irse.

Se alejó deprisa, arrastrando la oscuridad con él, pero no fue lo suficientemente rápido como para no escuchar algo que se clavó en él mucho más hondo de lo que habría pensado jamás.

—Tú no tienes la culpa, cap. No tienes la culpa de que sea así —decía aquel marinero del pelo blanco.

¡Pero sí la tenía! ¡Todo había sido culpa de su tío!

¿Verdad?

34

Choque

La casa había dejado de temblar.

La tormenta se había calmado. El viento entraba en forma de brisa por las ventanas sin cristales y los relámpagos aún iluminaban el cielo nocturno, como si se negasen a abandonar aquella ciudad tan oscura.

Peter Pan yacía hecho un ovillo encima de la moqueta. Su oscuridad había remitido una vez el ataque de furia se había calmado, pero su sombra seguía teniendo los bordes difuminados. El niño temblaba, pero había dejado de gritar, de sollozar, de perder el control… No recordaba exactamente qué había pasado, pero se sentía solo. Muy solo.

Peter abrió los ojos y se incorporó despacio hasta sentarse en el suelo. Al ver el estropicio y el estado de la habitación, con cristales por todas partes, la moqueta empapada y los muebles tirados, se estremeció y pensó en su mejor amiga, que aún estaba herida. Miró hacia la cama, pero la encontró vacía y se imaginó que estaría en el baño, que habría corrido a refugiarse allí. ¡Qué lista era! Pero al levantarse a comprobarlo, se dio cuenta de que no había sido así. ¡No! Se la habían vuelto a llevar y él no había podido hacer nada para evitarlo.

Gritó de frustración y dio vueltas por la habitación, sintiendo cómo sus pies se hundían en la moqueta mojada y un sonido pegajoso invadía el ambiente. Se alzó unos centímetros por encima del suelo y se asomó a la ventana, buscando alguna pista sobre el paradero de su amiga, pero solo vio un pequeño reguero de polvo

de hada. Seguro que había vuelto a su forma mágica cuando la secuestraron. ¡Tenía que hacer algo! ¡Tenía que encontrarla!

Peter lo meditó unos segundos y salió volando por la ventana, dejando atrás una casa que se derrumbó tan pronto la abandonó. No miró atrás y avanzó por la ciudad en dirección a la cabaña del bosque donde había encontrado a su mejor amiga. Seguro que Wendy había vuelto a llevársela y tendría que castigarla el doble. ¡Lo pagaría! Había prometido no hacerle daño, pero había roto esa promesa y eso era algo que Peter no podía perdonar. ¡Las promesas no se rompían!

Llegó a la cabaña en unos minutos, pero se la encontró completamente vacía. Estaba en mitad de un bosque aislado y oscuro; las ramas crujían con cada movimiento del viento y la oscuridad dibujaba sombras donde no las había. Pero Peter era valiente, no tenía miedo de nada. ¡De nada! Solo de perder a su amiga, y haría todo lo posible por recuperarla. Tendría que buscar a Wendy, porque donde estuviese una, estaría la otra, estaba seguro.

Voló de nuevo hacia la ciudad y dio un par de vueltas, observando atentamente las calles desiertas. Tenía que encontrarla. Tenía que encontrarla. Entonces, se le ocurrió buscar en aquel sitio al que no había vuelto desde que pudo salir: la Biblioteca Barrie. Era un lugar con el que estaba familiarizado y seguro que allí podría encontrar pistas sobre dónde encontrar a Wendy. Allí tendrían que estar todas las respuestas.

Se acercó volando al edificio, pero, en lugar de entrar, se posó en el tejado al ver que se acercaba un coche negro. El vehículo se paró delante del edificio y *ella* salió de él. ¡Lo sabía! ¡Había acertado! Allí estaba, pavoneándose. Seguro que tenía a Tink atada en el coche, lo sabía. Pero del coche solo bajó otro hombre. Peter no podía ver quién era, la oscuridad lo ocultaba, pero, al mirar hacia el otro lado de la carretera, vio que no estaban solos. Había un coche aparcado allí, el que había visto en casa de su tío.

¿Su tío estaba en la biblioteca? ¡Había venido a ayudarlo!

Peter bajó del tejado y se posó cerca del coche de su tío, aprovechando la oscuridad para ocultarse. Sentía un pálpito, sabía que su amiga estaba en la biblioteca. Cuando se fijó en el coche,

pudo ver polvo de hada por todas partes, señal de que tenía razón: su mejor amiga había estado allí. ¿La habría encontrado su tío? ¡La había salvado! Tenía que verla. Se distrajo cuando las dos personas que se habían bajado del coche avanzaron hacia la puerta del edificio y pudo ver el polvo de hada que dejaba un rastro en el suelo por donde pasaban hasta la entrada. El hombre empujó la puerta de la biblioteca hacia dentro y cuando dejó que *ella* pasara, se dio la vuelta y lo miró directamente, como si fuese plenamente consciente de dónde estaba. Peter entornó los ojos y él sonrió antes de entrar en el edificio.

Era él. Pero no podía serlo, se había quedado en Nunca Jamás. ¡Había querido huir de allí, todos habían querido irse y dejarlo solo! ¡Y él no había podido permitirlo! Por eso sabía que era imposible.

No podía ser. No debería estar allí.

Debería estar en Nunca Jamás, donde todos serían felices cuando él volviese.

¿Por qué estaba allí? Era imposible.

¿Michael Darling estaba vivo?

Cruzó el jardín hasta llegar al edificio y alzó de nuevo el vuelo para colarse por la cúpula del patio interior, donde estaba aquella trampilla que solo él conocía. Descendió y cruzó la puerta que comunicaba con el resto de la biblioteca. Aprovechó la oscuridad para seguir oculto y se dirigió al *hall* del edificio, donde todos los detalles y recuerdos lo abrumaron, sucediéndose en su mente como fogonazos de luz.

Su tío estaba allí, claro que estaba allí. ¡Con Tink! Pero… ¿por qué ella estaba abrazada a su brazo? Eso no… no… ¡Su tío tenía polvo de hada encima! ¡Un aura dorada! ¡Como aquella vez! Apretó los puños con rabia y lo fulminó con la mirada desde la distancia. ¡Tink era solo suya! ¡Traición! ¡Tendría que castigarlo también! ¡Otra vez!

Su mirada se dirigió entonces hacia el resto de la sala. Vio al marinero del pelo blanco y a… *ella*. Estaba mirando a su tío y a Tink, pero él la mantenía sujeta del brazo para que no corriese hacia ellos. Eran… *ellos*. ¡Sus amigos! O los que él había creído sus amigos. Había resultado no ser así, ¡habían querido abandonarlo! Y él no

había podido permitirlo. Y tampoco podía dejar que se repitiese una vez más. ¡Tenían que volver a casa! Allí todos serían felices, juntos para siempre. Aquella era su oportunidad. Podría volver a casa con todos ellos y castigar a Wendy por hacer daño a su mejor amiga. Pero tenía que hacerlo bien.

Se fundió con las sombras y se ocultó en un pasillo lleno de libros, en lo alto de una estantería. Desde allí podía observarlo todo y podría recuperarlo todo. Su vida, sus amigos, ¡su casa!

Sonrió.

Todo volvería a ser como antes, con su mejor amiga y su tío con él.

Todo.

35
Provocación

MOMENTOS ANTES

El viaje en coche fue tenso, por decirlo de un modo suave, pero Tic Tac ya había contado con ello. Probablemente esa tensión era la única respuesta posible ante la amenaza velada que le había lanzado a Wendy, pero había sido la forma más efectiva de conseguir que fuese con él sin tener que arrastrarla a punta de pistola. Que no era que no estuviese dispuesto a hacerlo, pero si podía evitar perder el tiempo, mejor. Al principio, le había sorprendido que ella tardase tan poco en claudicar, pero realmente la chica no tenía más opciones. Aún tenía que decidir qué hacer con ella después de llevar a cabo su plan, pero al menos con él tendría más posibilidades de sobrevivir, aunque fuese bajo sus términos. El detonante había sido la mención de Tinkerbell y su relación con el pirata, ya que por mucho que hubiese existido algo entre él y su hermana, ella sabía que nunca sería Tinkerbell, por mucha magia que robase para disfrazarse y por mucho que fingiese ser ella. Tic Tac suponía que sus emociones frágiles no habían podido asumir todo el peso de la relación entre Tinkerbell y el pirata y cómo sus acciones habían sido clave en todo el asunto.

Cuando subieron al coche, se sentaron uno frente al otro y, al igual que el día que fueron al bufete de abogados, Wendy se dedicó a mirar por la ventana y él aprovechó para observarla.

En el preciso instante en el que había asumido que no tenía más remedio que obedecerle, había visto algo que no solía ver casi

nunca, ya que quedaba siempre opacado por el terror más crudo: derrota. Wendy se había rendido y era cuando menos decepcionante. No entendía cómo era posible que tuviesen la misma sangre si eran tan diferentes. Ella se había rendido simplemente porque había mandado todo a la mierda con sus descuidos. Y, al hacerlo, ya no tenía absolutamente nada que perder. Y eso jugaba por completo a su favor.

Wendy seguía mirando por la ventana, pero él tenía la sensación de que no estaba viendo nada realmente. Si no, habría comentado algo sobre la dirección que estaban tomando, y se había limitado a permanecer en silencio. Era patético.

El coche siguió avanzando por la ciudad y pronto llegaron a su destino. La Biblioteca Barrie era ciertamente un edificio muy imponente. Lo había visitado en un par de ocasiones, especialmente para eventos de la ciudad, como el funeral de la señora Green, pero no cesaba de impresionarle cada vez que lo veía, incluso siendo una persona que no se impresionaba con facilidad. Era una construcción majestuosa que desprendía elegancia y se preguntó si quizá por eso siempre se había sentido tan a gusto allí. La elegancia llamaba a la elegancia y no había persona más elegante en toda la ciudad que él.

Cuando el coche se detuvo, salió y esperó con la puerta abierta a que la chica lo siguiese. Los demás ya habían llegado, tal y como indicaba el coche de los piratas. Wendy ni siquiera se fijó en el vehículo, mantuvo la mirada en el edificio y se abrazó a sí misma. Tic Tac puso los ojos en blanco ante el pobre intento de su hermana de parecer vulnerable y la instó a avanzar.

Observó atentamente a su alrededor en busca de cualquier señal de movimiento, pero todo parecía estar tranquilo. Demasiado, incluso. No sabía qué esperar de lo que ocurriría dentro de la biblioteca, ya que, aunque había planeado todo al milímetro, cuando tantas personas intervenían en un mismo plan, siempre era difícil tener tanta precisión como cuando lo hacía todo él mismo. Solo esperaba que ninguno se saliese de su papel; las emociones estarían a flor de piel y serían lo que provocaría a ciencia cierta que todo se fuese a la mierda si se dejaban llevar por ellas. Sabía que los piratas tendrían muchas preguntas, pero de verdad esperaba que no tantas

como para retrasar lo inevitable. Confiaba en que la segunda pieza hubiese caído bien colocada, en que nada hubiese salido de forma distinta a como estaba planeado y en que los piratas hubiesen recibido toda la información necesaria. Al ver su coche allí, intuyó que eso sí había salido bien. Lo que, por otra parte, era un poco decepcionante, porque evidenciaba la estupidez inherente que había en ambos, confiando a ciegas en una información que perfectamente podría ser falsa y arriesgándose a ir al edificio. Pero él suponía que no todo el mundo podía tener su inteligencia y su astucia.

Avanzaron hasta la puerta de la biblioteca y ahí fue cuando lo notó.

Los cambios en el ambiente siempre solían ser muy sutiles y pasar desapercibidos; a menudo lo hacían para el resto de la gente, pero él era demasiado propenso al detalle, a su instinto, y sabía que aquella calma que había notado no podía significar nada bueno, y el cambio en el ambiente se lo confirmó.

Abrió la puerta para que su hermana entrara en la biblioteca y, siguiendo su instinto, se dio la vuelta y miró directamente hacia el coche de los piratas. En efecto, allí estaba. Una sombra mucho más densa que el ambiente de oscuridad que había en la ciudad se recortaba justo al lado del vehículo, intentando camuflarse en la negrura. Pero era tan evidente que estaba allí que no pudo hacer más que sonreír. Peter Pan era la persona más predecible con la que se había encontrado jamás, algo que resultaba contradictorio con la impulsividad y la poca planificación que lo caracterizaba, pero allí estaba. Tal y como él había previsto. De nuevo, su plan seguía yendo a la perfección y no podía estar más satisfecho.

Entró en la biblioteca dejando a aquella sombra a su espalda, pero supo a ciencia cierta que no tardarían en encontrarse con ella dentro del edificio. Cerró la puerta y observó la escena que tenía ante sus ojos. Una variable con la que no había contado a pesar de habérselo insinuado a su hermana, pero que no dejaba de hacer todo mucho más interesante. Llegó a la altura de Wendy y la cogió del brazo cuando vio en su rostro la desesperación y el impulso por salir corriendo hacia los piratas.

—¡Suéltame! —medio susurró, medio gritó mientras intentaba zafarse de él, pero Tic Tac se mantuvo firme.

—Deja de hacer el ridículo, no hemos venido a esto —replicó con frialdad y, tras un vistazo a la dureza de su mirada, la chica dejó de intentar soltarse, pero él no la liberó. Con su hermana teniendo un desborde emocional, más valía tener una garantía.

Miró al resto de los allí presentes y analizó lo que necesitaba saber de cada uno en cuestión de segundos. El capitán pirata llevaba el pelo recogido y estaba situado delante del otro pirata y de Tinkerbell. La variable. Él no había contado con que se reuniese con el pirata tan pronto, pero ese punto extra de dramatismo haría maravillas por su estrategia. Serviría incluso mejor que si simplemente ejecutara su plan original. Sonrió complacido y se fijó en sus lenguajes corporales. El capitán se consideraba el protector, por eso siempre estaba un paso por delante, aunque el peliblanco quería adelantarse para protegerlo a él. Interesante. Se notaba entre ellos un vínculo muy fuerte, casi irrompible, y un aura de fiereza y protección emanaba del capitán tan potente que casi podía tocarla. Tinkerbell se aferraba a su brazo, algo temblorosa. Tic Tac supuso que aún estaría recuperándose de la tortura a la que la había sometido su hermana. Por esa precisa razón, él había pensado que tardaría más en reunirse con los piratas, pero la chica parecía estar mucho mejor de lo que él había creído. Los tres se encontraban a la izquierda de la mesa circular de la bibliotecaria, que seguía intacta. Pero los piratas no estaban solos. Precisamente en la mesa circular, había una cuarta persona. Un hombre no muy alto, con un bigote poblado como seña de identidad y un rostro serio. Con un asentimiento de cabeza, el hombre los saludó y él le devolvió el gesto.

Todo iba a la perfección.

—Un momento… ¿os conocéis? —preguntó el pirata peliblanco, al que no le había pasado desapercibido el gesto entre ambos.

Tic Tac sonrió internamente. Al final, aquel pirata hiperactivo iba a terminar cayéndole bien.

—¿Quién es? —preguntó entonces Wendy en un susurro.

—¿Quieres hacer los honores? —respondió Tic Tac dirigiéndose al hombre del bigote en lugar de a su hermana.

—Muchachos, ha llegado el momento de desvelaros ciertas cosas que lleváis mucho tiempo queriendo saber —empezó a decir el hombre—. Pero, antes, dejadme que me presente, porque creo que Wendy aún no sabe quién soy.

—Me llamo Bell —respondió la chica de forma cortante.

—Solo hay una Bell aquí y esa no eres tú —espetó el peliblanco sin ni siquiera mirarla.

Tic Tac vio cómo los ojos de su hermana se llenaban de lágrimas y negó con la cabeza. No tenían tiempo para eso.

—Vamos a darnos prisa —intervino—. Wendy, este es Matthew Barrie, el escritor del cuento, el que le da el nombre a la biblioteca y demás.

—Pero…

—Tú no habías relacionado su nombre con la biblioteca porque tenías la memoria borrada, si es que te acuerdas de lo que te he contado, porque a veces dudo que tu mente retenga algo, la verdad.

—Me acuerdo, gilipollas.

—Muy resumido, en efecto, soy Matthew —dijo el escritor.

—¿Y por qué coño os conocéis? —volvió a preguntar el peliblanco, ya más alterado—. Digo, porque asumo que tú eres el Tic Tac de los cojones.

Cada vez le gustaba más aquel hombre.

—Tic Tac de los cojones, encantado —contestó con ironía mientras veía a Matthew asentir.

—Nos conocemos, sí.

—¿Entonces sabes quién es?

—Sí.

Aquel monosílabo pareció ser un detonante de algo que ni siquiera los presentes sabían.

—Joder, Matthew, ¿y pretendes que confiemos en ti? ¡Me cago en mis muertos! —se quejó Smith con exasperación—. ¿Acaso hay algo que no sepas? Porque todo esto me está pareciendo increíble.

—Lo sé, Smith, y créeme que lo siento, pero no podíais averiguarlo antes de tiempo.

—¿Desde cuándo lo sabes? —inquirió Hook, hablando por primera vez.

Tic Tac sintió estremecerse a Wendy bajo su mano y no pudo evitar volver a poner los ojos en blanco. Era patética.

—Desde siempre.

—Guau, pues de puta madre —expresó Smith cruzándose de brazos, incrédulo.

—La realidad es que en parte, él está aquí por mí, muchachos.

—¿Al menos vas a decirnos quién cojones es o eso tampoco? —siguió el peliblanco—. Podrías tener la decencia de hacerlo tú —señaló a Wendy—, digo, si nos has tenido un mínimo de aprecio.

La chica sollozó y miró a su hermano, que le devolvió la mirada impasible. Ella tragó saliva y se enfrentó a los piratas.

—Es mi hermano.

—¿Tu *hermano*? —repuso Smith.

—Mi hermano Michael.

Los piratas se quedaron mirando a la nada durante un segundo y Tic Tac supo que estaban reviviendo la muerte de su hermano y la suya en su cabeza. Ellos nunca llegaron a saber que él había sobrevivido, por lo que estaba seguro de que la última imagen que tenían de él era cayendo por un puto acantilado sin posibilidad de vivir.

—Joder, estás vivo. Pensaba que te habrías ahogado, como mínimo —comentó Smith sin refrenarse.

Lo dicho, aquel pirata hiperactivo le caía la mar de bien.

—Ya, bueno, supongo que la vida decidió que ese no era mi momento.

—La vida… ¿o tú? —preguntó entonces Hook a Matthew, que asintió, derrotado.

—Era tan solo un niño, no podía quedarme de brazos cruzados.

Tic Tac chasqueó la lengua con el aburrimiento dibujado en la cara. No sabía cuántas veces a lo largo de su vida lo habían subestimado bajo aquella pobre excusa de que había sido solo un niño. Sí, había sido un niño, pero eso no quería decir que fuese inferior como ellos se pensaban. Nunca nadie se había molestado en conocer de verdad a ese niño y ahora les tocaba lidiar con el adulto.

Lo que nadie sabía era que este último era una versión amplificada y mejorada, pero que ambos seguían siendo la misma persona, con las mismas tendencias y los mismos instintos.

—O sea, ¿lo salvaste y por eso está aquí?

—Sí, Smith. La magia hizo posible que se recuperase y, aunque estuvimos alejados al principio porque él tenía su papel aquí, siempre he estado protegiéndolo desde la distancia.

—El viejo me ha cogido cariño, como si necesitase protección —comentó entonces Tic Tac.

Matthew negó con la cabeza, más que acostumbrado a sus desplantes, ironías y su forma de ser. Era muy probable que él fuese el único que no lo hubiese juzgado en ningún momento y, si pudiese sentir gratitud, estaba seguro de que sería lo que sentiría por el escritor.

—Seguimos sin saber cómo surgió Dark Times. Bueno, no cómo, por qué —añadió Smith.

—Me gusta que hagas las preguntas correctas, me caes bien —comentó Tic Tac, ganándose una ceja arqueada y unos ojos en blanco por parte del peliblanco. Si fuese una vida distinta y él no fuese como era, podrían haber sido amigos—. Dark Times surgió porque Nunca Jamás fue corrompida. Y cuando la magia pura se corrompió… ¡puf! Adiós isla.

—¿Y cómo pasó eso? —inquirió Hook.

El capitán aún mantenía a Tinkerbell a su lado, que no parecía dispuesta a soltarlo, para desgracia de su hermana.

—De la forma más vil, Hook. Y vosotros mismos fuisteis testigo de ella, como bien ha dicho Smith —respondió entonces Matthew.

El capitán pirata pareció meditarlo unos segundos y Tic Tac pudo ver cómo su mente le daba vueltas. Comprendía que tenía que ser difícil encajar que alguien de su propia sangre fuera un asesino, pero más valía que fuera capaz de hacerlo más pronto que tarde, porque la fiesta estaba a punto de comenzar.

—El acantilado —musitó el capitán.

—En efecto. Peter asesinó a John Darling e intentó hacer lo mismo con Michael, pero pude salvarlo —repuso el escritor. Tic Tac sintió a su hermana lloriquear de nuevo por la muerte de John, pero

se negó a soltarla—. Nunca Jamás presenció el acto más vil que puede existir y por eso desapareció.

—¿Cómo que ellos lo presenciaron? —intervino Wendy con la voz temblorosa.

—Joder, hermanita, que hayas procesado ahora lo que han dicho hace un buen rato ya es preocupante. Sí que eres lenta —dijo Tic Tac negando con la cabeza—. Ellos vieron nuestro asesinato desde el barco. ¿Quién te crees que recogió el cuerpo de John?

La sala pareció contener el aliento y sintió que su hermana se tensaba. Estaba observando al capitán pirata, que había desviado la mirada hacia el suelo para evitar devolvérsela. Tic Tac sonrió ante aquel despliegue de emociones, ya que le servía para estudiar al milímetro a cada uno de ellos. Los piratas habían pasado a tener dibujada la pena en sus rostros, como si el simple hecho de haber presenciado la muerte de un inocente bastase para romper sus corazones. También podía ver cierta culpabilidad en sus lenguajes corporales y entendía que se lamentaban por no haber podido hacer nada, pero la realidad era que no había habido nada que hacer. Ninguno de ellos, él incluido, entendía del todo la magnitud de la magia de Peter y, cuando estaba de por medio, arrasaba con todo sin dejar títere con cabeza. Tic Tac recordaba cada segundo de aquel momento y su recuerdo grabado más a fuego era el miedo. Él nunca había tenido miedo de nada, y en aquel momento sintió todo el que no había sentido jamás; un miedo atroz y paralizante que le había impedido huir de aquel sociópata. Fue ese miedo provocado por su magia el que había hecho que fuese tan fácil para él acabar con la vida de John.

—¿Fu-fuiste tú? ¿Tú sabías que John había muerto y que Michael estaba vivo y no me dijiste nada? —le preguntó directamente Wendy al capitán pirata.

Tic Tac se mordió la lengua para no advertirle de la mala idea que era aquello. Se iba a poner el asunto divertido.

—¿En serio quieres hablar de cosas que uno sabía y no le dijo al otro? —Fue toda la respuesta del pirata, y Wendy se abrazó a sí misma con el brazo que tenía libre—. No tienes ningún derecho a reclamarme nada, así que ni siquiera lo intentes.

—¿Por qué lo hiciste?

—¡Intenté salvarlo! Yo no sabía que estaban muertos, por eso, tan pronto lo vimos, me lancé a por ellos. Conseguí recuperar el cuerpo de John, pero no hubo tiempo para enterrarlo antes de que todo se fuese a la mierda.

—Lo hizo porque así es él, Wendy, lo sabrías si te hubieses molestado en conocerlo de verdad —intervino Tinkerbell—. Él es bueno y nunca dejaría morir a un niño si puede hacer algo para evitarlo.

—Ya lo sé —contestó Wendy mordazmente al hada.

—¿Ah, sí? ¿Lo sabes? Supongo que por eso creíste que era el mejor objetivo para engañarlo, ¿no? —replicó Smith, cabreado.

—Yo… yo…

—¿Tú qué, eh? —la increpó el peliblanco, y su amigo lo cogió del brazo para frenarlo.

—Para. No merece la pena.

Las palabras de Hook parecieron clavarse como cuchillos en Wendy, que se encogió con cada una de ellas como si de puñetazos se trataran.

Tic Tac se pellizcó el puente de la nariz con dos dedos y suspiró.

—No, Hook. Necesito saberlo, creo que nos lo merecemos.

—¿El qué?

—¿Por qué? —respondió el peliblanco, y se dirigió de nuevo a Wendy—. ¿Por qué coño nos has engañado? ¿Por qué has torturado a Bell? Creo que nos merecemos que nos lo digas.

Wendy asintió y contuvo las lágrimas.

—Quería vengarme.

—¿De Peter? —preguntó Hook.

—Él me dejó sola y tenía que pagar por ello.

—¿Entonces desde el principio has sabido quién era él?

Hook señaló a Tic Tac.

—¡No! Cuando vine aquí, lo único que sabía era que quería vengarme, era como si fuese mi único objetivo. Sabía que quería vengarme de él, pero no entendía del todo por qué más allá de que me había dejado sola. Pero cuando averigüé que era mi hermano… Lo entendí. —Wendy cogió aire y continuó—: Quería hacerle pagar

por las muertes de mis hermanos, porque yo también estaba allí cuando ocurrió todo.

Oh, eso era nuevo. Tic Tac nunca había caído en que ella también había sido testigo. Interesante.

—¿Y yo era la mejor baza para lograrlo? —inquirió Hook—. ¿Porque es mi sobrino?

El silencio dijo todo lo que el pirata necesitaba.

—¡Casi me matas, loca! —exclamó entonces Bell, señalándose el corte en el cuello—. ¡Estás desequilibrada!

Los piratas la retuvieron entre ellos y Tic Tac no pudo estar más de acuerdo con ella. Ciertamente, su hermana no estaba muy bien de la cabeza y menos aún cuando tenía las emociones a flor de piel. Ella sola se lo había buscado.

—Ya no se puede cambiar el pasado, no sirve de nada echaros en cara las cosas —intercedió Matthew, tratando de mantener la situación bajo control—. No tenemos mucho tiempo.

—Te juro que como vuelvas a decir esa puta frase de los cojones de nuevo sin explicarnos claramente qué coño está pasando, te saco las respuestas a hostias —amenazó Smith con furia.

—Ya os lo he dicho, Smith. La ciudad se está derrumbando.

—¿Pero qué significa eso exactamente? Joder, solo te gusta hablar con suspense, colega.

—Significa que la existencia de Dark Times está llegando a su fin y tenemos que salir de aquí antes de que sea demasiado tarde.

Matthew estaba siendo más teatrero de lo que a Tic Tac le gustaría, pero le dejó tener su momento. Al fin y al cabo, el escritor había sido una parte muy importante de su plan y darle un poco de dramatismo al asunto no lo estropearía.

En lo que Smith seguía soltando cada uno de sus pensamientos por su boca, Tic Tac observó a su alrededor. Sabía que Peter estaba en el edificio, pero no tenía claro por qué aún no había hecho acto de presencia. Tendría que empezar la siguiente fase antes y que la tercera pieza del dominó cayese.

—Esto lleva pasando ya tiempo, muchachos. La magia de la ciudad se ha desequilibrado y, unida a la inestabilidad de la magia de Peter, todo se está deteriorando mucho más rápido de lo esperado.

Por eso Michael me llamó. La noche que activaste el libro, Hook, yo sentí un tirón mágico y él también, porque tiene parte de la magia de Nunca Jamás, aunque no pueda usarla. Pero ese es precisamente uno de los problemas —puntualizó el escritor—. Dark Times no surgió para albergar magia, pero tiene varias fuentes mágicas: el polvo de hada de Tinkerbell, la magia de Peter y la de Michael. La de Tinkerbell es la única cien por cien pura; las otras dos fuentes existentes son magia corrupta, lo que permite que confluyan en un mismo espacio, y dos tipos de magia corrupta contra una pura hace que se produzca un desequilibrio. Por eso las tormentas se han descontrolado, porque la magia de Peter las ha afectado, pero siempre son en una misma franja de días porque la magia de Michael la contrarresta. Las dos están luchando constantemente, pero ninguna puede ganar si la otra sigue existiendo.

—Joder, no me extraña que seas escritor, le echas una imaginación a todo… —comentó Smith.

Tic Tac seguía reafirmándose en que aquel pirata le caía bien. Que se cuestionase todo era prueba de su inteligencia.

—Sé que suena inverosímil, pero es lo que es.

—Lo peor es que suena todo a tan ida de olla que me lo creo. No sé qué dice eso de mí, pero… —El peliblanco sacudió la cabeza y suspiró—. Vale, pero eso no explica por qué las muertes de los fundadores ocurrieron en noches de tormenta, pero no fueron provocadas por las tormentas en sí. Me refiero a que está claro que el patrón de descontrol de las tormentas viene por el concurso de meadas mágicas de estos dos chalados, sí, ¿pero por qué eso terminó afectando a las muertes?

—La naturaleza es caprichosa y si se suceden cada vez más tormentas, creo que hay más probabilidades de que haya una muerte en una noche de tormenta que en una que no. Y respecto a la causa en sí, de nuevo es la misma respuesta: la magia. Dark Times está tambaleándose porque confluyen elementos que no pertenecen a la ciudad, y eso ha empezado a afectar a los que sí pertenecen a ella, como los fundadores.

—Mira, a mí que todo tenga una explicación de lo más sencillita después de meses comiéndonos la cabeza por estas mierdas me

parece…

—Llegados a este punto, casi que agradezco que sea sencillo —opinó su amigo, y el peliblanco asintió distraído.

—La magia es compleja, sí, pero muchas veces es la explicación más sencilla —terminó por decir el escritor.

La realidad era que Tic Tac entendía lo que decían los piratas porque a él mismo le había costado encajar toda la información en su momento por lo surrealista que era. Aunque teniendo en cuenta que había volado a una isla mágica cuando era tan solo un niño, podría decirse que ya no le sorprendía nada. Mucho menos después de haber estado a punto de morir en Nunca Jamás. Y ahora que pensaba en la isla… Había llegado el momento.

—Bueno, esto ha sido de lo más enriquecedor, pero aún no estamos todos —interrumpió Tic Tac.

Los piratas dejaron de cuchichear entre ellos y lo miraron.

—¿Qué dice este ahora? —preguntó Smith.

—Que no estamos todos, a ver si escuchamos —replicó Tic Tac.

—No sé por qué te teníamos tanto miedo, la verdad. No eres para tanto.

Tic Tac puso los ojos en blanco y decidió ignorar deliberadamente al peliblanco.

—¿Estás hablando de Peter? —preguntó Hook con la voz algo temblorosa, pero sorprendentemente firme.

—Exacto, capitán. ¿No tienes ganas de un reencuentro familiar? Porque tu querido sobrino está aquí. ¿Verdad, Peter?

La biblioteca se quedó en el más absoluto silencio. Todos los allí presentes parecían estar esperando a que la bomba explotara, a que algo cayera, aunque fuese un mísero clip. La tensión se agolpaba a montones en cada esquina y atenazaba sus gargantas, dificultándoles la respiración.

—Vamos, Peter, ¿no tienes ganas de acabar lo que empezaste?

De nuevo, silencio.

Tic Tac sabía que estaba allí, escondido en alguna parte, que lo había estado desde que habían entrado, haciendo exactamente lo que más le gustaba: acechar. La biblioteca parecía haberse vuelto más pequeña entre las sombras, a pesar de la tenue iluminación que

había en el *hall*. Alguna bombilla había empezado a parpadear y la negrura se sintió espesa, oprimiendo el pecho de cada uno.

—Dime, Peter, ¿no te gustaría saber cómo he sobrevivido?

Un ruido a lo lejos hizo que se sobresaltaran. En el absoluto silencio del edificio, cualquier sonido, por mínimo que fuese, resonaba en las paredes como si se hubiese reproducido a través de un potente altavoz. No sabían qué había sido, pero algo se escondía entre las sombras.

Tic Tac supo que el momento estaba cerca, por lo que siguió apretando todas las teclas necesarias.

—Oh, vamos, Peter, mira a quién he traído. Las dos están aquí. Tu mejor amiga, esa que es solo tuya, y la loca que ha intentado matarla. Aquí las tienes.

Wendy lo miró horrorizada y él se encogió de hombros. Sabía perfectamente a lo que había ido allí. Matthew lo miró preocupado, pero Tic Tac le restó importancia al asunto con un gesto de cabeza y volvió a hablar mientras los piratas lo miraban boquiabiertos y Tinkerbell se refugiaba más en los brazos de Hook.

—Peter, me estás decepcionando, te creía más valiente. Tantos meses esperando, tantos meses acechando ¿y ahora no te atreves? ¡Vamos, Peter, ven a por ella!

El sonido sordo de un libro al caer reverberó por la biblioteca y todos menos él se sobresaltaron. Tic Tac fijó la mirada en la zona de las estanterías y la escudriñó en busca de una sombra que destacase entre el resto. La negrura era espesa, pero la sombra de Peter Pan siempre sería fácil de identificar, por sus ojos y su boca luminosos y la diferente textura que tenía respecto a la oscuridad del ambiente. No la encontró, pero el sonido no había sido tan lejano. Tenía que apretar sus tuercas un poquito más fuerte.

—En realidad entiendo que seas un cobarde. Estás completamente solo, tu familia te odia… y a tu mejor amiga le das miedo, qué pena. Aunque en el fondo no pensaba que fueras tan cobarde. Supongo que te subestimé.

Otro libro cayó, aquella vez más cerca. De nuevo, Tic Tac entornó los ojos y buscó la sombra. No debía de quedarle mucho control, el tintineo de las lámparas del pasillo central era un claro indicio de que

la magia estaba presente. Alguna lámpara cayó al suelo y más luces titilaron.

Solo un poco más.

—¡Para, chalado! —le dijo Smith, pero Tic Tac lo ignoró.

—Dime una cosa, Peter, ¿cómo se siente estar solo en el mundo? Nadie te quiere, ¿qué tal sienta eso?

Un grito rasgó el aire cargado de oscuridad y un torrente de libros cayó al suelo desde las estanterías más altas. Un trueno resonó en la lejanía y, aunque la biblioteca estaba cerrada y no había corriente, algunos papeles del tablón de anuncios y de la mesa de la bibliotecaria se esparcieron por el suelo. Aquella vez, Tic Tac no tuvo que forzar mucho la vista para distinguir la sombra. Peter Pan se había parado en lo alto de las escaleras que comunicaban con el pasillo central y lo miraba fijamente. Solo se veían dos puntos de luz blanca en medio de aquella negrura espesa y Tic Tac sonrió.

—Dime, Peter, ¿cómo se siente no tener amigos?

Aquella era la tecla correcta.

El suelo comenzó a temblar y todos cayeron al suelo menos Tic Tac, que se mantuvo firme en su posición mirando hacia la sombra de Peter Pan. Las luces titilaron de forma violenta amenazando con apagarse, su hermana gritó cuando las estanterías de la biblioteca comenzaron a caer en un efecto dominó, sembrando el caos a su paso. La sombra oscura se alzó y voló por encima de la mesa central hasta aterrizar justo delante de la puerta de la biblioteca, hacia la que Smith, Hook y Tinkerbell habían intentado correr para ponerse a salvo.

Peter Pan se cruzó de brazos y los miró a todos. Hizo un leve movimiento con la cabeza y las luces se apagaron dejándolos en la más completa oscuridad.

—Vosotros sois mis amigos —dijo con voz aguda e infantil—. ¿Por qué queréis iros? ¿No queréis jugar conmigo?

Tic Tac terminó de sonreír ampliamente.

La tercera pieza del dominó acababa de caer.

Aquello era tan solo el principio…

… del fin.

36

El origen de todo

Muchos años antes
en Nunca Jamás

Nunca Jamás era una isla rodeada de un aura mágica que hacía que no todo el mundo fuese capaz de encontrarla. Y eso era precisamente lo que la hacía tan especial. La isla solo aparecía ante aquellos que lo necesitaban de verdad, pero no todos los que llegaban a ella podían quedarse. Solo podían aquellos que contribuyesen a proteger la isla de alguna manera y, sobre todo, a preservar su gran valor. Muchas personas habían pasado por ella, pero la isla no las había aceptado a todas.

Un día llegó un capitán de barco con su familia y se quedó, convirtiéndose en el mayor guardián de la isla e incluso trayendo vida nueva a través del nacimiento de su sobrino, en contraposición al otro capitán de barco, despiadado y malvado, que llegó una noche de tormenta en la que su tripulación de niños estuvo a punto de morir. La isla hizo todo lo posible por expulsarlo, arrojando tormentas sobre su barco a diestro y siniestro, pero al final fue el capitán bueno el que consiguió arrancar el mal de raíz.

Nunca Jamás no apoyaba la muerte ni el asesinato, aquello fue una excepción, necesario para salvaguardar la isla. Cualquier hombre que se obsesionase de forma enfermiza con una mujer y terminase matándola, nunca sería bienvenido en Nunca Jamás. Eso solo pasaría si la isla se convirtiese en una versión oscura, sin magia, con nada puro que ofrecer, pero en ese caso ya no sería el paraíso

que todos conocían, se volvería una prisión solitaria de la que no se podría escapar.

Porque Nunca Jamás nació así: como un paraíso, un refugio al que acudir cuando se estuviese perdido. Era una isla rica en vegetación y frutas tropicales, aunque siempre proporcionaría lo que fuese necesario para proteger a sus habitantes. Había animales que corrían felices por el bosque de la isla y criaturas milenarias, como las sirenas que preservaban la pureza del agua de aquel inmenso océano cristalino con corales de intensos colores que rodeaba la isla. Era una imagen idílica que hacía que cualquiera que llegase hasta allí se enamorase nada más pisarla.

Y aquello fue lo que le ocurrió a aquel escritor cuando llegó a Nunca Jamás.

Estaba frustrado con su trabajo, no encontraba nada que lo motivase lo suficiente para escribir sobre ello, y un día decidió abandonar su pueblo natal y aventurarse en busca de aventuras que lo llenasen. Llegó a Nunca Jamás por casualidad, igual que había hecho el capitán Hook tiempo atrás. No sabía qué había estado buscando hasta que el barco que había comprado surcó el mar y apareció en aquel paraíso. Desde la cubierta había visto lo verde que era la vegetación y lo azul que era el océano que lo rodeaba; había escuchado los sonidos de los animales correteando, los pájaros piando y el agua del mar rompiendo contra la orilla de forma suave. Cuando vio un enorme barco que imponía desde la lejanía se dio cuenta de que la isla no estaba deshabitada como había pensado en un primer momento. No había pretendido acercarse, pero se estaba quedando sin comida y necesitaba pedir ayuda. Navegó hacia ellos y echó el ancla justo al lado del Jolly Roger. Para su sorpresa, a pesar de que el barco ondeaba con orgullo la bandera pirata en lo más alto del mástil, el capitán lo saludó afable y se ofreció a ayudarlo.

Cuando abandonó su barco para subirse al de sus nuevos amigos, no había esperado encontrarse a aquellos que se convertirían en su familia durante el tiempo que pasaría en Nunca Jamás. Allí vio a unos niños que habían tenido que crecer demasiado pronto izando velas, limpiando la cubierta y manejando el timón. Y, sobre todo, vio a un dúo de piratas que parecía inseparable. El joven

del pelo blanco resultó ser una de las personas más divertidas y buenas que había conocido, y su amigo, el capitán del barco, uno de los hombres más honorables que había tenido la suerte de conocer. Y entonces supo que había encontrado lo que buscaba: algo sobre lo que escribir.

La vida en Nunca Jamás era sencilla, pero algo solitaria. Sobre todo para aquel niño que vivía en el barco al cuidado del capitán, su tío. Peter era un niño que, según le había contado Hook, había sido la alegría del barco, pero cuando un malvado pirata le arrebató a sus padres, la vida del niño cambió para siempre y su mente se quedó congelada en aquel instante antes de que sus padres murieran, en aquel momento de su vida en el que lo tenía todo. Un niño no se merecía todo aquello y el escritor admiró a Hook por hacer todo lo posible por que su sobrino fuese feliz.

Así, las palabras empezaron a fluir solas y, en unos cuantos meses, tuvo la historia de Peter escrita bajo el título de *Peter Pan y Wendy*. El niño se había obsesionado tanto con el cuento y las historias que el escritor había creado para él que los marineros habían comenzado a llamarle Peter Pan, pensando en el dios de la naturaleza salvaje de la mitología griega. Todos parecían preocupados por el niño, pero el escritor estaba tranquilo porque sabía lo que aquel cuento había significado para él: esperanza y refugio. En aquella historia, Peter Pan no estaba solo. Tenía a su tío, pero también tenía lo que más anhelaba: amigos. Los Niños Perdidos nacieron inspirados en aquel grupo de niños que habían llegado con el joven del pelo blanco, pero que habían huido presas del miedo a la isla. El escritor no quería que se sintiesen solos, por lo que creó a esa pandilla de amigos donde la lealtad era el pilar fundamental. Pero sabía que eso no sería suficiente para Peter, y narró cómo el niño buscaba aventuras constantemente y, sobre todo, buscaba amigos. Cuando los tres hermanos Darling llegaron a Nunca Jamás, el escritor no pudo hacer más que incluirlos en aquella historia al ver lo que significaban para el Peter de la vida real.

De lo que el escritor nunca había llegado a darse cuenta era de cómo esa soledad, esa obsesión por los amigos, había hecho que la oscuridad de Peter se extendiese. Una pequeña luz en forma de

hada lo acompañaba, pero no parecía ser ni remotamente suficiente como para disipar aquellas nubes espesas y negras que rodeaban al niño. El escritor no sabía mucho sobre magia, pero era consciente de que aquella no era una isla cualquiera, por lo que pasó mucho tiempo investigándola y buscando información sobre ella entre sus árboles y animales, y escribiendo otro libro: una especie de diario en el que recopilaba toda la información que la isla le confiaba. Toda, incluso aquel poema que encontró en una botella de cristal.

Aquella isla le había devuelto las ganas de escribir, de *vivir*, porque si Nunca Jamás existía, tenía que haber más lugares escondidos esperando a ser descubiertos. En aquel momento, el escritor pensó que su tiempo en Nunca Jamás había acabado, se montó en su barco y se alejó, pero nunca se fue como los piratas creyeron. Algo en su fuero interno le dijo que no lo hiciera, que algo malo estaba a punto de ocurrir y él era el único que podría ponerle remedio.

Dio la vuelta a la isla y echó anclas en el lado contrario a los piratas. Cogió el pequeño bote que tenía en el barco y se acercó a la costa, encontrando una cala diminuta en la que pudo atracar. Se sentó en aquella arena y esperó a que la isla le dijese qué hacer.

Todo hubiese sido mucho más fácil si Nunca Jamás hubiese colaborado con él en su labor de protegerla, pero la señal que esperaba no llegó de la manera que él hubiese deseado. Estando en aquella pequeña playa tan pacífica, vio caer un cuerpo menudo al océano desde el acantilado más alto de la isla, aquel que tenía forma de punta de flecha y que era el único que se podía ver desde ambas costas. Segundos después, otro cuerpo mucho más pequeño cayó y, al mirar hacia arriba, solo vio a aquel niño roto sobre el que había escrito una historia.

Con el corazón encogido, se lanzó de cabeza al agua en busca de ambos cuerpos, pero solo fue capaz de encontrar uno, al más pequeño. El rostro de aquel niño estaba sorprendentemente tranquilo, con los ojos cerrados. Le tomó el pulso y comprobó que seguía vivo, por lo que lo sacó como pudo del agua y lo tumbó sobre el bote justo cuando todo comenzó a temblar en Nunca Jamás.

El escritor sintió cómo los temblores reverberaban en sus venas, en su cabeza, en su corazón y en su alma, y se aferró al niño con todas sus fuerzas. No sabía qué pasaría con la isla después de semejante acto vil, ni qué consecuencias podría traer salvar al niño, pero sabía que la magia siempre buscaba el equilibrio y que la magia corrompida era mucho más intensa que la pura.

Segundos antes de que Nunca Jamás comenzase a hundirse, el escritor notó cómo una corriente eléctrica lo recorría y supo que la isla había encontrado ese equilibrio. No sabía a dónde irían cuando la isla desapareciese, pero se juró a sí mismo que no soltaría aquel pequeño cuerpo y que lo protegería con su vida. Rezó porque el libro con todo lo que sabía de Nunca Jamás no se perdiese en el espacio-tiempo y miró el rostro del niño por última vez antes de desaparecer; había abierto los ojos y no encontró en ellos la tormenta de dolor y miedo que había esperado ver.

Solo había vacío y oscuridad.

Y entonces dudó de si había algo que proteger con su vida, después de todo.

Astuto

El tío dice que los zorros son astutos y que yo soy un poco zorro. Eso significa que soy astuto. ¡Eh, lo he dicho bien! Claro, porque soy muy listo y MUY especial, mamá siempre lo dice. Y Tink también. Ella es MI mejor amiga.

El tonto de papá no dice que soy astuto, siempre dice otra palabra y mamá se enfada. No me gusta que mamá se enfade, me gusta cuando sonríe bonito y está guapa. Solo está guapa conmigo, por eso es MÍA. Solo mía.

Estoy en el bosque. Estoy buscando algo que haga sonreír a mamá. Soy astuto, soy un zorro y puedo esconderme de todo lo malo del bosque. Soy muy listo, muy zorro, muy astuto y sé a dónde tengo que ir a buscar lo que busco. A mamá le gustan mucho las flores y hay flores muy bonitas en el bosque. Se las llevaré al barco.

Me agacho, casi me doy en la cabeza con una rama. Soy muy pequeño pero el tío dice que he pegado un estirón. Que ya no soy un niño, pero todavía soy muy pequeño. A veces el tío dice cosas tontas. Pero no es tonto como papá. El tonto de papá dice que soy un a-do-les-cen-te y que tengo quince años, pero eso es imposible. Soy muy listo, lo sabría y sé que soy pequeño, que tener siete años es ser pequeño aunque el tío dice que soy mayor. ¿Dónde están las flores? ¡Ah, ahí! Puedo llegar, porque soy alto. Y puedo cogerlas porque soy un zorro astuto. Voy a coger otra para Tink, mi mejor amiga, solo mía.

Cojo mis regalos y vuelvo a la playa.

El barco está cerca. Soy un poco pequeño para nadar, pero como soy alto, puedo hacerlo. Porque soy muy listo.

¡Mamá está en el barco! ¡Y Tink!
¡Mías!
¡Les van a encantar las flores!
¡Van a estar guapas siempre!

37

La llegada a Dark Times

MESES ANTES

Cuando abrieron los ojos, a Hook y Smee les costó ubicarse. Estaban confusos, una neblina cubría sus pensamientos, y con la respiración acelerada. Se incorporaron y se sentaron en el duro suelo en el que estaban.

Smee se frotó la cabeza y Hook la muñeca al tiempo que miraban a su alrededor. Estaban en lo que parecía ser un bar, sentados en mitad de la sala, de espaldas a la puerta, y a unos pocos pasos de una barra enorme con una pared de bebidas llena hasta los topes.

—¿Qué cojones…? —expresó Smee en voz alta y su amigo lo miró.

—¿Dónde estamos?

El peliblanco se encogió de hombros y ambos se levantaron. Al estar de pie, vieron unos papeles encima de la barra y se acercaron a mirar.

—Aquí pone que es tuyo —comentó el peliblanco señalando el nombre del propietario en las escrituras.

—No entiendo nada. Está a nombre de Hook.

—¿Dónde estamos, cap?

Smee dio un par de vueltas alrededor del bar y vio una puerta que comunicaba con otra sala, mucho más pequeña.

—Esto también parece ser del bar —observó el peliblanco—. ¿Por qué tienes un bar y no me lo habías dicho?

—¿Tú te estás escuchando? Lo que yo tengo es un barco, no un bar.

—Pues al parecer ya no.

Hook resopló y observó de nuevo el nombre del negocio. El Jolly Roger. Desde luego, parecía una broma.

—¿Acaso tengo pinta de saber cómo llevar un puto bar, Smee? —preguntó el capitán.

—Esto es rarísimo. Mira, tenemos correo. —Se acercó a la puerta del bar y vio varios trozos de papel que se habían colado por debajo —. Esto… Hook… Mmm…

—¿Qué pasa?

—No es el correo exactamente.

—¿Y qué es?

—Amenazas.

—¿Perdón?

—Al parecer la gente de aquí, donde sea que estemos, no te tiene mucho aprecio. Piensan que secuestraste a Tinkerbell y como que te odian un poco.

—Pero si yo no la he secuestrado…

—Bueno, por si acaso, llámame Smith y no Smee, no vaya a ser que me relacionen contigo y me hagan la cruz también.

El capitán le arrancó los papeles de la mano y se quedó blanco al leer lo que ponía. En efecto, la gente de aquel sitio lo odiaba de forma acérrima.

—Hablando de ella… ¿Dónde está Bell? Si nosotros hemos aparecido aquí y estábamos juntos en el barco, ella debería estar con nosotros, ¿no?

El capitán pareció meditarlo y asintió. Se fijó en el bar de nuevo y vio otra puerta en uno de los laterales, cerca de la barra.

—¿Qué será esa puerta?

El peliblanco se encogió de hombros y se acercó a ella. Sorprendentemente, estaba abierta. Entraron y se encontraron en el salón de un piso, amplio, con un sofá, una mesa y una cocina americana.

—¿Acabamos de allanar la casa de alguien o soy yo? —preguntó ojiplático Smith.

—Quiero creer que no. Si el bar es mío, entiendo que esto también tiene que serlo, ¿no?

—Creo que sí, rey.

La voz de Bell les llegó alta y clara y los dos la buscaron frenéticamente. La chica acababa de entrar en el salón desde un pasillo que comunicaba con otra parte de la casa. Llevaba unos pantalones y camiseta ajustados y unas botas, nada que ver con su atuendo habitual en Nunca Jamás, donde solía usar su vestido de hada o las camisas del pirata. Los dos corrieron a envolverla entre sus brazos y los tres se sintieron algo más tranquilos al ver que estaban juntos.

—¿Cómo que crees que sí? —preguntó el peliblanco.

—He encontrado unos papeles donde pone que el piso está a nuestro nombre y hay otro justo enfrente a nombre de Smee.

—Smith, a partir de ahora.

—¿Qué?

—Aquí la gente odia al capi, no vaya a ser que me relacionen con él.

—Ah, sí, eso. También he encontrado cartas amenazantes. Se piensan que me has secuestrado.

—De puta madre.

El capitán pirata se dejó caer en el sofá y los otros dos lo acompañaron en un intento por entender lo que estaba ocurriendo.

—Seguro que la gente aprende a ver que eso no es cierto, Hook —lo intentó tranquilizar la chica.

—No estoy tan seguro de eso, pero agradezco la intención, reina.

La chica se ruborizó y él sonrió complacido.

—Ah, también he encontrado esto —añadió ella. Cogió un cuaderno que había en la mesa al lado del sofá y se lo enseñó a los piratas—. Está en blanco, pero lo he encontrado en el dormitorio.

—¿Ahí te has despertado? —preguntó el peliblanco.

Ella asintió distraída.

—¿Has encontrado alguna pista sobre dónde estamos? —preguntó de nuevo el peliblanco, viendo que su amiga había descubierto más cosas que ellos.

—Estamos en Dark Times.

—Ah, sí, Dark Times.

Con tan solo decir el nombre, la neblina se esfumó y sus mentes encontraron el hogar. Aunque ellos no supiesen que era tan solo temporal.

El silencio rodeaba a Tic Tac cuando se despertó. Estaba solo. Se encontraba en un lugar oscuro, pero que podía apreciar como elegante. Se incorporó y se sentó en el sofá donde estaba tumbado. Era un sofá cómodo, en un despacho. Había un enorme ventanal acristalado a través del que se veía una ciudad y un escritorio delante, con un sillón acolchado. Se levantó y vio que también había un minibar. Observó las botellas y escogió una de un líquido ámbar. Se sirvió un vaso, lo probó y saboreó el *whisky*. Era un Glenfiddich de veintiún años, aunque no sabía del todo cómo era capaz de saber ese detalle tan concreto.

Se acercó al escritorio y se sentó en la silla. El ordenador estaba encendido y vio las escrituras del edificio sobre la mesa. El rascacielos en el que estaba figuraba a nombre de un comprador anónimo, que podía suponer que era él.

Anónimo…

Le gustaba la posibilidad de que nadie lo reconociese.

Estaba solo. ¿Y aquel hombre del bigote que vio en Nunca Jamás?

Se miró el cuerpo y vio que estaba vestido de forma elegante, con zapatos italianos. Se palpó los bolsillos en busca de alguna pista y notó un pequeño rectángulo. Supo que tenía que sacarlo y encenderlo. Era un móvil, pero no entendía por qué sabía qué era y cómo funcionaba. Navegó por la pantalla y vio un botón rojo con una M en una carpeta que se llamaba «Solo emergencias». ¿Qué sería? Aquello no era una emergencia o, al menos, no se sentía así. No sentía que estuviese en peligro… Era raro. Era como si estuviese en casa.

Respiró profundamente y no le vino ningún regusto a sal. No había llegado a ahogarse en la isla. Estaba… vivo. Y solo. Y era

anónimo. Y si él estaba allí, solo podía asumir que todos lo estaban, incluida su hermana y Peter Pan.

Se levantó y observó la ciudad a través del ventanal. Un solo nombre le vino a la mente: Dark Times.

Aquella era ahora su ciudad. Y haría todo lo posible por utilizarla a su favor para vengarse de Peter Pan.

Era solo cuestión de tiempo.

Eso era.

Tiempo.

Tic Tac.

Wendy estaba mareada. Tenía frío y sentía las piernas entumecidas. Se incorporó y vio que estaba sentada en el frío suelo de la calle. Era un callejón oscuro, sin más luz que la de un neón rojo. Se levantó a toda prisa, algo asustada, y miró frenéticamente a su alrededor en busca de alguien, quien fuese. Pero parecía que estaba sola.

¿Dónde estaba? ¿Dónde estaba su… su…? ¿Por qué no lograba recordarlo? En su mente solo aparecía un nombre: Tinkerbell. Estaba allí por algo. ¿Y Peter? Seguro que también estaba allí. Pagaría por haberla dejado sola.

Miró a su alrededor de nuevo y vio un reguero dorado en el suelo que se dirigía hacia la entrada del callejón. Sonrió y lo siguió hasta llegar a la carretera, donde vio a una chica desmayada en el suelo. Tinkerbell. Si quería hacer pagar a Peter por abandonarla, ella era la mejor herramienta.

Miró alrededor y su cuerpo le dijo que tenía que dirigirse al bosque. La alzó en brazos y, con un poco de esfuerzo, cruzó la carretera principal hacia el otro lado, donde se veía un bosque oscuro e inmenso. Era como si su cuerpo supiese a dónde tenía que ir sin necesidad de pensarlo, por lo que decidió dejarse llevar. Seguro que en el bosque encontraba algún lugar donde poder esconderse y planear cómo apropiarse de la magia de las hadas para usarla a su favor.

Avanzó y avanzó entre los árboles y, sorprendentemente, la chica no se despertó. Siguió avanzando y, cuando le pareció que llevaba por lo menos una hora caminando, vio una pequeña cabaña casi en ruinas. Entró y la inspeccionó rápidamente, pero estaba vacía.

Estaba destartalada y sucia, con tan solo un colchón en el suelo. Dejó a la chica en él y buscó algo que pudiese servirle como arma para controlarla cuando se despertara. Entonces, vio una caja en una esquina de la habitación, junto a un pequeño fregadero. Se acercó y encontró una cuerda dentro, junto a un par de tazas y unas pastillas para dormir. Supo que todo aquello estaba allí por algo, como si ella misma lo hubiese preparado.

Cogió la cuerda y ató a Tinkerbell para que no pudiese moverse. Disolvió una de las pastillas para dormir en una taza de agua y cogió el cuchillo que había encontrado al fondo de la caja. Armada con él y con las dos tazas, volvió junto a Tinkerbell y la observó. La chica seguía completamente inconsciente, pero respiraba con normalidad, por lo que asumió que había aparecido en aquel callejón de repente, igual que ella. Alargó un brazo y la zarandeó un poco hasta que, tras unos segundos, terminó por abrir los ojos. Los tenía desenfocados, moviéndolos sin parar mientras intentaba procesar lo que ocurría. Al reconocerla, se tranquilizó un poco al ver una cara conocida.

—Hola, Tink. ¿Qué tal?

—¿We-Wendy?

—Veo que te acuerdas de mí.

—¿Dó-dónde estamos? ¿Qu-qué está pasando?

—Verás, tienes que ayudarme.

—¿Con qu-qué?

—¿Puedes darme un poco de tu magia?

No sabía por qué la pregunta le había salido tan a bocajarro, pero su mente dictaba las órdenes y ella solo se dejaba llevar.

—¿Qué? ¡No!

El hada pareció espabilarse por completo ante la mención de su magia y Wendy la apuntó con el cuchillo para que no se alterase de más.

—Creo que sí puedes, pero no quieres.

—¡Estás loca! ¡Suelta eso!

—Ay, Tink, de verdad que preferiría que me ayudaras.

—Estás loca.

—Puede, pero necesito tu magia. Esto te va a doler un poco.

Tinkerbell la miró asustada y Wendy le hizo un corte horizontal en el cuello, arrancándole un grito de dolor atroz. Con mucho cuidado, recogió toda la sangre dorada de la chica con la otra taza y, después, cogió la propia mano de una estupefacta Tinkerbell y tocó la herida para que la magia la cerrase.

—¿Crees que bastará si me bebo la sangre?

—Tú… tú…

—Tink, te di la opción de ayudarme y no quisiste. Vamos a probar.

Wendy se llevó la taza a los labios y se bebió la sangre dorada. Sintió cómo un calor agradable se extendía por todo su cuerpo y sonrió. Abrió los ojos y se miró las manos. Cuando chasqueó los dedos, un estallido de polvo de hada surgió de ellos.

Tinkerbell la miró boquiabierta y se tocó el cuello.

—¿Có-cómo es posible?

—Si con tan poca cantidad puedo hacer magia, si tomase más…

—¡Aléjate de mí! ¡No sabes lo que estás haciendo!

—Oh, Tink, no seas egoísta. A Peter también le diste parte de tu magia.

—Con la magia no se juega… Esto es vil, sucio.

—Pero, si me ayudas, no lo será.

—¡Aléjate de mí!

Wendy lo dejó estar y después se agachó frente a ella, manteniendo cierta distancia.

—Necesito que hagas otra cosa por mí.

—¡Estás loca!

—Necesito que me cuentes todo lo que sepas sobre Peter Pan. Y sobre su familia.

—¿Qu-qué?

—Me dejó sola, y es hora de que pague las consecuencias.

—¿Sola?

—¡SOLA! Me llevó a Nunca Jamás, pero siempre tenía otras prioridades, siempre estaba contigo o con aquellos niños, pero

¡nunca conmigo! Solo se preocupaba por mí cuando estábamos en Londres. Ya es hora de que pague las consecuencias.

En el fondo, su instinto le decía que había algo más, pero no conseguía ubicar el qué, por lo que se centró en aquella razón. Ya habría tiempo para pensar en lo demás.

—No pienso ayudarte, estás loca.

—Pero ¿sabes algo? Cuando os enfadasteis y desapareciste, Peter me contó lo cercana que te habías vuelto a su tío. Su tío es una de las personas a las que más quiere en el mundo. Si alguien puede llevarme hasta él, ese es Hook.

—No te atrevas a acercarte a él. ¡No le hagas daño!

—Daño ninguno, Tink. Si me ayudas y me dices todo lo que quiero saber, tu pirata no sufrirá ningún daño, te lo prometo.

Wendy vio en los ojos de Tink el miedo que sentía ante la posibilidad de que le hiciese daño a Hook y supo que la tenía bajo control. Mientras tuviese la mano dominante en el asunto y se mantuviese cerca de Hook, todo iría bien. Aquella chica haría lo que fuese por el capitán pirata.

Pensó en el lugar donde la había encontrado y supo que ahí era donde tenía que empezar a buscar. Tendría que irse ya. Aquel bar la esperaba y sabía a ciencia cierta que, llamándose Jolly Roger, no podía ser de otro que no fuese Hook. Una bombilla se encendió en su mente y la imagen de un portal cochambroso apareció en su cabeza, como si su sola presencia en la ciudad le estuviese dando todas las pistas que necesitaba, como si ya llevase tiempo allí.

Tenía que entrar en ese portal. Pero antes necesitaba otra dosis de magia. Tenía que ir probando hasta encontrar la cantidad perfecta. Quizá podía mezclarla en alguna pastilla, algo que le permitiese consumir la sangre dorada sin tener que estar cerca de su fuente. Lo pensaría. Pero, en ese momento, no le quedaba más remedio que llenar otra taza.

Un nuevo corte se hizo, un nuevo grito rasgó la quietud de la noche y todos los árboles del bosque de Dark Times temblaron.

La oscuridad había llegado a la ciudad.

Peter Pan no abrió los ojos porque no tenía ojos que abrir.
No respiró porque las sombras no respiraban.
No se movió porque no sabía cómo hacerlo.
Solo esperó.
Aún no había llegado su momento.

38

Inevitable

Siempre se dice que la magia es impredecible, que es caótica y no se puede controlar, que no hay ninguna manera de engañarla, que no se la puede vencer. Pero lo que pocas veces se dice es que la magia es inevitable. Cuando Matthew llegó a Nunca Jamás, no se imaginó que descubriría la inevitabilidad de la magia de primera mano. Era cierto lo que les había dicho a los piratas respecto al poder de los nombres, pero ese poder en ocasiones también iba muy ligado al poder que tenían los lugares. La Biblioteca Barrie había sido la fuente de magia de Dark Times desde el principio, no solo por la magia que escondían los libros, sino porque ella misma había albergado una de las magias más poderosas de la ciudad: Peter Pan.

Aunque cuando aterrizó en Dark Times no era corpóreo, la magia de las hadas seguía estando anclada a su sombra, si bien estaba dormida, y la biblioteca había sido su lugar de refugio. Matthew sabía que Peter no se había sentido atraído hasta allí única y exclusivamente por el libro, que algo tenía que ver el nombre de la biblioteca, pero no había podido desvelar aquella información cuando una de las partes implicadas la había guardado con tanto celo. Sin embargo, con la aparición de Peter, ya no había nada que perder. Todos estaban justo donde tenían que estar y el escritor supo que el plan de Michael sería igual de inevitable que la magia.

Al principio, cuando le contó cómo lo haría y por qué, Matthew lo tachó de loco, de vengativo, y, aunque sí había una gran parte de verdad en aquella declaración, el escritor terminó por ver que era la única manera de arreglarlo todo, por muy dolorosa, caótica e

impredecible que fuese. Todo tenía que ocurrir como Michael lo había planeado, aunque no fuese a ser lo que todos los allí presentes estaban esperando.

Peter Pan apenas había cambiado. Seguía siendo aquel joven desgarbado de la cara traviesa y la sonrisa pícara, aunque se había corrompido mucho más de lo que él había llegado a ver en Nunca Jamás. Había perdido el control sobre su magia y eso era evidente. La oscuridad lo rodeaba como si fuese su verdadera mejor amiga, una espesa capa a su alrededor que se reflejaba incluso en sus ojos. Cuando las luces de la biblioteca volvieron a encenderse, Matthew pudo ver que los ojos de Peter ya no eran lo que habían sido antaño. Años antes, por mucha oscuridad que hubiese en su interior, siempre había habido luz, inocencia y alegría. Pero en aquel momento solo se veía negrura en ellos, un fiel reflejo de la oscuridad que arrastraba.

Su sombra se había vuelto casi corpórea y lo acompañaba, replicando sus movimientos, pero teniendo una mente propia que no debería tener. El niño los observaba a todos con los brazos cruzados, suspendido unos centímetros por encima del suelo y obstaculizando la puerta de entrada, sin estar dispuesto a dejarlos salir de allí.

—Peter… —empezó a decir Hook, intentando mantener la calma, pero Peter levantó una mano y la oscuridad hizo callar al pirata.

Peter entornó aquellos ojos oscuros y miró a Tinkerbell directamente. El dolor se reflejaba en sus ojos y Matthew se lamentó por el niño que aún era muy en el fondo de su corazón.

—Te has vuelto a ir con él… ¡Me has abandonado! —protestó Peter. Tinkerbell se encogió sobre sí misma y se aferró al brazo de Hook, que hizo ademán de ocultarla con su cuerpo, pero la oscuridad se lo impidió—. ¡No te escondas de mí! Eres mi mejor amiga y me has dejado solo. ¡SOLO!

El grito retumbó por toda la biblioteca haciendo que temblase. Las estanterías habían dejado de caer hacía rato y la biblioteca estaba hecha un completo desastre con todas ellas en el suelo, mientras que las luces aún titilaban de vez en cuando, en especial cuando Peter alzaba la voz.

—Peter, estás perdiendo el control. No te das cuenta, pero… —repuso Tinkerbell, pero la voz de Peter la interrumpió.

—¡Me has dejado solo! Los amigos no hacen eso.

La chica se encogió aún más y Hook consiguió ponerse por fin delante de ella.

—Peter, basta. Tienes que tranquilizarte o echarás el edificio abajo —volvió a intentarlo Hook, pero el chico volvió a gritar.

—¡Tú! ¡Eres un traidor! ¡Ella es mía, no tenías derecho!

Peter lanzó un torrente de oscuridad en dirección a los piratas y al hada, que consiguieron agacharse a duras penas.

—Joder, nos va a matar a todos —soltó Smith resollando en el suelo.

Matthew observó a los piratas y vio el miedo reflejado en los ojos de Hook al ver la fijación que tenía Peter con ellos. El escritor sabía que solo estaba pensando en proteger a su amigo y al hada, pero no tenía todas consigo de que consiguiese hacerlo y Matthew lo miró con pena. Desvió la mirada hacia los demás. Wendy estaba en el suelo, pero Michael permanecía en pie, impasible. Era muy difícil intentar averiguar qué pasaba por su mente, pero Matthew había aprendido hacía mucho tiempo a reconocer que nada bueno ocurría allí.

—Peter, tenía miedo —dijo Tinkerbell. La atención del chico estaba plenamente centrada en su tío y su amiga, no parecía haber reparado en Wendy y Michael aún, a pesar de que este último había sido el que lo había provocado—. Has perdido el control, ¡mírate! Tienes los ojos oscuros, me das miedo.

—¡Pero eres mi amiga! ¡Los amigos no se abandonan! —insistió el chico. La oscuridad pareció remitir un poco, como si entendiese que lo único que quería era expresar su dolor y su soledad—. ¡Todos me habéis abandonado y los amigos no se abandonan!

Una ráfaga de viento mágico recorrió la sala y volvió a agitar los papeles desperdigados por el suelo. Matthew aferró el libro que había traído del piso de Hook con fuerza, con miedo de que el viento se lo arrebatase. No sabía por qué se lo había llevado si era incapaz de leerlo, pero supo que tenía que hacerlo.

—¡Igual que vosotros! Vosotros también me abandonasteis, me dejasteis… solo —añadió entonces dirigiéndose a Michael y Wendy.

Les lanzó una ráfaga de oscuridad que pasó a través de Michael sin hacerle ningún daño y que Wendy esquivó refugiándose tras las piernas de su hermano.

—¡Tú fuiste el que me dejó sola! —repuso Wendy con furia levantándose del suelo y mirándolo con rabia.

—¡Eras mi amiga!

—¡Y tú mi amigo y me abandonaste!

—Yo… yo… ¡Yo no hice eso!

—¡Lo hiciste, Peter! Siempre estabas con los demás, nunca conmigo. Me llevaste a Nunca Jamás, me alejaste de todo, pero nunca estabas conmigo.

La oscuridad de Peter remitió de golpe. El miedo se dibujó en los ojos del chico y toda la negrura retrocedió hasta ceñirse a su alrededor como una capa protectora.

—¡Tú quisiste irte de Nunca Jamás! ¡No podía permitirlo!

—¡Yo no quise irme!

—Pero yo sí —intervino entonces Michael.

Su voz paralizó la situación, congelando cada respiración. Aquello había sido el detonante de todo, el catalizador de la desaparición de toda una isla.

—¡Tú! ¡Estás vivo! —Peter jadeó al reparar por fin en Michael y Matthew supo que estaba reviviendo todo lo ocurrido en Nunca Jamás—. ¡Todo es tu culpa! ¿Por qué sigues vivo? ¡Deberías estar MUERTO!

Peter redobló sus esfuerzos y su oscuridad salió disparada hacia Michael, que simplemente la recibió con los brazos abiertos. Matthew le había explicado por qué la oscuridad de Peter no le afectaría: la magia que había permanecido dentro de él lo protegería de aquella que en su momento intentó lastimarlo. Era una lucha entre las dos, entre la magia pura de Nunca Jamás con un halo de oscuridad que había permanecido dentro de Michael y la magia oscura de Peter, que hacía mucho tiempo que había dejado de tener un halo de luz.

La oscuridad se estrelló contra Michael y lo atravesó limpiamente hasta dar contra la pared que había tras él, donde el tablón de anuncios acabó calcinado y la pared agrietada.

Michael sonrió y abrió los brazos aún más, invitándolo a atacarlo de nuevo.

—Vamos, Peter, ¿eso es todo lo que tienes?

—¡Tú! ¡Tú quisiste abandonarme!

—Y tú intentaste matarme.

Peter gritó y más oscuridad salió disparada hacia Michael, que tenía una expresión de aburrimiento en la cara. Lo que él no estaba entendiendo era algo que Matthew había intentado que comprendiera durante mucho tiempo: Peter Pan seguía siendo tan solo un niño. Su mente funcionaba igual que la de un niño pequeño, no había crecido por mucho que al aterrizar en Dark Times hubiera acabado con el cuerpo de una versión más mayor, igual que todos los demás. No se podía razonar con él porque lo único que procesaba era que estaba solo en el mundo, que sus amigos lo habían abandonado y que no podía encontrar a sus padres. Su corazón estaba marchito, lleno de tristeza y dolor, oscurecido por la magia corrompida al haber arrebatado la vida de un inocente. Pero seguía siendo un niño, y había que tratar con él como tal.

—Y ella ha intentado matar a tu mejor amiga, Peter. Ha sido ella —continuó Michael, señalando a su hermana, que lo miró horrorizada.

Wendy hizo ademán de huir, pero Michael la retuvo por el brazo.

—¡Suéltame, suéltame! —gritó mientras forcejeaba.

—Ella la intentó matar, Peter. A tu mejor amiga.

Peter volvió a gritar cuando asimiló las palabras de Michael y el suelo tembló ligeramente. Tinkerbell se aferró a Hook y miró a los piratas con ojos preocupados, que a su vez miraron a Matthew en busca de ayuda, pero el escritor no tenía la respuesta que buscaban.

Cuando el temblor llegó hasta la mesa central, el libro que el escritor había dejado ahí se iluminó y se abrió de golpe. Las páginas pasaron con rapidez hasta pararse en una en concreto, aquella donde estaba escrito el poema que Matthew se sabía de memoria desde que lo había encontrado en aquella botella de cristal. Y se dio cuenta de que era capaz de leerlo. De nuevo, la magia había intervenido y el poema permaneció delante de sus ojos, llamando su atención.

En su día, cuando lo descubrió en la isla, nunca llegó a saber de qué trataba, pero en ese momento lo entendió. No era un simple poema. Era una profecía que narraba exactamente lo que había ocurrido con Nunca Jamás, tal y como Michael había descifrado mucho tiempo antes que él.

Matthew lo miró con dolor, pero Michael no le devolvió la mirada. De eso iba todo aquello, de la profecía.

—Rompiste la promesa… ¡La rompiste! —volvió a gritar Peter, y Wendy se puso pálida.

—¿Qué promesa? No-no sé de qué…

—Me prometiste que nunca nos harías daño, que no me abandonarías, ¡me lo prometiste! Pero has roto tu promesa, hiciste daño a Tink y te tengo que castigar.

—Peter, ¡no! ¡Para! —intervino Hook de nuevo.

Matthew sabía que por mucha frialdad que intentase aparentar, aún seguía teniendo sentimientos por Wendy y que haría hasta lo imposible por protegerlos a todos, incluyéndola a ella.

—¡No! ¡Es su culpa! ¡Le hizo daño!

Peter se giró hacia su tío y la oscuridad se hizo más espesa en su mirada.

—Pero matarla no es la solución, Peter, tus padres no querrían eso.

Ante la mención de sus padres, Peter se quedó muy quieto, suspendido en el aire.

—¿Mamá?

Hook suspiró y se alejó de Smith y Tinkerbell para acercarse un par de pasos hacia su sobrino. Se podía apreciar en sus rasgos que tenía el corazón encogido al ver a su sobrino en aquel estado caótico y descontrolado, con toda la oscuridad rodeándole y tapando cualquier resto de luz que quedase dentro de él.

—Tu madre no querría verte así, Peter. No lo hagas.

El chico observó a su tío y los temblores cesaron. Peter permaneció suspendido en el aire, pero la oscuridad se aplacó y, a pesar de que seguía rodeándolo, la tensión en el ambiente se relajó.

—¿Dónde está mamá? —preguntó con voz aguda, como si el niño que llevaba dentro hubiese aflorado.

Hook lo miró y Matthew pudo intuir las lágrimas que tenía en los ojos a sabiendas de que no podría responder a esa pregunta sin arriesgarse a que se descontrolara de nuevo. Tal y como el escritor había deducido hacía un tiempo, Peter Pan no había procesado la muerte de sus padres y seguía buscándolos, siempre lo había hecho. Para él, no habían muerto, seguían vivos y esperando que volviese a casa. Y era ese dolor sin procesar, esos recuerdos simulados, lo que habían hecho que todo aquello empezara.

Un oscuro acto todo lo destruirá
la locura y su dolor lo motivarán.
Durante años bajo llave encerrado está
y en lo más hondo de su corazón lo hallarás.

Matthew leyó la primera estrofa del poema y se dio cuenta de que ahí había estado siempre la respuesta. El dolor y la soledad de Peter Pan habían provocado que saliese a buscar lo que en Nunca Jamás no tenía, que volase hasta Londres en busca de amigos. Una vez los encontró, no quiso soltarlos y eso fue lo que lo torció todo.

—¿Dónde está mamá? ¿Dónde está mamá?

El chico formuló la misma pregunta sin cesar mientras se arrodillaba en el suelo, la oscuridad envolviéndolo. El suelo comenzó a temblar de nuevo mientras Peter Pan repetía la pregunta una y otra vez y Hook lo miraba sin saber muy bien qué hacer.

—Matthew, hay que seguir —dijo entonces Michael, que se había acercado a él arrastrando tras de sí a su hermana.

Wendy los miró alternativamente sin entender nada.

—¿Seguir qué? ¿De qué va todo esto? —preguntó.

Su hermano la ignoró y siguió mirando a Matthew hasta que asintió. Le hubiese gustado tener elección, pero hacía mucho tiempo que habían dejado de tenerla.

—¡Joder, Hook, hay que conseguir que pare, mira! —exclamó Smith desde el suelo, donde protegía a Tinkerbell con un brazo, y señaló las paredes de la biblioteca, que tenían cada vez más grietas provocadas por los temblores de la magia de Peter—. ¡Nos va a sepultar a todos aquí!

La Biblioteca Barrie estaba aguantando, pero ni el edificio más fuerte del mundo podría resistir indefinidamente contra la fuerza de la magia.

Matthew miró a Michael y vio cómo se había alejado para ir en dirección a Peter. Era lo que tenía que ocurrir, o eso decidió repetirse hasta asimilar que lo que estaba por venir era inevitable.

La luz se apagará y el mar ondeará,
un barco se hundirá y las nubes aparecerán.
Todo lo que alguna vez allí vivió
desaparecerá sin decir adiós.

Cuando Peter Pan le arrebató la vida a un inocente e intentó lo mismo con otro, la oscuridad apareció en Nunca Jamás e hizo que todo desapareciese.

—Peter, tienes que calmarte, hijo, tienes que… —intentó tranquilizarlo Hook, pero la voz de su sobrino se alzó por encima de la suya, aún con aquella pregunta en los labios.

Michael había llegado ya a su lado, y empujó a su hermana justo delante de Peter, instándolo a mirarla. Wendy tenía los ojos anegados de lágrimas y Matthew supo que la chica ya se había rendido, se había dado cuenta de que no merecía la pena resistirse.

—Mira, Peter, aquí la tienes. Ella es la culpable de todo —dijo Michael, pero Peter estaba demasiado perdido en su propia magia como para escucharlo.

—Smee… —La voz de Tinkerbell salió entrecortada mientras observaba cómo los bordes de sus brazos empezaban a difuminarse.

El peliblanco se puso del color de su pelo y la abrazó, mirando hacia su amigo con impotencia.

—¿Qué está pasando, Bell? ¡Hook! ¡Matthew! ¡Ayuda!

Matthew volvió al poema y leyó la siguiente estrofa.

El tiempo en tu contra correrá
y la oscuridad tregua no dará.
Si la salvación quieres alcanzar,
entre la pureza del lugar has de saber buscar.

El vínculo entre un hada protectora y su humano era uno de los más fuertes que existían, irrompible… a menos que el niño perdiese su alma.

La oscuridad de Peter se había desbordado por completo ante la mención de sus padres y, si él no se resistía, pronto se apoderaría de todo. Y allí, en aquel instante, no había mucha pureza donde buscar.

—Peter, hijo, tranquilízate, vamos a buscar a mamá, te lo prometo.

—Mírala, Peter, ella es la culpable.

—¡Cállate, cabrón!

—Es la culpable.

—¡Hook, no sé qué le pasa a Bell!

La cacofonía de todas las voces hablando al mismo tiempo se perdía entre los estruendos provocados por los temblores de la biblioteca y Matthew se preparó para el más absoluto caos. El descontrol de la magia de Peter estaba llegando a su punto más álgido. La oscuridad se extendió hacia las paredes de la biblioteca, oscureciendo el ambiente y haciendo que el escritor contuviese la respiración.

Peter Pan no aguantaría mucho más y no creía que hubiese nada que hacer para pararlo. Todo tenía que seguir su curso, tal y como había dicho Michael.

Matthew bajó la mirada de nuevo hacia el libro y leyó la última estrofa.

Aquella que lo cambiaría… todo.

Un acto de maldad pura será compensado
con aquello que signifique lo contrario.
Un sacrificio y un acto de amor bastarán
para acabar por fin con el reino de terror… por siempre jamás.

El sacrificio tendría que producirse para que todo acabase.

Un temblor especialmente fuerte hizo que parte del techo de la biblioteca se derrumbase en la zona de las estanterías y Matthew se estremeció.

Lo que estaba a punto de ocurrir era inevitable.

Niño

Solo soy un niño. Un niño muy listo, encantador, tra-vi-e-so que hace tras-ta-das, MUY especial y un zorro astuto. ¡Soy muchas cosas! Pero no soy un a-do-les-cen-te como dice papá. No soy rebelde y no soy malo. Soy bueno y MUY especial.

Soy un niño bueno. El bosque lo sabe. Me encanta estar en el bosque. Tengo muchos amigos aquí. Pero echo de menos a mamá y a Tink. Se han quedado en el barco con el tío. No les gusta venir al bosque. Me pone triste porque tienen que estar siempre conmigo, porque son mías. ¡Ah! He encontrado nuevos amigos. Son tres hermanos. La chica está siempre guapa, como mamá. Sonríe y dice cosas bonitas. Es especial, pero no MUY especial como yo. Los chicos son divertidos pero no son unos zorros como yo. No son MUY especiales. Pero me gustan. Me río con ellos. No les voy a enseñar a jugar al ajedrez porque no son muy listos. Bueno, el pequeño sí. Es un poco zorro, pero no tan astuto como yo. Pero sé que sabe algo. Sé que sabe cosas que yo no sé y eso no me gusta. Porque es mi amigo, solo mío y yo tengo que saber todo lo que sabe. Pero lo sabré. Soy un niño muy listo. Y ellos lo saben.

Wendy lo sabe.

John lo sabe.

Michael lo sabe.

Mamá lo sabe.

El tío lo sabe.

Hasta el tonto de papá lo sabe.

Y Tink también lo sabe.

Hace mucho que no la veo, pero ella sabe que voy a encontrarla.

Porque es mi mejor amiga.
Es *mía*.
Y de nadie más.

39

Caos

En un mundo dominado por el caos, la mente de un niño encontraba su hogar. Nadie esperaba tranquilidad por su parte. Su mente iba a doscientos kilómetros por hora y ningún pensamiento estaba claro, todos enredados unos con otros sin ningún orden establecido. Todo se convertía en el mismo caos de aquel mundo dominado por él.

En medio de aquella oscuridad que invadía el ambiente, Peter Pan solo podía pensar en su madre, en lo mucho que quería verla, en dónde podía encontrarla… Su mente fracturada no atendía a razones y no dejaba abrir las puertas a la verdad, aquella que le diría exactamente dónde estaba su madre. El niño sufría, pero no lloraba. La oscuridad era demasiado densa en su interior como para que cualquier sentimiento aflorase y estaba llegando a los bordes de su alma, haciendo que la existencia de Tinkerbell se tambalease. Eran los dos extremos de un mismo hilo que no se cortaría a menos que el alma fuese corrompida y, si bien la magia de las hadas estaba para prevenirlo, aquella magia corrupta por la muerte lo impedía.

Peter se miró las manos y solo vio negrura.

Esas manos, esa oscuridad, habían sido las culpables, las que lo habían comenzado todo. Ellas habían sido las que habían provocado la muerte de un inocente. Si no se hubiese producido, nunca habría desaparecido la isla, nunca se habría sentido solo, nunca habría tenido que buscar a su mejor amiga porque ella habría permanecido siempre a su lado. El niño que llevaba dentro no entendía lo que estaba ocurriendo, solo temblaba. Se había hecho un ovillo en el

rincón más apartado de su corazón donde lloraba y lloraba, llenándolo todo de agua salada.

Las palabras de Michael, el miedo en la voz de Smith, la desesperación de Wendy al luchar con su hermano, el pánico que tenía su mejor amiga a desaparecer… todo lo abrumaba, le oprimía el pecho, le hacía querer gritar…

—Peter, por favor… Por favor, hijo, tranquilízate.

La súplica de su tío penetró en la densa capa de oscuridad y Peter lo miró sin llegar a verlo del todo. Solo veía negro, pero sintió el tacto de las manos de su tío cuando le agarró las manos. Ni siquiera había sido consciente de que había comenzado a pegarse en el cabeza.

Peter quiso hacerle caso, pero no sabía cómo. Todo estaba borroso, oscuro y dolía, dolía mucho.

Sentía que aquel niño estaba muriéndose, que no podía respirar.

—Tío… Tío James… ¿qu-qué está pasando?

Sintió que su tío le apretaba las manos con fuerza e intentó centrarse en su tacto, pero no fue capaz. Era demasiado tarde. La oscuridad había tomado el control y no iba a soltarlo.

La biblioteca sufrió otra violenta sacudida y se escuchó el tintineo de unos cristales rompiéndose a lo lejos.

Todo estaba acabando.

Y él solo podía desear que lo hiciese cuanto antes.

Tic Tac observaba la situación admirando la oscuridad que se había congregado allí. Todo estaba saliendo incluso mejor de lo que había planeado y pronto se acabaría. No sabía si en el caso de que hubiese sido capaz de sentir alguna emoción, hubiese sentido pena por aquel sociópata, pero se alegraba de que no fuese así para poder llevar a cabo la totalidad de su plan. Tenía que pagar por lo que había hecho y recibir un castigo adecuado. Todo se produciría a su tiempo, pero pasaría, porque no iba a permitir que nadie se interpusiese en sus planes.

Por un momento, llegó a pensar que el intento de Hook de tranquilizar al niño surtiría efecto y estaba preparado para intervenir, pero la sola mención de sus padres había terminado de hacer que estallase y en ese momento ya no había nada que el capitán pudiese hacer para impedir lo que estaba pasando.

Tic Tac sintió su propia oscuridad cantando y respondiendo a la de Peter, pero él no podía hacer uso de ella de la misma manera, por lo que estaba tranquilo. Él nunca perdería el control, *nunca*. Y no necesitaba la magia para tener poder.

Miró a su hermana, que seguía intentando escapar de su agarre, y la sujetó con una firmeza renovada por el brazo.

—Para.

—¡Suéltame!

—Para.

—¡Joder, quieres que me mate, ¿verdad?! ¡Soy tu hermana!

—He dicho que pares, Wendy.

La chica pareció registrar sus palabras cuando notó el cañón del arma contra su frente.

—Ya te he dicho que si tengo que meterte un puto tiro entre ceja y ceja, lo haré, así que será mejor que cooperes si quieres sobrevivir. ¿Vas a empezar a hacerlo o acabamos con esto ya?

—Te odio —replicó la chica y le escupió en la cara, a lo que él le levantó el mentón con el cañón de la pistola y la miró a los ojos con frialdad mientras se limpiaba el escupitajo.

—¿Vas a cooperar?

Wendy no dijo nada y él lo interpretó como un sí, por lo que la empujó al lado del capitán pirata. Sabía que Peter seguramente no estuviese viendo nada más que oscuridad, pero que, cuando por fin lo hiciera, lo primero que vería al lado de su tío sería a ella. Y, después, a él. Su cabo suelto.

—Michael, espera.

La voz de Matthew le llegó lejana, tan inmerso en sus pensamientos como estaba, pero de todos modos lo miró.

—Sabes que tiene que ocurrir así.

—Lo sé, pero dale tiempo.

—No tenemos tiempo, Matthew. Echa un vistazo fuera —dijo señalando el trozo de techo que se había derrumbado.

El cielo nocturno estaba cubierto de la oscuridad más espesa, roto por los relámpagos de una intensa tormenta eléctrica que descargaba toda su furia sobre la ciudad.

—No…

—Matthew, se nos ha acabado el tiempo. Tiene que ocurrir ya.

El escritor lo miró y asintió de forma solemne, y Tic Tac volvió a mirar a Peter, sabiendo qué tenía que hacer. Se alegraba de no tener la capacidad para sentir remordimientos y de que lo único en lo que pudiese pensar fuese en la venganza. Él había sido ese niño aterrorizado, aunque no fuese por un miedo provocado de forma natural, y había llegado el momento de hacer justicia por aquel niño que estuvo a punto de ahogarse, costase lo que costase. Entornó los ojos al observar cómo Peter mencionaba el nombre de su tío y sonrió. Estaba claro que el nombre del capitán pirata tenía que ser uno lo suficientemente poderoso como para que él no quisiera usarlo. Era curioso que se llamase igual que el escritor, pero ahí estaba la conexión.

—Peter, ¿dónde está tu madre?

—¡Cállate! —le imploró Hook—. ¡Vas a hacer que todos muramos sepultados aquí si sigues provocándolo!

Ah, ¿pero no era aquel el quid de la cuestión?

—Dime, Peter, ¿tu mami está muerta?

Aquel fue el detonante que hizo que Peter Pan perdiese por completo el control. El niño levantó la cabeza y lo miró con los ojos completamente negros, sin vida ni luz. Se levantó lentamente del suelo, sin dejar de mirarlo y con la oscuridad ondeando a su alrededor. Alzó las manos despacio y abrió la boca, de la que salió más oscuridad espesa.

—¡TÚ! —rugió, y las paredes de la biblioteca amenazaron con ceder de una vez por todas—. ¡TÚ TIENES LA CULPA DE TODO!

Tic Tac sonrió y Peter acumuló oscuridad en sus manos.

Todos observaron la escena atónitos. Hook se levantó del suelo e intentó acercarse a su sobrino, pero este se alzó por encima del

suelo, volando, enfocándose únicamente en Tic Tac. Wendy ahogó un grito y él supo que ya estaba todo hecho.

La oscuridad de Peter salió a chorros, mucho más densa que la última vez, hacia él justo en el momento en el que Wendy se arrojaba delante de su hermano para impedir que aquella oscuridad lo atravesase, tal y como él había previsto.

Pero no fue la única que se arrojó para proteger a alguien.

Un sacrificio y un acto de amor bastarán

para acabar por fin con el reino de terror… por siempre jamás.

La Biblioteca Barrie era el lugar.

James era el nombre que los unía a todos, que hacía que el vínculo fuese igual de fuerte que aquel que unía al chico con el hada que estaba a punto de morir, ese hada que estaba viendo cómo el alma del niño se deshacía cada vez más rápido.

Y Hook era el sacrificio no planeado que haría que todo volviese a donde pertenecía.

40

La magia...

Hook nunca se había imaginado cómo iba a morir. Nunca se lo había planteado, mucho menos cuando llegó a Nunca Jamás y se dio cuenta de que el tiempo lo había anclado a la isla y no envejecía. Había sido muy feliz durante toda su vida, tanto en su vida anterior como en Nunca Jamás y, demonios, incluso en Dark Times. No había nada que no repetiría si tuviese la oportunidad, nada de lo que se arrepintiese, incluso cuando había hecho cosas cuestionables o cuando había decidido hacer caso omiso del engaño de Wendy. Todo había merecido la pena.

Cuando notó el torrente de oscuridad atravesar su pecho, sintió que se quedaba sin aire. No sintió dolor exactamente, al menos no el que experimentó aquel día en el barco cuando su propio sobrino le cortó la mano. Fue una presión en el pecho que le impedía respirar, pero, más allá de eso, solo hubo calma.

Cayó al suelo desplomado y, a lo lejos, solo escuchó los gritos de su mejor amigo y de su reina, de las *dos*. El grito de Tinkerbell fue desgarrador y se le coló en lo más hondo de su alma. Nunca se perdonaría no haberla buscado, a pesar de la bruma que había invadido su mente en aquellos meses, jamás podría perdonarse no haberse acordado de ella, del amor de su vida.

Sintió que unas manos lo cogían y lo incorporaban sobre un regazo y abrió los ojos para encontrarse con los ojos anegados de lágrimas de su mejor amigo. El peliblanco temblaba y le acariciaba el rostro sin saber cómo actuar.

—Qu-que… N-no, Hook, n-no, cap, cap. Te-te vamo-os a cu-urar —pronunció a duras penas Smith entre sollozos y lágrimas.

Hook intentó levantar una mano para consolarlo, pero sentía el cuerpo extremadamente pesado. No entendía por qué no podía moverse, por qué su cuerpo no le respondía. Abrió la boca para hablar, pero se atragantó con su propia tos y la oscuridad que se escurrió de entre sus labios.

—N-no hables, va-vamos a ayudarte. Bell, n-necesitamos a Bell —dijo frenético el peliblanco mientras abrazaba a su amigo, impotente por no poder hacer nada.

Hook se alegró de no poder pronunciar palabra, porque no sabría qué decirle. Él ya había asumido que su vida se acababa allí, en aquel preciso instante, y no podía estar más agradecido de que fuese en los brazos del que había sido su compañero de vida.

—¡Bell! ¡Bell!

Los gritos de Smith le desgarraron el alma mientras escupía más oscuridad. Movió los ojos y vio a Wendy a pocos centímetros de él, mirándolo con los ojos llenos de lágrimas y una expresión de absoluta desolación en la cara. Movió los ojos de nuevo y cruzó la mirada con su sobrino, que se observaba las manos incrédulo, como si no pudiese asimilar lo que acababa de pasar. Sus manos le temblaban tanto como lo hacía el edificio, que parecía que iba a derrumbarse de un momento a otro.

Peter por fin levantó la mirada y vio a su tío tosiendo oscuridad espesa y gritó.

—¡No! ¡Tío James!

Intentó acercarse a él, pero el peliblanco lo empujó con violencia, protegiendo el cuerpo de su amigo con fiereza.

—¡Aléjate de él, sociópata cabrón! ¡Esto es tu culpa! ¡Tú le has hecho esto! —chilló desesperado antes de volver a llamar a gritos a Tinkerbell.

Peter retrocedió asustado y se encogió sobre sí mismo, balanceándose sin dejar de mirar a su tío. A Hook le hubiese gustado poder decir algo o abrazarlo, porque a pesar de todo, seguía siendo su sobrino, su familia. Pero a su cuerpo no le

quedaban fuerzas. Su escasa respiración se volvía más pesada y se paraba en intervalos de tiempo cada vez más grandes.

Escuchó pasos que se acercaban y vio cómo Matthew se arrodillaba junto a él. Smith protegió a Hook con su cuerpo, pero el capitán pirata pudo seguir mirando los ojos del escritor, que lo miraban con pena y admiración.

—¿Es-es… to… te-te… nía que s-ser… a… así? —consiguió decir entre toses.

El escritor asintió.

—«Un sacrificio y un acto de amor bastarán para acabar por fin con el reino de terror… por siempre jamás» —pronunció el escritor y Hook sonrió después de toser.

—¿A-amor, eh?

—No hables, cap, vamos a ayudarte. ¡¿Dónde cojones está Bell?! —insistió el peliblanco, algo más tranquilo.

Se frotó los ojos para limpiarse las lágrimas y Matthew le puso una mano en el hombro.

—Smith… Bell se ha ido.

El corazón de Hook dio un violento vuelco y sus ojos buscaron frenéticos hasta encontrar el punto en el que había estado su reina. No quedaba nada de ella más que un pequeño montoncito de polvo dorado y, aunque su corazón se rompió en mil pedazos, su alma se quedó tranquila, porque al menos sabía que estaba lejos de toda la oscuridad.

—¿Cómo que se ha ido? ¿A dónde?

—Smith… Ha dejado de existir.

—¿¡Qué?! ¿¡Por qué?! ¿¡Cuándo?! Hace un momento estaba…

—En el momento en el que la oscuridad ha tocado a Hook, ha desaparecido —explicó Matthew y los miró a los dos con lágrimas en los ojos—. Porque Peter ha dejado de tener alma.

Hook sintió que su mundo se venía abajo. Todo lo que había intentado impedir durante prácticamente toda la vida de Peter había terminado cumpliéndose. La culpabilidad asoló su corazón y solo pudo pensar en Emma. Su hermana estaría muy decepcionada de saber que había permitido que su hijo se corrompiese de aquella manera.

Hook tosió y lágrimas negras comenzaron a bañar su rostro.

—No, no, cap, no, no, no. No te culpes, no es tu culpa, tú no podías haber sabido esto. Él se lo ha buscado, se lo buscó desde el momento en el que decidió secuestrar a niños y matar a Michael, tú no tienes la culpa, no, no —dijo el peliblanco limpiándole las lágrimas de forma frenética.

—Smith tiene razón, Hook. Esto estaba muy lejos de tu alcance —corroboró Matthew, poniéndole una mano en el hombro al capitán.

Hook miró a su sobrino y se le encogió aún más el corazón al ver a ese niño roto, hecho un ovillo en el suelo, sin poder creerse lo que acababa de ocurrir. Parpadeó cuando una tos especialmente fuerte le vino a la garganta y después se centró en aquellos recuerdos que tenía grabados en la mente.

—¡Mira, Peter! Tengo un garfio —lo llamó Hook con su característica voz ronca mientras le enseñaba a su sobrino el garfio de mentira que llevaba en la mano.

Peter sonrió y aplaudió encantado a su año y medio de edad, y bailoteó entre los brazos de su madre, los dos estaban sentados en la cubierta del barco mientras Emma miraba cómo su hermano le hacía reír. La devoción que Hook tenía por Peter era algo increíble de ver y Emma no podía alegrarse más de tener un hermano que amara de aquella forma tan pura y sincera. Se sentía afortunada y sabía que Peter sería el niño con más suerte del mundo si en algún momento ella y Tristan morían. Nadie cuidaría mejor de él que su tío.

—Aún recuerdo cuando te lo ponías para jugar conmigo de pequeños. Siempre me hacía mucha gracia imaginar lo incómodo que sería llevarlo puesto —comentó ella.

Hook soltó una carcajada.

—Era el capitán Hook. El pirata más fiero de todos los mares —respondió él mientras agitaba el garfio y el alfanje que llevaba en la otra mano.

Peter volvió a aplaudir y Emma sonrió, divertida.

—¿Por eso toda la tripulación te llama así?

—¡Eh! Eso fue culpa tuya, tú les contaste la historia.

—Era mi papel de hermana pequeña.

Hook sonrió y soltó los objetos para poder alzar a Peter en brazos y lanzarlo al cielo juguetonamente. Peter no paraba de reír y Emma sintió su corazón lleno de felicidad. Miró a aquellos dos y supo que por fin había encontrado todo lo que quería en su vida.

Ellos eran su hogar.

Hook volvió al presente entre lágrimas negras y una respiración cada vez más lenta. Su tiempo llegaba a su fin, pero estaba tranquilo. Cerró los ojos y fogonazos de imágenes cruzaron por su mente; vio todos esos recuerdos que habían construido su felicidad pasar uno detrás de otro.

Recordó a su hermana Emma correteando tras él en la librería de sus padres; a sus padres bailando en el salón de casa mientras Emma y él aplaudían; el viaje en el Jolly Roger y la llegada a Nunca Jamás; esa primera vez que había observado la isla y cómo de pequeño se había sentido en la inmensidad de ese lugar tan mágico; la primera vez que había visto a Peter y cómo sus manitas se habían aferrado a su dedo y supo que siempre lo protegería; el momento en el que conoció a Smith, ese niño de pelo blanco que lo miraba con ojos asustados; el primer momento en el que ambos rieron juntos cuando le estaba enseñando a luchar; cómo todos sus marineros se convirtieron en una familia y se cuidaban unos a otros…

Recordó el día que Tinkerbell había aparecido en el barco y las carcajadas musicales que habían salido de la boca de Peter de forma constante a partir de ese momento; a su sobrino jugar al ajedrez con los marineros; la llegada de Matthew al barco y la historia del cuento, con los gritos de emoción de Peter al escucharla por primera vez; todas las carcajadas que le había arrancado a su sobrino con cosquillas cuando era un bebé y las escasas pero especiales sonrisas que había provocado en él cuando creció.

Y, sobre todo, la vio a ella, con su pelo rubio y sedoso, su piel inmaculada, sus pecas infinitas formando constelaciones en sus pómulos y esos labios que lo provocaban, que lo hacían sentirse invencible… Recordó aquella cicatriz sobre su pecho, aquellos lunares en su cuerpo, sus mejillas tan sonrojadas siempre como la manzana más roja del mundo. Revivió la primera noche que habían pasado juntos y sintió que volvía a tenerla entre sus brazos; sintió bajo sus dedos la suavidad de su piel, escuchó sus pequeños suspiros y su respiración acelerada cada vez que la tocaba. Vio todos aquellos momentos en los que no parecía ser suficiente estar piel con piel, en los que lo único que había querido era fundirse con ella hasta que fuesen uno.

Lo revivió todo, lo escuchó todo, lo saboreó todo con su tacto. Y no pudo más que alegrarse de que ella se hubiese ido antes que él si eso significaba que no sufriría al verlo morir.

—Smith, tienes que salir de aquí —escuchó la voz de Matthew a lo lejos y Hook abrió los ojos a duras penas. Sentía los párpados pesados y cada vez entraba menos aire en sus pulmones—. Todos, en realidad. El edificio no tardará en venirse abajo.

—Estás loco si piensas que voy a dejar a mi mejor amigo aquí. ¡Tengo que ayudarlo! —replicó Smith con desesperación.

Las lágrimas caían sin control por sus mejillas y Hook sintió en el alma todo el dolor que le estaba causando.

—Smith, ya no hay nada que hacer —confesó Matthew con pena —. Michael, tenéis que iros.

—Este no era el plan, ¿lo sabes, verdad? —preguntó Tic Tac a Matthew.

—Sí. Pero era inevitable de todos modos —respondió el escritor.

—¿Cuánto tiempo te queda?

—No mucho, puedo sentirlo.

Hook miró al escritor con sorpresa y vio que la piel de su rostro estaba de repente ajada, sin vida. Tenía la cara cenicienta y el pelo cada vez más salpicado de pelo gris.

—¿Matthew? ¿Qué te está pasando?

Smith alargó una mano hacia el escritor y este se la cogió, tranquilizándolo.

—Smith, tenías razón, yo no pertenezco a este mundo… —Hizo una pausa y tosió—. Debería haber muerto hace mucho tiempo.

—Pe-pero…

—Tienes que salir de aquí. No sé lo que va a pasar con el edificio.

—¿Y conmigo? Yo tampoco soy de este mundo.

El escritor le enseñó algo y Smith cogió el famoso libro con una mano temblorosa.

—«El amor más puro podrá verse recompensado por la mortalidad si una de las dos partes inmortales muere, porque nadie que ame de forma honesta debería experimentar la tortura que supone vivir eternamente sin su alma gemela» —leyó el peliblanco en voz alta—. ¿Qué significa esto? ¿Por qué puedo leerlo?

—La magia ha terminado de desvelar el contenido del libro. Y, por lo que parece, aún tienes una oportunidad de sobrevivir, Smith. Si te quedas aquí, la magia te concederá la mortalidad sin que te caigan todos los años de golpe como me está ocurriendo a mí. Pero tienes que decidir rápido, tu pelo… —El escritor le señaló el cabello y Smith se lo notó más firme, sabiendo que estaba ahora plagado de canas.

El peliblanco miró a su amigo, que seguía tosiendo y apenas podía tener los ojos abiertos y una lágrima le resbaló hasta posarse en la mejilla de Hook.

—Haz-haz… lo —consiguió decir el capitán entre toses y estertores—. Ví-vívelo todo por… mí.

—Hook… No pu-puedo. No va a ser lo mismo sin ti. Eres… eres…

—So-so… y… tu ca-ca… pi… tán. E-es una or… den.

El peliblanco sollozó y terminó asintiendo. Hook sabía que su mejor amigo nunca pondría en entredicho una orden suya, por mucho que le doliese.

—Y… ha-haz… el… trío… ¿va-vale?

Smith soltó una carcajada llorosa y asintió, acariciándole el rostro a su amigo.

—Y… llá-lláma… me co-con… la *ouija*…

—Sabía que en el fondo te había parecido un buen plan —dijo Smith entre risas llorosas.

—To-to… dos tus pla-pla… nes lo… son.

Aquella fue la última frase que pronunció el capitán pirata.

Smith se echó a llorar desconsolado cuando el pecho de Hook se alzó por última vez y sus ojos se quedaron abiertos pero vidriosos. Matthew puso una mano sobre ellos para cerrárselos y notó cómo la oscuridad que los rodeaba desaparecía. Los temblores cesaron y allí solo quedaron ellos. Wendy se había arrastrado hasta el cuerpo del pirata y se había aferrado a su brazo aprovechando que el peliblanco se había sumido en su dolor. Michael observaba toda la escena de brazos cruzados, saboreando la victoria; su plan había salido a la perfección y, aunque si hubiese podido sentir algo sería pena, en aquel momento solo podía estar satisfecho.

Smith siguió llorando sobre el cuerpo de su amigo y Matthew lo observó con el dolor dibujado en sus propios ojos, pero terminó por ponerle una mano en el brazo para instarle a que aceptara lo que la magia pretendía concederle. El peliblanco asintió, besó la frente de su amigo y dejó el cuerpo en el suelo. Le quitó aquel brazalete de cuero que cubría su cicatriz y, apretándolo contra su pecho, se levantó. En cuanto pronunció de nuevo la frase del libro, desapareció y una nube de humo blanco quedó en su lugar. Matthew supo que estaba de nuevo en el Jolly Roger, sintiendo la presencia de Hook en cada rincón.

El escritor miró a su alrededor y comprobó lo que ya sabía.

Peter Pan había vuelto a su lugar de origen.

Solo quedaban Wendy, Michael y él.

Tic Tac ayudó al escritor a levantarse y Matthew lo miró.

—Aprovecha esta segunda oportunidad.

—Siempre.

—Hazme un favor.

—¿El qué?

—Dale un lugar a Smith para poder llorar a su amigo. No te pido nada más.

Nunca supo si Michael aceptó hacerle el favor o no, pues según pronunció la última palabra, James Matthew Barrie también dejó de existir. Pero, antes de desaparecer, decidió creer que Michael tendría compasión por una vez en su vida.

Si había alguien que la mereciese, esos eran Hook y Smith.

41

... siempre encuentra el equilibrio

EN ALGÚN LUGAR

Siempre había viajado a través de la magia de los libros y me sentía tan afortunado gracias a ello que decidí convertirlos en mi profesión. Adoraba crear y construir mundos a los que sabía que cualquiera podría viajar al leer, pero nunca pensé que podría experimentar la magia de forma real.

Hasta Nunca Jamás.

Cuando llegué a la isla, no se me había pasado por la cabeza que llegaría a ser tan inmortal como lo era ella o que una historia que yo escribiera terminaría siendo tan importante, pero así había ocurrido. Cuando escribí esa historia, la magia de Nunca Jamás hizo que mis palabras se convirtieran en un ancla, en algo que trascendería el papel, las fronteras y los mundos. Pero eso era lo que siempre pasaba en Nunca Jamás: si algo bueno ocurría en la isla, la magia lo anclaba, como para tener un recordatorio de que ese acontecimiento había pasado allí. Eso sucedió con Hook, al que la magia ancló a Nunca Jamás por todo lo bueno que había llevado a la isla; también cuando Peter Pan nació, ya que fue motivo de alegría y felicidad, y pasó lo mismo con la historia. La magia permanecería viva siempre en cada uno de los elementos, aunque ahora en el presente nadie supiese muy bien qué había pasado con ninguno.

Y es que la magia es demasiado inteligente. Yo siempre he dicho que tiene mente propia, pero en el caso de la magia, su inteligencia es infinitamente superior a la del resto de cosas existentes en el mundo. La magia no se puede controlar por eso mismo y fue precisamente esa mente propia lo que hizo que se creara una realidad alternativa, un lugar equivalente para suplir la ausencia de Nunca Jamás hasta que todo volviese al lugar que le correspondía.

Dark Times surgió como algo temporal, en ningún momento fue concebida para ser una ciudad permanente. Sin embargo, tengo el firme presentimiento de que Michael ha conseguido desafiar a la propia magia y Dark Times no desaparecerá nunca.

No contenta con eso, la magia creó una ciudad que realmente fue un castigo para Peter Pan, una que condenaba todos sus deseos al infierno. Era una ciudad sin niños, donde todos los habitantes eran adultos, justo lo contrario a lo que él siempre había soñado en Nunca Jamás. Él adoraba la isla por la magia y porque solo la habitaban niños, sus amigos, mientras que los adultos estaban en el barco. Y Dark Times había surgido como su peor pesadilla hecha realidad, con adultos que se han estancado en esa vida adulta, siempre a la espera de algo que nunca llega: la vuelta a Nunca Jamás.

Tengo la firme creencia de que fue precisamente esa expectación descorazonadora la que provocó que su magia se descontrolase. Cuando se dio cuenta de dónde estaba, lo único que quiso fue volver a casa, pero no era tan fácil como había pensado y cedió a sus impulsos más oscuros. Como siempre le he recordado a Michael, Peter Pan nunca ha dejado de ser un niño solitario que solo quería amigos y volver a su hogar.

No obstante, la magia no deja pasar la oportunidad de castigar y el plan de Michael ha salido a la perfección casi desde el principio. Era eso que él ha llamado «efecto dominó». Para que todo funcionase, necesitaba conocer de primera mano qué habían averiguado los piratas y Wendy sobre Peter, por eso los vigilaba tan de cerca. El plan siempre había sido llevarse a su hermana con él en algún momento, pero la reaparición de Peter fue toda una ventaja. Cuando Wendy acudió por su cuenta a él, lo único que tuvo que

hacer fue poner en marcha todo lo demás. Una vez que ella adivinase quién era, tendría el sacrificio que quería, ya que Michael estaba seguro del amor que sentía su hermana hacia él y sabía que si provocaba a Peter lo suficiente para intentar matarlo de nuevo, ella se interpondría. Aquel era el sacrificio y el acto de amor que Michael había planeado, si bien el sacrificio que realmente ocurrió fue mucho más efectivo.

La muerte de Hook ha sido la más noble del mundo, un fiel reflejo de su persona. No dudó en interponerse ante la persona que lo había traicionado solo para salvarla. El amor mueve montañas, como se suele decir, pero creo que no todo el mundo haría lo que ha hecho él. Y, sin darse cuenta, al hacerlo ha provocado el castigo eterno de su propio sobrino. El alma de Peter Pan se terminó de corromper y desapareció en el momento que su magia tocó el cuerpo de Hook, porque los pocos residuos que había de la magia de polvo de hadas no tolerarían un acto tan vil como es matar a alguien de su propia sangre. Por eso, la oscuridad lo consumió y lo engulló. En realidad, nadie podrá saber nunca a dónde ha ido, pero estoy seguro de que no será un lugar feliz. Será su propio infierno hecho realidad.

Dark Times seguirá existiendo y Michael seguirá ostentando todo el poder. Ni él ni Wendy pertenecían a Nunca Jamás y la magia no los ancló como al resto, así que, con la muerte de Peter, todo residuo mágico de Michael habrá desaparecido, ya no habrá más magia que haga que la suya responda.

No sé qué pasará con Wendy, supongo que su hermano se encargará, pero de verdad quiero creer que al menos Smith sí será feliz. Al principio pasará por un intenso proceso de duelo y seguramente el dolor de la pérdida lo acompañe de forma eterna, pero sé que será feliz. Sé que Hook lo protegerá en la sombra igual que lo hará Tinkerbell. A veces lo pienso y es muy injusto cómo ella ha sido una de las mayores víctimas de la magia. Nació de ella y murió por ella, pero no la dejó ser feliz el tiempo suficiente.

Y yo… yo sabía que moriría. Lo supe desde el principio, pero aun así decidí arriesgarme.

Echando la vista atrás, sé que si yo no hubiese salvado a Michael, nada de esto habría ocurrido. Ahí es donde empezó el verdadero efecto dominó. Aunque, en realidad, nunca podremos saberlo a ciencia cierta. Nunca sabremos si Dark Times habría surgido de todos modos, ni si Nunca Jamás hubiese desaparecido… no podemos saber nada.

Pero sí sé que una vez la venganza despertó, la esperanza se apagó y todo cambió.

Porque eso es lo terriblemente retorcido de la magia: que siempre busca el equilibrio.

Cueste lo que cueste.

42

Cierre

A Tic Tac nunca le había dado aprensión la violencia gráfica, ni las heridas supurantes, ni la sangre derramándose, ni siquiera la propia muerte. Estaba acostumbrado a estar rodeado de brutalidad y su personalidad estaba construida de una manera que provocaba que toda esa violencia le produjese indiferencia, por muy gráfica que fuese.

Pero lo que no soportaba era todo el caos que dejaba tras de sí. No era capaz de ver sus zapatos italianos manchados lo más mínimo y tampoco soportaba tener una sola arruga en sus camisas y trajes. Por eso, cuando echó un vistazo a su alrededor, no pudo más que torcer el gesto en una mueca de la más absoluta repulsión.

La sala estaba vacía, pero a la vez llena… Vacía de vida, llena de muerte.

Con cuidado, rodeó el cuerpo que había en el suelo para poder mirar a la cara a aquel pirata que tan noblemente había muerto. No era que lo compadeciese, él no sabía siquiera qué significaba sentir compasión, pero sí sabía reconocer que la muerte del capitán Hook había sido noble.

Estaba claro que cuando el pirata había llegado ese mismo día a la Biblioteca Barrie no había pensado que fuese a morir, y mucho menos a manos de su propio sobrino. Si hubiese podido sentir pena, seguramente hubiese sido lo que hubiese sentido por Hook. Tenía que ser especialmente triste morir así, asesinado por su propia sangre para salvar a alguien que, a pesar de que decía haberse enamorado de él, había tenido malas intenciones desde el principio.

Tic Tac conocía muy bien a su hermana. Así como él había tenido siempre engañados a sus hermanos sobre su verdadera naturaleza, sabía que su hermana era mucho más manipuladora de lo que parecía. No llegaba a tener su frialdad, porque la que tenía podría parar un puto tren, pero sí era calculadora como ella sola y sabía perfectamente lo que tenía que decir y hacer en cada momento, sin importarle nada más que lo que quisiera conseguir. Y eso era lo que había hecho. Había conseguido vengarse de Peter Pan como quería, sí, pero había pagado el precio que se paga por la ambición.

Allí estaba, arrodillada ante el cadáver del capitán del que se había encaprichado, con las lágrimas recorriéndole las mejillas sin parar y el dolor que su corazón parecía sentir supurando por cada poro de su piel. Menuda estúpida.

Reprimió el impulso de poner los ojos en blanco y agarró a Wendy del brazo, tirando de ella hasta que se puso de pie, tambaleante.

—N-no, dé-déjame, Michael… n-no —balbuceó Wendy entre lágrimas.

—Oh, vamos, hermanita, no me digas que ahora te importa de verdad después de todo lo que has hecho a sus espaldas. No te creía yo tan cínica —respondió con aburrimiento.

Si algo sabía precisamente, era lo cínica que había sido siempre su hermana.

—¡Cá-cállate! N-no ti-tienes ni ide-dea —exclamó Wendy con la furia reflejándose en sus ojos brillantes por las lágrimas y deshaciéndose de su agarre.

—Si está muerto, es por tu culpa. No vengas ahora a hacerte la indignada cuando sabes perfectamente que si no fuera por ti, seguiría vivo.

—¡N-no!

—Ha muerto por salvarte a ti.

—¡N-no!

—Por salvar a una estúpida que en realidad no lo ha querido nunca como tanto dice.

—¡N-no! ¡Cá-cállate!

—Que lo único en lo que pensaba era en su propia venganza.

—Cá-cállate.

—Que le ha dado completamente igual por encima de quién pasar con tal de cumplir su venganza.

—¡CÁLLATE!

La voz de Wendy retumbó en el *hall* de la biblioteca y él sonrió. Le encantaba cuando sus provocaciones obtenían la respuesta que buscaba. Su hermana cerró las manos en puños y lo miró con la ira irradiando de su cuerpo. Tic Tac ensanchó su sonrisa, complacido, y observó atentamente cómo su hermana temblaba del enfado. La muy estúpida no era capaz de controlar sus emociones y había sido justo eso lo que había provocado la muerte del pirata.

A Wendy siempre le había gustado provocar reacciones en los demás sin tener que hacer nada más que pestañear y sonreír. Sabía usar todas sus armas a la perfección y eso no había cambiado durante todo el tiempo que había decidido hacerse pasar por la pequeña hadita. Sin embargo, en esa ocasión sonreír y pestañear no le había servido para nada bueno. Todo su plan para vengarse de Peter Pan no había salido como ella había deseado y mucho menos anticipado, especialmente cuando el testarudo pirata había decidido interponerse entre los dos y había recibido el impacto de toda la magia corrupta que había habitado en aquel sociópata.

No sabía si su hermana se recuperaría de la pérdida, realmente tampoco le importaba, pero tener que soportar sus lamentos no entraba en sus planes, por lo que su cerebro ya estaba yendo a ciento cincuenta kilómetros por hora para buscar una solución. No le gustaba dejar cosas al azar, y por lo general era capaz de controlar y prever todo, pero no había sido capaz de anticipar lo que ocurriría. Y mucho menos que su hermana se lo tomaría tan a pecho.

—Cuando se te pase la rabieta, reúnete conmigo fuera.

Dio por terminada la conversación. Mandaría a alguien a limpiar el desastre y a recoger el cuerpo; no quería deberle ningún favor a nadie, ni siquiera a un muerto como Matthew.

Salió de la biblioteca a sabiendas de que la curiosidad podría con Wendy y lo seguiría aún con las lágrimas derramándose y la furia controlándola. Era así de predecible.

No había ni llegado a cerrar la puerta de la biblioteca cuando Wendy la abrió de nuevo de un tirón y la cerró tras de sí con un portazo sonoro que hizo temblar los cimientos del edificio. Sonrió para sí mismo y echó a andar en dirección al coche que lo esperaba en la puerta, escuchando los pasos de su hermana detrás de él.

—¿Se puede saber a dónde coño vas después de todo lo que ha pasado? —preguntó Wendy con la voz sorprendentemente firme.

—¿Y qué ha pasado, exactamente? Tal y como yo lo veo, lo único que ha ocurrido es que yo he conseguido lo que había planeado y por fin soy el dueño de todo lo que me pertenecía por derecho.

—Solo te importa eso, ¿verdad? El poder.

—¿Qué otra cosa debería de importarme?

—No sé, ¿tu familia?

Tic Tac se detuvo ante la puerta del coche y, tras dar dos golpecitos en la ventanilla para que el conductor le abriese la puerta, se giró para observar de nuevo a su hermana. Dejó escapar una carcajada seca y vacía y chasqueó la lengua.

—Hermanita, hace mucho tiempo que yo no tengo familia. Y no me malinterpretes, tampoco la quiero. El poder es suficiente.

—¿Y yo qué soy? Porque para no tener familia, no dejas de llamarme *hermanita*.

—Eres una molestia, Wendy.

Había llegado al límite de su paciencia. Y de su aburrimiento. La chica no podía aburrirle más con sus berrinches y sus preguntas.

—¿Una molestia? Michael…

Wendy también se vanagloriaba de saber ponerse una máscara de frialdad, pero, como bien sabía Tic Tac, no era tan capaz de hacerlo tan bien como ella pensaba. A través de esas palabras, pudo ver los sentimientos que se escondían detrás y la realidad: su hermana se sentía sola. Llevaba mucho tiempo sintiéndose así y creía que solo por tener la misma sangre debían estar unidos, que solo por ser familia se debían algo. Y no podía estar más equivocada.

Se acercó lentamente a ella y se detuvo a tan solo unos milímetros de distancia.

—Mírame a los ojos, Wendy —exigió, observando los de la chica sin ningún tipo de emoción—, y métete esto en esa cabecita hueca tuya: la sangre no da derechos. La familia no da conexiones. Y la cercanía no garantiza una relación. No me importas, nadie me importa. Porque no necesito a nadie, llevo mucho tiempo sin hacerlo. Casi consiguen asesinarme en el último viaje que hice con la gente de mi misma sangre, y me juré a mí mismo que jamás volvería a necesitar a nadie. Cuando era tan solo un niño, tampoco os necesitaba y ninguno de vosotros quiso tener conmigo esa cercanía que tanto ansías. ¿O es que tengo que recordarte las bromas pesadas que tanto os gustaban a John y a ti? Nunca me importaron, no te confundas, pero no pretendas ahora, después de tanto tiempo, intentar hacerme creer que te importo en lo más mínimo. Lo único que te importa es que te has quedado sola, que es como siempre deberías haber estado, pero ahora se ha hecho realidad y te da miedo. Escucha a ese miedo. —Se acercó al oído de Wendy y su tono de voz se enfrió aún más si era posible—. Escúchalo y entenderás por qué no tienes que llamarme Michael.

Tic Tac se alejó de la chica y se giró de nuevo para entrar en el coche. Una vez dentro, bajó la ventanilla y la miró. Una lágrima se deslizó por la mejilla de Wendy mientras observaba cómo su hermano se alejaba de ella de forma física, igual que lo había hecho de forma emocional.

—Michael nunca ha existido, hermanita. Tic Tac es el que siempre ha existido, y no solo en tus pesadillas. Harías bien en recordarlo.

Una mano con un pañuelo apareció detrás de ella y le tapó la boca a Wendy. La chica intentó forcejear para liberarse, pero el olor del cloroformo penetró en sus fosas nasales y tardó pocos segundos en llegar hasta su cerebro.

Lo último que vio antes de perder el conocimiento fue la sonrisa fría y calculadora del que siempre había pensado que era su hermano, justo antes de que ventanilla del coche volviese a subirse.

Él tenía razón.

Michael ya no existía.

Y Tic Tac había nacido muchísimo antes de lo que ella se había imaginado.

Epílogo I

Peter Pan

Yo no quería. Juro que yo no quería.

Me rodeo las piernas con los brazos y me balanceo ligeramente.

No fue mi culpa. Yo no quería.

Si no quieres, es como si no lo hicieras. Y yo no quería.

No quería.

Levanto la vista y miro por la puerta de la cueva.

La silueta de un barco. ¡Lo sabía!

Me pongo de pie y miro al horizonte. Ahí estaban.

Como no quería, no pasó.

Como no quería, todo sigue igual.

Mi tío James viene en su barco a verme. ¡Y no está solo! Mamá y papá están con él. ¡Todos reunidos de nuevo!

Yo lo sabía, sabía que iban a volver. Porque somos una familia.

Salgo de la cueva y voy hacia la playa. Los veo acercarse. La vela del barco se mueve con la brisa. Seguro que papá ha preparado las gachas de avena que tanto me gustan. Y mamá me enseñará un rato a manejar la espada. A ver si puedo cogerla, a veces pesa un poco porque todavía soy muy pequeño para cogerla bien. ¡Y el tío James me enseñará a jugar al ajedrez! Es el mejor.

El barco se acerca muy lento. ¡Quiero que llegue ya! Quiero ver al tío James. He recogido unas conchas en la playa y quiero enseñárselas. Le van a encantar. Es el mejor. El mejor del mundo mundial. El mejor.

Ladeo la cabeza y agito los brazos, pero el barco sigue sin llegar. ¿Por qué tardan? ¡Igual están esperando que vaya yo! Aún me

cuesta un poco nadar porque soy muy pequeño. Aunque mamá dice que soy muy listo. Seguro que si lo intento, puedo hacerlo.

Me meto en el mar y avanzo. El agua me llega enseguida por la cintura, porque soy pequeño, pero puedo hacerlo. ¡Puedo nadar y llegar al barco! El agua me llega al cuello, pero sigo intentándolo. ¡Quiero llegar al barco!

Y si quieres, puedes.

Como cuando no quieres, entonces es como si no pasara.

Y yo no quería.

No quería.

No quería.

No quería.

Epílogo II

Wendy

Las manecillas del reloj no se mueven. El tiempo parece haberse detenido por completo. Las gotas de lluvia repiquetean contra el cristal de la ventana y la habitación en penumbra está únicamente iluminada por la poca luz que entra de la farola del jardín. En la oscuridad de la estancia puede apreciarse la silueta de una mujer tumbada en una cama. Lleva un camisón largo y no mueve ni un músculo.

La puerta se abre y una enfermera entra con una bandeja en la mano. Se acerca a la mujer y le acaricia la mejilla con cariño.

—Hola de nuevo, Wendy. He venido a traerte la cena.

La mujer de la cama ni se inmuta. Su pecho sube y baja lentamente, su respiración sosegada. Sus ojos están abiertos, con la mirada perdida en el techo sin ver nada. Una lágrima se desliza por su mejilla y se pierde entre los mechones de pelo castaño desperdigados por la almohada.

—Oh, no llores. Te pondrás bien. Aquí estás a salvo.

Wendy mueve ligeramente la cabeza hacia un lado para mirar a la enfermera y observa sus ojos verdes, sin ver realmente qué hay en ellos.

—¿Dónde está?

La voz de Wendy sale estrangulada, como quien lleva demasiado tiempo sin pronunciar palabra.

La ilusión se refleja en los ojos de la enfermera y sonríe antes de responder.

—Estás en casa, Wendy.

—¿Dónde está?

—Wendy…

—¿Dónde está?

La voz de Wendy se alza en un grito que se rompe antes de terminar la frase. La enfermera la mira con preocupación e intenta rozar de nuevo su mejilla para tranquilizarla, pero ella la aparta de un manotazo y se incorpora a toda velocidad.

—Wendy, tranquilízate, aquí estás a salvo.

Sin hacer caso de sus palabras, empuja a la enfermera y la tira al suelo. Se levanta de la cama a toda velocidad y corre hacia la puerta de la habitación. Sale al pasillo a oscuras y corre y corre hasta que sus piernas no pueden más y le fallan, haciéndola caer de rodillas al suelo.

—Dónde está, dónde está, dónde…

La voz de Wendy se va apagando a medida que habla y se deja caer en el suelo hasta tumbarse de lado, donde se rodea las piernas con los brazos y fija su mirada de nuevo perdida en la nada.

Por su mente pasan mil pensamientos y ninguno a la vez. La medicación que le administran en el psiquiátrico está pensada para que tenga la mente en blanco. Órdenes de su hermano, que ha sido el que la ha metido en ese agujero para quitársela de encima.

Es en esos pequeños momentos de lucidez cuando se acuerda de todo lo que ha ocurrido.

Nada tiene sentido ya, lo ha perdido todo.

Nada tiene sentido.

Nada lo tiene.

Na… ¿Dónde está?

¿Dónde está?

¿Dónde está?

Ah, sí.

Está muerto.

Ha muerto por su culpa.

Su culpa.

¡Su culpa!

Hook ha muerto.

Todo es su culpa.

Su culpa.
Su culpa.
¡Su culpa!
Adiós a su rey.
Y ya no queda ninguna reina…

Epílogo III

Tic Tac

El despacho está en completo silencio, sumido en la oscuridad.

Tic Tac está de pie ante el ventanal que domina la estancia, apoyado en el escritorio con los pies cruzados en los tobillos, sin preocuparse por darle la espalda a la puerta. Sabe perfectamente lo poderoso que es y el miedo que provoca en la gente. Eso es lo que hace que lleve mucho tiempo sin tener que preocuparse por proteger sus espaldas. Lo tiene todo bajo control.

Suenan dos golpes secos en la puerta del despacho antes de que se abra para dar paso a uno de los hombres que trabajan para él.

Tic Tac no se molesta en girarse. Ni en abrir la boca.

—Señor… —El hombre que acaba de entrar se queda callado, esperando a que su jefe se gire. Mala decisión. Carraspea y abre la boca de nuevo—. El bar sigue funcionando, aunque ya solo está abierta la sala grande. Él está al mando con ese chico de la tienda de vestidos y dos camareras en la barra.

—¿Los habéis quemado?

—Sí, señor.

Tic Tac asiente complacido consigo mismo.

Ya no queda rastro de ninguno de esos dos libros, ni del original ni de la copia. Se ha acabado la existencia de aquella isla maldita sobre el papel.

—¿Algo más?

Gira levemente la cabeza. Su rostro queda aún cubierto de sombras, de modo que el hombre de la puerta solo es capaz de distinguir su silueta recortada contra el ventanal a contraluz.

—Cre-creo que no.

—¿Crees?

El hombre traga saliva de forma audible y se limpia las palmas sudorosas contra los muslos.

—No, nada más —consigue pronunciar con la voz sorprendentemente estable.

Los segundos pasan y Tic Tac no se inmuta. Espera. Sabe que todo se trata de esperar. Y la paciencia es una de esas habilidades que ha conseguido moldear con el tiempo.

Despacio, deja el vaso que tiene en la mano sobre la mesa y el sonido parece reverberar en la estancia. El hombre de la puerta carraspea de nuevo y sale del despacho cerrando la puerta tras de sí, sin decir ni una palabra más.

Tic Tac rellena el vaso de cristal con el Glenfiddich de veintiún años e inhala, deleitándose con el aroma del *whisky* escocés. Lo coge y se lo acerca a los labios mientras mira por el ventanal. Desde ahí, es capaz de distinguir un destello rojo a lo lejos. El Jolly Roger sigue siendo un misterio para él, pero ya no importa. Ahora solo queda aquel peliblanco allí y sabe que no le dará problemas. Tiene toda la ciudad bajo su control.

Sin embargo… se aburre.

En cierta manera, haber conseguido todo lo que se proponía lo ha dejado… vacío. Aún tiene ese agujero negro dentro que parece ser imposible de llenar.

Bebe un trago de *whisky* y ladea la cabeza. Tiene que encontrar un propósito. Dark Times se ha quedado pequeña para todo el poder que tiene y ya no quedan ratas a las que poner trampas y pegarles un tiro entre ceja y ceja.

En Dark Times ya no hay… nada.

Es una ciudad hueca.

De pronto, un pensamiento cruza su mente y el amago de una sonrisa aparece. Bebe otro trago de *whisky* y cierra los ojos. Aún le queda un cabo por atar. Y piensa disfrutar de hacerlo.

Saca su móvil del bolsillo, emite la orden y ahora sí que sonríe. Ese cabo será su entretenimiento. Tiene calculado al milímetro cuánto dolor y sufrimiento puede aguantar un cuerpo humano, pero

algo le dice que *ese* le va a durar más que otros. Porque las traiciones se pagan y salen caras. Y a él le gusta mucho tomarse su tiempo con las ratas traicioneras. Layla Chambers no se merece una bala rápida entre ceja y ceja. Se merece mucho más. Y él también. Después de todo, el aburrimiento es muy mala compañía.

Termina su *whisky* de un trago y se despide de Dark Times echando un último vistazo por el ventanal.

Ha llegado la hora de conquistar otra ciudad.

Y es que si antes se sentía el dueño del mundo cuando miraba aquella ciudad desde lo más alto de su rascacielos, ahora lo sabe a ciencia cierta.

Es el dueño del mundo.

Y ante eso no puede hacer más que sonreír.

Es hora de dejar de pretender que alguna vez ha sido alguien más que Tic Tac.

Ni Wendy, ni Matthew, ni su propia familia habían sido capaces de comprender que Michael siempre había sido mucho más que Michael.

Michael Darling *siempre* había sido Tic Tac.

Michael Darling *nunca* había existido realmente.

Tic Tac *jamás* había sido otra cosa que no fuese… él.

Y está hasta la polla de que el resto del mundo intente hacerle creer lo contrario.

Agradecimientos

Estar en esta sección por segunda vez en mi vida es bastante increíble, y la verdad que me cuesta creérmelo un poco, pero aquí estamos. Van a ser un poco como una segunda parte de los del primero, para agradecer a todas esas personas que se han ido subiendo al carro de Dark Times, que he tenido la oportunidad de conocer a raíz del primero y que han contribuido a que este sueño sea posible. Pero, a todas las personas que ya salían en el primer libro: os quiero volver a agradecer y mencionar fugazmente aquí, porque seguís siendo una de las partes más importantes de esta bilogía. Mil gracias, de corazón.

Este segundo libro ha sido especialmente duro de escribir, por eso quiero empezar dando las gracias a alguien a quien se nos olvida muy a menudo agradecer a las escritoras: a mí misma. Creo que deberíamos ser más agradecidas con nosotras mismas porque sin nosotras no hay libro y creo que es muy bonito también autodedicarnos palabras de amor y cariño. Así que muchísimas gracias, Alex, por ser, por estar y por crear.

Después, quiero empezar por dar las gracias a mi amiga Lau de nuevo (eres la mejor, *tkm*), porque gracias a ella más gente conoce esta bilogía, ¡incluidas su madre y una de sus mejores amigas! Mil gracias, Fátima y Marina, por haber querido formar parte de este sueño. También quiero agradecer a mi amiga Cris, que lo que empezó en un curso de monitoras se ha convertido en una amistad preciosa y se cruzó medio Madrid con sus padres para poder venir a mi primera firma de libros. Te quiero, amiga. Y hablando de amigas eternas que cruzan ciudades… Gracias, Estel, por venir de forma

express solo para que te firmara el libro a pesar de la distancia y el tiempo.

Y qué decir de dos amigas traductoras maravillosas que tengo: Lorena, mil gracias por darle tanto cariño al libro, y Cris (otra amiga que se llama igual porque a mí me va lo de tener nombres repetidos en mi vida), por ser ese descubrimiento que se acerca a la Feria de Valencia con tal de venir a por el libro. Aprovecho esta mención a la feria para agradecer a Lara haber venido. Fue la primera persona en venir a la firma y solo pude echarme a llorar al verla de la ilusión que me hizo. Espero que este segundo libro haya sido todo lo que buscabas (¡fue una de las tres personas que adivinó quién era Tic Tac!).

Ahora toca el turno de unas personitas muy especiales que empezaron siendo compis de trabajo y terminaron siendo amigos y amigas de los que se quedan. Mil gracias a mis compis de feria, a Antón y a Fernando, a Nico y a Mari Carmen; mil gracias por querer darle una oportunidad a Dark Times. Espero que lo comentemos tomándonos una cerveza y un bocata de calamares. Otras dos personitas muy especiales que también aparecieron gracias al trabajo han sido María y Andrea, no sabéis lo que os quiero, chiquitas. Mil gracias por *fangirlear* sobre el libro y ser esa chispa de alegría diaria en el trabajo. ¡Y María adivinó quién era Tic Tac al terminar el primer libro!

Mil gracias a esa familia que mis padres eligieron hace tanto y que forman parte de mi vida como tíos y tías. A todos los amigos que ya mencioné en el primero, esos que dejan todo para venir a la presentación de mi libro; a Toni, Yoli y mis niños, a Jesús y Alicia, a Jorge y Sensi, Julián y Marilú, de verdad, gracias por apoyar este sueño incluso sin ser muy lectores.

Paso a unas personas muy especiales y es que esta bilogía me ha dado a personas maravillosas gracias a *bookstagram* y no puedo no mencionarlas. Belén (@belubooks), ay, mi Belén… Te quiero, amiga, te adoro y le doy mil gracias a la vida por haber descubierto a una fan de Pedrito, de Miguelito, de exactamente todas las cosas que me gustan y por tener alguien con quien comentar salseos, pasarme vídeos de cualquier cosa y diseños de uñas. ¡Y es la Hook *girl* más

Hook *girl* del mundo! Mil gracias también a Marta (@pelirrojaleyendo) por esas fotos tan curradas y por ser tan espontánea con tus reacciones. No hay nada que me guste más que *fangirlear* contigo de libros.

Mil gracias también a Lidia (@bookswithlidia), a Eva (@head.in.the.clouds.and.books), a Vane (@vanessah_hele), a Rocío (@ro_perdidaentrelibros) y su hermana (¡vinieron corriendo a la firma de la FLM con las maletas y todo!), a Mar (@readswithwinter), a Cris (@mirinconcitodelibros_), a Ana (@circesletters), a Alba (@alba_writes) y a mil personas más que le han dado una oportunidad a este mundo y a estos personajes. Gracias por formar parte de Dark Times. Del mismo modo, mil gracias a Dani (@naniisreading) y a Sara (@perdidaentrenovelas), porque fueron las dos primeras personas que quisieron entrevistar a esta autora tan pequeñita. También gracias a Addie (@hello_addie), uno de mis últimos descubrimientos gracias a un taller de *retellings* donde hablé de este libro. Gracias por tus memes. Gracias también a las chicas del club de lectura, que sin conocerme de nada decidieron comprarse Dark Times, y a ti, Lidia (@castlebooks), mil gracias por entenderme siempre tan bien.

Y *tengo* que mencionarlas a ellas. A las dos Sirenas, a Ana, a Ligia y a Andrea, a esas ladies que forman parte de este libro como si fuera suyo propio. Proyecto Dark Times no existiría si no fuese por ellas, así que esta bilogía siempre tendrá un pedacito de todas. Y lo mismo con Marta, por ser la ilustradora perfecta para esta bilogía. No había una persona mejor que pudiese captar lo que tenía en mi cabeza.

Finalmente, quiero darte las gracias a ti, a la persona que está sujetando esta segunda parte de una bilogía que me lo ha dado todo. Gracias por seguir hasta el final, por quedarte a ver quién era Tic Tac y por querer descubrir de qué iba todo esto. Ni el proyecto ni yo seríamos nada sin ti, así que esta bilogía también tendrá siempre un poco de ti.

Espero que volvamos a vernos pronto.

Con amor,

ALEX

P.D.: No se me ha olvidado el misterio del famoso número seis. ¿Tendrá finalmente Satán algo que ver con esto? Como se explica en el libro, los Niños Perdidos eran seis y aquellos a los que Peter Pan adoraba, pero esa no es la única razón por la que escogí el número y, de hecho, ni siquiera era la razón principal. Elegí el seis porque las ladies somos un grupo de seis y, casualidades de la vida, los Niños Perdidos también lo eran, así que no pudo quedar más redondo. Supongo que podemos decir que estaba escrito en la segunda estrella a la derecha.